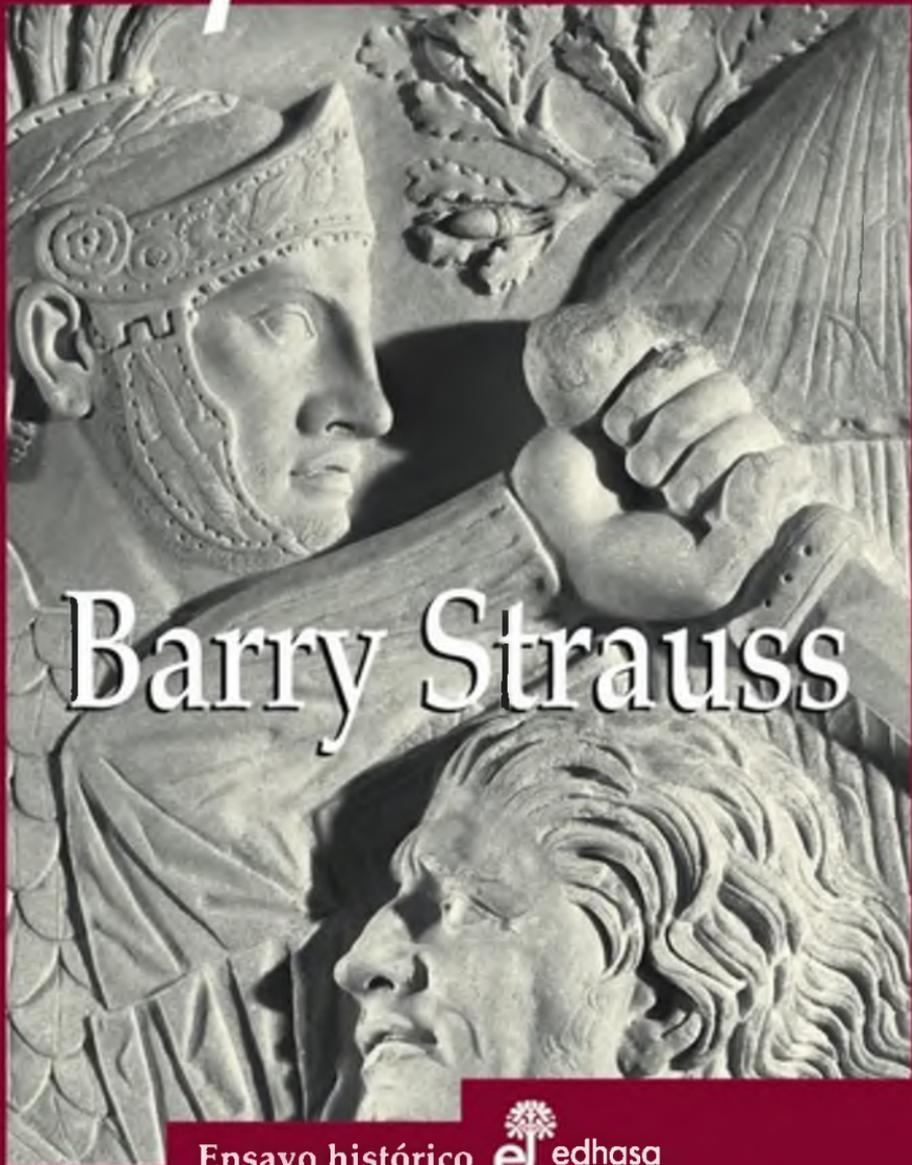


La guerra de Espartaco



Barry Strauss

Ensayo histórico



edhasa

La guerra de Espartaco es la extraordinaria historia de la rebelión de esclavos más famosa del mundo antiguo, la historia fascinante y verdadera detrás de una leyenda que durante 2.000 años ha sido una fuente de inspiración para novelistas, directores de cine y revolucionarios.

Con sólo setenta y cuatro hombres en un principio, un gladiador llamado Espartaco instigó una rebelión contra Roma y, al frente de un ejército de 60.000 soldados, controló la campaña del sur de Italia y puso en jaque al poder establecido. Líder carismático, Espartaco utilizó la religión para conseguir apoyo, y, como ex soldado del ejército romano que era, demostró ser un luchador excelente. Derrotó a nueve ejércitos romanos y mantuvo a raya a Roma durante dos años, antes de ser derrotado. Tras su batalla final, 6.000 de sus seguidores fueron hechos prisioneros y crucificados a lo largo de la principal carretera al sur de Roma.

Espartaco fue derrotado por un general romano, Craso, que había aprendido cómo acabar con una insurgencia. Pero parte de la culpa de su fracaso fue de los propios rebeldes. Su ejército era enorme y, a menudo, indisciplinado; los diferentes grupos étnicos que lo formaban solían discutir sobre su liderazgo.

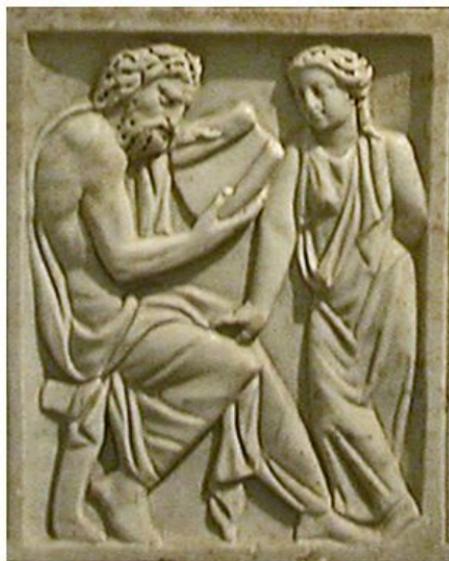
Resultado de años de investigación, *La guerra de Espartaco* se basa no sólo en documentos escritos, sino también en hallazgos arqueológicos, reconstrucciones históricas y los largos viajes de su autor por los campos italianos que Espartaco dominó una vez.

Barry Strauss se graduó y doctoró en Historia en la Universidad de Cornell, donde actualmente es profesor de Historia y Cultura clásica. Sus obras más conocidas y traducidas son *La batalla de Salamina*, seleccionada por el *Washington Post* como una de las mejores obras literarias del 2004, y *La guerra de Troya*, ambas publicadas en esta misma colección.

BARRY STRAUSS

La guerra de Espartaco

EX LIBRIS



ARMAUIRUMQUE

Consulte nuestra página web: www.edhasa.com
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Spartacus War*

maspas e ilustraciones cedidos por Simon & Schuster para la edición española

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Jordi Sàbat

© Barry Strauss, 2009

© de la traducción: Carlos Valdés, 2010

© de la presente edición: Edhasa, 2010

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Av. Córdoba, 744, 2º piso, unidad 6
C1054A ATT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-2688-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B-33.422-2010

Impreso en España

A Josiah Ober y Adrienne Mayor

Índice

Cronología	11
Nota del autor	17
Introducción	19

FUGA

1. El gladiador	31
2. La mujer tracia	51

VENGANZA

3. Los pretores	75
4. Los guías	97
5. El estoico	119

RETIRADA

6. El diezgador	147
7. El pirata	165
8. El pescador	179

HASTA LA MUERTE

9. Las mujeres celtas	197
10. Espartaco	211
11. Los vencedores	231

Conclusión.	245
Principales protagonistas	259
Nota sobre las fuentes	263
Notas	285
Agradecimientos.	301
Índice onomástico	303

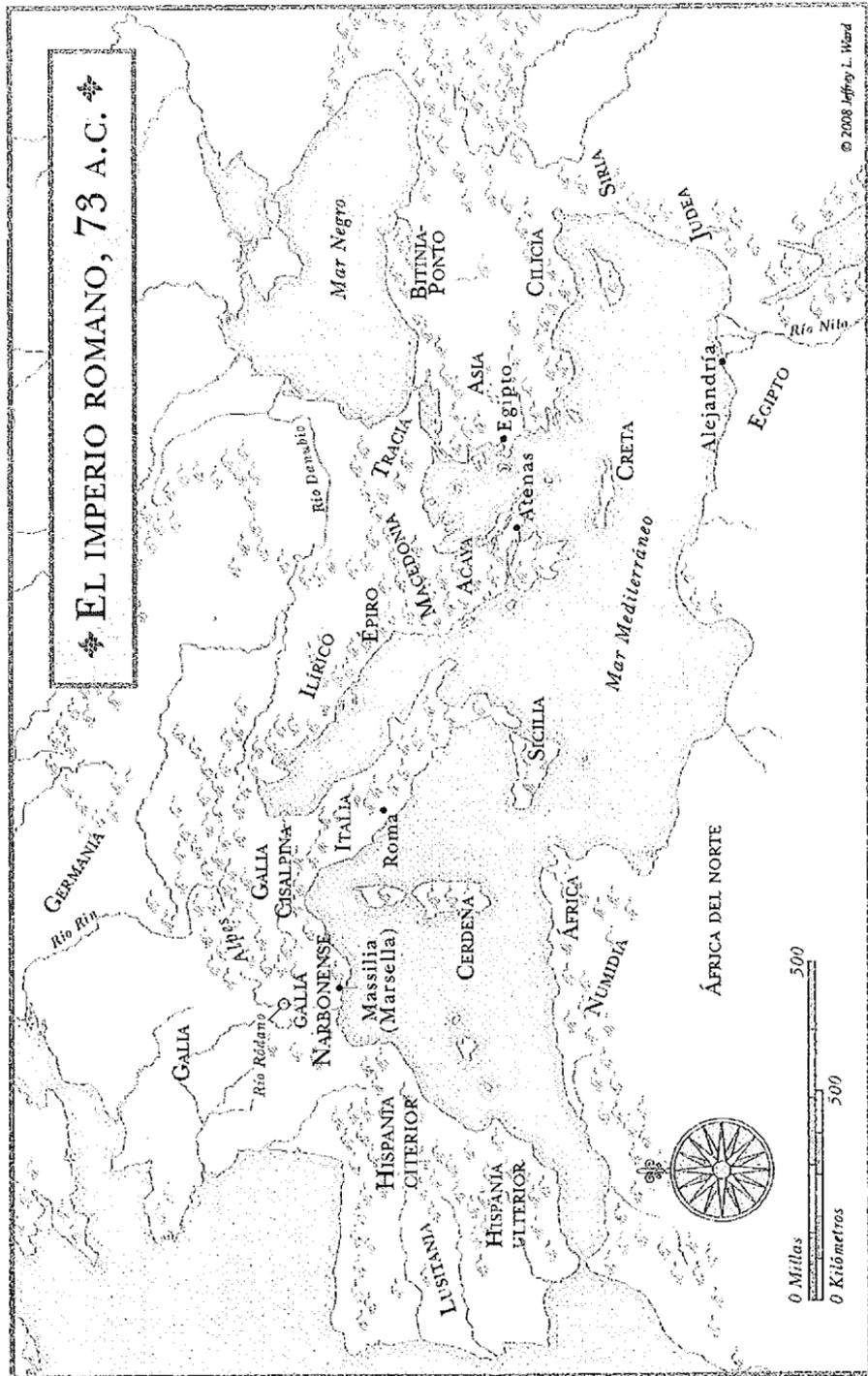
Cronología

- 135-132 a. C. Primera Guerra Servil siciliana
 - 133 Tiberio Graco intenta reformar Roma y es asesinado
- 123-122 Cayo Graco intenta reformar Roma y es asesinado
- 110-104 Guerra con Yugurta
 - 105 Cimbros y teutones aplastan a los romanos en Arausio (Orange, Francia)
- 104-100 Segunda Guerra Servil siciliana
 - 104 Revuelta de Vettio en Capua
- 102-101 Mario derrota dos veces a cimbros y teutones
- 91-88 «Guerra Social», es decir, revuelta de los aliados italianos de Roma
- 88-63 Guerras con Mitrídates
 - 88 Sila marcha sobre Roma y restaura el orden
 - 87 Mario y Cinna toman Roma y masacran a sus oponentes
 - 85 Sila ataca Tracia
 - 82 Batalla de Puerta Collina; Sila masacra a sus oponentes y se convierte en dictador
- 80-72 Revuelta de Sertorio en Hispania

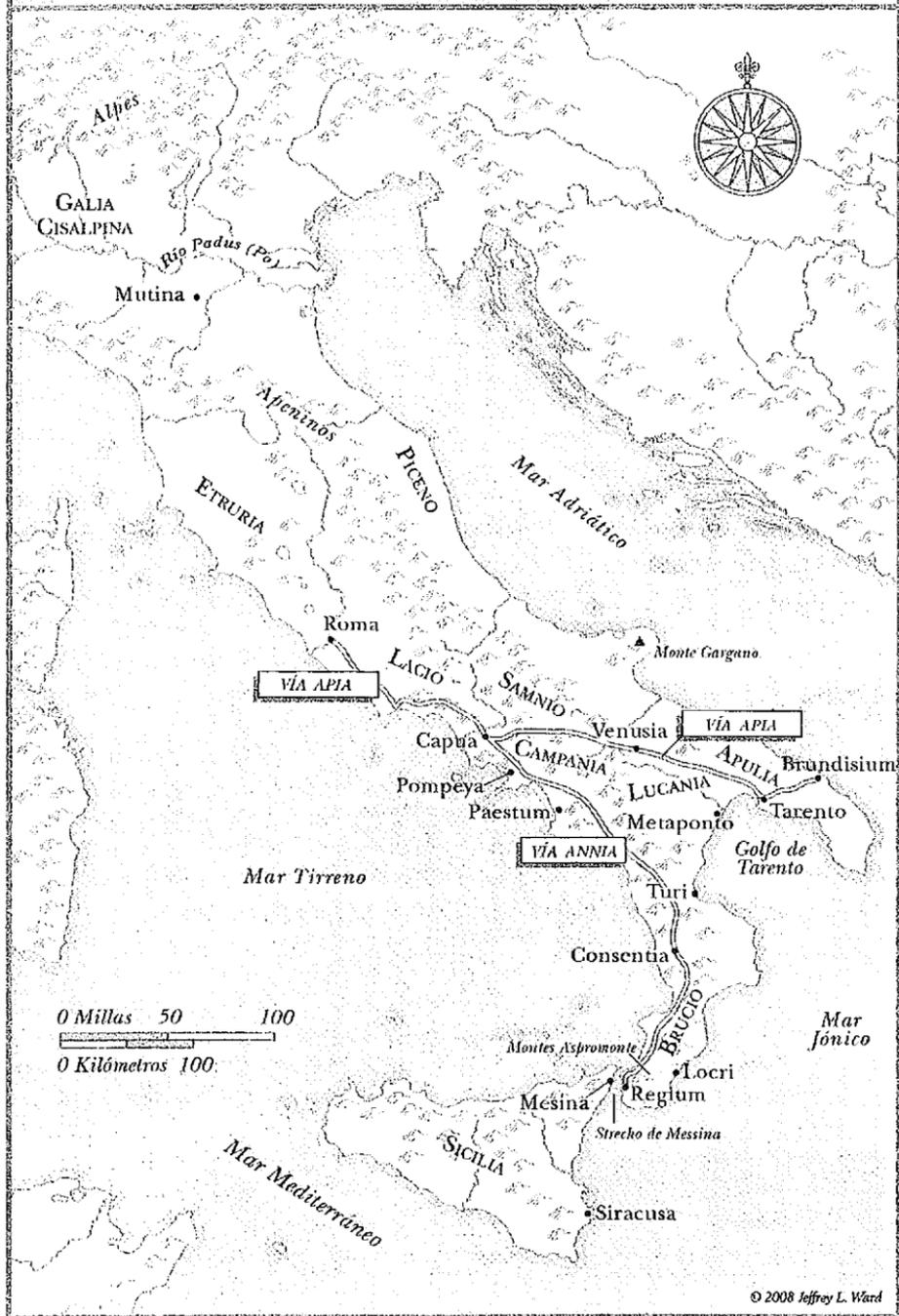
79 Muerte de Sila

- Primavera-verano del año 73 Unos gladiadores escapan de Capua, ocupan el Vesubio y derrotan a Glabro
- Verano-otoño del año 73 Sertorio es asesinado por su rival, Perperna
- Otoño del año 73 Espartaco ataca Campania y Lucania, y derrota a Varinio
- Invierno del año 73-72 Los rebeldes ocupan Turi
- Invierno-primavera del año 72 Pompeyo captura a Perperna y termina con la revuelta en Hispania
- Primavera del año 72 Los rebeldes marchan a Mutina y derrotan a los cónsules; los romanos derrotan a Criso
- Verano del año 72 Los rebeldes regresan al sur de Italia
- Otoño del año 72 Craso toma el mando, diezma una cohorte y empuja a Espartaco hacia el sur
- Enero del año 71 Espartaco negocia con unos piratas e intenta cruzar el Estrecho de Mesina
- Febrero del año 71 Espartaco escapa de la trampa de Craso
- Abril del año 71 Última batalla de Espartaco
- Mayo del año 71 Craso crucifica a seis mil rebeldes supervivientes
- Año 70 Bandas de rebeldes atacan Tempa; el 29 de diciembre Craso celebra su *ovatio*
- Año 60 Octavio aniquila los últimos restos de los seguidores de Espartaco

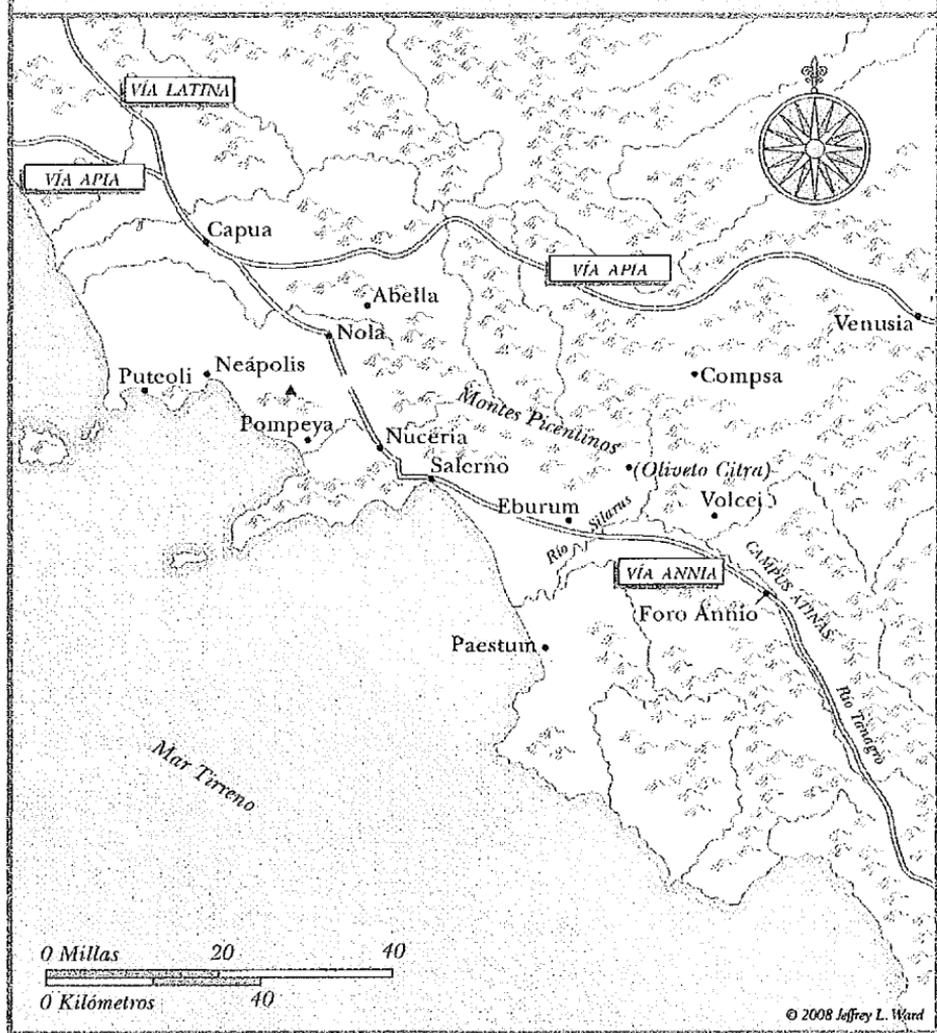
EL IMPERIO ROMANO, 73 A.C. ♦



LA ITALIA ROMANA EN TIEMPOS DE LA GUERRA DE ESPARTACO, 73-71 A.C.



CAMPANIA Y LUCANIA



Nota del autor

Todas las antiguas citas griegas y romanas las he traducido yo mismo, a menos que se indique otra cosa.

Introducción

Lucio Cosinio estaba desnudo. Senador, comandante y segundo al mando del general Publio Varinio, Cosinio solía vestir armadura y una capa roja, ceñida por una fíbula de bronce sobre el hombro derecho. Pero ahora se estaba bañando. Tomar un baño era un lujo en tiempos de guerra, un lujo al que era difícil resistirse tras dirigir la marcha de 2.000 hombres. Puede que, al acercarse al lugar, Cosinio hubiera visto los destellos del estanque en los terrenos de una villa en Salinae («Salinas», situada en una laguna costera cerca de Pompeya). A lo lejos se erguía el Vesubio, por aquel entonces un volcán aún dormido, con verdes laderas cubiertas de pinos y hayas; en sus huertos abundaban manzanas y uvas, que daban un vino bastante bueno para la mesa de un senador, y sus tierras estaban repletas de liebres, lirones y topos que los locales apreciaban como aperitivos.

En el preciso instante en que Cosinio bajaba la guardia, el enemigo se preparaba para atacar. Esclavos, gladiadores y bárbaros fugitivos eran una turbamulta en armas, pero aquel verano ya habían derrotado dos veces a Roma. Su cabecilla era tan astuto como fuerte, tan experto como frío, y pronunciaba palabras capaces de templar incluso a los hombres más apocados. Era Espartaco.

Probablemente sólo hubiese un aviso aquel día; quizás un centurión haciendo sonar la alarma o los gritos de algunos hombres. Cosinio, podemos imaginar, salió de prisa del agua y montó en su caballo antes de que su esclavo terminara siquiera de colocarle de

nuevo la capa. Aun así, los hombres de Espartaco irrumpieron con tanta rapidez en los terrenos de la villa que Cosinio sólo pudo escapar a duras penas. No ocurrió lo mismo con sus provisiones e impedimenta, de las que el enemigo se apoderó y que ahora servirían para alimentar a la fuerza rebelde.

Persiguieron a Cosinio y a sus hombres en su retirada hasta el campamento ubicado cerca de Pompeya. La mayoría de los romanos se convirtieron entonces en nuevos reclutas. Hijos de la abundancia de Italia, no tenían más que un precipitado adiestramiento para prepararlos contra unos salvajes enemigos, algunos de ellos gigantes, pelirrojos y tatuados, y crecidos por el éxito. Pese a las maldiciones y amenazas de sus centuriones, algunos de los reclutas huyeron; los demás se quedaron y fueron masacrados. Todo lo que tenían pertenecía ahora al enemigo, desde su campamento hasta sus armas y armaduras. Lucio Cosinio estaba desnudo de nuevo, pero esta vez también muerto.

Fue en el otoño del año 73 a.C. Tras varios meses de rebelión, las fortunas del Senado y el pueblo de Roma descendían hacia su punto más bajo. Una ciudad que había resistido a los aventureros etruscos, soportado una invasión gala, hecho frente a la carga de Aníbal y aguantado una guerra civil, sobrevivido a los anuales brotes de malaria y medrado hasta alcanzar un poder tal que podía considerarse la capital del mundo, se asustaba ante el avance de un gladiador fugitivo.

Lo que comenzó como una fuga de prisión de setenta y cuatro hombres, armados sólo con hachuelas de cocina y espetones, se había convertido en una revuelta de miles. Y no terminó allí: un año después, la fuerza sumaría alrededor de 60.000 soldados rebeldes. Con una cifra estimada en un millón y medio de esclavos en Italia, los rebeldes alcanzaban cerca del 4 por ciento de la población esclava. Para poner esa cifra en perspectiva, en el siglo XIX los Estados Unidos tenían alrededor de cuatro millones

de esclavos, y la rebelión de Nat Turner en 1831 tan sólo involucró a 200 de ellos.

Roma ya había presenciado rebeliones antes, si bien ésta era diferente. Las revueltas anteriores o bien habían sido relativamente pequeñas, o bien, si eran grandes, habían ocurrido lejos, en Sicilia; pero este enorme ejército había llegado a estar a una semana de marcha de Roma. Ningún extranjero había hecho tanto daño a la campiña italiana desde que Aníbal cruzó los Alpes. Las anteriores revueltas de esclavos se habían formado alrededor de místicos y cabecillas de bandas, no de gladiadores ni ex legionarios romanos. Espartaco tocaba una fibra sensible del alma romana. Ningún otro cabecilla de esclavos rebeldes fue tan recordado o tan temido. Como gladiador, Espartaco pertenecía a un grupo de hombres con licencia para matar, mejor dicho, para matarse entre ellos; los romanos sentían una morbosa fascinación por la arena, pero los gladiadores rebeldes provocaron indignación y después pavor.

Espartaco provenía de Tracia (más o menos la actual Bulgaria), área conocida entre los romanos por sus fieros luchadores y su religión extática, y por su alternancia entre la alianza y la rebelión. Como antiguo soldado aliado al servicio de Roma, Espartaco tendría que haber sido una historia más del éxito romano. En su lugar, se había convertido en el enemigo interno. La mayoría de sus seguidores, tracios, celtas y germanos, eran bárbaros a ojos de Roma. Los anteriores esclavos rebeldes venían de la civilizada Grecia oriental; con justicia o sin ella, los romanos despreciaban su destreza guerrera. Pero temían luchar contra bárbaros.

El paso del tiempo hizo que las cosas empeorasen. Cuando Espartaco comenzó su revuelta, Roma encaraba guerras mayores en los confines de su imperio. Mitrídates, rey de Asia Menor (hoy Turquía), había iniciado en el año 88 a.C. una importante guerra contra Roma que se había extendido a Grecia y a Tracia y que, después de quince años, aún tenía fuerza. Mientras tanto, en His-

pania, el general romano renegado Sertorio dirigía un gobierno secesionista cuyos líderes romanos contaban con el apoyo de un movimiento de resistencia nativo. Por último, y al mismo tiempo, frente a las costas de Creta la flota romana se esforzaba por capturar a los piratas que estaban saqueando las rutas marítimas. Al final Roma derrotaría a todos aquellos contendientes, pero en el año 73 a.C. el resultado aún era incierto.

Al explotar la propaganda con maestría, Espartaco amenazaba con ampliar su base de apoyo. Tocaba aspectos que no sólo atraían a esclavos, sino también a nacionalistas italianos y a seguidores de Mitrídates. Aunque es probable que, al final, su mensaje sólo atrajese a unos pocos hombres libres bajo su estandarte, fue suficiente para asustar a Roma.

La revuelta de esclavos de Espartaco fue la más famosa de la Antigüedad, y podría decirse que también la mayor. Fue una revuelta que subyugó a la Italia del sur, que sorprendió a Roma casi sin defensas en casa, consiguió nueve derrotas de los ejércitos romanos y mantuvo a raya durante dos años al mayor poder militar de la Antigüedad. ¿Cómo fue posible? ¿Por qué lo hicieron tan bien los rebeldes durante tanto tiempo? ¿Por qué fracasaron al final? ¿Y cómo pudo la única superpotencia del mundo consentir que semejante problema persistiera en su propio territorio?



Esta historia tenía que ser traducida a imágenes y, por supuesto, así se hizo. En 1960 apareció *Espartaco*, una película épica de Hollywood protagonizada por Kirk Douglas y dirigida por Stanley Kubrick. La película fue entonces un éxito y sobrevive como un clásico. Está basada, con cierta libertad, en una novela superventas de 1951 que escribió Howard Fast tras pasar una temporada en la cárcel por desacato al Congreso durante la era McCarthy. Co-

munista norteamericano que acabó dejando el Partido, Fast, no fue el primer comunista que admiró a Espartaco. Lenin, Stalin y el propio Marx veían en el tracio el modelo del revolucionario proletario. Los revolucionarios marxistas alemanes de 1919 llamaron a su grupo «Liga Espartaquista»; su levantamiento fallido fue legendario. El compositor soviético Aram Khachaturian compuso un ballet sobre Espartaco que le valió el premio Lenin en 1959.

También los revolucionarios no comunistas admiraron a Espartaco. Toussaint l'Ouverture, el héroe de la revolución haitiana, la única revuelta masiva de esclavos con éxito histórico, emulaba a Espartaco. Giuseppe Garibaldi, que luchó para unificar Italia, escribió el prefacio para una novela sobre el tracio. Vladimir Jabotinsky, revolucionario sionista, tradujo esa novela al hebreo. Voltaire, filósofo de la Ilustración francesa, juzgaba la rebelión de Espartaco como quizá la única guerra justa de la historia. Incluso los anticomunistas aprobaban a Espartaco: Ronald Reagan, por ejemplo, lo citaba como ejemplo de sacrificio y lucha por la libertad.¹

Pero aunque Espartaco fuese tema de leyenda, no fue un mito. Sí es, sin embargo, un enigma para nosotros. Espartaco no dejó escritos, como tampoco sus seguidores. Las antiguas narraciones que han sobrevivido provienen de escritores romanos o griegos que escribían desde el punto de vista de los vencedores. Para empeorar las cosas, pocos de esos escritos han sobrevivido, si bien no dejan ninguna duda al respecto: Espartaco fue real.

Plutarco (*ca.* 40-120 d.C.) y Apiano (*ca.* 90-160 d.C.) proporcionan los relatos más completos sobre Espartaco que se han conservado, pero son breves, tardíos (entre ciento cincuenta y doscientos años después de la revuelta) y cada uno basado en intereses personales. Aún más breve es la disertación de Floro (*ca.* 100-150 d.C.), pero sus concisas observaciones resultan muy significativas. Estos tres escritores se basaban en los importantes, pero en su mayor parte perdidos, trabajos anteriores de Salustio (86-35 a.C.) y

Livio (59 a.C.-17 d.C.). Casi nada se conserva de la disertación de Livio sobre Espartaco, aunque contamos con un valioso par de páginas del relato de Salustio sobre la guerra que merece la pena mencionar.

Otros tres contemporáneos de Espartaco comentan brevemente sus actividades: el gran orador Cicerón (106-43 a.C.), el erudito y político Varrón (116-27 a.C.) y Julio César (100-44 a.C.). Muchos otros escritores antiguos mencionaron a Espartaco a lo largo de los siglos, desde el poeta Horacio (65-8 a.C.) a san Agustín (354-430 d.C.), pero añaden poco. Incluso para los patrones de la historia antigua, los relatos sobre la rebelión de Espartaco son escasos.

Sin embargo, hay hallazgos arqueológicos, resultado de búsquedas topográficas, y experimentos de reconstrucción histórica que van desde los combates de gladiadores (sin armas auténticas, desde luego), hasta el trenzado de vástagos de vid para hacer cuerdas, tal como hicieron los hombres de Espartaco para descender del Vesubio. Monedas, frescos, proyectiles de honda y fortificaciones dan fe del recorrido de los rebeldes por la campiña italiana. Los huesos de un cementerio de gladiadores en Turquía revelan secretos de su instrucción y sugieren la agonía de sus muertes. Tumbas, santuarios y ciudades, placas y pinturas, todos nos llevan más allá de los estereotipos sobre los bárbaros de los textos griegos y romanos. Por último, la esclavitud romana cobra vida a través de pinturas en las paredes, cadenas, edificios de subastas, habitaciones y prisiones de esclavos.

La historia de Espartaco es, en primer lugar, una historia de guerra: el caso clásico de una insurgencia encabezada por un genio en tácticas de guerrilla, y de una contrainsurgencia encabezada por un poder convencional que, lenta y dolorosamente, aprendió cómo vencer al enemigo en su propio juego. *La guerra de Espartaco* es además el relato de un conflicto étnico. Espartaco era tracio, pero muchos de sus hombres eran celtas, orgullosos, independientes y

beligerantes. Las divisiones tribales convirtieron a los rebeldes en grupúsculos enfrentados que ignoraban a su jefe. La marcha por la libertad degeneró en guerra de bandas, y como sucede muy a menudo en la historia, la revolución fracasó.

La historia de Espartaco es también una historia de amor y una cruzada. Espartaco tenía una esposa o amante; su nombre no quedó registrado. Sacerdotisa de Dioniso, esta acompañante sin nombre predicaba un mensaje enardecedor. Recurría a una teología de la liberación que ya antes había encendido las primeras revueltas de esclavos en Roma y que aún atizaba la guerra antirromana que había ardido durante quince años en el Mediterráneo oriental. Espartaco tenía una misión divina.

La guerra de Espartaco es además una historia sobre política de la identidad. Rebelde enfrentado a Roma, Espartaco era más romano de lo que él mismo creía y, desde luego, más romano de lo que los romanos podían admitir. Aterrorizaba a Roma no sólo porque fuera extranjero, sino porque resultaba familiar.

Espartaco era un soldado que había servido a Roma, y puede que su comportamiento hiciera a los romanos acordarse de sus héroes. Como Marcelo, quizás el general más valeroso de Roma, ansiaba matar al comandante enemigo con sus propias manos. Como Cicerón, era un orador. Como Catón, era un hombre de gustos sencillos. Al igual que los Gracos, era partidario de compartir la riqueza con sus hombres. Como Bruto, luchaba por la libertad.

Como el romano más ambicioso de todos ellos, afirmaba tener una relación personal con un dios: al igual que César, Espartaco era un hombre con un destino. Apenas acababa de morir, y ya los hombres empezaron a soñar con el regreso de Espartaco. El Espartaco humano había sucumbido al poder de Roma; la leyenda aún podría derrocar imperios.

La guerra de Espartaco es también una historia sobre la complejidad de las revueltas de esclavos. No sabemos si quiso abolir

la esclavitud, pero, si fue así, apuntó por lo bajo. Él y sus hombres sólo liberaron a gladiadores, granjeros y pastores. Evitaron a los esclavos urbanos, un grupo más blando y elitista que los trabajadores rurales. Reunían a los esclavos no sólo al grito de libertad, sino también con alusiones al nacionalismo, a la religión, a la venganza y a la riqueza. Otra paradoja: puede que fueran libertadores, pero los rebeldes trajeron la ruina. Devastaron la Italia del sur en busca de comida y disturbios.

Al final, la historia retorna a Espartaco. ¿Quién fue? ¿Qué quiso? Nuestras respuestas deben basarse menos en lo que Espartaco decía, sobre lo que conocemos poco, que en lo que hizo. Por necesidad, debemos ser especulativos. Pero también podemos ser prudentes en nuestras especulaciones, pues los actos de Espartaco hablan en voz alta y cuadran con los patrones intemporales de insurgencias y levantamientos, como los desarrollaron los implicados en su caso.

Roma era grande, fuerte y lenta; Espartaco era pequeño, entusiasta y rápido. Roma era vieja y estaba anclada en sus costumbres; Espartaco era un innovador. Roma era pesada, mientras que Espartaco era ágil. Los romanos sufrieron gravemente por las emboscadas de este tracio, sus movimientos nocturnos, sus repentinos cambios de dirección y sus ataques en movimiento a los flancos, a los que finalmente renunciaron para retirarse estratégicamente. Insistieron en aislar a sus fuerzas y privarlas de alimento antes de querer enfrentarse en combate.

Las fuentes antiguas describen a un hombre pasional, con sed de libertad y ansias de venganza. Las acciones de Espartaco cuentan una historia diferente. No fue un impetuoso, sino más bien un hombre de emociones controladas. Espartaco fue un político que intentaba mantener unida una coalición que escapaba constantemente al control. Bien por naturaleza, bien por instrucción, fue un hombre que cuidó su imagen. Su mayor apoyo era su pro-

pio cuerpo, aunque Espartaco empleaba muchos símbolos para conformar su imagen, desde una serpiente a su caballo. El culto a la personalidad contribuyó a atraer a miles de seguidores, pero al precio de arrastrarlos al engaño de la invencibilidad.

Espartaco era tracio, y en Tracia guerrear era la profesión más honorable. El nombre «Spartacus» (equivalente latino a «Sparadakos») puede traducirse como «famoso por su lanza». Los tracios eran maestros del caballo, que los hacía rápidos, móviles y del todo diferentes a los romanos, soldados de infantería natos con poco talento para la caballería. Los tracios tenían genio para la guerra de guerrillas. Perfeccionaron la armadura ligera para los soldados de a pie y las tácticas de ataque y huida, a las que los romanos, pesadamente armados, eran vulnerables. Además, gracias a su servicio en una unidad auxiliar del ejército romano, Espartaco también había sido instruido en la guerra convencional.

Cuando se trata de los romanos, las evidencias de las que disponemos son mejores, si bien todavía limitadas. Los romanos estaban constreñidos por estrategias de contrainsurgencia ya establecidas. Tenían que localizar, aislar y erradicar a un enemigo que evitaba entrar en batalla, al tiempo que los acosaba mediante tácticas no convencionales. Conseguirlo requería lograr superarlo en inteligencia, lo que a su vez exigía el conocimiento del lugar. Aun así, si bien los romanos nunca adoptaron la estrategia de ganarse el apoyo popular, mostraron más entendimiento al tratar con los locales de lo que podríamos esperar.

Pero los romanos tenían en mente muchas más cosas que Espartaco. En el año 73 a.C., Roma era una ciudad con cicatrices. Italia era una península dividida entre Roma y sus no siempre bien dispuestos aliados. Con el paso de los siglos, Roma había conquistado la mezcolanza de pueblos de Italia, incluidos los griegos, etruscos, samnitas, lucanos y brucios. Hubo muchas tensiones y, dos décadas antes, estos últimos se habían levantado en rebelión

(91-88 a.C.). La Guerra Italiana (también llamada Guerra Social, es decir, guerra de los *socii*, término latino para «aliados») supuso tres años de sangrientas batallas y asedios antes de que Roma restaurara la paz, y sólo al precio de otorgar la ciudadanía a todos los aliados. Especialmente en el sur, algunos italianos mantuvieron su resentimiento y su obstinación. A la Guerra Italiana siguió una guerra civil entre los seguidores de Sila y los herederos de su difunto enemigo, Mario. Venció Sila y sirvió a Roma como dictador; pero tras su retiro en el año 79 y su muerte un año después, la guerra civil brotó de nuevo en el 77. Italia estaba en paz en el año 73 a.C., pero desprovista de sus legiones en el caso de que volviesen a surgir problemas: habían sido enviadas a combatir a los muchos enemigos exteriores de Roma.

La campaña italiana incluía una gran población de esclavos, que a menudo huían y que a veces se alzaban en una rebelión armada. En el año 73 a.C., la Italia romana era, en resumen, un bosque reseco en una ola de calor estival. Espartaco encendió la yesca.

FUGA

Capítulo 1

El gladiador

Espartaco era un gladiador de peso pesado, de los denominados *murmillo*.¹ Este hombre «de fuerza y temple enormes», como rezan las fuentes, tenía unos treinta años.² Los *murmillones* eran hombres grandes que en la arena portaban entre dieciséis y dieciocho kilos entre armas y armadura. Luchaban descalzos y con el pecho descubierto, dejando lo más a la vista posible los tatuajes con que los tracios como Espartaco embellecían orgullosos sus cuerpos. Todos los *murmillones* llevaba un casco de bronce, un taparrabos sujeto por un cinturón y varias protecciones para brazos y piernas. Portaban un gran escudo rectangular (*scutum*), y blandían una espada de hoja ancha y recta, de unos 45 centímetros de largo, llamada *gladius*; era la clásica arma del gladiador. Era también el arma típica de un legionario romano.

Aunque nada sabemos del historial de Espartaco en la arena, podemos imaginarlo enzarzado en combate una tarde cualquiera. Tan aficionados eran los romanos a los juegos, que han dejado montones de evidencias sobre éstos, y reconstrucciones históricas recientes mejoran la escena. Sabemos, por ejemplo, que Espartaco habría luchado sólo contra un hombre cada vez, pese a las imágenes de luchas en masa de Hollywood. Los gladiadores reales luchaban en parejas, escogidas cuidadosamente para ofrecer una contienda apasionante, aunque sin larga vida para los contendientes.

Un *murmillo* como Espartaco nunca luchaba contra otro *murmillo*; en vez de eso, solía enfrentarse a un *thraex*. *Thraex* significa «tracio», si bien Espartaco no representaba a su país en la arena: quizá su amo temiese despertar el orgullo nacional de su esclavo. El *thraex* era también un peso pesado, pero tenía que ser más rápido y ágil. Sus armas y su armadura eran parecidas a las del *murmillo*, pero el *thraex* llevaba un escudo pequeño (*parmula*) que lo hacía más ligero y le permitía una mayor movilidad. El *thraex* también blandía una espada curva (*sica*), como la que usaban los tracios en la batalla.

Los enfrentamientos de gladiadores solían comenzar con un calentamiento con armas de madera. Después entraban los «hierros afilados» y se probaban para asegurarse de que cortaban como cuchillas.³ Entre tanto, Espartaco y su oponente se preparaban para morir, pero sin saludar al patrocinador de los juegos. El famoso grito de «¡Los que van a morir te saludan!» fue, por lo que sabemos, una excepción poco frecuente y más tardía. En su lugar, el enfrentamiento solía comenzar con una señal de la *tibia*, un instrumento de viento parecido al oboe.

La contienda se desarrollaba con una combinación de elegancia y brutalidad. Los gladiadores atacaban, pero pocas veces hacían chocar sus espadas, pues las hojas eran demasiado cortas. En vez de eso, lanzaban estocadas y se protegían con sus escudos, empujando a su oponente hacia atrás, haciendo que avanzara o, con el escudo colocado horizontalmente, golpeándolo con el borde de éste. El estruendoso golpear de los escudos, más que el choque metálico de las espadas, era lo que destacaba en el sonido del combate.

Con su *scutum* de siete kilos, un fuerte *murmillo* podía golpear con más fuerza, pero un rápido *thraex* podía asestar más golpes en veloz sucesión con su *parmula* de tres kilos. A sabiendas del daño que podía causar la espada curva del *thraex*, Espartaco protegía su flanco. Lo más probable es que intentara mantener la batalla en un eje vertical, adelantando constantemente su hombro y su pier-

na izquierdos, privando así a su enemigo de un descubierto en el flanco, al mismo tiempo que mantenía la presión. Sostenía su escudo cerca del cuerpo para evitar que el *thraex* lo golpeará con su *parmula* y lo desequilibrara. De vez en cuando, Espartaco adelantaría su escudo en un golpe repentino y poderoso para que el *thraex* perdiera el equilibrio.

Mientras tanto, y privado del flanco de Espartaco, el *thraex* podía esquivar y arremeter contra la desprotegida pierna derecha de Espartaco. Incluso podría haber intentado el movimiento más difícil de saltar, describiendo un arco con su brazo derecho por encima del borde del escudo de Espartaco, y darle una estocada con su curvada *sica*. Sin embargo, si estas letales maniobras hubieran fallado, habrían ofrecido a Espartaco una inesperada apertura. El movimiento inteligente para éste habría sido amagar, tentando de esta forma al *thraex* a que le lanzara una estocada, para encontrar a Espartaco listo para protegerse y asestar una respuesta mortal.

Durante una lucha, muy a menudo un golpe sesgado llegaba a su destino y dejaba a un hombre sangrando, pero sin heridas de gravedad. Cargado de adrenalina, tendría que seguir luchando, por muy magullado, cansado y sudoroso que estuviera, y continuar al mismo tiempo pensando con frialdad, cambiando siempre sus tácticas. Aunque, al parecer, la mayoría de los encuentros sólo duraban entre diez y quince minutos, no existía límite de tiempo; el combate continuaba hasta que un hombre vencía. Mientras, cada luchador tenía que abstraer su mente de los ruidos de la multitud y de los instrumentos de metal que acompañaban la contienda, y concentrarse exclusivamente en el combate. Además, tenía que intentar mantener las reglas en mente de alguna manera. No todo era válido en los encuentros de gladiadores. Un árbitro (*summa rudis*) y su asistente (*secunda rudis*) hacían valer el reglamento. La regla más importante para un luchador era apartarse después de haber herido a un oponente.

Imaginemos que Espartaco había desestabilizado a su oponente, le había arrancado el escudo de la mano con un golpe y le había herido en el brazo. Entonces, tendría que separarse del hombre herido. Acabar o no con el *thraex* no dependía de un gladiador o de un árbitro: era decisión del productor de los juegos (*editor*).

El productor, a su vez, solía preguntar al público. La decisión acerca de un luchador caído era el momento de la verdad. Si a la multitud le gustaba el gladiador vencido y consideraba que había luchado bien, exigiría que se le dejara marchar. Pero si pensaban que el perdedor merecía morir, no se reprimirían a la hora de gritar: «¡Mátalo!». Hacían un gesto con sus pulgares, pero era el contrario del que creemos hoy: los pulgares hacia arriba significaban la muerte.

En ese caso, se esperaba que el perdedor se arrodillara (si sus heridas se lo permitían) mientras el vencedor asestaba el golpe de gracia. En el momento en que el perdedor «encajaba el hierro», como se solía decir, la multitud gritaría: «¡Lo encajó!». El cadáver era transportado en una camilla a la funeraria. Allí era degollado como medida de precaución contra las derrotas amañadas. A continuación, lo enterraban.

Mientras tanto, Espartaco subiría a la plataforma del ganador para recibir sus premios: una suma de dinero y una rama de palma. Aun siendo esclavo, se le permitía conservar el dinero. Tras descender del podio, agitaría la rama de palma alrededor de la arena mientras la recorría, corriendo la vuelta de la victoria, y recibiría la aprobación de la multitud.

Era una insólita escuela para la revolución: luchas como ésta templaron la sangre de los hombres que empezarían la revuelta de esclavos más salvaje del mundo antiguo.

Espartaco vivió y se instruyó en las barracas de gladiadores que poseía Cneo Cornelio Léntulo Vatia. Vatia era un *lanista*, un empresario que compraba y entrenaba a hombres que después alquilaba a los productores de los juegos de gladiadores. El negocio de Vatia estaba situado en la ciudad de Capua, asentada a unos 24 kilómetros al norte de Nápoles.⁴ Se trata de una parte de Italia famosa por su clima, aunque no parece probable que Espartaco disfrutara de sus trescientos días de sol al año.

El tracio había llegado a Capua desde Roma, es posible que a pie, con certeza encadenado y es probable que enganchado a los hombres que iban con él. En Roma había sido vendido como esclavo a Vatia. Imaginemos una escena como la de la venta de esclavos esculpida en una lápida de Capua en el siglo I a.C., que posiblemente indicara la tumba de un comerciante de esclavos.⁵ El esclavo está de pie en un pedestal, o algo más parecido a una tarima de madera para subastas, desnudo excepto por un taparrabos, práctica común en los mercados de esclavos romanos. También era común marcar con tiza los pies del esclavo. Barbudo y ancho de hombros, con sus largos brazos colgando a los lados, el esclavo del bajorrelieve parece adecuado para el trabajo duro. Y el artista utiliza la desproporción en los tamaños para sugerir desigualdad de poder, pues hace al esclavo más pequeño que los libertos que tiene a ambos lados.

Puede que la primera visión de Capua para Espartaco no fuera ni sus murallas ni sus templos, sino su anfiteatro. El edificio se alzaba fuera de las murallas de la ciudad y justo al noroeste de ellas, junto a la Vía Apia. La estructura tenía la forma chata y austera que correspondía a lo que era, uno de los primeros anfiteatros de piedra de Italia. Construido durante la República tardía, habría proporcionado a Espartaco su primera impresión de la ciudad.

La mayor parte de la vida del tracio había transcurrido en los despejados llanos y las ventosas colinas de los Balcanes, pero ahora

su marco de referencia no era más amplio que los muros del establecimiento de Vatia, con ocasionales vislumbres de Capua. La ciudad y el negocio tenían mucho en común. Ninguno de los dos era respetable a ojos de Roma, y ambos dependían del trabajo esclavo. En ocasiones, los dos ofrecían una posibilidad de mejorar a los esclavos; pero había una diferencia: fuera de casa de Vatia, la posibilidad a veces conducía a la libertad, pero dentro solía conducir a la muerte.

Espartaco había seguido un largo camino hacia Capua. En su Tracia natal, el joven Espartaco había servido en una unidad aliada del ejército romano.⁶ Los romanos llamaban a estas unidades *auxilia* (literalmente «los auxilios») y a sus hombres los llamaban auxiliares. Estas unidades estaban separadas de las legiones, reservadas a los ciudadanos romanos. Si bien no eran legionarios, los auxiliares alcanzaban a ver la disciplina militar romana. El posterior éxito militar de Espartaco resulta más fácil de entender si recordamos que había conocido de primera mano cómo funcionaba el ejército romano.

Como auxiliar, es probable que Espartaco fuera representante de un pueblo conquistado que prestaba su servicio militar a Roma; es decir, probablemente fue más un recluta que un mercenario. Como rebelde, puede que demostrara visión de mando, lo que podría sugerir que hubiera sido oficial bajo mando romano. Lo más seguro es que fuera un jinete.

Casi todos los jinetes de Roma eran auxiliares. No había jinetes más fieros que los tracios. El Segundo Libro de Macabeos (incluido en algunas versiones de la Biblia) ofrece una poderosa imagen de un tracio a caballo: un mercenario que se abalanza sobre un robusto jinete judío llamado Dositeo, y le corta el brazo.⁷ El tracio sin nombre salvaba de esta manera a su comandante, Gorgias, a quien Dositeo había agarrado por la capa. Ocurrió aquello en el año 163 a.C. En el 130 a.C., un jinete tracio decapitaba a un

general romano con un solo golpe de su espada. Cincuenta años después, los romanos aún se estremecían al pensarlo.

De acuerdo con un escritor, Espartaco desertó después y se convirtió en lo que los romanos llamaban un *latro*.⁸ La palabra significa «ladrón», «bandido» o «salteador de caminos», pero también «guerrillero» o «insurgente»: los romanos empleaban la misma palabra para todos estos conceptos. Sólo podemos suponer los motivos de Espartaco. Quizá, como muchos tracios, había decidido unirse a la guerra de Mitrídates contra Roma; quizá sufriese una ofensa personal; quizá se había entregado a una vida de crimen. Tampoco sabemos dónde desertó, si fue en Tracia, en Macedonia o incluso en Italia. En cualquier caso, después de su etapa como *latro*, Espartaco fue capturado, esclavizado y condenado a ser gladiador.

En principio, Roma reservaba el estatus de gladiador sólo para los criminales más duros. Fuera lo que fuese lo que hubiera hecho Espartaco, según los estándares romanos no merecía castigo tan severo. Según sabemos nada menos que por Varrón, escritor romano en la flor de su vida en época de la guerra de los gladiadores, el tracio era inocente.⁹ Saber que no tenía culpa avivaría el fuego de su rebelión. De cualquier forma, Espartaco se había convertido en propiedad de Vatia. El siguiente y posiblemente último acto de la vida del tracio estaba a punto de empezar.

Capua era conocida por sus rosas, sus mataderos y sus gladiadores. Era grande y rica, y estaba castrada políticamente. En el año 216, durante las guerras con Cartago, Capua había traicionado su alianza con Roma en favor de Aníbal, el más grande de los generales de Cartago. Después de que los romanos reconquistaran Capua en el año 211 a.C., castigaron a la ciudad privándola de autogobierno y sometiéndola a un gobernador romano.

Sin embargo, Capua había resurgido, más rica que nunca. La ciudad era un centro de producción metalúrgica y de textiles. Era también la capital del perfume y de la medicina de Italia, así como

productora de grano y mercado de la carne de Roma, pues proporcionaba cerdo y cordero a la capital. Capua está situada a los pies de una escarpadura de los Apeninos, la accidentada y montañosa espina dorsal de Italia. Hacia el sur, se extiende una meseta llana, cálida y neblinosa en verano, cuando los campos están pardos, y lluviosa y brillante en invierno, cuando los campos están verdes. Una de las tierras más fértiles de Europa, era conocida como *Campania Felix*, «Campania Afortunada».

Afortunada, sí, excepto desde el punto de vista de sus trabajadores. Capua era en gran parte una ciudad de esclavos, tanto nativos como importados. El número de esclavos hacía que Capua difiriese en grado, no en clase, del resto de Italia. Los ciento veinticinco años de expansión romana después del año 200 a.C. habían inundado Italia de mano de obra privada de libertad. En tiempos de Espartaco, se estima que había un millón y medio de esclavos en la Península, puede que cerca del 20 por ciento de la población de Italia.

Fue el apogeo de la explotación en el mundo antiguo, el cenit de la miseria y el nadir de la libertad. También fue una era de grandes concentraciones de esclavos, muchos de ellos nacidos en libertad, algunos ex soldados; de amos ausentes y de escasa o ninguna fuerza policial. Añádase a esto la libertad concedida a determinados esclavos para viajar e incluso portar armas. Por último, considérense los muchos posibles refugios que proporcionaban las montañas cercanas. No fue accidental que, en un periodo de sesenta años, en Sicilia y la Italia del sur estallaran tres de los levantamientos de esclavos más grandes de la historia: primero, dos revueltas separadas en Sicilia (135-132 a.C., 104-100 a.C.), y después la rebelión de Espartaco.

En la campiña, masas de esclavos trabajaban en granjas, a menudo encadenados y con frecuencia encerrados para pasar la noche en barracones similares a campos de concentración. A otros,

empleados como pastores, se les dejaba que se las arreglaran por sí mismos o que murieran de hambre. Mientras tanto, en la ciudad los esclavos trabajaban en todo tipo de profesiones, desde el comercio a la escuela o la cocina. En Capua incluso había esclavos para recaudar el impuesto del 5 por ciento que debían pagar otros esclavos cuando se ganaban su libertad. Unos pocos afortunados conseguían la libertad y algunos prosperaban; algunos incluso entraban en el negocio de los esclavos, dando la espalda a sus humildes orígenes. A un liberto de Capua, por ejemplo, no le importó enriquecerse confeccionando las bastas capas de lana que se repartían a los esclavos del campo; es decir, que se repartían una vez al año.

Ordinaria y voraz, Capua estaba destinada a convertirse en el centro de los juegos de gladiadores. El clima soleado de la ciudad se consideraba el ideal para entrenar a los luchadores. De ahí que los empresarios romanos vinieran en busca de talentos. El mismo Julio César poseería una escuela de gladiadores en Capua.

Y sin embargo, en el año 73 a.C. no era Capua sino Roma —la capital— la que presentaba con mucho los más grandes juegos de gladiadores de Italia. No obstante, la precavida élite de Roma se negaba a admitir que los gladiadores fueran alojados allí. Violentos y peligrosos, los gladiadores hubieran sido zorros en el gallinero romano. Era más seguro mantenerlos fuera de la capital. Capua era ideal: a sólo 200 kilómetros, estaba conectada a Roma por la calzada más famosa del mundo, la Vía Apia, así como por otro gran camino, la Vía Latina.

Después de viajar por una de aquellas calzadas, puede que antes incluso, en el grupo de encadenados, Espartaco fue presentado a sus nuevos compañeros. Formaban un grupo variopinto. Casi todos eran esclavos, bien de nacimiento, bien por detención civil y venta, o bien como resultado de haber sido hechos prisioneros de guerra. Muchos eran tracios. Tracia proporcionaba a Roma un continuo flujo de esclavos gracias a las interminables guerras con

la fronteriza provincia romana de Macedonia, y gracias también a la ardorosa pasión de los tracios por la guerra.

Los tracios amaban la caza, la bebida y la lucha. Eran camorristas natos de reputada brutalidad. Los jinetes tracios, por ejemplo, lucharon «como bestias salvajes que hubieran permanecido mucho tiempo enjauladas y hubieran sido puestas después en libertad» cuando derrotaron a los romanos en una escaramuza en Calínico, en el año 171 a.C.¹⁰ Regresaron a su campamento cantando y llevando ensartadas en sus lanzas las cabezas cortadas de sus enemigos.

Otro pueblo del mundo romano que buscaba pelea de forma similar eran los celtas. Los celtas «están del todo enloquecidos por la guerra —dice el escritor romano Estrabón—. Son entusiastas y enseguida buscan pelea».¹¹ Y los celtas constituían el segundo gran grupo de los gladiadores de Vatia. Las fuentes los llaman galos, y seguramente algunos de ellos provendrían de la Galia, o lo que es la moderna Francia. Podrían haber sido hechos prisioneros en alguna de las breves operaciones militares romanas en la Galia de las décadas de los años 80 y 70 a.C. Incluso puede que fueran hijos de los prisioneros de guerra capturados en las grandes victorias de Mario en Occidente en los años 102 y 101 a.C. Pero la mayoría probablemente habrían sido vendidos por civiles como esclavos: el precio de un esclavo galo era tan bajo como el de un ánfora (una jarra grande) de vino.¹² En el siglo I a.C., los romanos exportaron una cantidad estimada en 40 millones de ánforas de vino (unos 10 millones de litros) a la Galia, y quizá recibieran en pago cerca de 15.000 esclavos al año.¹³

Pero puede que algunos de los celtas de Vatia hubieran llegado de los Balcanes, núcleo de población celta y escenario de guerras contra Roma en las décadas de los años 80 y 70 a.C., y por tanto rica fuente de esclavos. Por ejemplo, los escordiscos vivían en las llanuras al sur del Danubio, en lo que hoy es la Serbia nororien-

tal, y eran celtas que se habían mezclado con tracios e ilirios, otro beligerante pueblo de los antiguos Balcanes.

Si Vatia y sus representantes habían comprado escordiscos, habían elegido a los celtas equivocados. Tracios y escordiscos compartían una frontera y el odio hacia Roma. En el año 88 a.C., los escordiscos y muchos tracios apoyaron a Mitrídates en su revuelta contra Roma.¹⁴ Un ejército conjunto de tracios y escordiscos invadió la provincia romana de Grecia en una seria incursión; ambos pueblos sufrieron después las expediciones punitivas romanas.

Probablemente, deberíamos añadir un grupo de germanos a la mezcla de gladiadores de la casa de Vatia. Los germanos también desempeñaron un papel destacado como soldados de Espartaco. Muchos de los esclavos de Italia eran germanos o hijos de germanos que, como los celtas, habían sido capturados en gran número por Mario treinta años antes; otros habían sido vendidos como esclavos por civiles. Además, en el año 73 a.C. no había una distinción clara entre celtas y germanos: los límites eran difusos. En cualquier caso, tanto los escritores grecorromanos como los arqueólogos coinciden en que los antiguos pobladores de lo que hoy es Alemania eran belicosos, como celtas y tracios. «La paz desagradada a la nación [de éstos]», escribió el historiador romano Tácito, quien mantuvo que la economía germánica se basaba en la guerra y el pillaje.¹⁵ No oímos hablar de germanos hasta que la revuelta de Espartaco se extiende, pero quizás unos pocos de los gladiadores de Vatia fueran germanos.

Puede que otros grupos étnicos de los alrededores del imperio contribuyeran con hombres a la empresa de Vatia. Anatolia y la región del mar Negro proporcionaban a Roma muchos esclavos, y es posible que el establecimiento de Vatia incluyera a representantes de aquellas tierras. Pero un último grupo importante y que hay que tener en cuenta no era en absoluto extranjero: los italianos libres, incluso ciudadanos romanos. Ciudadanos pobres y ri-

cos se prestaban voluntariamente como gladiadores, ya fuera por desesperación o aburrimiento, ya por buscar aventura. En el siglo I a.C. esas inmersiones en los bajos fondos italianos ya se habían puesto de moda.

Así llegamos a los doscientos o más esclavos propiedad de Vatia: tracios y celtas con una probable mezcla de germanos, italianos y otros. Los compañeros de Espartaco eran un grupo multiétnico. Esto no era accidental. Los autores romanos aconsejaban la mezcla de nacionalidades como medida disuasoria contra la solidaridad. Reconocían la grave peligrosidad de un negocio que armaba a esclavos.

Sorprendentemente, los romanos llamaban juego (en latín, *ludus*) a una empresa de gladiadores. *Ludus* se traduce también como «escuela», y de hecho formaba a principiantes, aunque, con escasas excepciones, no había graduados. La mayoría de gladiadores vivía y moría en el *ludus* donde empezaba.

Los romanos también describían el *ludus* como familia u hogar. Como en cualquier hogar, el *ludus* atendía las necesidades básicas de comida y refugio, pero también ofrecía cuidados médicos. Los gladiadores tenían limitado el consumo de vino y seguían una dieta alta en carbohidratos, con muchas gachas de cebada. Así como a los luchadores de sumo, se les animaba a que acumularan grasa en la cintura, en su caso como capa protectora frente a las heridas. Los gladiadores, como si fueran purasangres mimados, comían bien. «¡Decid a vuestros amos que alimenten a sus esclavos!», fue el severo consejo de un bandido de dentro del Imperio Romano para que los romanos pudieran acabar con el crimen.¹⁶ Llovería sobre mojado si hubiera predicado a los *lanistae*, pues éstos tenían que tratar bien a sus gladiadores si querían tener éxito.

Pero un *ludus* era también un conjunto de barracones y una prisión. Los gladiadores no eran libres para ir y venir a placer. La mejor evidencia proviene de Pompeya, donde se han excavado dos

ludi de diferentes períodos, ambos situados a las afueras de la ciudad.¹⁷ El *ludus* más antiguo era casi una fortaleza, aislado por un paseo elevado y en declive y con escalones adicionales, que elevaba el interior a unos buenos 10 metros sobre el nivel de la calle; todo esto era infrecuente en Pompeya. Dentro se hallaron otras medidas de seguridad: una puerta extra y un patio cerrado. El segundo *ludus* de Pompeya, más tardío, era más abierto, pero contenía una pequeña cárcel completada con cepos de hierro, y puede que también tuviera un puesto de vigilancia.

Es probable que el *ludus* de Vatia hubiera sido construido en torno a un patio interior, rodeado por columnas estucadas que estarían a su vez cubiertas de pintadas, como estos de Pompeya: Celado se anuncia a sí mismo como «aquél por el que suspiran las chicas». Floro informa de que venció el 28 de julio en Nuceria y el 15 de agosto en Herculano, ambas ciudades cercanas. Jesús (*sic*) dice, con un juego de palabras, que el *murmillo* Lucio Asicio apesta a salsa barata para pescado (*muriola*) y es tan flojo como una bebida para señoras (llamada también *muriola*). Unos gladiadores apuntan el nombre de su amo, mientras que el gladiador Samo, que luchó tanto de *murmillo* como a caballo, dice simplemente que «vive aquí». Los gladiadores Asicio, Auriolo, Heractino, Filippo y el «pavoroso» Amaranto rascaron sus nombres y categorías en el blanco estuco.

Ludus podía significar «juego», pero la vida allí se tomaba en serio. Un nuevo recluta hacía el juramento más sagrado que se podía imaginar, y el más terrible: juraba que sería «quemado» (quizá tatuado, pues los tatuajes eran marca de esclavitud), encadenado, golpeado y muerto por arma de hierro. Se trataba, dice el escritor romano Séneca, de una promesa de morir «en pie e invencible», puesto que encarar la muerte con calma era la cima del arte de los gladiadores.¹⁸ Tras hacer su juramento, el gladiador seguía entonces un programa de entrenamiento que era, a su modo, tan casto y estricto como el de un espartano.

Los gladiadores desempeñaban un papel tan importante en la cultura romana que recibían, con mucho, mejor trato que los esclavos normales. No es que los romanos mantuviesen una actitud positiva respecto a los gladiadores. Más bien los consideraban tanto buenos como malos. Ser obligado a convertirse en gladiador era degradante; hacerse gladiador por voluntad propia era depravado; alcanzar destreza como gladiador era peligroso, pero morir como uno era algo sublime.

Los gladiadores no tenían amigos. Tenían aliados, rivales, jefes, parásitos, protegidos, espías, sustitutos y traidores. El nuevo gladiador aprendía en quién confiar y a quién vigilar, quién le cubriría las espaldas y quién le robaría su comida. Enseguida se hacía una idea de los hombres: el fuerte, el ágil, el duro, el despiadado; el débil, el torpe, el blando y el de buen corazón. Surgiría un orden jerárquico de cabecillas y seguidores, tan brutal y con tanta conciencia del estatus como en cualquier prisión. Una noche, un hombre compartía la comida anterior a un combate con sus camaradas; al día siguiente, mataba a su compañero de mesa y, poco después, encargaba la lápida de la víctima.

Quizás algunos gladiadores desertaran porque la vida en el *ludus* era dura, pero para los estándares romanos la vida allí no era especialmente severa. La disciplina en las legiones romanas, por ejemplo, podía llegar a ser casi igual de estricta. A diferencia de los gladiadores, los soldados no podían ser torturados, pero se enfrentaban a severos castigos por crímenes que iban desde el robo y las relaciones homosexuales a la pérdida de armas y el incumplimiento de la vigilancia nocturna. Entre los castigos, se incluían recibir latigazos y ser apaleados hasta la muerte.

Puede que a algunos de los esclavos de Vatia incluso les gustara la disciplina. Difícilmente podían haber pensado en las recompensas. Los gladiadores victoriosos alcanzaban gloria, dinero, celebridad y sexo, que era más de lo que otros esclavos podían esperar.

Y aun así, 200 esclavos decidieron escapar del *ludus* de Vatia. Según los patrones de la esclavitud romana, los gladiadores eran privilegiados. Aunque resultaba irónico que, entre toda la gente, fueran ellos quienes encendieran la chispa del levantamiento de esclavos, también era típico. A lo largo de la historia, los esclavos privilegiados a menudo han encabezado las revueltas, quizá porque han tenido grandes esperanzas. ¿Se rebelaron los gladiadores porque Vatia les había apretado las tuercas? Puede ser, o tal vez fuese la suya una revolución de expectativas crecientes.

Hollywood hizo que uno de los instructores de Vatia fuese especialmente brutal, pero no sabemos casi nada de Vatia, y menos aún sobre sus instructores. Incluso el nombre de Vatia es incierto, pues las fuentes también lo llaman Léntulo Batiato o Cneo Léntulo. Según una posible teoría, «Batiato» es un error; en realidad él era Cneo Cornelio Léntulo Vatia, ciudadano romano de una familia rica y noble conocido por haber tenido gladiadores en propiedad en Capua. Este hombre era tan burdo e insensible como para que no le preocupara tener una profesión (propietario de una escuela de gladiadores, *lanista* en latín) que los romanos comparaban con la de carnicero (*lanius*) o el proxeneta (*leno*). Puede que mantuviera las distancias y dejara la gestión de su *ludus* a otros, mientras él permanecía en Roma. Quizá ni siquiera conociese a Espartaco antes de la revuelta; ¿quién sabe?

De acuerdo con un autor antiguo, los gladiadores decidieron «correr el riesgo de la libertad en lugar de ser expuestos ante los espectadores». ¹⁹ Resultaba humillante tener que luchar hasta la muerte para entretener al público romano. Cierta grandeza del alma vertebró toda la historia de Espartaco, desde Capua hasta su última batalla. Un escritor antiguo dice que Espartaco era «más considerado y digno que sus circunstancias, más griego que su raza». ²⁰ Otro cuenta que Espartaco contó con el apoyo de una élite de unos pocos hombres prudentes y de espíritu libre; en una palabra, los nobles. ²¹

Existe la posibilidad de que el propio Espartaco fuese aristócrata de nacimiento. Esto sería la punta del iceberg: el nombre de Espartaco se encuentra en una familia real tracia; fuentes antiguas dicen que había unos pocos «nobles» entre los insurgentes, lo que probablemente signifique esclavos nobles de nacimiento o descendientes de nobles; dos escritores romanos de la época admiraban a Espartaco, algo que hubiera sido más fácil para ellos si él fuese «patricio».²² Incluso entre los gladiadores, el atractivo de un nombre noble pudo haber ayudado al tracio a ganar seguidores.

Al mismo tiempo que Espartaco y sus aliados reunían apoyo para la revuelta, puede que hablaran de beneficios y venganza tanto como de libertad y honor. Puede que también entendieran que era el momento. Quizá se dieran cuenta de que, en Oriente, Mitrídates aún levantaba la antorcha de la resistencia a Roma, y que la revuelta de Sertorio seguía ardiendo en Occidente. Y puede que supieran de algunas de las anteriores rebeliones de esclavos contra Roma: hubo una docena de levantamientos en Italia durante el siglo II a.C., dos levantamientos masivos en Sicilia (135-132, 104-100) y una coalición antirromana de esclavos y hombres libres en el oeste de Asia Menor entre los años 132 y 129 a.C. Cuando en el año 88 a.C. Mitrídates alentó una masacre de romanos e italianos en Asia Menor occidental, ofreció la libertad a cualquier esclavo que matara a su amo o informara sobre él. Con tanta revuelta en el ambiente, únicamente un ermitaño podría haber permanecido en la ignorancia.

Sólo treinta años antes, los esclavos de Capua se habían alzado en rebeldía, y por dos veces. Quizá los ancianos de la ciudad hablaban todavía de aquello. En torno al año 104, doscientos esclavos se rebelaron en Capua y fueron aplastados rápidamente; no sobreviven otros detalles. Otra revuelta en Capua, en el año 104, fue más grave. Tito Minucio Vettio, un romano joven y rico enamorado de una esclava pero abrumado por las deudas, se alzó en una revuelta

desde las tierras de su padre a las afueras de Capua. Formó un ejército de 3.500 esclavos, armados y organizados en centurias como en una legión romana. El Senado romano tomó en serio la amenaza. Encargaron a Lucio Licinio Lúculo que restaurara el orden; éste era un pretor, alto funcionario público, combinación de presidente de tribunal y teniente general. Lúculo formó un ejército de cuatro mil soldados de infantería y cuatrocientos de caballería, si bien venció a Vettio mediante la astucia, no por la fuerza bruta. Lúculo ofreció inmunidad al general de Vettio Apolonio (el nombre sugiere que era esclavo o liberto), que se convirtió en un traidor. El resultado fue que los rebeldes, Vettio incluido, se suicidaron en masa.

El levantamiento fracasó, pero supuso una lección alentadora para los insurgentes. Los esclavos podían formar un ejército, y uno que estuviera bien organizado y bien armado. Roma quedó tan impresionada, que empleó la traición en vez de atacar a los rebeldes de frente. También resultaba llamativo que las fuerzas romanas apenas superaban en número a los esclavos. Quizá Roma no envió más tropas porque no podía enviarlas. En el año 104 a.C., el ejército romano estaba dedicado a otros asuntos.

El año anterior, 105, un ejército de germanos en migración y sus aliados celtas habían humillado a las legiones en la batalla de Arausio (la actual Orange) al sur de Francia, y habían matado a miles de soldados romanos. Hasta el año 101 no derrotaron finalmente a aquellos germanos y celtas. Por lo tanto, las dos revueltas de Capua en torno a 104 desafiaron a un régimen que tenía ya bastantes problemas.

Ahora, en el año 73 a.C., las legiones estaban fuera combatiendo a Sertorio y a Mitrídates. En la patria casi no existían fuerzas policiales. Un nuevo levantamiento podría tener éxito donde había fracasado el anterior. Reconocían la oportunidad, pero puede que algo más básico haya inspirado la rebelión: el instinto de supervivencia.

La esperanza de vida de un gladiador era corta. La mejor prueba proviene de un cementerio en Éfeso, Turquía, donde se han hallado y estudiado 120 esqueletos de gladiadores. Casi todos ellos murieron antes de los treinta y cinco años, muchos antes de los veinticinco. Entre un tercio y la mitad de ellos murieron por heridas tan violentas como para seccionar o hacer añicos sus huesos, y alrededor de un tercio de aquellas heridas fueron golpes en la cabeza. Los otros esqueletos no muestran signos de daño óseo, pero de todas formas aquellos hombres pudieron haber muerto de manera violenta, destripados o por una arteria dañada o una herida infectada, por ejemplo.

Los gladiadores de Éfeso vivieron durante el período de la *Pax Romana*, en los siglos II y III d.C., cuando los juegos eran monopolio del Estado. Durante la época de Espartaco, en la República tardía, los juegos eran una empresa privada, y es probable que esto empeorara las cosas para los gladiadores. Los patrocinadores solían ser hombres ricos en busca de popularidad, y el gentío amaba el derramamiento de sangre, así que los primeros intentarían superarse unos a otros en el número de gladiadores que sacrificaban. No sería algo sorprendente que muchos gladiadores muriesen en su primer enfrentamiento.

Podría ser que ese enfrentamiento apareciese en el horizonte cual amenaza. La revuelta de los gladiadores comenzó en primavera. Se ha sugerido que los hombres de Vatia fueron entrenados para los juegos anuales romanos, también conocidos como los Grandes Juegos, que empezaban el 5 de septiembre. Las contiendas entre gladiadores formaban parte de este festival de dos semanas. Con toda Roma de público, el productor tendría que dar a la multitud al menos un poco de sangre. Puede que algunos de los gladiadores de Vatia no tuvieran esperanzas de volver a casa.

No obstante, el argumento de la esperanza de vida no da para mucho más. Tracios, celtas y germanos se enorgullecían de su des-

precio por la muerte. Creían en la vida eterna y preferían pensar en sí mismos como luchadores sin miedo, no como cobardes. Espartaco tuvo que convencerlos de que, como fugitivos, les esperaba una lucha mejor que dentro del *ludus*.

Los gladiadores no querían huir ni liberar a otros, pero alzar-se y luchar en Italia, matar a romanos, robarles sus riquezas y conseguir seguidores de la población esclava local, todo esto sí habría atraído a los hombres de la *Familia Gladiatoria Lentuli Vatiae* (familia de gladiadores de Léntulo Vatia).

Y aun así, este catálogo de razones fracasa de algún modo a la hora de explicar el éxito de Espartaco. Seguramente haya que añadir su autoridad personal a la ecuación. Cuando Espartaco hablaba, los hombres escuchaban. No se trataba sólo de su destreza en la arena o de su experiencia en el ejército romano o su posible reputación como bandido. No se trataba simplemente de su nombre, de resonancias reales, o de sus habilidades comunicativas, aunque con seguridad fueran considerables. Algo más, algún factor X, multiplicaba su autoridad. Pero, ¿qué era?

Para contestar a esta cuestión, tendremos que preguntar a su mujer.

Capítulo 2

La mujer tracia

En el año 73 a.C. una mujer tracia anunció un milagro. Como profetisa, predicaba la palabra de Dioniso, que tomaba posesión de ella durante extáticos frenesíes. El dios, decía, había concedido gran poder a un hombre. Como ella, él era un tracio que vivía en Italia. Era su amante: Espartaco.

Sabemos muy poco acerca de esta mujer tracia, ni tan siquiera su nombre. La información conservada, sin embargo, resulta tentadora. Ella era mensajera de Espartaco, incluso puede que fuera su musa.

Aunque nada se conoce de su aspecto, podemos imaginar el tipo de ritual extático que la habría llevado a su profecía, porque se conserva mucha información acerca del culto a Dioniso. Popular en muchos lugares del Mediterráneo, Dioniso era el dios nacional de Tracia. Las mujeres tracias bailaban para Dioniso y vestían largas túnicas hasta los tobillos, aunque iban descalzas y con los brazos descubiertos. Tatuaban sus brazos con patrones como rayas geométricas, uves invertidas, puntos, círculos y un cervatillo. La bacante (esto es, la adoradora de Dioniso) llevaba una corona de hiedra en el cabello. Cuando adoraba al dios, lo normal era que portara un tirso, una larga vara de hinojo cubierta de hojas de hiedra y parra y coronada por una piña. Puede que a su lado yaciesen los pequeños elementos que empleaba en su ritual: ámbar,

conchas marinas, tabas y vidrio. Pero en su mano derecha sujetaría el objeto más llamativo: una serpiente. Su cuerpo estaría enroscado alrededor de su brazo y a través de su axila, mientras la cabeza se mantendría extendida hacia la tierra. Consciente de que la serpiente era la principal compañía y símbolo de Dioniso, lo más probable era que no sintiera miedo.

Plutarco es nuestra única fuente de información acerca de la dama tracia.¹ El historiador vivió 150 años después de Espartaco, pero basó su trabajo en la hace ya mucho tiempo perdida narración de Salustio, contemporáneo del gladiador. Puede que lo que relata Plutarco no satisfaga a los escépticos, pero otras fuentes hacen que su relato sea verosímil.

Encontramos a la dama tracia en Capua, pero podemos imaginar el proceso que la condujo allí. Retomemos la escena de la lápida del tratante de esclavos.² Las mujeres caminan detrás. Van vestidas con modestia, con túnicas hasta los tobillos, y cubren sus cabezas con chales. Dos niños caminan a su lado. Delante de ellas caminan ocho hombres, encadenados unos a otros por el cuello, con las piernas desnudas bajo sus túnicas hasta las rodillas. Dirige la marcha un hombre que viste una capa con capucha que lo cubre en toda su estatura. Es un guardia o un tratante de esclavos; los ocho hombres son conducidos a la esclavitud. Puede que mujeres y niños sean familia y que sigan a dos de los hombres al cautiverio.

La escena tuvo lugar en algún momento de la República romana tardía o en el Imperio temprano. El lugar es Tracia; los esclavos eran tracios vendidos como esclavos a cambio de vino. Pero pueden recordarnos a Espartaco y su compañera de camino a la esclavitud en Capua, en el año 73 a.C.

Quizá sea difícil creer que a un gladiador esclavizado se le permitiese tener una compañera. Pero los gladiadores podían disfrutar de una relación familiar estable, si bien como esclavos su matrimonio no era válido a ojos de la ley romana. Esclavas «consorte» e

hijos aparecen bien atestiguados en fuentes antiguas. Puede que a los romanos incluso les gustara que un gladiador tuviera esposa, como ancla en el duro mundo del *ludus*.

La mujer de Espartaco era tracia como él, y vino del mismo pueblo que su hombre. No está claro de cuál exactamente. Plutarco dice que Espartaco provenía de un pueblo nómada, con lo que probablemente se refiera a uno cuya riqueza proviniese de rebaños que apacentaban en las tierras altas en verano y en las tierras bajas en invierno.³ Esto no convierte a Espartaco en un humilde pastor, sino simplemente en el producto de una economía basada en el pastoreo.

En cualquier caso, es posible que «nómada» pueda ser un error del copista medieval; puede que el antiguo texto se refiriese no a nómadas, sino a los *maedi* (medos, en singular *maedus*). Los medos fueron una tribu tracia que vivió en las montañas de lo que hoy es el sudoeste de Bulgaria. Al igual que Espartaco, eran reputados por su fuerza física; igual que él, alternaban la lucha a favor y en contra de Roma. Otros pueblos tracios de este período proporcionaban duros guerreros, como los besos y los getas, y Espartaco y su mujer pueden haber pertenecido a uno de estos grupos. Otra posibilidad son los odrisios, pueblo del sudeste de Tracia, localizado entre el mar Egeo y las montañas Ródope. Fueron aliados de los romanos en la lucha contra Mitridates.

Sea como fuere, la compañera de Espartaco era tracia. Cómo llegó a Italia, cómo conoció a Espartaco y si era esclava son todas cuestiones que no están claras. Tampoco es seguro que estuviera con Espartaco en Roma, aunque parece probable. Pero sí sabemos que cohabitaba con él en Capua y que huyó de la ciudad con él, y existen razones para pensar que la mujer tracia propagó la fama de Espartaco.

Se supone que, cuando Espartaco fue llevado a Roma para ser vendido como esclavo, tuvo lugar un suceso extraordinario. Plu-

tarco recoge la historia, pero no da fe de su veracidad. Mientras el tracio dormía, una serpiente se le enroscó alrededor del rostro, o así dice el cuento, aunque los expertos de hoy explican que es imposible.⁴ Italia es hogar de bastantes pocas especies de serpientes, pero según los científicos, ninguna de ellas se enroscaría alrededor del rostro de una persona dormida. Quizás Espartaco se despertó mientras una serpiente reptaba cerca de él o incluso, por su rostro: es poco probable, pero no imposible. La historia podría haber crecido al ser contada, bien por Espartaco, bien por otros. O puede que Espartaco sólo dijera que había soñado todo aquello.

De todas formas, la mujer tracia interpretó el suceso como un milagro. Puesto que una serpiente se había enroscado en torno al rostro de Espartaco, él estaría rodeado por «un poder grande y aterrador».⁵ El resultado sería... Bueno, los manuscritos difieren: unos dicen que Espartaco tendría «un afortunado final»⁶ y otros dicen «un desafortunado final».⁷ La primera versión resulta atractiva si se tienen en cuenta las connotaciones positivas de las serpientes en Tracia, por no mencionar la inutilidad de una propaganda que predijese la ruina.

Las palabras de la mujer tracia llevaban el peso de la profecía. Tracia contaba con una larga tradición de profetisas y oráculos, y los tracios concedían gran valor a la autoridad religiosa de las mujeres. Así lo hacían también los germanos, que creían que había «algo sagrado y profético» en las mujeres.⁸ Pero cualquiera puede captar aquí el estereotipo intemporal de la mujer que habla en nombre de las fuerzas naturales: la sirena, la sibila o la bruja. La compañera de Espartaco pudo haber sido «una mujer que hace que tu corazón se estremezca», como dijo un inglés del siglo XVII acerca de una mujer que hacía profecías en público.⁹

Se ha demostrado que los adivinos desempeñaban el papel de alborotadores entre los esclavos. Incitaron una revuelta en Sicilia en el año 135 a.C. y encabezaron otra en 104 a.C. Quizá Colum-

la, el experto en agricultura romano que escribió en torno al año 60 d.C., tuviese tales acontecimientos en mente cuando aconsejó a los administradores que mantuvieran a profetas y brujas lejos de sus tierras.¹⁰

No sabemos cuándo hizo su profecía la mujer tracia. Quizá fuera más tarde, cuando la revuelta de los gladiadores estaba ya en marcha. Pero si predijo el futuro mientras Espartaco estaba aún en Capua o incluso antes, en Roma, entonces pudo haber sido ésta la chispa que prendió la rebelión. En el siglo I a.C., tanto los rebeldes como los romanos se tomaban muy en serio a los adivinos.

Por ejemplo, aquellos acérrimos enemigos políticos romanos, Mario y Sila, compartían una devoción común por los adivinos. Mario presumía de predicciones favorables de varios clarividentes, la más pintoresca de los cuales fue una profetisa siria llamada Marta.¹¹ Se supone que la mujer llamó primero la atención de la esposa de Mario cuando predijo con acierto ¡el resultado de un encuentro de gladiadores! Mario se llevó a Marta de campaña con su ejército.

Sila no dejó que su rival le superara. Como hombre más poderoso de Roma antes de su muerte, en el año 79 a.C., Sila solía presentar sus sueños como presagios y citaba con orgullo las palabras de un adivino de Mesopotamia (hoy en día Iraq), que decían que Sila estaba destinado a ser el hombre más poderoso del mundo. Sila reclamaba para sí el título de *Felix*, «afortunado», por los diversos dioses que le apoyaban.

Pero, a diferencia de Espartaco, ni Sila ni Mario habrían reivindicado a Dioniso. Además de ser el dios del vino y del teatro, de Dioniso descendía un largo linaje político que llegaba hasta Olimpia, la madre de Alejandro Magno. Más recientemente, Dioniso había sido el símbolo de los reyes griegos (en especial de la dinastía de Cleopatra, los Ptolomeos de Egipto), de las tribus tracias, de las masas pobres y esclavizadas del sur de Italia y de varios

rebeldes enfrentados a Roma, desde los cabecillas de las revueltas de esclavos de Sicilia a las élites amotinadas del sur de Italia y Mitrídates. Figura flexible, Dioniso representaba poder, prosperidad, patriotismo, libertad e incluso renacimiento, dependiendo de quién lo reivindicara como símbolo.

Al asociar a Espartaco con la serpiente y con un poder concedido por un dios, la mujer tracia le dotaba de una nueva autoridad. Combinó viejos acordes de religión, nacionalismo y clase en un nuevo canto de rebelión. La serpiente transformaba a Espartaco en un héroe tracio y lo vinculaba con Dioniso, que en su patria era conocido como Zagreo o Sabacio.¹²

La cultura tracia glorificaba la imagen de un gran ancestro heroico, y el arte tracio solía representar al héroe a caballo, a menudo con una serpiente cerca. En Tracia, el culto de Dioniso era una fe guerrera. Por ejemplo, alrededor del año 15 a.C. se desató una revuelta tracia contra Roma; su cabecilla, Vologeso, era sacerdote de Dioniso.

Para los oprimidos, Dioniso ofrecía esperanza; para la clase dirigente romana, su nombre significaba problemas. Lo asociaban con el sur de Italia y Sicilia, donde el dios era especialmente popular, y donde los rebeldes habían luchado bajo el estandarte de Dioniso durante años. En el sur de Italia, Dioniso estaba vinculado a Orfeo, otra figura mitológica procedente de Tracia. Los llamados escritos órficos estaban muy extendidos y relataban una historia sobre la muerte y resurrección de Dioniso, símbolo de esperanza para la vida después de la muerte. Como tracio y como elegido de Dioniso, Espartaco podía encontrar seguidores bien dispuestos en el sur de Italia: una razón más por la que Dioniso habría preocupado al Senado. Hasta los adoradores más pacíficos y respetuosos con la ley incomodaban a la conservadora élite romana.

Los adoradores de Dioniso se reunían en pequeños grupos en los que llevaban a cabo sus ceremonias e iniciaban a los recién

llegados. Los griegos llamaban a estos rituales «orgías», los romanos los llamaban «bacanales»; la realidad era exuberante, pero no se trataba de encuentros sexuales colectivos. Los adoradores bebían, danzaban, cantaban y gritaban promesas de liberación, renacimiento e inmortalidad. Los creyentes demostraban su confianza en el dios manejando sus serpientes con la mano, atando sus pieles de animales con serpientes, decorando sus cabezas con ellas o dejando que las serpientes agitaran sus lenguas cerca de sus rostros sin que les mordieran.

En el año 186 a.C., el Senado romano anunció que tras los grupos dionisiacos extendidos por Italia se escondía una conspiración. En un ambiente de miedo y pánico, el Senado emprendió una caza de brujas que recorrió la Península de arriba abajo e hizo que los romanos abandonaran el culto. Después del año 186, sólo se permitía que adoraran al dios mujeres, extranjeros y esclavos.

Dioniso permaneció para los desposeídos de Italia y éstos lo aceptaron. En 184-185, los pastores esclavos de Apulia (el tacón de la «bota» italiana) se rebelaron, y las fuentes apuntan que reclamaban a Dioniso como su protector. Entre 135 y 101 a.C., dos revueltas de esclavos en Sicilia y una revuelta de esclavos en el oeste de Anatolia invocaban todas a Dioniso.¹³ El dios apareció de nuevo en la rebelión de los aliados italianos de Roma conocida como Guerra Social (91-88 a.C.): las monedas rebeldes muestran a Baco como símbolo de liberación. Como se ha mencionado antes, Dioniso fue un símbolo adoptado por Mitridates. El rey rebelde se llamaba a sí mismo el «nuevo Dioniso»,¹⁴ como había hecho el rey Ptolomeo IV (que reinó de 221 a 205 a.C.), y acuñó monedas que mostraban a Dioniso y sus uvas en una de las caras y el gorro que llevaban los esclavos liberados en la otra.

Puede que haya un eco de la propaganda de la mujer tracia en la afirmación de un poeta romano acerca de que Espartaco «extendió su furia por todos los rincones de Italia a espada y fuego,

como un adorador de Dioniso». ¹⁵ El escritor Claudiano (hacia 370-404 d.C.) vivió unos quinientos años después de Espartaco, pero tenía interés por la historia romana, así que sus palabras pueden reflejar una buena fuente.

Al invocar a Dioniso, la mujer tracia tocaba la fibra sensible de gladiadores extranjeros y esclavos, así como de los italianos que recordaban el apoyo de Mitrídates durante la Guerra Social. De hecho, su mensaje era: «Si apoyaste la revuelta de Mitrídates contra Roma, ¡apoya entonces a Espartaco!».

Como hemos visto, no sabemos si el propio Espartaco apoyaba a Mitrídates cuando desertó del ejército romano antes del año 73 a.C. y se convirtió en un *latro*, es decir, un bandido o un guerrillero. En cualquier caso, una vez que se rebeló contra Roma, no hay duda de que Espartaco se alegraba de hacer causa común con los seguidores de Mitrídates.

Asimismo, no existe razón para pensar que Espartaco sirviera en algún momento a Roma con todo su corazón. Un historiador ha hecho una conjetura verosímil sobre los detalles del servicio militar de Espartaco. ¹⁶ En el año 83 a.C., el general romano Sila se preparaba para cruzar el mar desde Grecia a Italia para iniciar una guerra civil. Reclutó infantería y caballería de Grecia y Macedonia para que se uniera a las fuerzas con las que ya contaba. Espartaco pudo haber sido uno de aquellos soldados.

En aquel entonces, algunos de los medos acababan de ser derrotados por Sila, después de lo cual aceptaron a Roma como soberana. No habría sido sorprendente que hubieran enviado un contingente de soldados para cumplir con sus obligaciones. Si Espartaco y sus compañeros tracios lucharon por Roma, apenas se habrían alegrado de hacerlo. Sila había invadido Tracia a causa de las incursiones tracias en Macedonia, que estaba bajo control romano, incursiones inspiradas por la revuelta de Mitrídates. En Tracia, Sila trataba a los nativos casi como blanco de prácticas de tiro

para su ejército. Probablemente quienes escaparan con vida perderían sus propiedades, puesto que los hombres de Sila se enriquecieron con el saqueo. Ésta era la Roma a la que sirvió Espartaco, de la que desertó y contra la que al final se rebeló.

Asumiendo que Espartaco fuese un joven de unos veinte años cuando Sila reclutó a sus soldados en el año 83 a.C., el gladiador habría tenido unos treinta en 73 a.C., cuando empezó su revuelta. Como antiguo soldado romano que se volvía contra Roma, Espartaco encaja en un patrón. A lo largo de los años, algunos de los peores enemigos de Roma habían servido en los *auxilia*. Tomemos a Yugurta, carismático rey de Numidia (la moderna Argelia), cuyos ejércitos humillaron a los romanos durante seis años antes de que finalmente los romanos lo capturaran en el año 106 a.C. Años antes, en 134 a.C., él dirigió a la caballería nómada en un ejército romano que combatía a los rebeldes en Hispania; para él fue una educación a la manera romana. Durante la guerra, Yugurta dio buen uso a su aprendizaje al sobornar a políticos romanos.

El peor renegado fue alguien que vivió después de Espartaco, Arminio, también conocido como Hermann, caudillo de una tribu germana que no sólo sirvió en una unidad aliada de Roma, sino que también consiguió la ciudadanía romana y la posición social de caballero. Pero esto no impidió que regresara a casa y propinase a Roma la peor derrota de todos los tiempos en Germania: la masacre de tres legiones romanas en el Bosque de Teutoburgo en el año 9 d.C. Fue un acontecimiento decisivo en la historia. Sin esa derrota, Roma podría haber conquistado Germania, y una Germania romanizada habría cambiado el curso de la historia europea. Ningún país ha criado nunca un lobo con piel de cordero tan hambriento.

Es probable que los sentimientos de Espartaco hacia Roma y sus enemigos fueran complejos. Orgullo, rabia y vergüenza serían todos parte de lo que él pudo haber sentido hacia el ejército ro-

mano. Solidaridad, sospecha y oportunismo pueden todos haber marcado su actitud hacia los enemigos de Roma. Estos sentimientos eran contradictorios, pero Espartaco no tenía que ser consecuente: en cuanto la mujer tracia habló, él tenía un dios de su parte.

Por su profecía, la mujer de Espartaco concedió a su hombre una tarea sagrada. Como servidor de Dioniso, Espartaco sería un libertador. No sería tan sólo un teórico de la libertad; tendría un «poder grande y aterrador». Para un tracio, el poder tenía una clara definición: un hombre poderoso era guerrero, cazador, poseedor de muchos caballos, padre de muchos hijos y gran bebedor. En una palabra, era un líder.

No conocemos la dinámica entre los diferentes grupos étnicos de casa de Vatia, pero a juzgar por sus últimas acciones, podemos suponer que cada nacionalidad permanecía unida. Probablemente Espartaco comenzó con sus compañeros tracios. Primero tuvo que convencerlos para que aceptaran reducir a los guardias y escapar de la Casa de Vatia. Para hacerlo necesitarían armas, pero las armas se mantenían guardadas bajo llave. Así que tendrían que elegir el momento propicio, bien uno en que pudieran robar la llave, bien cuando las armas fueran a ser distribuidas, es decir, en la víspera de un combate. Lucharían y ¡qué estimulante hacerlo en nombre de Dioniso Zagreo y Sabacio!

Es probable que los gladiadores celtas fuesen más duros de roer, pues a ellos no los conmovía el dios nacional de Tracia. Sin embargo, también ellos tenían que ajustar cuentas con los romanos, también podrían ver cuán rica en botín era la tierra que los rodeaba. Y habrían apreciado la autoridad de Espartaco, tan humana como divina.

Puede que accedieran a unirse a Espartaco, pero no es probable que estuvieran de acuerdo en recibir órdenes suyas. Los celtas eran tan sensibles al estatus como cualquier pueblo de la Antigüedad. En los banquetes, por ejemplo, los hombres celtas se senta-

ban de acuerdo con su rango. Cuando se servía la comida, los más valientes recibían la «porción del héroe» de la carne. Según la leyenda celta, si alguien cuestionaba el derecho de otro a recibirla, ambos hombres tenían que luchar hasta la muerte. Pero los celtas no retaron a Espartaco a un duelo, sino que eligieron a dos líderes de entre ellos: Criso y Enomao.

Nada sabemos acerca de los dos hombres. Puesto que eran celtas, resulta verosímil que fueran guerreros reconocidos, posiblemente de familias nobles, y es probable que fueran capaces de asegurarse un gran número de seguidores. Algunas fuentes los sitúan como iguales de Espartaco; otras dicen que fue él el comandante en jefe de los rebeldes. Poco importa tal distinción, pues en las insurgencias las estructuras formales de mando cuentan menos que las fuentes informales de poder: carisma, fuerza, capacidad de persuasión, seguidores e historial de éxitos.

Doscientos hombres decidieron unirse a Espartaco, un logro nada pequeño por su parte. Pero, puesto que la conspiración fue traicionada, muchos de ellos nunca pudieron escapar. No se sabe quién, hombre libre o esclavo, filtró la información. Tan sólo podemos intuir cómo reaccionaron Vatia o su delegado. Puede que cerraran las puertas, encadenaran a los gladiadores más peligrosos y pidieran refuerzos armados. Por fortuna para los rebeldes, algunos de ellos reaccionaron con rapidez. Se abrían camino luchando. Las únicas armas de la casa estaban bajo llave, así que tuvieron que hacerlo con lo que pudieron conseguir.

Fueron a la cocina, lugar pocas veces agradable en una casa romana. Por lo común era pequeña, llena de humo por la escasa ventilación, sucia gracias a su suelo de tierra apisonada y al doble uso como letrina al que estaba destinada. Allí cogieron los gladiadores hachuelas de cocina y espetones. Las hachuelas romanas eran grandes cuchillos de carnicero de hierro que podían cortar una mano. Los espetones, también de hierro, podían ser peligrosos

con facilidad si se dirigían a tejido blando como el cuello y, con suficiente fuerza, podían incluso matar a un hombre al atravesarle el pecho.¹⁷ Los guardias, al parecer, estaban bien armados y no eran escasos en número: de los 200 conspiradores, sólo escaparon 74 gladiadores junto con, al menos, una mujer, la compañera tracia de Espartaco.

Con todo, parece que los guardias se mantuvieron ocupados con los gladiadores que quedaron atrás, pues los rebeldes pudieron detenerse en la calzada, no lejos del *ludus*. Se habían encontrado con unos carros cargados de armas para gladiadores que se dirigían a otra ciudad. Los fugitivos se libraron de los carreteros y se hicieron con las armas. No eran tan buenas para batallar como el equipo de las legiones romanas, pero suponían un buen paso adelante en comparación con los utensilios de cocina. Quizás Espartaco encontrase ahora una *sica*, la espada curva tracia que le había sido denegada en la arena.¹⁸ Según una fuente antigua, Espartaco esgrimía una *sica* en sus batallas.

Los fugados ya eran libres, pero la libertad no fue suficiente. Como expuso un escritor romano, «no contentos con haber conseguido escapar, quisieron también vengarse».¹⁹ El itinerario de los rebeldes demuestra la veracidad de esta aseveración.

Capua estaba situada en un cruce de caminos. Desde la ciudad, las calzadas llevaban, hacia el sur, hasta Puteoli (la moderna Pozzuoli) y, hacia el norte, al cercano templo de Diana Tifata y después hacia valle del río Volturnus (el moderno Volturno). La calzada más famosa de Italia, la Vía Apia, llevaba, hacia el norte, desde Capua a Roma y, hacia el sur, se internaba en los montes Apeninos en Beneventum (moderno Benevento) y, unos 320 kilómetros más adelante, al mar Adriático en Brundisium (Brindisi). Por último, estaba la Vía Annia. Esta calzada iba hacia el sur desde Capua a Nola y Nuceria (Nocera), pasaba después por Salernum (Salerno) y se internaba en las montañas de Lucania (la actual Ba-

silicata) y el Brucio (la moderna Calabria), donde terminaba por fin en Regium (la moderna Reggio di Calabria), a 515 kilómetros de Capua. Los gladiadores escogieron este último camino.

La elección nos dice algo sobre sus objetivos. Si su propósito hubiera sido escapar, habrían tomado una calzada diferente. Por ejemplo, podrían haberse dirigido hacia el norte por la ruta interior que salía de la Península. O podrían haberse internado en los montes Apeninos para levantar un campamento de fugitivos, lo que tiempo después se llamó una comunidad de cimarrones (cuyo significado es «los que viven en la cima de las montañas»). Conocemos varias comunidades de cimarrones en época griega y romana.

Es probable que no hubieran ido a Puteoli, a unos 30 kilómetros al sur de Capua. Aquel puerto abarrotado ofrecía barcos y libertad, pero estaba lleno de representantes de la ley. Además, tracios, celtas y germanos solían ser gentes de tierra adentro y preferían evitar el mar.

Seguramente siguieron la Vía Annia, y es probable que se mantuvieran en el camino de arena o grava del borde para evitar las duras losas del camino pavimentado. Era frecuente ver perros, lobos y bandidos en las calzadas romanas, pero unos gladiadores armados y fugitivos serían algo nuevo. Podemos imaginar que muchos viajeros se darían la vuelta y huirían al ver a los hombres de Espartaco. Los que continuaron su camino perdieron sus dagas y sus clavos de madera, si es que no perdieron sus vidas.

Los fugitivos siguieron por la llanura de Campania, a través del cuidado patrón de ajedrez de las subdivisiones que imponían los romanos en las tierras que gobernaban. Viajaron dejando atrás bosquecillos y santuarios, posadas y fuentes, y algunas de las granjas más ricas de Italia, muchas de ellas propiedades de dueños ausentes, gestionadas por capataces y trabajadas por esclavos. Sin duda se detuvieron aquí y allí para robar carne del fuego de una taberna

o para beber de un riachuelo, cuidándose de tener piedras a mano para alejar a los perros guardianes. Quizá ya desde el inicio de la revuelta llamaran a los peones que trabajaban en las plantaciones para que se les unieran, pero sin duda pocos de ellos respondieron a su llamada. Seguramente los 74 fugitivos parecían más bandidos que luchadores por la libertad. Y sin ninguna duda eran bandidos para cualquier persona rica que tuviera la mala suerte de cruzarse en su camino. De todas maneras, un esclavo necesitaba algún incentivo antes de arriesgarse, ante el largo brazo de la ley romana, a unirse a un grupo de rebeldes.

En cierto modo, los gladiadores establecieron una comunidad de cimarrones, pero fue temporal, pues escogieron un lugar en el que no podían permanecer mucho tiempo. Eligieron el Vesubio. Hoy, el Vesubio trae a la mente la erupción volcánica que destruyó Pompeya en el año 79 d.C. Pero seis años antes el volcán llevaba siglos sin entrar en erupción. El campo de sus alrededores era un terreno fértil y volcánico sobre el que se erguía el Vesubio, la guinda en lo alto de un delicioso pastel.

Los huidos encontrarían alimento en abundancia. Los bosques de la zona estaban repletos de caza. La llanura y las laderas más bajas del monte estaban llenas de granjas en funcionamiento: grandes terrenos trabajados por esclavos que los romanos llamaban «villas rústicas». Había comida y bebida al alcance de la mano: aceitunas e higos, y prosperaban muchos otros frutales, pero el producto principal era la uva, que o bien se comía fresca, o bien se convertía en uno de los vinos más famosos de Italia, el *Vesuvinum*, que se exportaba a lugares tan remotos como la India. Lo irónico era que Dioniso, patrón de Espartaco y dios del vino, ocupaba un lugar preponderante en los ritos de los dueños de las granjas locales. Su imagen aparecía en la decoración de sus comedores, en los altares familiares, en las bodegas e incluso en las jarras de vino. Igual que los miles de esclavos que hacían el trabajo, con un poco de per-

suasión aquellos habrían estado dispuestos a seguir a los elegidos de Dioniso hacia la libertad.

Si Espartaco ya planeaba ir al Vesubio cuando aún estaba en la Casa de Vatia, debía de ser sin duda inteligente. El Vesubio está situado a unos 30 kilómetros al sur de Capua a vista de pájaro, un día de viaje; pero no se ve desde la ciudad. Quizás Espartaco hubiese visto la montaña en años anteriores, ya fuese cuando luchaba con Sila en el año 83 a.C., ya mientras se dedicaba a los saqueos como bandido (asumiendo que en realidad hizo alguna de ambas cosas). O quizá tan sólo había oído hablar a otros acerca de la zona y sus atractivos, quizás a otros esclavos. El Vesubio no era sólo la entrada a la abundancia, sino también una fortaleza. Para los tracios, tenía la ventaja añadida de ser sagrado, puesto que ellos adoraban a sus dioses en las cimas de las montañas.

Solitario y con unos 1.200 metros de altura, el Vesubio constituye un espectacular refugio para fugitivos. La montaña ofrece vistas al norte de la llanura de Campania hacia Capua, y al sur del valle del río Sarnus (el moderno Sarno) y las escarpados montes Lactarii (moderno Lattari), sobre la que hoy es la península de Amalfi. Los montes Apeninos se alzan al este, y el mar Mediterráneo está situado al oeste. Ciudades como Nápoles, Nola, Nuceria, Herculano y Pompeya quedaban todas al alcance. Quienquiera que ocupara la montaña sería capaz de ver a cualquier atacante que se aproximara. Al mismo tiempo, incluso en un día soleado en el llano, el pico del Vesubio puede estar cubierto por las nubes; podría proteger a los defensores con una espesa niebla.

Tras el calor y el ruido de Capua, el frescor y la paz de la montaña fueron sin duda bienvenidos. Incluso en verano, las noches vesubianas pueden ser frías. Los rebeldes habrían tenido que encender hogueras y robar ropa de abrigo.

Fue probablemente no mucho después de haber llegado al Vesubio cuando los gladiadores se enfrentaron a un grupo de

hombres armados de Capua, equipados con armas apropiadas y armaduras. Si Capua era como la ciudad de Roma en aquel momento, su fuerza policial habría sido diminuta. Así que el regimiento enviado contra los gladiadores bien pudo haber incluido a hombres contratados por Vatia, puede que soldados romanos veteranos. No impresionaron a los gladiadores, que no sólo repelieron a los capuanos, sino que se hicieron con sus armas. Un escritor antiguo dice que los rebeldes se alegraron de deshacerse de sus armas de gladiadores porque las consideraban «deshonrosas y bárbaras».²⁰ Puede ser, pero se alegrarían igualmente de añadir lanzas y petos a sus reservas, dado que el arsenal de un gladiador carecía de ellos.

Seguramente fue sólo una leve escaramuza, pero pudo haber sido decisiva para la joven revuelta. Podríamos especular que el eco de las noticias de la victoria de los gladiadores resonó montaña abajo, una señal que algunos estaban esperando: los gladiadores fueron capaces de conseguir algo por lo que merecía la pena arriesgar la vida. Sea como sea, fue en torno a esta época cuando la gente local empezó a unirse a ellos.

Las fuentes nos cuentan que, mientras estaban acampados en el Vesubio, Espartaco y sus hombres acogieron nuevos reclutas: «Muchos esclavos huidos y algunos hombres libres de los campos».²¹ Una fuente afirma que 10.000 fugitivos se unieron a los gladiadores en el Vesubio;²² sin embargo, huir era arriesgado y la montaña era difícil de escalar, así que «miles» sería una estimación más segura.

Los esclavos trabajaban en las plantaciones que rodeaban el Vesubio. Eran gente recia. Los labradores ideales eran fuertes y altos, y se suponía que los trabajadores de los viñedos eran anchos, de poderosa constitución e inteligentes. Los muchachos e incluso las muchachas cuidaban de los animales de granja, pero sólo los jóvenes más robustos eran aptos para ser pastores. Conducir el ga-

nado, ovejas y cabras, ladera arriba era un trabajo difícil que requería fuerza, resistencia, agilidad y velocidad. Se consideraba que los galos eran pastores especialmente buenos, en particular con caballos, burros y bueyes.

Dedicar el rico suelo de los alrededores del Vesubio a pastos habría sido desperdiciarlo: ésta era tierra de granjas. Las fincas para ganado solían estar situadas más hacia el sur. En la Campania, predominaban grandes propiedades o plantaciones, y lo típico era que las trabajaran cientos de esclavos. Eran las famosas *latifundia* romanas, o «campos vastos», por emplear una expresión que se inventó durante el imperio. De día, los esclavos trabajaban en grupos de, en teoría, 10 trabajadores o menos. De noche, eran encerrados en barracones, a menudo encadenados. De hecho, a veces también trabajaban encadenados: en los viñedos, por ejemplo, porque la viticultura requería esclavos inteligentes... y los hombres inteligentes podían causar problemas.

Un grupo privilegiado de administradores esclavos gestionaba la plantación. La persona clave era el *vilicus*, o capataz. Puesto que muchos de los propietarios eran terratenientes que sólo en ocasiones visitaban sus tierras, era el *vilicus* quien en realidad dirigía la plantación. Cuidaba de las finanzas, organizaba la fuerza de trabajo y supervisaba su buen funcionamiento. La *vilica*, capataza, también era esencial: no sólo era la gobernanta jefe de la propiedad, sino que también era maestra y controlaba la asistencia. Era lo bastante hábil como para enseñar a los esclavos más viejos a hacerse sus propias ropas. A pesar de todo su poder, el *vilicus* y la *vilica* eran esclavos y, por tanto, capaces de rebelarse y de liberar de sus cadenas a los esclavos corrientes. Uno de los cabecillas de la segunda Guerra Servil siciliana (104–100 a.C.), por ejemplo, fue un *vilicus* fugitivo. Resistentes y trabajadores, los esclavos granjeros eran buenos rebeldes, los *vilici* buenos cabecillas y organizadores, y las *vilicae* óptimas intendentes.

Hasta aquí lo que atañe a los esclavos, pero ¿qué decir sobre «algunos hombres libres de los campos»? Como reclutas de la causa de Espartaco, los hombres libres aportaron la perspectiva de los granjeros de subsistencia italianos. Durante la república tardía (133-131 a.C.), los pequeños granjeros de Italia habían sido expulsados de las mejores tierras; en su lugar, llegaron los latifundios y las fincas para ganado. El gran escándalo de la república fue que la codiciosa élite de Roma maltratara de esta forma a los granjeros-soldado que habían ganado el Imperio romano. Pero no todos los pequeños propietarios desaparecieron o se mudaron a la ciudad. Algunos permanecieron en el campo, donde se las apañaban con sus granjas en tierras marginales e inaccesibles. Alrededor de Pompeya, por ejemplo, había muchas pequeñas granjas repartidas entre las fincas.

Con la intención de poner más comida en la mesa, algunos pequeños granjeros se alistaron en las legiones romanas. Constituyeron las fuerzas de choque en las guerras civiles entre Mario y Sila, y después entre César y Pompeyo, y Antonio y Octavio. Unos cuantos ganaron nuevas tierras como recompensa. Sila, por ejemplo, entregó tierras en Italia a unos 100.000 soldados veteranos, muchas de las cuales simplemente las tomó de sus enemigos, los antes seguidores de Mario, que fueron desahuciados. Algunos de estos marianos huyeron a Hispania para unirse al rebelde Sertorio, pero la mayoría permaneció en Italia. Unos trabajaban como granjeros arrendatarios o jornaleros para los nuevos propietarios. Otros se dedicaron a una típica actividad de la campiña italiana: se convirtieron en bandidos, palabra de origen italiano. Así lo hicieron algunos de los veteranos de Sila que fracasaron en sus nuevas granjas por culpa de malas cosechas, vecinos hostiles o acreedores recalcitrantes.

Sin embargo, pocos de esos pequeños granjeros hicieron algo tan desesperado; la mayoría sobrevivió con trabajos estacionales u

ocasionales para los adinerados dueños de las villas. Eran el equivalente romano de los trabajadores emigrantes de hoy. La élite romana los necesitaba y los despreciaba. Son necesarios para la vendimia y la siega, dice el cronista romano Varrón;²³ pero has de vigilarlos con cuidado, dice el estadista Catón *el Viejo*, o te robarán la leña.²⁴

Pese a ser pobres, los pequeños granjeros eran hombres libres e italianos de nacimiento; sin duda algunos de ellos miraban por encima del hombro a los esclavos. Pero si se sentían lo bastante desesperados, enfadados o intrépidos, no dudarían en unirse a Espartaco. Y, con toda probabilidad, muchos de hecho estaban desesperados. Esclavos u hombres libres, necesitarían un espíritu resistente para ascender la falda del Vesubio y confiar en una banda de asesinos profesionales. Seguramente la mayoría de los recién llegados serían jóvenes, y es probable que gran parte de ellos fueran hombres, pero también es posible que hubiera algunas mujeres.

Si sólo unos pocos granjeros libres se unieron a Espartaco, aún menos hombres de la élite habrían respaldado a un ejército de esclavos huidos. Bien puede ser que un pequeño número de ellos lo hiciera. No es que los ricos pero obstinados nacionalistas italianos, todavía amargados por su derrota en la Guerra Social, estuviesen a punto de unirse a un ejército encabezado por esclavos, sino que quizás hicieron la vista gorda en lugar de desempeñar un papel activo para resistir a Espartaco. No les resultaba vergonzoso hacer negocios con esclavos fugados y ex gladiadores si con ello podían enriquecerse.²⁵ Los mercaderes que más tarde comerciaron con el ejército de Espartaco bien pueden encajar en esta categoría; lo mismo se puede aplicar a un tal Publio Gavio, italiano del sur que, si bien era ciudadano romano, fue condenado por espiar para Espartaco en Sicilia.

Un posible índice de actitudes italianas proviene de las Guerras Mitridáticas. En el año 64 a.C., durante la última etapa de su

lucha contra Roma, Mitrídates intentó provocar una invasión de Italia por pueblos celtas de los Balcanes. No sólo prometió ayudar, sino que aseguró a los caudillos celtas que hallarían cómplices voluntariosos en la península italiana. La mayoría de los llamados aliados de Roma en Italia, les contó, habían apoyado a Espartaco, a pesar de su degradado estatus social.²⁶ Pero la jactancia es típica de los políticos en los tratos, así que la afirmación de Mitrídates merece poca credibilidad. En cualquier caso, los celtas declinaron su invitación para invadir Italia.

Destacaba la ausencia de un grupo en la lista de reclutados de Espartaco: los ciudadanos, tanto esclavos, como libres; lo que resulta extraño, pues ciudades como Pompeya y Nola estaban cerca. Es cierto que las murallas de las ciudades dificultaban la huida de los esclavos urbanos, pero no es ésta la única explicación. Los esclavos urbanos eran un grupo privilegiado que, por lo general, disfrutaba de una vida más cómoda que la de los esclavos rurales; algunos de ellos tenían reputación de ser blandos y vagos. Los esclavos urbanos estaban aislados de sus equivalentes rurales, y puede que incluso tuviesen miedo de la brusca y ruda gente del campo. Podríamos preguntarnos cuántos de ellos habrían sobrevivido en el interior de Italia. En resumen, puede que no quisieran o no se atrevieran a unirse a Espartaco. Si fue así, era una señal de las cosas que estaban por venir. La revuelta de Espartaco continuaría siendo, de manera abrumadora, una revuelta del campo.

Pero esto aún no estaba claro en el Vesubio, donde el número de los rebeldes iba creciendo y su carácter estaba cambiando. Se estaban convirtiendo en un ejército. Sus armas eran provisionales, sus uniformes, sencillos y su experiencia, a menudo escasa. Pero se adiestraron, se instruyeron y practicaron el combate entre ellos. Ninguna fuente antigua nos narra esto, pero sin un trabajo preliminar como aquél, nunca habrían podido demostrar las virtudes militares que demostraron durante los meses siguientes.

Podríamos preguntarnos si se adiestraron tanto como necesitaban, pues la tentación acechaba. Ex gladiadores, antiguos granjeros, esclavos fugados, tracios, celtas y otras gentes diversas se dedicaron ahora a un tentador pasatiempo: el crimen. Con esclavos y trabajadores fugados de las granjas como guías, hacían incursiones en las ricas villas del Vesubio. Encontraban comida y bebida, alimentos consistentes y también exquisiteces, como huevos de avestruz y vino añejo. Había más bienes de lujo que los que un hombre pudiera transportar: plata y oro, marfil y ámbar, terracotas vidriadas y cristal coloreado, pendientes y brazaletes, medallones y vajillas, patas de mesa hechas de plata, con forma de garras de león, y camafeos de reyes.

Al escribir cincuenta años después, el poeta Horacio señala una ocasión especial al decirle a su esclavo que traiga el vino más añejo. Y después añade, con un guiño, «si es que el bribón de Espartaco ha dejado alguna jarra».²⁷

Consiguieran lo que consiguieran, los fugitivos lo distribuían a partes iguales: Espartaco insistía en esto. No está claro si era la justicia o la prudencia lo que lo motivaba. Pero aún más seguidores escalaron la montaña.

¡Menudo cambio! El viejo buen Vesubio había dado a la Campania todas las razones para amarlo. Tomemos un fresco de Pompeya: muestra el monte Vesubio, verde y fértil, y junto a él a Baco, el dios del vino, cubierto de uvas. Más abajo aparece representada una serpiente. Entonces llegó Espartaco. Los rebeldes de Capua se habían apropiado del gladiador, de la vid y del Vesubio: los mismos símbolos del dominio romano en la Campania.

Roma tenía que hacer algo, aunque sólo fuera por la influencia de los ricos habitantes de la región. Los rebeldes extendían el terror, lo que los romanos llamaban *terror servilis*, el terror a los esclavos;²⁸ con toda seguridad, la pequeña nobleza exigía que se emprendieran acciones. Espartaco pudo haber supuesto todo esto,

pero si lo supuso, no dejó que le detuviera. Puede que fuera ahora cuando uno de los rebeldes (quizás el propio Espartaco) hizo su desafiante afirmación, recogida por un antiguo escritor: «Si vienen contra nosotros en gran número, mejor es morir por el hierro que por el hambre».²⁹

No tendrían que esperar mucho. Puede que mientras esperaban, de noche, en torno a un fuego bajo las estrellas, la mujer tracia los animara con visiones del poder que el cielo había otorgado a Espartaco.

VENGANZA

Capítulo 3

Los pretores

En el año 73 a.C., seiscientos ochenta y un años después de la fundación de la ciudad de Roma, durante el consulado de Lúculo (Marco Terencio Varrón Lúculo) y Casio (Cayo Casio Longino), la República estaba luchando en guerras en todos los rincones del Mediterráneo. En Hispania, Pompeyo desgastaba al comandante romano renegado Sertorio quitándole, una a una, todas sus fortalezas. En Asia Menor, Lucio Licinio Lúculo, hermano del cónsul, comenzaba una invasión de la patria del rey Mitrídates, que había luchado contra Roma intermitentemente durante quince años. En los Balcanes, Cayo Escribonio Curión fue el primer general romano que, junto con su legión, vio el río Danubio. En Creta, Antonio estaba preparado para hacerse a la mar contra los piratas que atacaban la flota romana.

Dada esta imagen de conjunto, la revuelta de los gladiadores pudo haber parecido algo menor. Capua había sido testigo de una revuelta de esclavos antes, en el año 104 a.C., que había sido aplastada por apenas el número de tropas que conformaba una sola legión, 4 soldados de infantería y 400 de caballería, un total de 4.400 hombres, dirigidos por un pretor, un destacado magistrado público romano. Así, la política evidente en el año 73 fue la de enviar a un pretor.

En Roma, el Senado establecía las políticas públicas. Todos

los senadores eran hombres muy ricos y, casi todos, miembros de un par de familias patricias. Se convertían en senadores automáticamente, sin elecciones, tras desempeñar altos cargos públicos, y prestaban su servicio de por vida. Eran la oligarquía que dirigía Roma, excepto en aquellas ocasiones en que un general, como Mario o Sila, los desafiaba. Si bien eran raros, esos desafíos se habían vuelto más frecuentes. Pero en el año 73 a.C. los senadores disfrutaban de un período de poder.

Los senadores eligieron a Cayo Claudio Glabro para enviarlo contra Espartaco. Era uno de los ocho pretores de aquel año, cada uno de los cuales tenía al menos treinta y nueve años y era elegido por un período anual. Se trataba de hombres de grandes ambiciones, pues los pretores eran el segundo cargo más alto del funcionariado elegido cada año en Roma; sólo los dos cónsules estaban por encima. ¿Quién era Glabro? Apenas lo sabemos. Nunca alcanzó el consulado y no tuvo descendientes conocidos. Era un plebeyo que, como mucho, probablemente tenía un vínculo remoto con los más famosos miembros del clan Claudio. Lo poco que se sabe de él es otra muestra de cuán poca atención prestó Roma a Espartaco.

Glabro comandó una fuerza un poco más pequeña que la enviada contra los rebeldes del año 104 a.C.: 3.000 hombres en lugar de 4.400 y, por todo lo que sabemos, nada de caballería. Sin embargo, la primera revuelta había sido dirigida por un ciudadano romano que era un équite, nada menos, mientras que este último levantamiento era obra de bárbaros y esclavos. Al parecer, los romanos tenían más confianza en sí mismos en el año 73 que en 104.

Las noticias de Capua fueron digeridas, analizadas y clasificadas. Por citar a César, se trataba de «un *tumultus* de esclavos». ¹ Un *tumultus* era un brote repentino de violencia que requería una respuesta urgente. Era algo serio, pero no una guerra organizada (*bellum*, en latín).

Por lo que sabemos, los romanos miraban con desprecio a los esclavos. Su naturaleza servil, dijo un coetáneo, hacía a los esclavos crueles, avariciosos, violentos y fanáticos, al tiempo que les impedía la nobleza o la generosidad de espíritu. Iba contra la naturaleza de los esclavos comportarse con coraje. Para los esclavos, comportarse como hombres libres quedaba restringido a las Saturnalia, una celebración anual que incluía la inversión de papeles, como destacó una vez con disgusto un oficial romano cuando sus hombres tuvieron que luchar contra esclavos liberados.² En una revuelta, los esclavos eran una molestia, no un problema serio; o así se lo decían los romanos a sí mismos, a pesar de que la obstinada resistencia de los esclavos de Sicilia en dos revueltas (135-132 y 104-100 a.C.) debería haberles enseñado lo contrario.

Y después estaban los gladiadores y su cabecilla. Sentimientos encontrados dividen como un hilo rojo las actitudes de los romanos hacia Espartaco. Miedo y desdén, odio y admiración, indiferencia y obsesión: todos aparecían allí. Para los romanos, los gladiadores existían para ser alimentados, adiestrados, vitoreados, adorados, admirados, deseados, enterrados e incluso, en alguna ocasión, liberados, pero nunca, jamás, para ser tratados como iguales.

Como esclavo y bárbaro tracio, Espartaco resultaba despreciable para los romanos. Como antiguo soldado aliado, era patético. Desde su punto de vista, los romanos habían tendido a Espartaco la mano de la civilización al permitir que entrara en las unidades auxiliares de su ejército. Después, ya fuese por mala conducta o mala suerte, había acabado como esclavo. Había perdido la oportunidad que le había dado el ejército (una vez más, desde el punto de vista romano). Pero en su piedad, por lo que a los romanos concernía, le dieron otra oportunidad al tracio: le dieron el *gladius*, la espada.

Para los romanos, un gladiador no era simplemente un atleta ni tampoco un guerrero: era sagrado. Era *sexy*. Siempre que iban a los juegos, los romanos daban un paseo por el lado salvaje de la

vida. Se suponía que las bestias les devolvían los rugidos; eso hacía que el espectáculo fuese mejor. Pero Espartaco hacía algo más que rugir. Como muchos atletas profesionales, era temido por la misma razón por la que se le adoraba: era peligroso. Si bien en cuanto dejaba la arena un gladiador parecía casi inofensivo, incluso aunque se hubiera levantado en una rebelión armada.

Si esto parece difícil de entender, pensemos en Espartaco como un atleta que rechaza el amor de sus admiradores. Podemos perdonar a un atleta de mal comportamiento, pero no a uno que nos desprecia. Una vez que Espartaco y sus 73 compañeros dejaron sus barracones, ya no eran gladiadores, sino gladiadores fugitivos. A ojos romanos, habían rehuido un combate, de ahí que fueran gusanos: cobardes, afeminados y degenerados. Habían descendido desde la gloria de la arena hasta la vergüenza del bandidaje. Espartaco podía haber sido el orgullo de Roma; en vez de eso, al parecer, había vuelto a sus inicios, a la barbarie. Desde el punto de vista romano, sus hombres no eran soldados, sino esclavos fugados, *fugitivi*. No sorprende que el Senado tuviese poco miedo de él... al principio.

Puede que otras dos cosas evitaran que los romanos hiciesen un mayor esfuerzo contra Espartaco: la ambición y la codicia. La gloria era el oxígeno de los políticos romanos, pero había poco que ganar en una acción policial contra unos criminales. Una guerra de esclavos, dice un romano, «tiene nombre humilde e indigno». ³ El botín podría haber servido de consolación, pero era algo impensable. Al sur del valle del Po, todos los italianos eran ciudadanos romanos. Los soldados romanos no podían saquear su propio país.

Puesto que estaban respondiendo a un *tumultus* (una emergencia), los romanos no organizaron una leva ordinaria de tropas en el Campus Martius (Campo de Marte). En su lugar, es probable que ordenaran a Glabro que hiciera lo que los comandantes romanos solían hacer ante una emergencia: reclutar tropas por el camino, mientras marchaba hacia el sur.

Probablemente las tropas de Glabro no eran, por mucha diferencia, las mejores de que disponía Roma. Éstas ya estaban luchando en Hispania y en el Este, donde había abundancia de botín y perspectiva de laureles, y también generales de prestigio para dirigir a los hombres. Italia no había quedado despojada de sus buenos soldados: los veteranos de Sila, por ejemplo, representaban una fuente de tropas experimentadas. Estos hombres se encontraban en Pompeya, así como en Abella, y en las afueras de Capua, entre otros lugares. Pero no parecían dispuestos a alistarse para ayudar a ningún don nadie a encadenar de nuevo a unos cuantos esclavos. Glabro tuvo que conformarse con lo que pudo encontrar.

Así que el ejército de Glabro posiblemente no fuera más que una milicia. Aun así, no era fácil olvidar a ningún ejército romano en marcha. Los destellos de sus cotas de malla y cascos de bronce o hierro mientras una larga hilera de soldados pasaba atrapaban la mirada. El traqueteo de los carros de abastecimiento y los mugidos de los bueyes que tiraban de ellos llenaban el aire. Además, estaba cada uno de los soldados.

Un portaestandarte, rodeado de trompetas, llevaba el símbolo de la legión, un águila de plata colocada sobre un estandarte (es decir, un asta). Cada centuria (en su origen, unidad de 100 hombres, pero unidad de 80 hombres en la República tardía) tenía también su propio estandarte, una lanza decorada con discos y coronas, que llevaba un portaestandarte de colorida vestimenta: su casco estaba adornado con una piel de animal.

Al mismo tiempo, seis hombres llamados lictores marchaban delante del pretor. Los lictores prestaban servicio como asistentes de todos los funcionarios de alto rango de Roma. Eran hombres fuertes; cada uno portaba la fasces, un haz de varas atadas con cintas que simbolizaba el poder del mando. Fuera de los límites de la ciudad de Roma, la fasces se enrollaba alrededor de un hacha, lo que significaba el poder de la vida y la muerte.

Y así marcharon al Vesubio el pretor y sus hombres, en pos de los rebeldes. Acamparon probablemente al pie de la montaña. Glabro decidió no atacar al enemigo, que estaba en la cumbre. Puede parecer una precaución excesiva, pero el terreno favorecía a los defensores. Tan sólo un camino ascendía por la montaña, y era demasiado agreste y estrecho para que una legión se desplegara. No era el lugar apropiado para poner a prueba a su nuevo ejército. En vez de ello, Glabro decidió aislar al enemigo y dejar que muriese de inanición. Se limitó a apostar guardias en el camino para prevenir una fuga.

Como plan no era imaginativo ni audaz, pero podría haber funcionado siempre y cuando los romanos se hubieran mantenido en guardia. Sin embargo, dejaron la iniciativa en manos de Espartaco y éste decidió atacar el campamento romano. Como cualquier comandante, Espartaco hizo uso de su experiencia para organizar un plan de batalla. Sacaría buen provecho de esa experiencia, rica y compleja, tanto en el Vesubio como después.

Al ser tracio, Espartaco pertenecía a una tradición de guerreros. En concreto, Tracia estaba especializada en infantería ligera, pero sobre todo eran habilidosos jinetes, expertos en artimañas y artes de guerra poco convencionales. Homero consideraba a los tracios una nación de jinetes;⁴ Tucídides sentía respeto por sus dagas; los romanos temían sus lanzas.⁵ Tracia había inventado el peltasta, el infante rápido y móvil con armas ligeras que luchaba cuerpo a cuerpo con un gran cuchillo o a distancia con una jabalina. Eran excelentes atacando o defendiendo colinas, empleando tácticas de ataque y huida, tendiendo emboscadas, encendiendo o apagando fuegos de campamento, lanzando ataques oportunistas sobre pesadas formaciones de infantería y formando bloques defensivos contra la caballería. Fintas, tretas, artimañas y estratagemas formaban todos capítulos del manual de guerra tracio. Y el saqueo era una costumbre nacional.

Espartaco había nacido y se había criado con la manera tracia de hacer la guerra, pero, ya adulto, había añadido una cuerda adicional a su arco: la doctrina militar romana. Combinaba la rapidez y el sigilo tracios con la organización y la disciplina romanas. En el combate uno contra uno y en el arte de la espada se había instruido en ambas partes, pues tanto romanos como tracios valoraban estas prácticas, aunque la instrucción como gladiador puede que añadiera nuevas triquiñuelas a su manejo del *gladius*.

En el Vesubio, Espartaco hizo uso de todo su saber militar. Debido a los drásticos cambios del Vesubio y sus alrededores en las distintas erupciones desde el año 73 a.C., no podemos reconstruir la topografía con detalle. Pero la escena general está clara.

Hoy en día, el «Vesubio» está formado en realidad por dos picos: un cráter activo, llamado Gran Cono, y un segundo pico, el monte Somma, que se extiende en forma de promontorio hacia el norte. Antes del año 79 d.C., parece ser que el Gran Cono y el monte Somma estuvieron unidos y que había un único pico. Compartían un cráter dormido en la cima, de cerca de un kilómetro y medio de diámetro; es probable que sus bordes norte y este sean hoy las paredes interiores del monte Somma, enfrente del Gran Cono.

Muchos eruditos creen que Espartaco y sus hombres acamparon en este cráter. Las paredes interiores del monte Somma que han sobrevivido son empinadas, amenazadoras, escabrosas y perpendiculares. Están coronadas por una serie de crestas dentadas. Hoy el punto más alto está a 1.127 metros. Sus paredes están cubiertas de retama, hayas, acacias y líquen. En tiempos de Espartaco, estaban cubiertas de vides silvestres.

A menudo considerada hoy en día una mala hierba, la vid silvestre, *Vitis vinifera sylvestris*, es la heroína de esta historia. A diferencia de Espartaco, ella era nativa de Italia, donde resultaba familiar a la vista. Los reclutas rurales de Espartaco «estaban acos-

tumbrados a entrelazar sus vástagos para convertirlos en cestas que empleaban para el trabajo en la granja». ⁶ No era algo inusual en la campiña italiana; de hecho, hasta hace una o dos generaciones, los campesinos italianos solían hacer cestas y recipientes de una manera parecida. También podríamos especular que la visión de las «cuerdas» de lava (formaciones de lava con forma de cuerda), que abundaban en las paredes del cráter extinto del monte Somma, sugirieron la idea de utilizar cuerdas de vid en la ladera de la montaña. En cualquier caso, los seguidores rurales de Espartaco cortaron las vides que podían utilizarse y las trenzaron para convertirlas en cuerdas largas y resistentes. Las vides silvestres suelen ser más largas que las cultivadas, lo que facilitaría la labor de los rebeldes. Algún otro tipo de vegetación local de tallos más finos serviría para atar las vides.

No sabemos a qué hora del día tuvo lugar la siguiente acción, pero bien serviría el anochecer. Los rebeldes descolgaron las cuerdas por un lado de la montaña que los romanos habían dejado sin vigilancia porque era muy empinado y rocoso. Aquí el suelo era quebradizo e inestable. No debemos pensar que los rebeldes se colgaron de las cuerdas para descolgarse montaña abajo. Las pendientes del Vesubio no son verticales y las vides no son tan flexibles ni fuertes como para enrollarlas alrededor del cuerpo y soportar todo el peso de un hombre. Más bien es probable que las cuerdas sirvieran como asideros o como guías. Uno a uno, los rebeldes descendieron; todos menos un último hombre. Su tarea era permanecer allí y descender con cuerdas las armas que habían llevado desde su campamento. El terreno estaba demasiado desnivelado para llevar las armas con seguridad durante el descenso. Por fin, tras haber bajado todas las armas, el último hombre también descendió. O eso dicen las fuentes, aunque parece más verosímil que un grupo se pasara las armas de hombre a hombre al final.

Podemos suponer que ya era de noche. Puesto que los tracios eran especialistas en ataques nocturnos, quizás Espartaco quisiera aprovechar su ventaja. Los fugitivos habían conseguido escapar ante las mismas narices de los descuidados romanos. Ahora los atacarían por sorpresa.

Las tropas romanas que estaban en campaña siempre construían un campamento rodeado por una empalizada o atrincherado que sirviera de base segura desde la que atacar y defenderse. Todos los campamentos se construían según un patrón habitual, por lo común un cuadrado dividido por calles, hileras de tiendas e hileras de caballos, y rodeado por un foso y un terraplén. Cuando un ejército romano terminaba su marcha, se elegía un buen lugar para levantar el campamento, los agrimensores trazaban el esqueleto del lugar y después los hombres hacían el resto. Los soldados dormían en tiendas de cuero, ocho hombres en cada tienda. La tienda del comandante, conocida como *praetorium*, servía tanto de aposentos para él como de cuartel general del ejército. Con 3.000 hombres además de animales, el campamento de Glabro ocuparía unas cuatro hectáreas.

Puesto que los romanos se preciaban de atacar al enemigo, las defensas de los campamentos solían ser livianas. Por lo general, el foso tenía menos de un metro de anchura y de profundidad, y el terraplén era un montículo bajo de tierra coronado con estacas de madera. Colocaban estacas fuera de los terraplenes para que alertaran de los ataques y frenaran al enemigo. Desde luego que para un enemigo astuto y peligroso se requerían defensas más fuertes. Pero Glabro se tomó a Espartaco a la ligera. Los romanos, dice una fuente antigua, «aún no lo consideraban una guerra, sino más bien una incursión, similar al ataque de unos bandidos». ⁷ Parece que Glabro no dio órdenes de que se tomaran medidas especiales.

Una fuente antigua dice que los fugitivos llegaron desde una dirección inesperada; otra, que rodearon el campamento; otra más,

que llegaron desde una salida oculta en una grieta. No está claro que superaran en número a los romanos, pero tuvieron la ventaja de la sorpresa: todas las fuentes antiguas coinciden en que los romanos fueron sorprendidos; y con razón debían estarlo. Es probable que los hombres de Espartaco derribaran a los centinelas y cayeran sobre los hombres que estaban en sus tiendas. Sin tiempo para formar, los romanos no tuvieron más opción que luchar en una serie de grupos, si es que llegaron a luchar. Los gladiadores eran lo suficientemente grandes, ágiles y rápidos como para hacer pedazos a cualquiera que se les enfrentara.

Tracios, germanos y celtas eran altos comparados con los romanos. Los celtas eran conocidos por sus rápidas y aterradoras cargas, acompañadas de gritos y cantos de batalla. El grito de guerra de los tracios tenía un nombre especial en griego: «titanismos». El grito de batalla de los germanos era un «estruendo confuso» que producían colocándose los escudos en la boca;⁸ si los germanos que acompañaban a Espartaco no tenían escudos, puede que en su lugar usaran pieles de animales.

Algunos celtas llevarían el pelo largo o espesos mostachos a la manera de los nobles galos; puede que algunos llevaran el cabello erizado tras lavarlo en agua con cal y peinarlo después hacia arriba para parecer más altos. Es posible que unos pocos entraran en batalla desnudos, excepto por el cinto de la espada y el torques, como tradicional señal celta de ferocidad. Cualquier mujer que estuviera en la batalla vitorearía de forma llamativa a sus hombres, como era costumbre entre mujeres celtas, germanas y tracias. Escritores griegos y romanos dan cuenta, escandalizados, de esta práctica, y la arqueología la confirma. En una inmensa fosa común de guerreros galos en el norte de Francia, erigida como trofeo de una batalla en el año 260 a.C., un tercio de los huesos pertenecía a mujeres: la mayoría de ellas, como los hombres, había caído en la flor de su vida.⁹

Hay una cosa que parece probable: pocos insurgentes entraron en batalla sin beber vino antes. Éste era un procedimiento habitual tanto para celtas como para tracios, y en realidad para la mayoría de los soldados del mundo antiguo. Los romanos se enfrentaban a atacantes que habían encendido su coraje con el fruto de las mejores uvas de Roma.

Otra posibilidad es que todos ellos rezaran antes de comenzar a cargar. Sin duda, cada uno se dirigiría a sus dioses nativos, pero podría ser que todos hubieran compartido una oración al dios que guiaba el destino del hombre que lo había empezado todo: Dioniso, el dios de Espartaco.

Todas las fuentes coinciden en que los soldados romanos huyeron. Triunfantes y quizás hasta sorprendidas por la facilidad de su victoria, las fuerzas de Espartaco tomaron el campamento de Glabro y lo saquearon de inmediato. Sin duda encontrarían comida, ropas, armas y, posiblemente, cartas del Senado.

Ningún dato sobre los supervivientes del enfrentamiento se ha conservado. Con seguridad hubo muertos y heridos, la mayoría de ellos romanos. Los rebeldes despojaron a los muertos de armas y armaduras. Los soldados expertos sabían que tenían que actuar deprisa antes de que el rigor mortis hiciera difícil desnudar los cadáveres. Probablemente los gladiadores sufrieron menos bajas, pero una de ellas pudo haber sido su tercer cabecilla, Enomao, el celta. Sabemos que cayó en una de las primeras batallas.

Parte del éxito de Espartaco puede atribuirse a la incompetencia romana, pero sólo una parte. Espartaco, Criso y Enomao eran soldados astutos. En vez de atacar de frente al enemigo, fueron hacia su punto débil. Dieron con un ingenioso plan que aprovechaba al máximo sus mínimos recursos, y lo ejecutaron con audacia y eficiencia. El escabroso terreno de montaña no les afectaba: los tracios se sentirían como en casa en aquel tipo de territorio.

Espartaco, y puede que otros, tenía la ventaja de conocer al

enemigo. Lo cierto es que, cuando luchó con Roma, Espartaco era un auxiliar, y los auxiliares no recibían instrucción romana. Empleaban su propio estilo de lucha y solían tener comandantes indígenas. Pero se beneficiaban del impresionante sistema de suministros y refuerzos de Roma. Cualquiera que tuviera los ojos abiertos habría visto lo bien organizadas y disciplinadas que eran las legiones en batalla. Los auxiliares tenían grandes oportunidades de aprender de los romanos. Y no parece que ellos subestimaran al enemigo.

Puede que lo más impresionante de Espartaco y sus hombres fuera su cohesión y liderazgo. Los rebeldes apenas se conocían entre sí, pero cooperaron de maravilla. Sólo los gladiadores estaban en buena forma para la lucha, incluso aunque entre los campesinos fugados hubiese antiguos soldados, que es probable. Al ser esclavos o granjeros, los fugados eran duros, y como oprimidos, tenían incentivos para luchar, pero hace falta algo más que eso para ganar una batalla. Por tomar un solo ejemplo, los aficionados usaban sus espadas más para dar cuchilladas que para hacer el movimiento más efectivo, la estocada. Los nuevos soldados tuvieron que aprender muchas destrezas semejantes (y da la casualidad de que aquélla era una técnica que los gladiadores podían enseñar bien). También tuvieron que luchar en equipo. El liderazgo había moldeado a los rebeldes hasta convertirlos en una fuerza victoriosa. Seguramente los tres comandantes merecen un reconocimiento; puede que la mujer tracia y sus profecías también tuvieran su papel.

No se vuelve a saber de Glabro, al menos no en nuestras fuentes. Espartaco y los gladiadores, por el contrario, podrían haberse convertido en nombres familiares por los alrededores del Vesubio. La victoria atrajo a muchos nuevos reclutas, en particular pastores y vaqueros de la zona circundante. Eran «veloces alborotadores»,¹⁰ y los rebeldes los armaron con las armas capturadas en el campamento de Glabro. Es de suponer que los nuevos reclutas incluían varios celtas,

que tenían reputación de ser buenos pastores. También es probable que incluyeran un buen número de mujeres, puesto que los expertos romanos aconsejaban suministrar a los pastores que estuvieran en el monte mujeres que cocinaran para ellos y que atendiesen sus necesidades sexuales. Espartaco empleó a los pastores como exploradores y como tropas de armas ligeras, y, ¿quién sabe?, puede que algunos de aquellos soldados fuesen mujeres.

Podríamos imaginar que ahora la base de los rebeldes era el antiguo campamento romano. Allí tenían el cobijo de las tiendas, una mejora considerable después de haber dormido al aire libre en la montaña. La tienda pretorial de Glabro era ahora el cuartel general de Espartaco, compartido quizá con Criso. Posiblemente fuera un lugar con mucho ajetreo.

Los alimentos básicos y los suministros imponían continuas incursiones por los alrededores del Vesubio. Pero para continuar venciendo a los romanos, los rebeldes tendrían que haber forjado armas; tendrían que haberse entrenado e instruido; necesitaban aprender a confiar y a comunicarse entre ellos. Un trabajo duro. El saqueo y la venganza eran más fáciles y más divertidos. Espartaco y Criso tuvieron que establecer un equilibrio entre lo que sus hombres querían y lo que necesitaban.

Mientras tanto, las noticias de la derrota de Glabro llegaron a Roma. El Senado encargó a otro pretor, Publio Varinio, que lo reemplazara. Éste reclutó tropas por el camino mientras marchaba hacia el sur. Más o menos al mismo tiempo, o poco después, el Senado eligió, para que asesorase y asistiese a Varinio, a otro pretor más: Lucio Cosinio; por desgracia, para nosotros se trata solamente de un nombre. Al parecer, también se ordenó a Cosinio que formase un ejército sobre la marcha.

Era ya el otoño del año 73 a.C. Primero los fugitivos se toparon con Varinio indirectamente, a través de su legado Lucio Furio, a la cabeza de 2.000 hombres. Un legado era un funcionario de alto

rango, miembro del Senado, a quien se autorizaba estar al mando en ausencia de su superior. Un tal Furio había servido como pretor en un caso de corrupción en el año 75 a.C., y puede que ambos fueran el mismo hombre. Si así fue, Furio era mejor juez que general, pues fue atacado por los rebeldes y éstos lo derrotaron.

No sabemos dónde tuvo lugar el enfrentamiento, pero es más que probable que fuese en Campania, como todos los demás combates de este período entre romanos y rebeldes. Al igual que Glabro, parece verosímil que Furio fuese sorprendido o que sufriese una emboscada de los hombres de Espartaco. Éstos no tenían ni la formación ni el equipamiento necesarios para enfrentarse a los romanos en el campo de batalla.

La derrota de Furio fue un mal augurio para Varinio, pero lo peor estaba aún por llegar. Los exploradores de Espartaco vigilaban de cerca los movimientos de Cosinio, el colega de Varinio. Fue entonces cuando los tracios sorprendieron a Cosinio bañándose en una villa cercana a Pompeya, el incidente antes descrito. Enseguida llegaron la humillación, la derrota y la muerte de Cosinio. Por tercera vez en un par de meses, una fuerza de gladiadores y fugitivos había derrotado a un ejército dirigido por un senador romano.

Pero eso no fue todo. Espartaco y sus hombres se las arreglaron para capturar, o al menos saquear, dos campamentos romanos más: en primer lugar, el campamento de otro de los subordinados de Varinio, Cayo Toranio, y después el campamento del mismo Varinio. Por desgracia, no ha sobrevivido ningún detalle de aquellos acontecimientos. Pero el resultado es evidente: un golpe a la moral hasta de los soldados más curtidos. Los hombres de Varinio estaban abrumados.

Algunos de ellos estaban enfermos «debido a la insalubridad del otoño».¹¹ Otros habían huido tras las recientes derrotas y se negaban a volver a sus regimientos, pese a las órdenes severas para que

lo hicieran. En cuanto a los demás, como asegura un autor romano, «el colmo de su deshonra es que estaban rehuyendo su deber».¹²

Varinio decidió enviar un informe al Senado. Era tanto una manera de pedir refuerzos como una forma de cubrirse las espaldas en el caso de que, más tarde, le culparan por fracasar. Encargó tan delicada misión a Toranio, que podía aportar el relato de un testigo de primera mano. Presumiblemente Varinio confiaba en Toranio bien como en un amigo leal, bien como en un astuto subordinado consciente de que sería peligroso señalar a su jefe. Toranio prestaba servicio a Varinio como *quaestor* (cuestor), un funcionario financiero con varias responsabilidades civiles y militares. El cargo de cuestor era el peldaño más bajo de la «escala de los honores». Había 20 cuestores, todos elegidos por un período de un año, y a todos se les otorgaba después el acceso al Senado. Debían tener al menos treinta años, y todos provenían de familias ricas.

Mientras Toranio estaba fuera, Varinio no se mantuvo ocioso. Cuatro mil soldados estaban deseando seguirle hasta una posición cercana al enemigo, si no directamente a la batalla. Probablemente estas tropas fuesen el remanente de los varios ejércitos de Glabro, Furio y Cosinio, así como los propios hombres de Varinio. Varinio condujo a sus hombres y levantaron el campamento cerca del enemigo; hizo que los romanos fortificaran el campamento con una empalizada, una trinchera y extensas excavaciones. El exceso de confianza de Glabro ya había desaparecido.

Mientras tanto, los insurgentes tenían sus propios problemas. A estas alturas, es probable que fueran más de 10.000 personas: algunas mujeres y niños, pero hombres en su mayoría. Tenían más hombres que armas. Pero los rebeldes no eran otra cosa que inventiva. Puesto que no tenían hierro para las puntas de las lanzas, endurecían los extremos de madera de sus lanzas al fuego, para que parecieran de hierro (y para asegurarse de que pudieran abrir serias heridas). La comida era un problema mayor. Los fugitivos estaban

quedándose sin provisiones, y la incursiones en busca de comida ya no eran seguras por la cercanía del enemigo.

La solución fue otra inteligente estratagema. Durante la segunda guardia de la noche (entre más o menos las nueve y medianoche), salieron todos en silencio del campamento. Sólo quedó atrás un trompeta. Entretanto, para engañar al enemigo, sujetaron unos cadáveres con estacas delante de las puertas. Incluso los vistieron y les pusieron armas en las manos para que parecieran guardias. Al mismo tiempo, dejaron ardiendo las hogueras del campamento.

Tan bien funcionó el engaño que Varinio sólo sospechó algo a plena luz del día. Se dio cuenta del silencio. No sólo faltaban el ruido y los golpes de un campamento atareado, sino también detalles característicos de los rebeldes, que solían tirar piedras a los romanos y provocarles con insultos. Hay que decir que provocar al enemigo era una táctica propia de los celtas en vísperas de una batalla. Varinio envió una unidad de caballería a una colina cercana para ver si podían encontrar al enemigo. Estaban lejos, pero Varinio no iba a correr riesgos. Se retiró en formación defensiva, para poder tener tiempo de reforzar sus tropas con nuevos reclutas. Al parecer, marchó a la ciudad de Cumas, una vieja ciudad griega en la costa, a unos 40 kilómetros al noroeste del Vesubio.

No se sabe si Varinio consiguió sus refuerzos. Se las arregló para subir la moral de sus tropas, pero sólo en apariencia: Varinio era incapaz de reconocer la diferencia entre bravuconería y confianza en ellos. Aunque ahora sus hombres hablaban con dureza, seguían siendo soldados novatos y derrotados. Después de un par de días, Varinio decidió dejar a un lado la prudencia y aceptar las peticiones de sus hombres de una segunda oportunidad: los dirigió contra el campamento enemigo, que habían localizado sus exploradores. Marcharon deprisa. Según se acercaban a los rebeldes, el silencio reemplazó a las fanfarronerías de los soldados romanos.

Tenían que marchar a toda prisa si querían capturar a los fugitivos, que estaban constantemente en movimiento. «Vagaban por toda Campania», como dijo un romano.¹³ Hacían incursiones en la llanura del sur de Campania, alcanzando el norte, el este y el sur del Vesubio, en la rica campiña agrícola que se extendía entre los Apeninos y las montañas de la península de Amalfi. Devastaron los territorios de Nola y Nuceria. No está claro si los rebeldes se movían como una única fuerza o en unidades separadas. Tampoco se conoce el orden de los acontecimientos, pero he aquí una posible reconstrucción.

Nola está ubicada en la llanura al norte del monte Somma, en un rico territorio de granjas. Al estar situada al pie de la montaña, Nola quedaba justo en el camino de los rebeldes. Éstos tenían razones especiales para odiarla a causa de la relación de Nola con Sila. La ironía es que Nola había luchado con dureza contra Roma en la Guerra Social, y después contra Sila. Pero tras su victoria, Sila adquirió una villa en Nola, y sin duda confiscó tierras allí para sus amigos.

Es probable que los hombres de Espartaco sintieran un especial desprecio por los de Sila. Los silanos tenían reputación de llevar una vida de lujo. Mientras tanto, hombres cuyas tierras poseían ahora aquéllos se habían visto reducidos por fuerza a la pobreza, justo lo que había hecho que se unieran a los rebeldes. Puede que los rebeldes disfrutaran ensañándose con Nola.

Después, los rebeldes se dirigieron a Nuceria, ciudad al sudeste del Vesubio, en la calzada de Nola a Salerno. Nuceria estaba situada en lo alto de las colinas, sobre el valle del río Sarno. Era una próspera comunidad de granjeros y mercaderes. En el año 104 a.C., treinta esclavos de Nuceria se rebelaron, pero enseguida fueron reducidos y castigados. En el año 73, los esclavos de Nuceria tuvieron la oportunidad de unirse a los hombres de Espartaco mientras éstos saqueaban las tierras de sus amos.

Desde el Vesubio a Nuceria, las cosas habían ido viento en popa para los rebeldes, si bien, al igual que los romanos, se enfrentaban a un negro otoño. De hecho, los rebeldes estaban sorprendidos por el éxito. Ahora los hombres de Espartaco tenían expectativas poco realistas; los intentos de hacerlos entrar en razón a punto estuvieron de partir el ejército en dos. Una fuente romana afirma que ya no deseaban seguir obedeciéndole.¹⁴

Esto es lo que había sucedido: Criso estaba a favor de atacar a Varinio, mientras que Espartaco quería evitar la batalla. Se trataba de una diferencia táctica, pero un desacuerdo estratégico más profundo los mantenía separados. Criso quería extender la guerra en Italia. Quería más botín, más venganza y, sin duda, más poder. Espartaco no creía que los rebeldes estuvieran venciendo. De hecho, su opinión era que ahora los hombres corrían un peligro mortal. Sus movimientos no tenían un propósito definido y se adaptaban a la situación. Antes o después, los romanos los aislarían y los aniquilarían. Para estar seguros, necesitaban partir con tanta velocidad como fuera posible.

¿E ir adónde?, habría preguntado Criso. Espartaco quería llevar el ejército al norte, a los Alpes, donde se dispersarían y se dirigirían a sus respectivas patrias, ya fuera en Tracia, ya en tierras celtas. Partes de Tracia y la mayoría de la Galia aún eran libres. Los gladiadores, los esclavos huidos y los italianos libres podrían vivir todos allí, lejos del largo brazo de Roma.

Era un plan estimulante que habría entusiasmado a cualquier seguidor de Dioniso: al menos los griegos creían que el dios había viajado a través de las altas y escabrosas montañas del Hindu Kush (situadas entre los actuales Afganistán y Pakistán). Algunos incluso decían que Dioniso había nacido allí. Con toda seguridad, el dios guiaría a su seguidor Espartaco por los Alpes.

Otros, sin lugar a dudas, replicaron que era un sueño imposible. Pero, ¿cuál era la alternativa? Los Alpes no eran fáciles de cru-

zar, pero tampoco eran infranqueables. Ya lo había probado Aníbal. Sin embargo, las legiones romanas eran asunto aparte. Espartaco conocía bien al ejército romano y dudaba de la habilidad de los rebeldes para derrotar a los romanos en una batalla ordinaria. Si los rebeldes no podían derrotar a una fuerza de segundo orden como la de Varinio, ¿qué sucedería cuando llegaran los ejércitos de Hispania y del este, y los rebeldes tuvieran que combatir con legiones veteranas?

Espartaco entendía la diferencia entre guerrilla y guerra convencional. Las guerrillas no podían vencer a un ejército convencional por medios militares: sólo podían frustrarlo. Siempre que el ejército convencional mantuviera su voluntad de lucha, al final vencería. Y resultaba imposible imaginar a los romanos perdiendo su voluntad en Italia. En último término, los romanos aniquilarían a los rebeldes.

Espartaco tenía razón, pero perdía por votos. Sólo contaba con un pequeño número de seguidores, «unas pocas personas sagaces, hombres de mentes generosas y nobleza», como afirma un escritor romano.¹⁵ A Criso lo respaldaba la mayoría de sus compatriotas celtas, así como la mayoría de los germanos. Muchos de los celtas y de los germanos habían nacido en Italia, hijos de prisioneros de la guerra de 102 y 101 a.C. Quizá «volver a casa» no significara tanto para ellos como para Espartaco. Su «casa» era Italia.

Pero un escritor romano da a los seguidores de Criso motivos más ruines:

Algunos de ellos, como estúpidos, depositaron su confianza en las masas de nuevos reclutas que afluían a espuestas y en su propio espíritu indómito; otros, por desgracia, desconocían su patria, y la mayoría de ellos eran de una servil naturaleza que no anhelaba más que el botín y el derramamiento de sangre.¹⁶

Tales comentarios estaban cargados de prejuicios, pero no iban del todo desencaminados. Desde Tracia hasta la Galia, la manera de hacer la guerra propia de los bárbaros ponía el acento en la adquisición de botín. Esto sólo suponía una riqueza limitada, pues gran parte del saqueo se consagraba a los dioses, pero ganado, oro y mujeres eran la moneda del mundo, y en Italia los tres abundaban.

La lógica militar favorecía algunos de los principios de Criso. De todas formas, una persona razonable habría argumentado que, si los rebeldes se dirigían ahora hacia el norte, llevarían a Varinio pegado a sus talones y al final él conseguiría forzar una batalla. Una persona razonable también habría señalado la dificultad de cruzar los Alpes en otoño. Los rebeldes habrían tenido que asentarse en el norte de Italia y combatir a los romanos hasta la primavera siguiente, cuando por fin pudieran cruzar las montañas. ¿Por qué no construir una base bajo el sol del sur? Después de todo, no era probable que los ejércitos romanos de Hispania y Asia Menor regresaran antes de la primavera a Italia.

Desde el punto de vista operativo, es probable que Espartaco estuviera equivocado. Era más seguro derrotar a Varinio antes de encaminarse hacia el norte. Pero Espartaco tenía razón en cuanto a estrategia. Los rebeldes tenían que dejar Italia, si no ahora o al día siguiente, pronto. Y finalmente tendrían que cruzar los Alpes. Espartaco fue incapaz de ganar su caso, pero incluso así hizo un notable servicio a su gente: mantuvo unido al ejército.

Espartaco y sus seguidores podían haber abandonado. Podían haberse abierto camino hacia el norte con sigilo, evitando las calzadas romanas, y haberse dirigido a los Alpes. O podían haber empleado su botín para pagar, o conseguir mediante sobornos, un barco que los llevara al este. Pero Espartaco era un profeta armado y no quería ser general sin ejército. El elegido de Dioniso no iba a escabullirse.

El desacuerdo se zanjó con un compromiso. Como era deseo de Criso, los fugitivos continuarían sus saqueos y se enfrentarían a Varinio. Pero, como deseaba Espartaco, aún no lucharían contra él. En vez de eso, se prepararían cuidadosamente para la futura batalla. Era inevitable, dijo Espartaco, que Varinio recompusiese su ejército. En previsión, los rebeldes necesitaban incrementar el número y la calidad de sus tropas. Necesitaban reclutas de élite, y lo más parecido a esto, sugirió Espartaco, eran los pastores. Con la idea de encontrarlos, el ejército rebelde tendría que dirigirse a campo más abierto, a algún lugar más apto para el pastoreo. En otras palabras, tendrían que internarse en los campos de pasto del sur de Italia.

Espartaco sabía lo que estaba haciendo. Los pastores romanos eran esclavos duros, robustos e independientes. Eran luchadores, pues tenían que estar preparados para sobrevivir en la naturaleza, donde los lobos y los bandidos eran algo rutinario, y los osos no les eran desconocidos. Los pastores esclavos habían formado el núcleo de las grandes Guerras Serviles sicilianas. Los pastores habían apoyado al rebelde lusitano (portugués) Viriato durante sus ocho años de guerrilla contra los conquistadores romanos (147-139 a.C.). El rebelde romano que entonces luchaba en Hispania, Sertorio, también había sacado a muchos de sus seguidores de entre los pastores.

Espartaco contemplaba además otra cosa: el margen de error. Los romanos podían permitirse malos generales y ejércitos derrotados. De hecho, la historia romana estaba llena de fracasos, desde el río Alia hasta las Horcas Caudinas y Cannas. Los romanos podían perder muchas batallas, siempre y cuando vencieran en la última. El acorazado sistema político y los completos recursos de población de Roma le daban la voluntad y la mano de obra para terminar una tarea difícil.

Los rebeldes no podían permitirse errores. Espartaco sabía que sus hombres eran buenos, pero también que habían tenido suerte.

La incompetencia y la autosuficiencia romana les había permitido el lujo de continuar sus incursiones en vez de instruir a sus soldados, de discutir unos con otros en vez de combatir al enemigo.

Roma podía desperdiciar pretores, pero los rebeldes necesitaban un cabecilla.

Capítulo 4

Los guías

En otoño del año 73 a.C., cuando Espartaco y Criso cerraron su trato, el ejército se volvió hacia el sur. Para evitar a Varinio, probablemente se mantuvieron fuera de la calzada romana, que podía ser vigilada con facilidad, y se dirigieron hacia las colinas. Es probable que viajaran por caminos secundarios a lo largo de cadenas montañosas, por intemporales caminos recorridos por los arrieros con sus mulas cargadas de cestos, a través de brechas abiertas en los bosques por los pastores que trashumaban a las montañas en verano y regresaban a la llanura antes del invierno. Unos legionarios con armamento pesado y carros de suministro no podrían tomar esas rutas, pero sí unos rebeldes con armamento ligero.

Pero los rebeldes no podían orientarse por sí mismos. Necesitaban guías, ya fueran voluntarios o por la fuerza. Sin alguien que conociese el entorno para indicarles el camino y los suministros de alimentos, los fugitivos se habrían perdido. Granjeros huraños, montañeses desgüeñados, jovencitas de camino a la fuente para recoger agua, esclavos recién liberados de sus cadenas y terratenientes rollizos demasiado lentos como para escapar de los rebeldes pudieron haber sido los ojos y oídos de Espartaco en la campiña italiana.

El primer ejemplo de guía de Espartaco en nuestras fuentes es un prisionero. Llegó de la región conocida como Agros Picentinos, las fértiles llanuras al sur de Salerno. Pero difícilmente pudo ser el

primer guía local de los rebeldes, porque éstos ya habían viajado por territorio agreste. Tras dejar las inmediaciones de Nuceria, se encaminaron tierra adentro y pasaron junto a Abella (la moderna Avella), una pequeña ciudad a unos ocho kilómetros al noreste de Nola. Abella se asienta al pie de los espesos bosques del monte Partenio (nombre moderno), en lo más alto del valle del río Clanis (Clanio). Está situada en una tierra de granjas, verde y bien irrigada, famosa por sus avellanas y sus fuertes vientos. De inviernos lluviosos y nevados, Abella era una ciudad rural y aislada, y su aire fresco sería totalmente distinto del calor urbano de Capua. Pero Abella había sido testigo de una parte de la historia. Como ciudad italiana, mantenía fuertes vínculos con Roma. En el territorio agrícola de Abella podían encontrarse calzadas romanas, tierras distribuidas a la manera romana y villas rústicas de la República tardía. Abella se mantuvo leal a Roma durante la Guerra Social (91-88 a.C.) y, como recompensa, es probable que Sila le concediese el estatus de «colonia». Entonces, según dicen las fuentes, los hombres de Espartaco «se encontraron con los granjeros de Abella, que andaban vigilando sus campos» (la palabra que designa a los «granjeros» puede significar también «colonos»).¹ Es probable que su encuentro con los rebeldes no fuese feliz para ellos.

Ahora Espartaco y sus hombres se dirigieron hacia los montes Picentinos, al sur, a unos 50 kilómetros a vuelo de pájaro. Si asumimos que fueron campo a través, tendrían que haber atravesado las colinas de Irpinia y escalar los Picentinos, dirigiéndose siempre hacia el sur y el este. Habrían tenido que abrirse camino a través de bosques de robles y castaños, y cruzar montañas de casi 2.000 metros de altura, a través de gargantas y desfiladeros. No era un itinerario fácil ni rico: las fértiles llanuras de abajo, en los alrededores de la Vía Annia, eran visibles aquí y allá a lo lejos, pero estaban en manos romanas. Nadie comería mucho durante aquella marcha.

Tras dejar los montes Picentinos, la siguiente meta de los rebeldes fue el río Silarus (el moderno Sele), a unos 30 kilómetros al sureste de Salerno. En tiempos antiguos, el Silarus marcaba el límite regional. Una vez lo cruzaran, Espartaco y su ejército habrían dejado Campania para entrar en Lucania. Unos trece kilómetros más adelante, alcanzarían un paso en las colinas. Tras haberlo pasado, comenzarían una nueva fase de su revuelta.

Estarían ahora en el corazón de Lucania, navegando en un vasto mar interior: verde oleaje de colinas roto por mesetas elevadas, espesos bosques, remotas ciudades y escabrosos picos de montaña. El terreno escarpado de Lucania se extendía hacia el sur todo lo que alcanzaba la vista hasta el tacón de la bota italiana, donde caía en una fértil franja costera limitada por el mar Jónico.

Lucania era tierra de bosques, pastos y esclavos, el paisaje preferido por un guerrillero. Al igual que Sicilia, estaba poblada por pastores esclavos y mano de obra esclava en los campos.² Era el sueño de un reclutador rebelde, el país de Espartaco.

Todo esto se extendía ante ellos; pero antes, Espartaco, Criso y sus seguidores tenían que pasar sin ser percibidos por los romanos. Seguramente los romanos habrían apostado guardias en el puente por el que la Vía Annia cruzaba el Silarus. Entra aquí en juego el guía picentino al que ya se ha aludido. Un escritor romano describe la situación de manera concisa: «Y tras encontrar a toda prisa un guía apropiado entre los prisioneros picentinos, él [Espartaco] siguió su camino escondido por las Colinas Eburinas hacia las Nares Lucanae, y desde allí, con las primeras luces del día, alcanzaron Foro Annio».³

Esto resume las tácticas de Espartaco en pocas palabras. Tomó una rápida decisión que dio a sus hombres la ventaja de la inteligencia local: el conocimiento del terreno. El resultado fue una maniobra diestra, audaz y efectiva.

El picentino era un hombre que conocía las colinas del sur de

los montes Picentinos, al norte de la ciudad de Eburum (Éboli). Pudo haber sido un pastor o, lo que parece más verosímil, el propietario de una granja, puesto que era un prisionero y no un recluta; es más probable que un pastor se hubiera unido voluntariamente a Espartaco. No habría sido difícil intimidarle para que cooperara, dados los peligros del cautiverio. Tanto celtas como germanos tenían la reputación de sacrificar a los prisioneros de guerra como forma de veneración a sus dioses.⁴ Han sobrevivido informes sobre prácticas espantosas, como abrir cadáveres para inspeccionar sus entrañas, extraer fetos del útero de sus madres y beber sangre en los cráneos de los muertos.⁵

En cualquier caso, el picentino guió a los rebeldes por las Colinas Eburinas quizás hasta tan lejos como el valle del río Silarus medio, donde podrían haber cruzado por un antiguo vado. Entonces viraron hacia el sur, hacia la ciudad de Nares Lucanae. Los romanos no tenían ni idea de dónde estaban los rebeldes. Espartaco había descrito círculos en torno a Varinio, y todo se lo debía a su prisionero picentino.

Uno se pregunta si aquel rebelde a la fuerza recibió un trago en Nares Lucanae como recompensa. Había allí agua en abundancia: el nombre del lugar puede significar «Manantiales Lucanos», y se han encontrado manantiales en su yacimiento a los pies de los montes Alburnos. Los picos similares a dedos de esta cadena atraviesan el valle al sureste de los Picentinos. Había buenos pastos entre ambos grupos de montañas y el mar, así que quizá los insurgentes reunieron algunos seguidores en los alrededores.

En Nares Lucanae, la ruta de los rebeldes volvió a la calzada principal romana, la Vía Annia, que iba a Regium. Viajaban de noche, sin duda para evitar ser detectados. Con las primeras luces del día, los hombres de Espartaco alcanzaron la pequeña ciudad de Foro Annio. La distancia entre Nares Lucanae y Foro Annio es de unos 25 kilómetros, un largo camino para recorrer en una

sola noche, incluso para una fuerza con armas ligeras, especialmente si el grupo incluía mujeres y niños. Pero era otoño y las noches se hacían más largas; el aire frío pudo haber apresurado a los más rápidos a la vista del premio que tenían delante. Por encima de todo, estaban determinados a tomar la ofensiva y conseguir hacerlo por sorpresa. Y lo hicieron.

Espartaco y sus hombres llegaron a Foro Annio «sin que los granjeros lo supieran». ⁶ Foro Annio era una comunidad granjera en el extremo norte de Campus Atinas (el moderno Vallo di Diano). El Campus Atinas es una larga y estrecha meseta, verde y fértil, regada por el río Tanager (el moderno Tanagro), que fluye a través de él. Está rodeado de colinas, que crean un constante juego de luces y sombras; al oeste, las montañas se extienden como olas, unas veces onduladas, a veces como rompientes. Antigua zona de colonización, el valle era muy rico, con granjas y villas diseminadas por las tierras bajas y colinas llenas de pastos. Incluso hoy en día, en una ciudad de una colina al norte del valle, el censo recoge 1.300 humanos y 6.000 ovejas; cada mes de junio, los pastores bajan algunas de estas últimas de las colinas y las hacen desfilar alrededor de una capilla en un festival anual. ⁷

La población estaría compuesta principalmente por colonos romanos y sus esclavos. También habría lucanos nativos, pero durante siglos les habían obligado a dejar espacio a muchos romanos como castigo por elegir bandos perdedores —don que parecían tener los desafortunados lucanos—, desde Aníbal, pasando por Mario, a la Confederación Italiana en la Guerra Social. Entre los colonos romanos había propietarios de extensas fincas, principalmente ganaderas, y pequeños granjeros. Algunas lápidas de la república tardía describen a los administradores que dirigían las fincas para sus terratenientes: hombres con un sello en un dedo de la mano izquierda y un estilo y tablillas de escritura agarrados con el puño. ⁸

Una mañana de otoño del año 73 a.C., el aire fresco del valle se llenó de gritos. Espartaco y sus hombres habían llegado. Enseguida se entregaron a una espiral de violencia que contravenía sus órdenes, violando a muchachas y a mujeres casadas. Cualquiera que intentara resistirse era asesinado, a veces en plena huida. Unos cuantos rebeldes arrojaron antorchas a los techos de las casas. Otros siguieron a los esclavos locales para sacar a rastras a sus amos o sus tesoros de sus escondites. «Nada fue demasiado sagrado ni demasiado atroz para la cólera de los bárbaros o sus serviles naturalezas», dice un escritor romano.⁹ Y no llegaría ninguna ayuda del ejército de Varinio; no apareció por ningún lado.

Espartaco se opuso a las atrocidades, bien por caballerosidad, bien por el razonamiento de que, si los granjeros recibían un buen trato, puede que algunos de ellos favorecieran a los insurgentes. Repetidas veces intentó Espartaco frenar a sus hombres, pero era una batalla perdida. La postura de Criso no ha quedado registrada. Acontecimientos posteriores demuestran que quería saquear Italia, pero también quería enfrentarse a Varinio, y la indisciplina debilitaría a su ejército.

Estaban, además, los esclavos locales, de distintas nacionalidades. Hubo algunos que no esperaron a llevar a los rebeldes a los escondrijos de sus amos, sino que ellos mismos sacaron a sus temblorosos señores. Fue una especie de ofrenda a los insurgentes, y puede que estos esclavos sólo intentasen ganarse su favor. O es posible que se acordaran de látigos, cadenas, varas, piedras, huesos rotos, ojos arrancados, golpes, reprimendas, ejecuciones u otros castigos que se sabe sufrían los esclavos romanos. Tal vez estuvieran pensando en humillaciones menos graves, como que les hubieran tatuado en la frente el símbolo de sus amos o haber tenido que pagarles por el privilegio de mantener relaciones sexuales con otro esclavo. O quizá recordasen a algún amigo o conocido que había sido vendido por estar enfermo o por ser viejo.

Los rebeldes permanecieron en Foro Annio aquel día y la noche siguiente. Para los amos de esclavos locales fueron veinticuatro horas de salvajismo y carnicería. Para los esclavos fue el día de la liberación. Seguramente llegaron en tropel desde los alrededores, puesto que Foro Annio no era un lugar grande, y cuando nació el nuevo día, Espartaco y Criso habían doblado el número de esclavos fugitivos en su grupo. Unos cuantos de los nuevos reclutas serían granjeros, pero si Espartaco había tenido en cuenta correctamente sus perspectivas, la mayoría de ellos serían pastores. Para el otoño ya habrían bajado de las montañas con sus rebaños para apacentarlos en pastos más bajos, así que pudieron haber tenido noticias de lo que ocurría en Foro Annio.

Con las primeras luces, los rebeldes levantaron el campamento y se dirigieron a «un campo muy extenso», lo que parece referirse a algún lugar en medio de Campus Atinas.¹⁰ Desde allí podrían ver a los granjeros salir de sus casas para recoger la cosecha de otoño. Esos granjeros nunca llegarían a sus campos, pues por el camino se encontraron con una columna de refugiados de Foro Annio. Los granjeros corrieron a ponerse a salvo, quizás en las colinas, y dejaron su cosecha de otoño para Espartaco y su hambriento ejército.

Habían superado estratégicamente al ejército romano, habían aterrorizado a la clase de los amos y habían aumentado sus filas con nuevos reclutas y sus panzas con productos frescos, pero los insurgentes aún estaban lejos de la victoria. Al contrario, su entrega a la violencia había abierto una puerta a la derrota. Al igual que cualquier actividad militar, la rapiña y el pillaje requerían disciplina. Un botín excesivo engendra justo lo contrario, un colapso de la disciplina. Los romanos sabían que los soldados que desobedecían órdenes durante un saqueo las desobedecerían en la lucha. Además, los saqueadores se exponían a repentinos contraataques del enemigo. Los romanos, siempre precavi-

dos, insistían en la disciplina hasta para las sencillas acciones de obtener comida y agua.

Espartaco sabía que sus hombres habían sentado un terrible precedente. Entendía también que las guerras no se ganan mediante incursiones. En sus vanos intentos de detener la masacre, Espartaco había pedido a sus hombres que fueran rápidos. Al fin y al cabo, Varinio estaría de camino.

Tras su éxito en Campus Atinas, los insurgentes tuvieron que mantenerse en movimiento para esquivar a los romanos y encontrar nuevos suministros de alimentos. Había que equipar con armas a los nuevos reclutas (probablemente armas improvisadas). Había que darles cualquier consejo apresurado que pudieran entender, mientras el ejército estaba en marcha.

En apariencia, supieron abrirse camino bastante bien, pues para cuando alcanzaron el mar Jónico, los insurgentes ya habían acabado con Varinio. No sabemos dónde ni cuándo. Por vicisitudes de la supervivencia de documentación, las fuentes arrojan luz sobre los movimientos de Espartaco desde los montes Picentinos a Campus Atinas. Desgraciadamente, vuelven a ser vagas sobre los seis o más meses que vienen a continuación. Los insurgentes arrasaron Lucania a su paso, eso está claro, como lo está el resultado del duelo entre Espartaco y Varinio. Por lo demás, la narración es sobre todo cuestión de conjeturas sobre una base sólida.

La tierra conducía a los rebeldes siempre hacia el sur. La mayor parte de Lucania, no sólo Campus Atinas, era buen lugar para el saqueo. Era rica en pastos, campos de grano, viñedos y bosques, y había ovejas, cabras y caza en abundancia. Se suponía que los caballos lucanos eran pequeños y feos, pero fuertes; no eran monturas perfectas para una caballería, pero servirían al menos para el transporte de la impedimenta.

Sin embargo, ¿adónde irían los insurgentes y cómo llegarían allí? Una mirada al mapa puede resultar engañosa. Parece que en

la montañosa Lucania, Espartaco y Criso no tenían más posibilidad que seguir la Vía Annia, que bajaba hacia el sur a través del Campus Atinas y llegaba hasta el Brucio (la moderna Calabria). Pero de hecho tenían otras opciones. Existía una red de caminos por los riscos de las montañas de Lucania anterior a los romanos: de la mayoría de ellos se decía que eran «serpenteantes, estrechos y angostos», pero los insurgentes los habían visto peores.¹¹

Tras saquear Campus Atinas, los hombres de Espartaco pudieron, por ejemplo, seguir el paso entre los Monti della Maddelena y el Monte del Papa, como son conocidos hoy en día, hasta la colonia romana de Grumentum (hoy en día, la autopista 103 de Italia sigue esa ruta). Allí, en el alto valle del río Aciris (el moderno Agri), habrían encontrado un paraíso para el pastor y un deleite para el reclutador. Después, al dirigirse hacia el este, pudieron haber seguido una de las varias rutas hacia la costa jónica y las ciudades de Metaponto y Heraclea. Desde allí, una calzada costera llevaba hacia el sur, al Brucio y a la ciudad de Turi.

Por si es de ayuda, el folclore moderno describe a Espartaco viajando a lo largo y a lo ancho de Lucania. Por ejemplo, las ciudades de Oliveto Citra, Rocca da Spide y Genzano di Lucania se atribuyen todas ellas haber sido escenario de una de las batallas de Espartaco.¹² En Castelcivita hay una cueva de Espartaco y un puente de Espartaco. Caggiano, Colliano y Polla alardean de que Espartaco pasó por allí en sus viajes. Nada de esto resulta sorprendente, pues la Italia del sur ha sido históricamente tierra de salteadores, y Espartaco es el abuelito de todos los forajidos. Pero estas reivindicaciones tampoco prueban que los insurgentes pasaran por allí en el otoño del año 73 a.C. en vez de, por decir algo, un año después, si es que prueban algo en absoluto.

Además, por si sirve de algo, las antiguas evidencias sobre los meses que siguieron a la estancia de los rebeldes en Campus Atinas se refieren dos veces a los guías locales. «Eran hombres con gran

conocimiento de la región», dice una fuente sobre algunos de los insurgentes.¹³ Un nativo destacó por sus habilidades como guía y explorador. Se llamaba Publipor.

Todo lo que nos ha llegado sobre Publipor es una línea de un libro de historia perdido, si bien de todas las minúsculas partes de la saga de Espartaco, la suya debe de ser la más intrigante. Entre los distintos guías de los insurgentes, es probable que Publipor fuese el más dotado. «De todos los hombres de la región de Lucania, era el único que conocía el lugar.»¹⁴

Publipor significa «chico de Publio». Era un esclavo propiedad de un tal Publio. Publipor era un nombre común entre los esclavos, compartido, por ejemplo, por el gran dramaturgo latino Terencio, un liberto llamado Publipor cuando era esclavo. Publipor no era necesariamente el nombre de un muchacho, ya que los romanos solían dar el nombre de «chico» a esclavos adultos. Pudo haber sido un adulto y, dada su pericia en el territorio de Lucania, es posible que fuera pastor.

Decenas de miles de esclavos lucharon con Espartaco, pero aparte de los gladiadores, Publipor es el único cuyo nombre ha sobrevivido. No sabemos por qué fue importante su conocimiento del terreno, pero lo fue con seguridad, pues nuestra fuente lo destaca entre todos los demás. ¿Acaso prestó a los insurgentes el gran servicio de mostrarles un lugar donde pudieran descansar mientras esperaban a Varinio? Puede que incluso ayudara a Espartaco a organizar uno de sus mayores golpes maestros.

No se conocen los detalles de la lucha, pero parece acertado suponer que los insurgentes evitaron presentar batalla y, en su lugar, prefirieron emboscadas, trampas y ataques rápidos. Enfrentarse en una batalla ordinaria con los romanos era demasiado peligroso porque, incluso aunque los superaban en número, los rebeldes no podían igualar su equipamiento. Aún dependían de armas y armaduras hechas por ellos mismos, como deja bien claro una fuen-

te: «Estaban acostumbrados a tejer rústicas cestas con ramas. Y por causa de la falta de escudos, todos usaban esta misma técnica para armarse con pequeños escudos redondos, como aquellos que usa la caballería». ¹⁵ Cubrían estos escudos de ramas con cueros estirados. ¹⁶

Los insurgentes capturaron estandartes de los centuriones romanos. Mejor aún, tomaron el control sobre los lictores de Varinio con sus haces de varas y hachas (sus fasces), que simbolizaban el poder del pretor. También se hicieron con el caballo de Varinio; según una fuente, se lo arrebataron de entre las piernas, y a punto estuvieron de hacerle prisionero. Varinio escapó. Pero el vencedor real e inmediato fue el hombre a quien llevaron los estandartes y las fasces como triunfo: Espartaco. Ahora sí parecía que se había vuelto «grande y aterrador», como lo describe Plutarco. ¹⁷

Los estandartes, las fasces y el caballo eran mejores herramientas de reclutamiento que la cabeza de un pretor en una pica (si bien quizá los celtas, que eran cazadores de cabezas, no hubieran estado de acuerdo). Los estandartes eran tótems cuya pérdida era inconmensurable. Las fasces eran un símbolo sagrado, como un cetro real o el báculo de un obispo. El caballo era sagrado para celtas, germanos y tracios. A la luz de estos iconos, Espartaco era más que un aventurero: se convirtió casi en un rey.

«Después de esto —explica una fuente—, más hombres aún, muchos más, se apresuraron a acudir junto a Espartaco». ¹⁸ «En un breve período de tiempo, reclutaron un gran número de tropas», ¹⁹ dice otra. Los reclutas acudían en masa, normalmente descalzos, vestidos con bastas capas de lana y, a veces, con sus cadenas puestas.

Los números son difíciles de calcular. Las fuentes antiguas varían mucho, pues oscilan entre estimaciones de 40.000 a 120.000 insurgentes. Para empeorar las cosas, las buenas estadísticas antiguas tendían a ser aproximativas, mientras que las malas tendían a ser salvajes exageraciones. Por ejemplo, el número de 120.000, la estimación mayor de las tropas de Espartaco, aparece en fuentes an-

tigüas relacionada con una u otra guerra con bastante frecuencia, como para demostrar que se trataba sólo de un máximo figurado, el equivalente de «un gran número». Para complicar aún más las cosas, no está claro si las antiguas estadísticas sobre los insurgentes incluían a mujeres y niños.

El camino más seguro es quedarse con la cifra más baja, que atribuye a Espartaco y a Criso unos 40.000 hombres en la primavera del año 72 a.C., y aún más en otoño. Según criterios antiguos, no era una cifra pequeña. Son más hombres que los que Aníbal tenía cuando cruzó los Alpes, por ejemplo, y más o menos el tamaño del ejército de César cuando conquistó la Galia. Por esta razón, el número de 40.000 hombres iguala a grandes rasgos el tamaño del mayor ejército que los romanos reunirían contra Espartaco.

Para cuando derrotaron a Varinio (aunque no podemos estar seguros de la secuencia de los acontecimientos), los rebeldes se encontraban al final de la tierra de Lucania. Los hombres que habían ensangrentado sus manos en Capua, mojaban ahora sus pies en el mar Jónico. Para ser precisos, los mojaban en una gran ensenada conocida como golfo de Tarento. Las aguas turquesa del golfo, de unos 145 kilómetros de largo y de ancho, bañan el arco de la bota italiana. La línea costera del golfo, que se extiende más o menos desde Tarento a Crotona, abarca parte de la tierra más fértil de Italia. Esto fue una vez la Magna Grecia, «la Gran Grecia», una región de colonias griegas cuya prosperidad casi llegó a superar la de su madre patria. En su mejor momento, la Magna Grecia produjo grandes generales, legisladores, doctores, artistas y atletas. Pitágoras, uno de los filósofos antiguos más destacados de Grecia, construyó aquí su escuela. Pero los conquistadores romanos acabaron con todo aquello. La costa del golfo era aún generosa y abundante, pero su poder e influencia se habían desvanecido.

Como se trataba de una tierra tranquila, era útil para Espartaco y Criso. Alejada y aislada de Roma, la costa jónica constituía una

base perfecta para los insurgentes. Tenía un clima suave y estaba bien provista de alimentos. Su gran población esclava la convertía en una tierra prometedora para el reclutamiento. Sus granjas y sus ciudades tenían hornos que podían emplearse para fundir las cadenas de los esclavos y forjar con ellas espadas y puntas de lanza. Sus puertos podían atraer a mercaderes y piratas. Y cerca de ellos se alzaban escarpadas colinas y espesos bosques para retirarse en caso de que llegaran los romanos. En resumen, era el lugar idóneo para formar un ejército y adiestrarlo.

Pero no era probable que esta zona costera abriese sus puertas a los rebeldes: tendrían que someterlos. Así que los rebeldes atacaron e infligieron «una terrible matanza», como dice una fuente.²⁰ Puede que aquí fueran tan brutales como lo habían sido en Campus Atinas. Uno de los lugares que codiciaban era Metaponto. De hecho, la arqueología puede mostrar huellas de su ataque. Una *stoa* (pórtico) de la población, que se usaba como almacén, fue destruida durante este período. Hay quien ve en ello la mano de los rebeldes, y por cierto que no es difícil imaginarlos cruzando el foso y atravesando la empalizada de madera que constituía la principal defensa de la Metaponto romana. Quizá los ciudadanos intentaron detenerlos empleando los proyectiles de catapulta que, por esa época, se fabricaban en una villa cercana. Pero esto suena bastante solemne para la romana Metaponto, un lugar que ya había dejado atrás sus mejores días. En el año 73 a.C., Metaponto era más una pequeña población que la gran ciudad que una vez había sido.

En sus buenos tiempos (hacia 600-300 a.C.), Metaponto había sido la historia de un éxito, una de las mayores colonias de Grecia. Sus fértiles tierras hicieron de Metaponto un gran almacén de cereal, y exhibía orgullosa espigas de trigo en sus monedas de oro. Pero entonces llegó Roma, con su ya familiar pauta de opresión, revuelta, ocupación y castigo. El antes grandioso espacio urbano había quedado reducido a un pequeño sector.

Al mismo tiempo, en la campiña de Metaponto la abundancia de pequeñas granjas familiares del período griego fue desapareciendo.²¹ Gran parte de la tierra había sido entregada a un par de poderosos, romanos o amigos suyos locales. Villas grandes y medianas salpicaban los valles ribereños y la calzada de la costa, o bien dominaban los cerros. La agricultura diversificada estaba en declive y prevalecían los pastos, en especial para ovejas, reses y caballos. Con otras palabras, en su mayor parte era un paisaje ganadero y, por tanto, tierra de esclavos: terreno fértil para los reclutadores de Espartaco.

Uno de los pocos proyectos de renovación de la Metaponto romana era el templo de Apolo, que fue restaurado y expandido. Por la manera en que allí se le adoraba, Apolo era prácticamente equivalente a Dioniso, y la religión era muy popular en la ciudad y los campos de alrededor. Así que el mensaje de la mujer tracia pudo haber encontrado oídos favorables en Metaponto.

A unos 20 kilómetros al sur de Metaponto se encontraba Heraclea, en el rico suelo entre los valles de los ríos Siris (el actual Sinni) y Aciris. Era un centro de agricultura y artesanía, muy conocido por su mercado. A diferencia de Metaponto, Heraclea había sabido jugar su baza con Roma. Con el paso de los siglos mantuvo su autonomía, y en términos tan favorables que incluso dudó en aceptar la ciudadanía romana que se le ofrecía tras la Guerra Social. Nada hemos encontrado acerca de que Espartaco llegase hasta Heraclea, lo que puede reflejar la recepción que esperaba recibir allí. Sin embargo, el pueblo de Heraclea no podía estar seguro de que Espartaco no se estuviera acercando, por lo que sin duda tomarían precauciones.

Podríamos sacar esta conclusión de un jarroncillo gris que fue enterrado bajo una casa particular en Heraclea. Dentro del jarrón había un collar de oro y cerca de quinientas monedas, todas ellas de plata romana. El collar está decorado con granates y cuentas

de vidrio, con delicadas terminaciones de oro en forma de cabeza de antílope. Las monedas datan más o menos de entre 200 a 70 a.C.; la mayoría de ellas provienen de un período de unos veinte años, 100-80 a.C. Aproximadamente la mitad de ellas son calderilla, algo extraño si se tiene en cuenta el valor del collar: un erudito lo ha interpretado como una evidencia de apresuramiento, como si quien llenó y enterró el jarrón no tuviera tiempo de separar el dinero bueno del malo.²² ¿Fueron enterrados estos objetos apresuradamente porque había señales de Espartaco en el horizonte? Quizá los heracleotas temieran a sus propios esclavos. La ciudad era un centro del culto a Dioniso.

Al sur de Heraclea la llanura costera se estrecha de repente entre el mar y el pie de los montes del Pollino (nombre moderno). Esta cordillera marca el límite sur de Lucania. Más allá se encuentra la región más meridional de Italia: el Brucio. Como Lucania, el Brucio es montañoso, y su gente era igual de brava. El Brucio estaba destinado a representar un gran papel en la revuelta de Espartaco, y ese papel comenzó aquí, justo después de la última colina del macizo del Pollino, junto a la costa. Se abre aquí una vasta planicie, más ancha, más verde y más exuberante incluso que la campiña de Metaponto o Heraclea.

Ésta es la meseta de Síbaris, casi un mundo en sí misma. De unos 320 kilómetros cuadrados, la meseta queda cortada al norte y al oeste por los picos del Pollino, altísimos y cubiertos de nieve la mayor parte del año; al sur, por las empinadas y escarpadas colinas de la Sila Greca, y al este, por el mar. Tan amplia planicie de suelo fértil se extiende bajo el cálido sol, regada por los ríos Crathis (moderno Crati) y Síbaris (moderno Coscile). El clima era tan suave como para que un roble que no perdía sus hojas en invierno diese fama al lugar.

La dorada meseta era la California de la Antigüedad, y su San Francisco era una colonia griega levantada allí hacia el año

700 a.C.: Síbaris. El lujo de la ciudad era tan legendario, que incluso hoy *sibarita* es todavía sinónimo de hedonista. La gastronomía era su vicio preferido, y ¿por qué no?, cuando la tierra era tan generosa que se suponía que por las tuberías de arcilla de los sibaritas ¡corría vino en lugar de agua! Además de su vino, Síbaris era famosa por su aceite de oliva y su lana. Se cultivaba cereal en la meseta y en las laderas de las colinas crecían higueras y avellanos, y se bajaba madera y brea de los densos bosques de los montes Sila. La pesca abundaba en el mar, incluida la preciada anguila. El ajetreado puerto de Síbaris atraía a comerciantes de una gran variedad de puertos mediterráneos.

Síbaris había sido destruida totalmente durante una guerra con sus vecinos en el año 510 a.C., pero la meseta era demasiado fértil como para dejarla en barbecho. En el año 444 a.C., se fundó en su lugar Turi, una nueva ciudad griega. En el año 194 a.C. le tocó el turno a Roma. Los romanos fundaron una colonia en Turi y la rebautizaron como Copia, «Abundancia». Pero la mayoría de la gente continuó llamándola Turi. Supuestamente había aquí tanta tierra buena que los romanos tenían problemas para encontrar propietarios para todos los lotes. Pero la naturaleza aborrece el vacío. Hacia el año 73 a.C., por los valles de los ríos Cratis y Síbaris se repartían algunas villas romanas, unas grandes, pero la mayoría de tamaño mediano. Entre los terratenientes conocidos había senadores romanos, équites y un veterano de Sila. Aunque había explotaciones ganaderas, la agricultura era la actividad principal de esta tierra tan fértil.

Otro de los recursos de Turi era un grupo de esclavos descontentos. En torno al año 70 a.C., el titular de una propiedad por estos lares armó a sus esclavos y los envió a saquear la granja de su vecino y a asesinar a sus habitantes, con la intención de apoderarse él mismo del terreno. Unos diez años después, unos esclavos insurgentes seguían activos por la zona. En el año 48 a.C. Milón,

matón romano, fue enviado a Turi para provocar una revuelta entre los pastores de las cercanías.

Pero la gente del Brucio era famosa por sus tácticas guerrilleras: era «su disposición natural», dice un escritor romano.²³ Por otra parte, durante siglos, Turi había sido un centro de la religión órfica, culto de resonancias dionisiacas que ofrecía una salida natural a la mujer tracia y sus profecías. Era, en resumidas cuentas, un territorio prometedor para el reclutamiento de la insurgencia. No sorprende, pues, que Espartaco y Criso fijasen su vista en Turi a finales del año 73 a.C.

Una vez hubieron cruzado el Brucio, los insurgentes se desperdigaron por las colinas, en busca, sin duda, de las granjas romanas. Después, tras encontrar alimento y reclutas, se dirigieron hacia la misma ciudad de Turi. Hasta ahora, Espartaco y Criso habían arrasado el territorio de varias ciudades, pero no habían conquistado ni ocupado ningún espacio urbano. «Esclavos, desertores y chusma» constituían su grupo de seguidores, como afirma un antiguo escritor.²⁴ «Gente de pueblo, principalmente esclavos, pero también algunos hombres libres» sería una descripción más imparcial.

Por fin, en Turi conquistaron una ciudad. Turi no era grande, pero estaba amurallada. Los insurgentes fabricaban escudos de mimbre, no ingenios de asedio, y a duras penas podrían haber irrumpido en la población. Tampoco disponían de tiempo para sitiar la ciudad durante meses para provocar una hambruna. La explicación más razonable de su éxito sería que las murallas de Turi estaban en mal estado y resultó fácil abrir brechas en ellas. Bien esto, o bien que alguien de dentro de la ciudad, quizás un grupo de esclavos, abrió las puertas a los rebeldes. El resultado bien pudo haber sido una matanza.

Puede que fuera por esta época cuando los insurgentes asaltaron la ciudad de Consentia (la moderna Cosenza), capital de los brucios, población interior situada en la Vía Annia, a unos 80 ki-

lómetros al sur de Turi. Consentía se asentaba en una rica región de granjas y pastos, con perspectiva de suministros y seguidores adicionales.

Desde Metaponto hasta Turi, y quizá más allá, los insurgentes había traído fuego, muerte y libertad; además, también estaban formando un ejército. Al fin, pudieron establecerse en Turi para la instrucción. Entre sus necesidades urgentes estaban las armas y la disciplina. Espartaco trató ambas necesidades estableciendo una ley: por mucho que se los ofrecieran los mercaderes, su gente no podía comprar oro ni plata; sólo se les permitían hierro y bronce para armas. Se supone que Criso respaldaba a Espartaco. Otra fuente de metal de calidad para armas eran las propias cadenas de los esclavos fugados, que se fundían y volvían a forjarse como armas. Resulta difícil decir qué es más sorprendente, la severidad de Espartaco o la buena disposición de los comerciantes a arriesgarse negociando con los fieros insurgentes. ¿Acaso estos «mercaderes» eran auténticos piratas, como sugieren algunos, o se trataba de simples jugadores que veían grandes beneficios en los negocios de riesgo?

Las armas no constituyen por sí solas un ejército. Los recién llegados requerían instrucción. Hacia el invierno de 73-72 a.C., los reclutas novatos del verano ya se habían convertido en veteranos, y sin duda transmitieron su experiencia práctica. Aun así, no podían sustituir a los profesionales. Podemos suponer que ex gladiadores y veteranos, tanto del ejército romano, como de otros, desempeñaron el papel más importante como instructores.

Espartaco seguramente sabía que formar un ejército exige un equipo de mando de primera categoría. Podríamos imaginarlo escogiendo con cautela a sus comandantes de batallón y de compañía. Toda experiencia militar previa sería con seguridad inestimable. Veteranos de Mario o antiguos soldados capturados en guerras en las fronteras de Roma pasarían rápidamente a primera línea del pelotón. Pero tener destreza como organizador es una necesidad

para un comandante, y los capataces de esclavos tenían tal destreza en cantidad. Tampoco se puede despreciar el factor moral en un cabecilla. Puede que Espartaco, que era astuto al juzgar a las personas, eligiese hombres sin experiencia militar para dirigir algunas unidades de su ejército.

Y si bien Espartaco odiaba a Roma, no dudaba a la hora de tomar prestado de ella lo que le sirviera. Para su ejército siguió el modelo de las legiones, al menos en determinados aspectos. «Conseguieron el nivel de destreza y disciplina que habían aprendido de nosotros», dijo César de los insurgentes.²⁵ Al igual que el renegado Vettio, un romano que encabezó la rebelión de esclavos de Capua en el año 104 a.C., puede que Espartaco organizara a sus soldados en centurias, unidades de 80 hombres que formaban las compañías en las legiones.

Los insurgentes designaban a sus unidades con las insignias romanas. Los victoriosos rebeldes habían capturado estandartes romanos, águila de plata y fasces. El águila era el símbolo de una legión, mientras que los estandartes lo eran de las cohortes (de 600 hombres cada una) y las centurias. Las fasces eran la insignia de los pretores, cónsules, generales o gobernadores romanos.

Podemos imaginar a los insurgentes portando con orgullo estandartes y águilas romanos en batalla para mofarse del enemigo. En cuanto a la fasces, Espartaco la aceptaba como símbolo de su propio cargo, y es de suponer que la llevaba su guardaespaldas. Era una señal del mundo vuelto del revés, pero era también símbolo de disciplina. La fasces representaba el poder de castigar. Un comandante efectivo no sólo debe ser simplemente inspiración, sino también severidad. Pocos soldados disfrutaban con el castigo, pero la mayoría lo aceptan como el precio de la victoria. El castigo edifica la disciplina; la disciplina vence en las guerras.

Quizá san Agustín tuviera en mente Turi cuando escribió, siglos más tarde, «a partir de un principio nimio y despreciable con

un delito menor, [los insurgentes] alcanzaron un reino». ²⁶ El lenguaje es poco preciso, pues aunque dominó un rincón de Italia, Espartaco no llegó a ser rey. Los cabecillas de las anteriores revueltas de esclavos en Sicilia asumieron títulos reales, no así Espartaco. Ya contaba con el favor de Dioniso, como había anunciado la mujer tracia, y es posible que inspirara sobrecojimiento religioso en algunos de sus seguidores, pero nunca tuvo ni aceptó un trono.

Una paradoja yace en el corazón de la empresa de Espartaco. Sus hombres acababan de deshacerse de sus cadenas, y no querían unas nuevas. Eran pastores acostumbrados a la independencia, peones de granja ebrios por su libertad recién conseguida y gladiadores entrenados para matarse unos a otros. Apenas compartían una lengua común, el latín, y ésta pertenecía a su enemigo. Con la presencia indudable de mujeres y niños entre ellos, eran tan parecidos a una caravana como a un ejército. Es verosímil que la mayoría de hombres se sintieran más unidos a sus familias que a sus camaradas. Nadie sabía si acatarían las órdenes de Espartaco. La libertad había construido su ejército, y la libertad podía destruirlo.

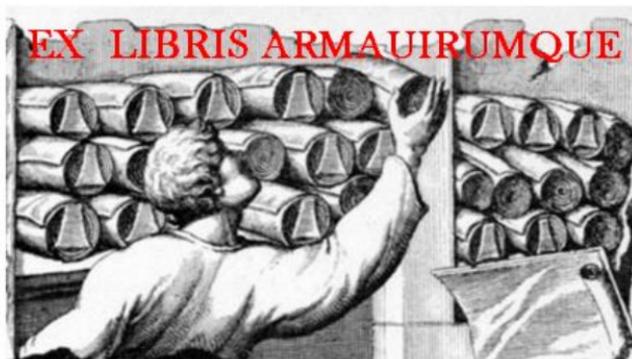
Lo único que podía hacer era intentar que las cosas funcionaran. Y así decenas de miles de pies en marcha alzaban sus ecos en la meseta de Síbaris. Legiones de esclavos: una humillación para los romanos, un honor para los hombres. Según afirma un escritor romano, hasta un esclavo es un ser humano, y si un esclavo se alza en armas, puede ser tan libre como un ciudadano romano. ²⁷ Sin embargo, añade, para un romano tener que combatir contra tal hombre es sumar el insulto a la injuria.

Tan improbable como eran las legiones de esclavos, o incluso más, era el grupo de équites que cabalgaba junto a ellos. Al igual que ocurría en Germania, combatir a caballo daba al guerrero un alto estatus. Durante sus viajes, los rebeldes habían capturado caballos salvajes que vagaban por la campiña de Italia del sur. Por suerte para ellos, estaban en una región de caballos. Incluso hoy se

ven caballos salvajes en las montañas del sureste de Campania, en el valle alto del río Agri de Lucania y en los montes del Pollino, en el límite entre Lucania y el Brucio. Celtas, germanos y tracios eran domadores lo bastante buenos como para entrenarlos. Y así nació la caballería de los insurgentes.

Iban a necesitarla. Los romanos no se habían olvidado de ellos. Tampoco los golpes sufridos a manos rebeldes ni las granjas arruinadas y las inversiones perdidas en esclavos les habían pasado desapercibidos. Así que los romanos eligieron nuevos comandantes para el nuevo año, con más soldados a su disposición para someter la rebelión.

Las montañas que rodean Síbaris se cubren de nieve en invierno. Cuando en la primavera del año 72 a.C. ésta se derritiese, los torrentes de agua descenderían hasta los cauces de los ríos de la meseta. Las flores amarillas de las retamas incendiarían las laderas de las colinas. Las legiones de Roma marcharían hacia el sur por las calzadas pavimentadas de la Península, y los insurgentes se dispersarían por las colinas en un intento de luchar en condiciones elegidas por ellos. Mientras tanto, toda Italia contendría la respiración.



Capítulo 5

El estoico

Fue una guerra sin gloria. En el año 72 a.C., Roma necesitaba hombres para luchar contra Espartaco. Alrededor de 150.000 ciudadanos romanos, todos de Italia, ya estaban luchando en el extranjero, cifra muy por encima de la media de 90.000 romanos que luchaban fuera entre los años 79 y 50 a.C. Pero los reclutadores tenían que encontrar muchos más soldados. Catón se presentó voluntario.

Marco Porcio Catón Salonio, Catón *el Joven*, tenía el linaje para convertirse en el Gran Conservador de Roma. Su bisabuelo Marco Porcio Catón *el Censor* (234-149 a.C.) fue el adalid de la simplicidad romana frente a la cultura griega, e insistía con frialdad en que «Delenda est Karthago», es decir, Cartago debe ser destruida. El tío de Catón *el Joven* era Marco Livio Druso, conocido como «el patrón del Senado» por sus propuestas de cambios constitucionales, un intento de atraer a los rivales a la vieja guardia introduciéndolos en la élite. El osado plan de Druso sólo sirvió para que lo asesinaran, pero supuso una lección de coraje para el joven Catón, que ya era huérfano y se criaba en casa de su tío.

En el año 72 a.C., Catón tenía veintitrés años. Era un patriota, pero no lo bastante idealista como para olvidar a su familia. Catón idealizaba a su hermanastro mayor, Quinto Servilio Cepio, hijo del primer matrimonio de su madre. Cepio fue elegido como oficial

subalterno en la lucha contra Espartaco, al servicio de uno de los cónsules del año 72 a.C., Lucio Gelio, así que Catón entró en el ejército tras él. La familia de Catón poseía tierra en Lucania, por lo que eran bien conscientes del peligro que suponía Espartaco, e incluso puede que ello hiciera de Catón una de las víctimas de los rebeldes.

El joven soldado Catón hacía alarde de la severidad por la que se haría famoso. Por ejemplo, siempre iba a pie, en cualquier estación. Hiciera el tiempo que hiciese, nunca montaba a caballo, y para este joven seguidor de la filosofía estoica tampoco existían las literas. Los estoicos predicaban la austeridad. Enseñaban que la contención engendraba el control de uno mismo, y que el control de uno mismo conducía a la virtud; y un hombre virtuoso era un buen hombre. Catón viajaba, pues, siempre a pie; de hecho, a veces recorría las calles de la ciudad de Roma descalzo. Necesitaría toda su energía para perseguir a Espartaco en el año 72 a.C. El ex gladiador arrastró a los romanos a una cacería casi por los más de 1.000 kilómetros de largo de Italia. Los romanos querían asestar un duro golpe a los rebeldes. Espartaco los retaba a dar alcance a un objetivo en movimiento.

Según afirma una fuente, a finales de 73 a.C., el Senado romano ya no sólo se mostraba avergonzado, sino también temeroso.¹ Ya no quería más pretores: era hora de enviar a los dos cónsules. Contarían con cuatro legiones, cerca de 20.000 hombres, que se formaron durante los meses finales del año 73 a.C. El cónsul electo envió buscadores (*conquisitores*), es decir, oficiales de reclutamiento, a varias ciudades de Italia. Preferían a los voluntarios, pero no dudaron en sacar las listas del censo y forzar a los hombres a cumplir su deber.

Pese a que los romanos odiaban admitirlo, no se enfrentaban ya a una acción policial, sino más bien a una guerra.² Si bien para combatir a Espartaco tenían que encontrarlo, y él no se lo pondría

fácil. Cuando los romanos se dirigieran hacia el sur, Espartaco iría hacia el norte. Planeaba recorrer hacia arriba la montañosa espina dorsal de Italia, al tiempo que mantenía sus fuerzas móviles fuera del alcance de los romanos y de su armamento pesado. Se detendría de vez en cuando para abastecerse de alimentos, para saquear blancos fáciles y conseguir nuevos reclutas. Pero principalmente se mantendría en movimiento, en dirección cada vez más hacia el norte. Unos cuantos rebeldes montaban a caballo o viajaban en carros, pero la gran mayoría iba a pie. No hay duda de que con frecuencia pasarían hambre y frío, y de que estarían cansados; seguramente la mayoría de ellos iban descalzos y sucios, y perderían hombres por desertiones, enfermedad y muerte. Pero seguían en marcha.

Su objetivo más audaz eran los Alpes. Espartaco buscaba la seguridad para sus hombres al otro lado de las montañas, donde podrían encaminarse a sus patrias celtas o tracias. En el norte de Europa, fuera del alcance de Roma, tendrían una oportunidad de combatir. Italia sería su cementerio.

Mientras tanto, si los romanos lo encontraban durante la marcha, Espartaco se enfrentaría a ellos, pero no según lo aprendido. No era su estilo alinear a los hombres en filas ordenadas y hacerlos marchar hacia la zona de matanza elegida por Roma. No enviaría a hombres armados con escudos de palo y cuero sin curtir y lanzas de punta de madera contra una muralla de hierro. Espartaco sabía que unas tropas irregulares no podían derrotar a la legión en su propio juego, ni siquiera a una legión tan mal entrenada e inexperta como las que formaban las nuevas unidades del año 72 a.C.

Aun así, las fuentes mantienen que aquel año Espartaco mantuvo al menos una, si no varias batallas contra los romanos.³ Es probable que se atreviera a hacerlo en las condiciones apropiadas. El territorio de colinas y las montañas proporcionaban un terreno favorable a los insurgentes. Emboscadas, trampas, sorpresa, ve-

locidad y guerra psicológica, todas ofrecían prometedoras líneas de ataque. Su superioridad en caballería daba a Espartaco una vía de hostigar los flancos del enemigo y de neutralizar a las tropas ligeras romanas.

Los acontecimientos de la guerra de Espartaco del año 72 a.C. estallaron en la conciencia de Roma. Sobresaltaron a la ciudad, y eso marcó un giro en la fortuna de los rebeldes. Pero, con excepción de uno o dos episodios a fines de año, la mayor parte de los enfrentamientos de ese período se resolvieron sólo de la manera más superficial, de ahí que la narración tenga que ser aquí aún más especulativa que en ninguna otra parte.

En el arranque de la estación de campañas de la primavera del año 72, los romanos comprendieron que los rebeldes se habían separado en dos grupos: uno conducido por Espartaco, el otro, por Criso. Ambos hombres estaban en movimiento. El grupo de Criso permanecía en el sur de Italia, pero no en Turi. Se dirigieron a Apulia (la Puglia de hoy), una opulenta región agrícola de suaves colinas redondeadas e inhóspitas montañas. Mientras tanto, las fuerzas de Espartaco habían virado hacia el norte.

Al igual que los romanos, no podemos estar seguros de lo que ambos grupos estaban tramando. ¿Se trataba de una separación táctica o estratégica, amistosa u hostil? Plutarco afirma que Criso se marchó por su «arrogancia y presunción».⁴ Puede que fuera así, pero los ejércitos irregulares se deshacían tan fácilmente como el suelo volcánico. Ya el año anterior Criso y Espartaco habían tenido desacuerdos sobre la permanencia en Italia y los pormenores del saqueo. Mientras tanto, las diferencias étnicas, las ambiciones enfrentadas y los celos naturales de los antiguos gladiadores dificultaban mantener una causa común. Un divorcio amistoso tenía sentido político.

También era una táctica sensata. Los rebeldes necesitaban comida. No tenían suministros para alimentar a 40.000 soldados

más un número desconocido de mujeres y niños. Las perspectivas eran mejores para dos grupos más pequeños que se abastecieran en lugares separados, que para un gran grupo que se dirigiera a un único punto.

Espartaco contaba con los grandes batallones. Las fuentes dicen que empezó la temporada de campaña con 30.000 hombres, mientras que Criso sólo contaba con 10.000, lo que parece cierto, por mucho que los vínculos étnicos ligasen a Criso con sus compatriotas celtas y sus aliados germanos.⁵ Los partidarios de Espartaco lo siguieron no sólo porque fuese tracio, sino también porque era Espartaco. Para entonces, los rebeldes ya habían advertido la talla de su líder. Reconocían en él a un general victorioso y a un favorito de los dioses, así como a un gigantesco gladiador. Sus intensos gestos los conmovían. Su austeridad los endurecía; su generosidad les ayudaba. Puede que su cuidado para con los civiles inocentes les provocara indiferencia, pero esto destacaba la cualidad que más definía a Espartaco: la rectitud.

La autoridad del tracio no era ni formal ni forzada: era moral. Como dijo Napoleón, «en la guerra, la moral forma las dos terceras partes, y lo material, el tercio restante». No sorprende, pues, que tres cuartas partes del ejército siguieran a Espartaco.

Pero, ¿hacia dónde les dijo que se dirigían? No podían permanecer en la meseta de Síbaris. Cuando llegaron los romanos, les obligarían a entrar en batalla, y los insurgentes querían luchar en las colinas, donde el terreno era más apropiado para emboscadas, trampas y ataques sorpresa. Síbaris está rodeada de colinas, pero si hubieran acampado allí, los rebeldes habrían acabado con la comida en poco tiempo. El mar quedaba hacia el sur, pero no tenían barcos, así que tuvieron forzosamente que ir hacia el norte. En Italia abundaban las tierras fértiles, el botín y los esclavos para reclutar. Dejarían que los romanos los persiguieran.

Sin embargo, toda persecución tiene un final, y Espartaco lo

sabía. Probablemente su plan fuese poner a salvo a su gente fuera de Italia, al otro lado de los Alpes, en la Galia o Tracia o, tras dividir al ejército, en ambas. A duras penas los rebeldes habrían confiado en un plan tan desalentador, y un comandante prudente se guardaría el plan para sí mismo. Podríamos suponer que Espartaco no fuese franco con el ejército mientras marchaban hacia el norte. Quizá dejase caer la idea de que simplemente estaban extendiendo la revuelta e iban en busca de botín a otra parte de Italia. Más tarde, cuando quedaron atrapados entre los romanos y los Alpes, seguramente encontrarían más fácil aceptar lo inaceptable. Y puede que así lo considerase Espartaco.

Después de dividir sus tropas, Espartaco y Criso tenían todo tipo de razones para mantenerse dispuestos a hacer cambios. Cada uno tendría esperanza en el éxito del otro, aunque sólo fuera para mantener a los romanos ocupados. Espartaco era demasiado perspicaz como para quemar sus puentes. Como soldado experto, conocería los riesgos de su largo viaje. Tenía que conservar la opción de regresar al sur y restablecer el contacto con Criso. Al tiempo, Criso no tenía interés en acelerar la salida de Italia de Espartaco, ya que eso dejaría libres a los romanos para que se concentraran en él. Es probable que animara a Espartaco a que se tomara su tiempo reuniendo seguidores entre los oprimidos del centro y del norte de Italia. Puede que ambos grupos se mantuvieran en contacto mediante mensajeros.

Desde luego, Roma sabía poco de esto en la primavera del año 72 a.C. Los cónsules eran Lucio Gelio y Cneo Cornelio Léntulo Clodiano. Ostentaban el cargo regular más alto de Roma, tras haber estado ambos en posesión del segundo cargo más alto, el de pretor. Los romanos ambiciosos aspiraban a conseguir el consulado después de su servicio como pretores. Léntulo había sido pretor en el año 75, así que al ser cónsul en el 72 sabía que su carrera iba por el camino correcto. Pero Gelio había esperado dos largas

décadas tras servir como pretor en el año 94. En el 93 prestó servicio como oficial en Oriente y había quedado en ridículo cuando se inmiscuyó en una disputa entre filósofos atenienses. Ahora, en el año 72, por fin había llegado su hora. ¿Estaba preparado para ello? Ni Léntulo ni él eran conocidos por sus anteriores períodos de mando en el ejército. Además, Gelio ya no era joven: tenía, por lo menos, sesenta y dos años. No resulta sorprendente, por tanto, que se designara un asistente de alto nivel para Gelio, otro pretor del año 73 a.C., Quinto Arrio. Se le había encomendado que asumiese el gobierno de Sicilia en el año 72 a.C., pero la guerra de Espartaco se interpuso en su camino, y Arrio fue reasignado como personal de Gelio con el rango de propretor.

Arrio fue un hombre hecho a sí mismo cuya ambición vital fue ser elegido cónsul, honor que previamente había eludido a su familia. En tanto que pretor, seguía el camino apropiado. Arrio tenía más probabilidades de conseguirlo de haber sido gobernador que combatiendo a Espartaco. Los gobernadores exprimían a los locales y recaudaban el equivalente a las contribuciones a campañas electorales de hoy en día. La ley y la política, no la guerra, eran los puntos fuertes de Arrio. No obstante, el pretor era «un hombre vigoroso»,⁶ según decía Cicerón, que además comparó una vez a Arrio con un púgil.⁷ Dada la asignación de combatir a los rebeldes, seguramente Arrio trabajaría duro para conseguir la victoria que necesitaba para el avance de su carrera.

Aun así, el gobierno romano debería haber sido capaz de hacerlo mejor. Espartaco era una amenaza demasiado grande como para asignarle la tarea a cualquiera que no fuese un general experto. Pero Roma encaraba las crisis con mediocridad. Sorprende que ya hubiera ocurrido a menudo en el pasado, pese a graves amenazas como la de Aníbal.

Bien en Roma, bien en el campo, los romanos recibieron la noticia de que los insurgentes se habían dividido. El encargo de Léntu-

lo era lidiar directamente con Espartaco, mientras que Gelio atacaría primero a Criso y después se sumaría a la campaña contra Espartaco. Léntulo tenía un trabajo mucho más duro, así que podemos imaginar que planeaba pegarse a los talones de Espartaco y evitar la batalla hasta que llegara Gelio. Y resultó que Gelio llegó con una dosis de buenas noticias: la primera victoria romana en aquella guerra.

Con la ayuda de Arrio, Gelio aplastó al ejército de Criso. La contienda tuvo lugar en Apulia, cerca del monte Gargano. Conocido a veces como la espuela de Italia, el monte Gargano bien podría llevar el apodo de «la giba». Se interna en el Adriático a unos 145 kilómetros al norte de Barium (la moderna Bari). No se trata de un pico, sino de una península escarpada y densamente arbolada unida de manera curiosa a la ondulada campiña de Apulia. Las rocosas cumbres de la península de Gargano alcanzan los 1.000 metros de altitud, y su terreno calizo aparece horadado por cuevas; en tiempos romanos, la zona era famosa por sus robledales. En pocas palabras, el Gargano era territorio natural de guerrillas.

El monte Gargano habría constituido una buena base para conseguir que los esclavos de Apulia se rebelasen. Los esclavos pastores de la región ya se habían levantado antes contra Roma, así que el grito de los rebeldes habría encontrado oídos bien dispuestos. Además, si las cosas terminaban mal, se presentaba ante ellos una ruta de escape por mar. Al final del promontorio del Gargano había varios puertos, en caso de que los rebeldes hubieran pedido ayuda a los piratas, como lo harían poco después. Pero Criso no supo usar tales características naturales en su provecho.

Los romanos superaron en estrategia a Criso: lo cogieron por sorpresa. La región de suaves colinas junto al promontorio de Gargano estaba bien provista de granjas, sin duda una tentación para que Criso se entregara a una incursión de saqueo. Es posible que los romanos lo capturaran así. O quizá lo atraparon en una pradera monte arriba, en el promontorio mismo.

Era frecuente que el ejército de un cónsul estuviera formado por dos legiones. La fuerza en el papel de una legión del siglo I a.C. era de 6.200 hombres; su fuerza real era de unos 5.000. Esto era así cuando la legión estaba recién formada; con el tiempo, tras perder hombres en combate o por enfermedad o desertión, la fuerza de una legión probablemente fuera de unos 4.000 hombres. Cuando un cónsul tomaba posesión de su cargo y reunía un ejército de dos legiones, éste posiblemente contara con unos 10.000 hombres. Una legión sólo era tan fuerte como sus subunidades, y la unidad táctica básica de la legión era la cohorte. Cada legión constaba de 10 cohortes, en teoría de 480 hombres cada una; y cada cohorte se componía de 6 centurias, teóricamente de 80 hombres cada una. Las tropas ligeras y la caballería se añadían a los soldados de una legión.

Como se ha dicho, el comandante de cada legión era conocido como legado. Por debajo de él había seis oficiales subalternos llamados tribunos militares. Cepio, el hermano de Catón, era tribuno militar en una de las dos legiones de Gelio; Catón sin duda prestó servicio entre su personal. El rango de oficial más bajo era el de centurión, comandante de una centuria. A menudo los centuriones eran los héroes olvidados de la legión, puesto que el liderazgo sobre un grupo pequeño podía significar la unión o la ruptura de un ejército.

Casi en su totalidad, estos ejércitos consistían en soldados de infantería, con sólo pequeños grupos de caballería, con armas ligeras, o de tropas especializadas. Eran inexpertos y estaban lejos de lo mejor que tenía Roma, pero estaban mucho mejor armados que los insurgentes y podían tener mucha más confianza en cuanto a alimentación y alojamiento.

No sabemos casi nada sobre la batalla. Ante la falta de pruebas de especial capacidad creativa por parte de Gelio o Arrio, podríamos esperar que alinearan su ejército según las normas. Cada

legión era desplegada en una formación de tres filas, con cuatro cohortes (una fuerza, en teoría, de 1.920 hombres) en la línea del frente y tres cohortes (con una fuerza, también en teoría, de 1.440 hombres) en ambas filas de retaguardia. Es probable que los insurgentes tuvieran que organizarse con prisas. Dada su reputación como jinetes, los celtas habrían contado con una buena caballería, pero carecerían de tiempo para desplegarla de manera adecuada, y puede que los romanos los superaran en número.

El núcleo del ejército romano consistía en infantería pesada, es decir, legionarios. Cada legionario se protegía con una armadura, por lo común una coraza, y un casco de bronce o hierro. Portaba también un gran escudo oblongo (*scutum*). Sus armas eran una jabalina (*pilum*) y una espada corta (*gladius*). Algunos de los hombres de Espartaco y Criso tenían armas y armaduras similares, arrancadas de los enemigos muertos, pero muchos de los rebeldes sólo contaban con armas primitivas y una protección ligera.

No cabe duda de que ambos ejércitos avanzaron dando gritos de guerra para darse ánimo y amedrentar a su oponente. La infantería ligera romana solía tratar de debilitar al enemigo mediante flechazos y hondazos, algunos de los cuales podían tener un alcance efectivo de unos 90 metros. Tras asimilar sus bajas, los insurgentes lanzarían su grito rebelde y harían sonar sus trompetas de guerra. Los ejércitos romanos solían avanzar golpeando sus jabalinas contra sus escudos y dando sus gritos de guerra.⁸ Al acercarse a una distancia de unos 15 metros, las legiones empezarían a lanzar sus jabalinas. Gritaban, acompañadas por el «estruendo amenazador» del cuerno de su comandante, al que seguía la estridente llamada de las trompetas.⁹ Después, con sus estandartes al viento, cargaban a la carrera contra el enemigo.

En ocasiones, los romanos desplegaban un espectáculo de disciplina y equipamiento tan intimidatorio que el enemigo daba la vuelta y huía. Pero esta vez se llegó sin duda a un duro comba-

te. Los legionarios darían tajos y arremeterían contra el enemigo con sus espadas, al tiempo que desde el otro lado replicarían con espadas o lanzas.

En la imaginación, esta antigua batalla se presenta como un clímax: una colisión seguida de docenas de luchas individuales desordenadas que continúan hasta que una de las partes prevalece. La batalla real probablemente fue episódica. Al igual que los púgiles, los dos bandos se enfrentaron, se separaron, se reagruparon cada uno en su terreno y después volvieron a acometerse. Al final, un ejército fracasaría y huiría. Una típica batalla romana duraba entre dos y tres horas, pero probablemente los episodios de lucha cuerpo a cuerpo fuesen cada uno de sólo unos quince o veinte minutos, antes de que se extendiera la fatiga.

El único detalle que ha sobrevivido sobre la batalla del monte Gargano es el dato de que los rebeldes «lucharon con extrema fiereza»: un lugar común que bien pudo ser cierto.¹⁰ Los guerreros celtas eran famosos por su ferocidad y su perseverancia en la batalla. Podemos imaginar a los legionarios más valerosos rodeando el flanco del enemigo o intentando abrirse camino a estocadas entre las filas enemigas. Finalmente vencieron, pero puede que a un alto precio. Quizá los insurgentes forzasen a los romanos a varias rondas de batalla, antes de que se alcanzase un punto decisivo, suficiente para que los rebeldes mantuvieran su honor, pero no para evitar una masacre. De acuerdo con una fuente, murieron dos tercios de los hombres de Criso.¹¹ Entre los caídos estaba Criso en persona, algo que cuadra también con la imagen del modo de luchar de los celtas: se suponía que los guerreros celtas se agrupaban alrededor de sus jefes en la batalla. Era una deshonra abandonar al propio jefe, y para un jefe era impensable cualquier otra cosa que no fuera luchar hasta el fin. Los germanos actuaban de manera similar, a juzgar por las mujeres de la tribu de los cimbrós, que permanecían en carros a la

retaguardia del combate y mataban a los guerreros que huían en vez de dejarlos marchar.

Para la insurgencia fue la primera derrota tras una serie de victorias. ¿Cómo explicar semejante revés de la fortuna? Desde luego no podemos contar con la destreza de Gelio y Arrio. Como más tarde, en el año 72, mostrarían los acontecimientos, no habían creado una maquinaria vencedora. Puede que la causa de la derrota correspondiese a Criso. Igualaba a Espartaco en valentía, pero no en sentido común. No cabe duda de que Criso compartía el gusto de Espartaco por la disciplina y la austeridad, pero en apariencia carecía de la diligencia necesaria cuando se trataba de exploradores y centinelas.

Mientras tanto, Espartaco marchaba hacia el norte. Estaba en algún lugar de los Apeninos en el centro del norte de Italia. Los rebeldes habían marchado desde una tierra de olivos a otra de ganado vacuno, célebre esta última por su mantequilla: una región más fría, más lluviosa y más verde que el sur. Había abundancia de agua fresca y rebaños de ovejas y cabras, pero también había lobos y osos. En cuanto al paisaje, los Apeninos son escarpados, angostos y difíciles, todo lo cual jugaba a favor de los insurgentes.

Aun así, los romanos querían combatir a Espartaco. La doctrina romana exigía ofensivas, y el destino de Criso era un buen presagio de éxito. Sin embargo, el ejército de Espartaco tenía razones para ser optimista. Los hombres contaban con un líder magnífico; las anteriores victorias habrían elevado su moral, y su fuerza de caballería era mejor que la de los romanos. Su cabecilla compartía el riesgo con los hombres; con el aspecto de un héroe, demostraba su valentía físicamente; era carismático y tenía facilidad para los gestos audaces; podía resultar una inspiración en el campo de batalla. Los insurgentes eran más ágiles y más duros que el enemigo, lo suficientemente rápidos y violentos como para sobrecoger a un enemigo inexperto, y, además, superiores en número.

No obstante, los romanos encontraron al enemigo y lo forzaron a luchar en lo que parecían condiciones favorables para ellos. El cónsul Léntulo, gracias sin duda a una buena dosis de inteligencia, fue capaz de cortarles el camino. Al mismo tiempo, Gelio, vencedor de Criso, había marchado desde Apulia en una rápida persecución del principal ejército rebelde. Espartaco estaba atrapado.

Una teoría verosímil localiza la confrontación en un paso de montaña de los Apeninos, al noroeste de Florencia. El pueblecito de Léntula se ubica a los pies del monte Calvi (de 1.280 metros), en un valle que, hacia el norte, lleva a Módena (la Mutina romana). Las tradiciones locales insisten en la relación directa entre el nombre del pueblo y el cónsul Léntulo, al igual que señala que, más tarde, Espartaco se abrió camino hasta Mutina. Tal teoría no se ha demostrado, pero el escabroso terreno de los alrededores de Léntula pudo haber sido un lugar perfecto para la batalla.

Espartaco demostró entonces lo que hacía de él un gran comandante en batalla. Para un buen general, es posible rescatar a su ejército de una maniobra envolvente siempre que tenga resolución, agilidad y temple. Tiene también que estar seguro de la completa lealtad y obediencia por parte de sus tropas. César tuvo estas mismas virtudes, y salvó a su ejército en la batalla de Ruspina (la moderna Monastir, en Túnez) en el año 46 a.C. Al encontrarse rodeado, César dispuso a su ejército en dos hileras, espalda contra espalda, e hizo que cada una forzase el retroceso del enemigo. Aquello le dio un respiro para lanzar dos cargas coordinadas, y se abrió paso hacia la libertad.

En los Apeninos, en el año 72 a.C., Espartaco consiguió incluso más, y mediante tácticas diferentes. Hay que admitir que la situación del tracio era menos desesperada que la de César. Espartaco superaba en número al enemigo: contaba con 30.000 hombres, mientras que cada ejército consular tenía un máximo de unos 10.000 hombres. De hecho, el ejército de Gelio pudo haber sido

incluso más pequeño a causa de las pérdidas sufridas en la batalla contra Criso. A diferencia de César, Espartaco tuvo tiempo y espacio para atacar a cada uno de sus enemigos por turnos. Sin embargo, y al igual que César, Espartaco nunca podría haber vencido sin dirigir la confianza de sus hombres. Sólo podemos imaginar lo que pudo haber dicho en un discurso previo a la batalla para congregar a sus tropas. Pero el mensaje fue tan claro como una corneta: ¡atacad!

El mero hecho del ataque pudo haber sorprendido a los romanos, que quizás habrían esperado que el enemigo, al verse rodeado, asumiera una posición defensiva. Espartaco combatió primero al ejército de Léntulo; una fuente afirma que los rebeldes golpearon con una repentina precipitación.¹² Un comandante inteligente como Espartaco habría situado parte de sus fuerzas detrás de las colinas y, después, habría hecho que salieran de golpe para conmocionar al enemigo. Probablemente, utilizaría su caballería para conseguir tal efecto. El ataque de una caballería bien sincronizada podía romper la formación del enemigo, en concreto la de la infantería ligera, que llevaba poca protección. Los romanos solían contraatacar a la caballería con flechas y hondas, pero no siempre conseguían su propósito. Una carga veloz y repentina de la caballería, por ejemplo, podía evitar que arqueros y honderos infligieran un gran daño. Si las legiones se mantenían firmes, podían detener una carga de caballería concentrándose en una formación densa, casi un muro de escudos con espacio para alancear con sus lanzas. Los caballos no se arrojaban contra objetos sólidos o lo que aparentaba serlo. Sin embargo, era difícil que una formación así se mantuviera firme, pues la visión de una carga de caballería era suficiente para aterrorizar a tropas inexpertas. En una batalla posterior, parece que los romanos ya habían tomado precauciones adicionales contra la caballería de Espartaco, lo que hace pensar en una amarga experiencia.

En cualquier caso, una vez que hubiera debilitado al enemigo con tácticas semejantes, Espartaco enviaría a sus soldados de infantería. Seguramente, éstos atacarían con toda la furia que daba fama a celtas, germanos y tracios. Podemos suponer que los casos individuales de valor reportarían beneficios exagerados. Con que unos pocos enemigos rompieran una fila o permitiesen que un valeroso jinete rebasara a galope a un soldado enemigo y lo derribara o retaran con éxito a un soldado enemigo a un combate singular, un ejército titubeante podía dar la vuelta y salir corriendo.

Comoquiera que los rebeldes atacaran, la respuesta de los romanos fue un ataque de pánico y la huida, deshonorando la tradición de las legiones. No hay duda de que el ataque de los insurgentes sería aterrador, pero un ejército disciplinado habría aguantado en su sitio. Los romanos solían ser disciplinados: tenían una larga experiencia de lucha contra los bárbaros, y a menudo habían derrotado a ejércitos mucho más grandes. Pero en el año 72 a.C. ni su instrucción ni su confianza ni, al parecer, su comandante, fueron suficientes para hacer que los legionarios se mantuvieran firmes. Dice una fuente que Espartaco derrotó a los legados de Léntulo y se hizo con toda la impedimenta del ejército.¹³ Otra cuenta que los romanos abandonaron el campo en un estado de gran confusión.¹⁴ Relata otra que Espartaco «destruyó a conciencia» al ejército de Léntulo.¹⁵ Después, se volvió hacia las fuerzas de Gelio y también las derrotó; pero no se conserva ningún dato.

Gracias a la impedimenta capturada, Espartaco se benefició de ciertos utensilios: cubiertos de hojalata, utensilios para cocinar, morrales, cestas, ganchos de hierro, correas de cuero, zapas, palas, sierras, hachuelas, hachas, guadañas y carretillas. También había armas, las que se pudieran tomar de los prisioneros o arrebatarse a los muertos, así como las que transportaban como equipaje: desde flechas y jabalinas extra, hasta cubiertas para escudos y collarines. Es probable que capas y sandalias fuesen valiosos hallazgos. Pero

el mayor tesoro era la comida, transportada en carretas de las que tiraban bestias de carga.

Los romanos a las órdenes de Gelio y Léntulo huyeron en desorden del campo de batalla. Aníbal había aplastado a los soldados de Roma en la batalla de Cannas en el año 216 a.C.; en los Apeninos, en el año 72 a.C., Espartaco les humilló. El cartaginés mató a decenas de miles de romanos. El tracio provocó muchas menos bajas, pero cumplió su propósito. Después, procedió a herir aún más el orgullo romano.

Quince años después, en el año 57 a.C., en un discurso, Cicerón todavía recordaba el insulto de Espartaco. Nada, dijo Cicerón, pudo haber sido «más sucio, deforme, pervertido o inquietante». ¹⁶ Lo que hizo Espartaco fue celebrar unos juegos de gladiadores para esclavos, espectáculo que Roma solía reservar a los hombres libres. El tracio añadió una amarga vuelta de tuerca al invertir los papeles: convirtió a los esclavos en espectadores y a los romanos en gladiadores. ¹⁷

La ocasión fueron los juegos funerales por Criso. La noticia de la muerte y derrota de su camarada había llegado a Espartaco, puede que por un mensajero, puede que por los supervivientes del ejército de Criso. La lucha entre un par de gladiadores junto al sepulcro de un gran hombre era una vieja costumbre italiana; aunque bárbara para nosotros, en tiempos antiguos era una señal de gran honor y respeto. Espartaco no sólo hizo que luchara un par de gladiadores, sino que homenajeó al celta caído con un ritual espectacular. Reunió a 300 (o 400, de acuerdo con otra fuente) prisioneros romanos, y les hizo luchar hasta la muerte alrededor de una pira, símbolo, al menos, de Criso, asumiendo que su cadáver no se había recuperado. Fue una ofrenda de gladiadores a gran escala, casi un sacrificio humano: glorioso para la memoria de los muertos, humillante para los romanos que estaban a punto de morir y ennoblecedor para el prestigio del anfitrión.

¡Menuda inyección de moral para los hombres! Con su asistencia a unos juegos de gladiadores, estaban proclamando su libertad. En Roma, los juegos funerales estaban reservados a generales victoriosos y a pretores y cónsules. Al conceder tal honor a Criso, Espartaco reafirmaba su igualdad. También ponía de relieve, al menos de manera implícita, que era romano. Enarbolaba los símbolos romanos igual de bien que si hubiera nacido en la mismísima Roma.

Como gladiador, Espartaco había sido un hombre de la más baja posición social. Al actuar como empresario del espectáculo, Espartaco alcanzó un alto estatus a ojos de los romanos. Según dice un escritor romano, de este modo el tracio se había librado de toda su deshonra anterior, al mismo tiempo que propinaba una bofetada a Roma.¹⁸

Tras derrotar a los ejércitos de los cónsules, Espartaco y sus hombres continuaron su camino hacia el norte atravesando las montañas. Mientras descendían los Apeninos, los recibieron las magníficas vistas de la amplia llanura del río Padus (el moderno Po). Cruzaron a la provincia de la Galia Cisalpina, «la Galia de este lado de los Alpes», como llamaban los romanos a la parte de Italia situada más al norte. La provincia se extendía hasta los Alpes. Por aquel entonces, la mayoría de sus habitantes aún no eran ciudadanos romanos.

Es posible que los exploradores advirtieran a los rebeldes de que les esperaban problemas. A unos 15 kilómetros al norte de los Apeninos se halla Mutina. Al ser una de las cerca de 10 colonias romanas y latinas en la provincia, Mutina era la base del gobernador, el procónsul Cayo Casio Longino. Como gobernador provincial, Casio contaba con una guarnición permanente a la que recurrir, que consistía en dos legiones (cerca de 10.000 hombres). Es posible que tuviera como ayudante al propretor Cneo Manlio.

Casio había sido uno de los dos cónsules el año anterior, 73 a.C.; antes había servido como cuestor y luego como pretor. La suya era una carrera de éxito, apropiada a su vieja y eminente familia, pero Casio es más conocido por su hijo, también llamado Casio, famoso asesino de César. El hijo tenía un aspecto enjuto y ávido, como lo describió Shakespeare más tarde, y el padre pudo haber sido igual de anguloso. Era la única carta que le quedaba por jugar a Roma entre Espartaco y los Alpes. Fue Casio el que arrojó el guante. «Mientras Espartaco seguía avanzando hacia los Alpes —dice un escritor—, Casio... se encontró con él.»¹⁹

Sólo nos han llegado unos escasos detalles sobre la batalla. Los insurgentes aplastaron a los romanos, infligiendo muchas bajas, y Casio escapó con vida a duras penas. Después, ya no volvió a desempeñar ningún papel importante en los asuntos públicos.

Ahora la calzada hasta los Alpes quedaba abierta, si bien Espartaco no la tomó. En vez de hacerlo, su ejército y él volvieron sus pasos hacia el sur. La estrategia de Espartaco resulta un misterio. Supuestamente, había puesto su meta en los Alpes y había derrotado a todo ejército que le cortó el camino, sólo para, cuando tuvo la oportunidad de cruzar los Alpes, dar la vuelta y volver a dirigirse hacia el sur de Italia. Si quería cruzar los Alpes, ¿por qué no lo hizo? Se han propuesto muchas teorías, pero la mejor explicación ya se insinuaba en las fuentes antiguas. Es probable que sus propios hombres se lo impidieran. En el pasado, nunca habían querido salir de Italia; ahora quizás el éxito se les hubiese subido a la cabeza y hubiese provocado visiones de Roma en llamas. Tal vez Espartaco no reveló la verdad y, mientras marchaban hacia el norte, contó a sus hombres que sólo estaban extendiendo la revuelta y buscando botín en otra parte de Italia. Entonces, cuando alcanzaron la llanura del río Padus e intentó persuadirlos para cruzar los Alpes, fue demasiado tarde para hacerles cambiar de idea.

Puede que la simple vista de los Alpes fuese la gota que colmara el vaso. Como sabe cualquiera que alguna vez haya mirado desde la llanura hacia las paredes rocosas de los Alpes italianos, las montañas resultan imponentes. Es probable que la mayoría de los hombres del ejército de Espartaco nunca antes hubiese visto los Alpes. Muchos de ellos nunca habrían salido de la Italia del sur o de la central.

Quizás otros factores ejercieron una influencia. Cabe la remota posibilidad de que Espartaco recibiese noticias desde Tracia que le hicieran detenerse. El procónsul, Marco Terencio Varrón Lúculo, había conseguido grandes victorias sobre los tracios, que se habían aliado con Mitrídates. Ahora parecía más difícil que nunca que Espartaco y su ejército encontrasen seguridad en Tracia.

Puede ser, también, que Espartaco hubiera contraído lo que después llamarían los japoneses «el mal de la victoria». ²⁰ Espartaco estaba «eufórico por sus victorias», dice un escritor romano, en lo que quizá sea sólo una suposición verosímil. ²¹ Tal vez había desarrollado una insensata creencia en su propia invencibilidad. Quizá también él había olvidado el hábito romano de responder lenta pero inexorablemente a aquellos que atacaban a Roma. Incluso puede que se concediera un lujo que ningún general puede permitirse: la esperanza.

Tan sorprendente resulta el giro de los acontecimientos, que algunos eruditos concluyen que Espartaco nunca había planeado cruzar los Alpes como primera opción. Pero los escritores antiguos consideraron posible este plan, y estaban en mejor posición que nosotros para conocer las motivaciones de Espartaco. Hay que admitir que tal vez incurrieran en cierta cantidad de especulaciones, pues no está claro si los romanos interrogaban de manera apropiada a los rebeldes capturados. Pero prefiero sus suposiciones a las nuestras.

Así pues, los rebeldes se encaminaron de nuevo hacia el sur. Contaban con un nuevo objetivo, a decir de aquellos: «el terror —dice un escritor antiguo— se extendió por la ciudad de Roma,

igual que en la época en que Aníbal había amenazado sus puertas». ²² No cabe duda de que los romanos estarían aterrorizados, pero podríamos preguntarnos si tenían buenas razones para estarlo. ¿Realmente podía amenazar Espartaco una ciudad demasiado fortificada incluso como para que Aníbal lanzase un ataque en serio? Diez años antes, en el año 82 a.C., durante la guerra civil entre Mario y Sila, un ejército que intentó tomar Roma había pasado la noche luchando. Por la mañana ya había sido destruido. ¿Cómo podía pensar Espartaco en tener éxito?

Por un lado, viajaba ligero de equipaje. Quemó los suministros innecesarios, mató a los animales de carga y ejecutó a todos los prisioneros de guerra. Puede que este último acto tuviera también la intención de aterrorizar al enemigo. Por otro lado, Espartaco contaba con un ejército considerable.

Había empezado su campaña con 30.000 hombres, número suficiente para superar a cada uno de sus varios oponentes hasta la fecha, pero insuficiente para atacar Roma. Cada victoria acrecentaba la reputación del tracio y puede que hiciera crecer sus filas. Es probable que llegaran nuevos reclutas desde el centro y el norte de Italia, al tiempo que los supervivientes del ejército de Criso pudieron haberse abierto camino hasta Espartaco. Seguramente él habría aceptado con orgullo a la mayoría de ellos.

Según fuentes antiguas, tras derrotar a Casio, Espartaco rechazó a «muchos desertores que se le acercaron». Una pregunta interesante es quiénes eran aquellos «desertores». ²³ La perspectiva de que fueran legionarios resulta intrigante, pero es más probable que fuesen esclavos que desempeñaban tareas de apoyo para las tropas romanas. Rechazarlos no sólo era un gesto de desprecio, sino quizá también un frío juicio psicológico sobre su poca fiabilidad y su potencial para el espionaje.

Espartaco no podía permitirse rechazar a hombres buenos, porque los romanos estaban a punto de atacar de nuevo. Los dos

cónsules, Gelio y Léntulo, se habían reagrupado y habían reunido sus tropas. Contaban ahora con un ejército de cuatro legiones: unos 20.000 hombres, menos las bajas que habían sufrido y no habían reemplazado. Si Espartaco hubiera dispuesto de la ventaja de tres a uno que había disfrutado contra el primer ejército al que se había enfrentado aquel año, tendría que comandar a unos 60.000 hombres para cuando se enfrentó al ejército consular unificado a finales del año 72 a.C.

Con todas las suposiciones, teorías alternativas y objeciones de los párrafos anteriores, la conclusión está clara: no sabemos con cuántos hombres contaba Espartaco; pero una conjetura fundamentada de unos 60.000 soldados en el momento álgido de la revuelta a fines del año 72 a.C. parece prudente y hasta conservadora. De hecho, 60.000 es la estimación más baja en las fuentes antiguas sobre el tamaño del ejército de Espartaco en la cumbre de su poder;²⁴ otras cifras son 90.000, cerca de 100.000 y 120.000.²⁵ Además de los soldados, había un número desconocido de civiles: mujeres, niños y puede que incluso ancianos.

El enfrentamiento entre Espartaco y el ejército consular unificado tuvo lugar en Piceno, en el norte de la Italia central. De nuevo nos enfrentamos a la escasez de datos, si bien las fuentes coinciden en afirmar que fue una batalla a campo abierto. Resulta evidente que sus victorias sucesivas habían dado a Espartaco suficiente confianza como para enfrentarse a los romanos en los términos que éstos impusieran. Nos ha llegado una escena de ésta o de la anterior batalla en la que luchó el cónsul Léntulo, pero no está claro a cuál de ellas pertenece. El fragmento dice así: «Y al mismo tiempo que Léntulo [dejaba] la posición elevada que había defendido con una doble línea de batalla y a costa de muchos de sus hombres, cuando más allá de los petates de los soldados empezaron a llamar la atención las capas de los oficiales y las selectas cohortes empezaron a ser discernibles».²⁶

Esto parece indicar que Léntulo había asumido una posición defensiva sobre una colina, donde había dividido sus tropas en múltiples líneas. César haría algo similar en la Galia. Aunque tenía que atacar colina arriba, el enemigo infligió grandes bajas entre los hombres de Léntulo. Al parecer, Léntulo pidió refuerzos, y no se movió hasta que estuvo claro que los refuerzos estaban cerca. O al menos así es como se podría reconstruir esa oración fragmentaria.

La breve frase dice mucho acerca de las condiciones en la antigua batalla. Aislado en una colina, Léntulo tenía que confiar en su vista para ver si la legión acudía en su ayuda. La legión no aparecería toda de golpe, sino más bien en retazos. Primero aparecían las capas púrpuras de los comandantes, después se harían visibles un par de cohortes separadas. La expresión «más allá de los petates de los soldados» significaría que los refuerzos marchaban cerca de donde los hombres de Léntulo habían dejado su bagaje.

La escena muestra a los insurrectos en su mejor momento. Aislaron una unidad del enemigo. Ejecutaron la difícil maniobra de atacar colina arriba, movimiento en el que sus armaduras ligeras incrementaban su movilidad. Aunque los rebeldes no destruyeron a los hombres de Léntulo antes de que llegaran sus refuerzos, provocaron grandes pérdidas en sus filas. Se supone que Léntulo esperaba que los refuerzos derrotasen al enemigo, pero esto no ocurrió. O bien los rebeldes que estaban sobre la colina eran lo bastante fuertes para atacar a los refuerzos y superarlos, o bien Espartaco envió nuevas tropas contra éstos, lo que diría mucho en su favor como comandante y de su control del campo de batalla.

Los romanos perdieron el enfrentamiento y, una vez más, huyeron del campo de batalla. Espartaco tenía razones para sentirse satisfecho. Pero también tenía motivos para volver a sopesar el ataque a Roma. Como dice un antiguo relato, «cambió de opinión con respecto a ir a Roma, porque ni sus fuerzas eran apropiadas

para la operación ni su ejército estaba preparado como debían estarlo los soldados (pues ninguna ciudad luchaba de su parte, sino sólo esclavos y desertores y chusma)». ²⁷

Las murallas de piedra de Roma eran de unos cuatro metros de grosor y, en algunos lugares, de unos nueve de altura. Las murallas recorrían unos 11 kilómetros y cercaban alrededor de 400 hectáreas. Espartaco no contaba con maquinaria de asedio ni con expertos que la manejaran. Sólo contaba con unos pocos soldados (si es que había alguno) con experiencia en organizar el asedio de una ciudad o en tomar una al asalto.

Tampoco la experiencia en batalla de Espartaco en el año 72 a.C. había sido del todo alentadora. Había vencido en todo enfrentamiento, pero el ejército de su colega Criso había sido destruido y Criso había muerto. Los romanos, sin embargo, se resistían a aceptar la derrota. No importaba la fuerza con que Espartaco hubiera golpeado a los romanos, éstos seguirían volviendo. No había razones para dudar de que regresarían. Desde luego, era más prudente prepararse para la siguiente batalla que abrir un nuevo frente en el que el éxito sería improbable. Así que el ejército volvió a dirigirse hacia el sur de Italia, probablemente a Turi.

Allí los insurgentes tuvieron otro encuentro más con un ejército romano, puede que con el del propretor Manlio. Derrotaron a los romanos y cosecharon un rico botín. Era un final feliz para su viaje, si bien los hombres tenían razones para preguntarse qué era lo que habían conseguido.

Habían hecho un viaje de castigo de casi 2.000 kilómetros, que pudo haberles llevado menos de cuatro o cinco meses, si tenemos en cuenta el ritmo de marcha de los ejércitos antiguos y el tiempo necesario para detenerse, abastecerse y luchar. Habían luchado en cuatro batallas, habían llorado a sus compañeros caídos en un quinto enfrentamiento, y habían acumulado un buen botín. Habían enterrado a viejos camaradas y habían atraído a algunos nuevos.

Podían vanagloriarse de su posición como ejército dominante de Italia. Era una verdad asombrosa que la mayoría habría atribuido a los dioses y quizá, por encima de todos, a Dioniso. No obstante, la fuerza de los rebeldes dependía de su capacidad de derrotar al siguiente ejército de Roma. Estaba claro que ese ejército llegaría, incluso aunque los eufóricos rebeldes y los romanos pesimistas no fueran capaces de verlo en la distancia.

A finales de verano, Italia había presenciado dos grandes historias en el año 72 a.C. Una era la larga marcha de Espartaco, y la otra era la deshonra de Roma. Una chusma en armas había derrotado a un ejército regular.

Uno de los pocos que había servido con honores era Catón, aunque también había servido con desdén. A final de año, el comandante de Catón le ofreció una distinción militar, tal como una corona, un ornamento para el cuello, un brazalete dorado o alguna de las otras condecoraciones que se otorgaban a los mejores legionarios de Roma. Sin embargo, Catón la rechazó. Quizás el orgullo familiar hizo que renunciara a aceptar honores en medio de una deshonra militar.

El bisabuelo de Catón, Catón *el Censor*, se había burlado una vez de un comandante que premiaba a sus soldados con coronas por cavar zanjas o perforar pozos.²⁸ Tales premios, dijo el Censor, habrían requerido al menos el incendio de un campamento enemigo en el pasado, cuando Roma tenía principios. El propio tío de Catón, Druso, rechazó una vez una distinción, consciente sin duda de los comentarios malintencionados que habrían empequeñecido al hombre que la llevara.²⁹ Puede que también la mala intención hubiera salido al paso de Catón si éste hubiera recibido distinciones y su hermano no, y las fuentes no mencionan que se distinguiera a Cepio con honores. Así pues, Catón rehusó el ofrecimiento de la distinción.

Pocos romanos lamentaron las derrotas de la nación más que

Catón. Austero, cívico e inflexible, vivía para la virtud. La mayoría de los políticos romanos, incluidos sus aliados, no cumplían los elevados principios de Catón. Cicerón, amigo que padeció el sarcasmo de Catón, escribió una vez con exasperación que éste creía vivir en la República de Platón en vez de en la cloaca de Rómulo.³⁰ En el año 72 a.C., Catón tenía abundantes razones para estar disgustado.

RETIRADA

Capítulo 6

El diezmador

En otoño del año 72 a.C., un nuevo general asumió el mando de las legiones. Determinado a restaurar la disciplina, resucitó una forma de castigo brutal y arcaica. Cincuenta soldados romanos que habían huido de la batalla y habían deshonorado a las legiones fueron capturados, condenados y ejecutados por su propio ejército. Cada uno de ellos fue golpeado hasta la muerte por nueve de sus compañeros legionarios, hombres con los que podían haber intercambiado sus sitios, pues las víctimas habían sido escogidas por sorteo. Quinientos hombres fueron sorprendidos descuidando sus obligaciones; uno de cada diez fue seleccionado para la ejecución, razón por la que el procedimiento era conocido como *decimatio* (parecido a nuestra palabra «decimal», es decir, un décimo). El nuevo general de Roma quería que sus hombres lo temieran más de lo que temían a Espartaco. Su nombre era Marco Licinio Craso.

Ha sobrevivido un busto de mármol, posible retrato de Craso, que es revelador.¹ Si se mira directamente, se aprecia la imagen de la determinación: la piel del rostro aparece tensa, los labios cerrados con firmeza, la mandíbula apretada, las cejas fruncidas, los músculos del cuello tirantes. Sin embargo, de perfil resaltan su papada, como una doble barbilla, y las patas de gallo alrededor de sus ojos. En sus rasgos están grabados no sólo vigor, sino también cautela y sospecha. El busto se encontró en Roma, en la tumba familiar de

los Licinios, una de las familias más destacadas de Roma, pero hay otras copias, prueba de que retratan a una persona importante. El estilo cuadra con el final de la república romana. Hay consenso entre los eruditos de que se trata del busto de Marco Licinio Craso.

Craso asumió el mando por orden del Senado y con buena acogida del pueblo. Audaz en lo político, la elección suponía una justicia poética. A su manera, Craso recordaba a Espartaco. No es que quisiera acabar con Roma; más bien todo lo contrario. Si bien, al igual que Espartaco, Craso era poco convencional. Quería alcanzar la cima de la política romana, pero se abriría camino a su modo. Al no querer o no poder ganarse la aprobación de la vieja nobleza, Craso cortejó al pueblo llano e hizo tratos con los nuevos políticos. Los *optimates*, literalmente «los mejores», como se llamaban a sí mismos los conservadores de Roma, no lo aprobaron. A la hora de elegir, la vieja guardia del Senado nunca se hubiera vuelto hacia un hombre como Craso. Pero Espartaco había atado sus manos, y convirtió a Craso en el hombre del momento.

El nuevo general provenía de una de las familias más eminentes de Roma, pero su lustre no tenía más brillo que el producido en una época decadente. Craso mostraba buenas dotes de mando frente a otros romanos, y gran iniciativa al explotar la miseria de los demás. Era más conocido como hombre de vicios selectos que por una moral estricta. Por ejemplo, se enfrentó a la acusación de haber seducido a una vestal demostrando que él era avaricioso, mas no impío, pues estaba más interesado en las propiedades de ella que en su castidad.

Poco después de cumplir los cuarenta (había nacido en torno al año 115 a.C.), Craso era uno de los hombres más ricos de Italia, pero de los menos entregados al lujo. Frugal y severo, se sentía más a gusto en la Roma de ladrillos que en la de mármol. Con una brigada de bomberos privada a su disposición, se abalanzaba sobre los hombres cuyas casas estaban ardiendo y los convencía para que

vendieran rápido y barato antes de que no les quedara nada que vender. Sin embargo, no se podía permitir una villa para veranear. No era comodidad lo que Craso buscaba, sino poder político, razón por la que primero acumulaba riqueza. Craso, que era buen general, pero desde luego no un genio militar como Pompeyo (o, más tarde, César), observó que el camino hacia el éxito político estaba en la compra de votos. Repartía dinero, en forma de préstamos a los ricos, limosnas a los pobres y favores a los influyentes. Craso se hizo popular incluso a pesar de que carecía del todo de la mordaz arrogancia propia de la nobleza romana.

En el año 72 a.C. su popularidad dio sus frutos. Por lo que podemos reconstruir, el Senado y el pueblo de Roma acordaron asignar a Craso una comandancia especial contra Espartaco, con un poder casi del todo ilimitado (que los romanos llamaban *imperium proconsular*), aunque se tratase de un ciudadano particular. Era ésta una distinción infrecuente, pues las comandancias solían estar reservadas a cargos públicos. Lo que endulzaba aún más las cosas era que Pompeyo ostentaba una comandancia similar contra Sertorio en Hispania. Pompeyo era el general más destacado de Roma y su político más ambicioso. Craso lo consideraba su líder político rival, pero ahora se habían igualado. Como añadido a su triunfo, los cónsules caídos en desgracia, Léntulo y Gelio, eran aliados de Pompeyo.

Una vez al mando, Craso dirigiría a sus hombres con dureza. Era un hombre severo, pero no había tenido una vida fácil. Antes de cumplir los treinta años, Craso vio la cabeza cortada de su padre colgada de la plataforma de oradores del Foro romano. El orgulloso anciano se había suicidado para no rendirse a Mario cuando éste tomó Roma. El propio Craso era demasiado insignificante para que lo ejecutaran, pero dos años después, en el año 85 a.C., resurgía el peligro al volver a encenderse la guerra civil, así que corrió para salvar la vida.

Craso huyó de vuelta a Hispania. Acogido por un amigo de la familia, pasó ocho meses escondiéndose del gobierno provincial de Mario. Vivió en una cueva. Al final, las noticias de que los dirigentes favorables a Mario habían muerto hicieron que Craso saliera y entrara en acción.

Reunió un ejército de 2.500 hombres. Como dijo Craso después, un romano no era rico de verdad hasta que hubiera reunido su propia legión. Sus hombres eran soldados selectos, escogidos entre amigos y partidarios de su familia. Requisó unos barcos, navegó con sus hombres hasta el norte de África y allí intentó unir sus fuerzas con el procónsul opuesto a Mario, Quinto Cecilio Metelo Pío, pero ambos fueron incapaces de salvar sus diferencias. Sin amilanarse, Craso viajó a Grecia, donde se unió al cabecilla de las fuerzas contrarias a Mario, Sila. Regresó a Italia en el año 83 a.C., con Sila y sus soldados, entre los que es posible que estuviera incluido, de manera bastante irónica, aquel auxiliar romano llamado Espartaco. En la primavera del año 82, Sila envió a Craso a Italia central a reunir más tropas, y éste lo hizo con gran éxito. Se apoderó además de la ciudad de Todi, donde fue acusado de tomar la porción del héroe del saqueo para sí; si esto fuera cierto, contrastaría con la equidad posterior de Espartaco al dividir los botines en partes iguales.

El joven Craso tuvo su encuentro con el destino fuera de las murallas de Roma, en la última de una serie de sangrientas batallas que recorrió la península italiana. Sila atacó a las fuerzas de Mario en la Puerta Collina de Roma, en la parte noreste de las murallas de la ciudad. La lucha dio comienzo a última hora de la tarde del 1 de noviembre del año 82 a.C., y se prolongó durante toda la noche. Los de Mario inmovilizaron los flancos central e izquierdo de Sila contra las murallas. Sólo el ala derecha de Sila salió victoriosa, pero fue lo que decidió la batalla, pues aquélla aplastó el ala izquierda del enemigo, la puso en fuga y la persiguió durante tres kilómetros. El comandante del ala derecha de Sila era Craso.

Por lo poco que sabemos, Sila fue el arquitecto de la victoria en la batalla de la Puerta Collina. Craso tan sólo ejecutó el plan, pero lo hizo con vigor y sangre fría. Fue suficiente para crear su fortuna. Con el triunfo de Sila, Craso dejó a un lado su espada durante una década y se dedicó a hacer dinero y a la política.

Cuando Sila llegó al poder, declaró fuera de la ley a unos 500 seguidores de Mario, todos ricos y prominentes. Los romanos llamaron a esto «proscripción», pues los nombres fueron inscritos y mostrados en una lista pública. Los proscritos fueron perseguidos y asesinados. Sus propiedades fueron confiscadas y hombres como Craso se apropiaron de ellas a bajo precio. Para la época de la guerra de Espartaco, una década después, las inversiones de Craso incluían propiedades en la campiña italiana e inmuebles en la ciudad de Roma; minas, quizá minas de plata en Hispania, y grandes cantidades de esclavos, algunos de los cuales puede que arrendara. Rico de nacimiento, Craso no sólo había aumentado sus riquezas, sino que había conseguido ser un hombre influyente.

Su oportunidad le llegó en el año 72 a.C., cuando Roma le confió la comandancia especial para combatir a Espartaco. No es ningún misterio la razón por la que Craso aceptó el cargo. Pudo haber sido la culminación de su carrera. Hasta entonces, sus avances en política habían sido más lentos que lo que un hombre de su ambición hubiera deseado. Al parecer, había prestado servicio como pretor en un momento dado, pero no había desempeñado el cargo más alto de Roma, el consulado. Una comandancia especial abría la puerta a la gloria militar, que habría puesto la preeminencia política a su alcance. La derrota de Espartaco habría dado a Craso buenas cartas para jugar contra Pompeyo. Además, también estaban en juego sus intereses económicos. Puesto que poseía grandes propiedades trabajadas por esclavos en el sur de Italia, encajaba en el perfil de las víctimas de Espartaco. Sofocar la rebelión no sólo supondría la gloria para él, sino que también salvaría sus inversiones.

Tampoco cabe ninguna duda sobre por qué el pueblo romano quería a Craso. Era un triunfador popular e inmensamente rico. Gracias a su riqueza, Craso habría sido capaz de pagar al menos a algunos de los soldados de su propio bolsillo, puede que como un préstamo a largo plazo al tesoro. El presupuesto militar de Roma ya estaba financiando los ejércitos de Hispania, Tracia y Asia Menor, así como la flota de Creta.

Craso tenía habilidad demostrada en la formación de tropas. La emergencia en curso requería un jefe entendido en reclutamiento que pudiera aumentar las filas con rapidez. Además, como antiguo general de Sila, habría sido capaz de convencer a algunos de los veteranos de aquél para que volvieran al servicio. Muchos de ellos ya no eran jóvenes, pero a diferencia de los reclutas bisoños, los soldados con experiencia no huían cuando el enemigo cargaba. La sentencia «Cualquiera que tuviese corazón de soldado, aun cuando su cuerpo hubiera envejecido» sobrevive en una antigua fuente sobre la guerra de Espartaco.² No sabemos exactamente a qué se refiere la sentencia, pero resulta muy intrigante pensar que fuera un eslogan de reclutamiento de Craso.

Craso no era Alejandro Magno, pero sabía cómo luchar. Había aprendido sobre insurgentes poco convencionales en Hispania, tierra que había resistido a Roma con fiereza durante dos siglos.

Cuando él rondaba los veinte años, en el año 93 a.C., Craso había visto a su padre, Publio, celebrar un triunfo sobre los lusitanos (portugueses), hombres conocidos como maestros de la guerra no convencional. Publio había dedicado tres o cuatro años (alrededor de 97-93 a.C.) a ser gobernador de la Hispania Ulterior, lo que hoy en día es Portugal y el oeste de España. El joven Craso vivió allí con su padre y puede que sirviera entre el personal de éste durante aquella guerra. No han sobrevivido datos de la campaña de Publio. Puesto que consiguió un triunfo, debió de haber conseguido uno o más éxitos, pero podemos dudar sobre si llega-

ría a igualar la velocidad y el ingenio del enemigo. Pocas veces lo consiguieron los romanos frente a los lusitanos.

Los lusitanos tenían reputación de asaltantes y ladrones de ganado. Su mejor caudillo, Viriato, había dado muchos quebraderos de cabeza a los romanos durante ocho años de guerrilla (148-139 a.C.). Viriato era demasiado astuto como para luchar en una batalla a campo abierto como los romanos pretendían. Bloqueados, los romanos atacaban a los civiles en las poblaciones que apoyaban a Viriato y como último recurso hicieron que lo asesinaran. Sin caudillo, los lusitanos firmaron la paz, pero ésta no duró. Una y otra vez, los lusitanos se rebelaron, lo que condujo a represalias por parte de los romanos. En la década anterior al gobierno de Publio, por ejemplo, dos generales romanos celebraron triunfos sobre los lusitanos. Más recientemente, la infantería ligera lusitana y sus jinetes formaban el núcleo de la insurgencia de Sertorio en la Península Ibérica (80-72 a.C.). Tanto Viriato como Sertorio destacaban en velocidad, movilidad, engaños, emboscadas, ataques nocturnos y los demás ardidés de la guerra no convencional.

Los lusitanos impusieron a Roma una manera de guerrear taimada y astuta. Más o menos en la época en que Publio combatía a Viriato, Roma se enfrentó a un conflicto más estático en la vecina provincia de Hispania Citerior, o la Hispania más cercana. Allí la estrategia principal fue el asedio, y la resistencia competía en importancia con el engaño. Esta guerra sirvió de lección de brutalidad a Craso.

Tito Didio, colega de Publio y gobernador de la Hispania Citerior de los años 98 a 93, dedicó nueve meses al sitio de una ciudad rebelde hispánica con la intención de poner punto final al bandidaje de sus pobladores. Al final, convenció a la ciudad de que se rindiera a cambio de una concesión de tierra, pero en cuanto los tuvo en su poder, Didio ordenó que los masacraran. Arreó

a mujeres y niños, junto con los hombres, hasta un desfiladero, e hizo que fueran degollados.

El mayor asedio de Roma en Hispania tuvo lugar en Numancia. Ciudad fortificada, Numancia había combatido a Roma durante casi veinte años, entre 154 y 133 a.C. Los numantinos derrotaron y humillaron a media docena de comandantes romanos. Al final, en el año 134 a.C., Roma confió la guerra a Escipión Emiliano, el hombre que había conquistado Cartago en el año 146 a.C. En primer lugar, Escipión reunió un nuevo ejército y lo instruyó con dureza. Después cortó los suministros de alimento de Numancia. Luego rodeó la ciudad con una muralla enorme que patrullaban las tropas romanas asentadas en siete fortificaciones diferentes. Entonces Escipión esperó. Poco a poco, la ciudad empezó a pasar hambre; cuando llegaron al punto de tener que recurrir al canibalismo, Numancia se rindió. En el triunfo de Escipión desfilaron 50 sobrevivientes; los demás fueron vendidos como esclavos. Numancia fue arrasada, y su territorio se dividió entre sus vecinos.

La política de Escipión fue tan contundente como despiadada. Fueron necesarios 60.000 soldados romanos y aliados para derrotar a los 4.000 defensores de Numancia. Aun así, puede que Craso recordara aquello como un modelo mientras se preparaba para luchar contra Espartaco. Al igual que Escipión, Craso ostentaba una comandancia especial. Al igual que su padre, Publio, se enfrentaba a un enemigo veloz y furtivo. Encontrarse con Espartaco en batalla era arriesgarse a ser superado en astucia, como aquella media docena de comandantes romanos antes que él. En lugar de eso, ¿por qué no conducir a Espartaco a una trampa donde los romanos pudieran asediarse? ¿Por qué no intentar ser más astuto que ese zorro? Llamémoslo «la solución numantina».

También se trataba de una receta clásica de la contrainsurgencia: localización, aislamiento y erradicación.³ Tras localizar a Espartaco, Craso tenía que conducirlo a algún lugar donde los ro-

manos pudieran cortarle el apoyo y los suministros. Después, Craso podría matarlo.

Ejecutar el plan requería un profundo conocimiento del territorio del sur de Italia. Por fortuna, Craso contaba justo con eso. En el año 90 a.C., su padre, ya de vuelta en Italia, había sorprendido a los aliados rebeldes con una batalla en Lucania. Es probable que Craso, que por entonces tenía veintitantos años, luchara junto a él. A pesar de que Publio perdió la batalla, Craso aprendió sobre la tierra. Las conexiones lucanas de Craso se extendían hasta la ciudad de Heraclea, donde su padre había otorgado la ciudadanía romana a un destacado residente. Al sur de Lucania estaba el Brucio, otra provincia que Craso conocía, pues se había hecho con una propiedad de un partidario de Mario tras la victoria de Sila en el año 82 a.C.

Craso tomó el mando de los cónsules Gelio y Léntulo bien a finales del verano, bien en otoño del año 72 a.C. Más o menos en torno a noviembre, ellos estaban de vuelta en Roma presidiendo las sesiones del Senado.⁴ De acuerdo con Plutarco, el Senado les había despojado con enojo de sus comandancias, pero no de sus cargos.⁵ Otra posibilidad es que los cónsules hicieran un trato para dimitir, a cambio del apoyo de Craso en sus campañas para ser elegidos censores; en otras palabras, estuvieron conformes con ascender sin honores.

Los dos cónsules demostraron ser mejores legisladores que generales. Aprobaron una ley que permitía a los comandantes recompensar el valor destacado en combate con la ciudadanía romana. Los nuevos legionarios de Craso ya eran ciudadanos romanos, no así las tropas de la Galia Cisalpina. La nueva ley suponía un incentivo al valor en el caso de que pudieran enfrentarse a Espartaco.

Craso reunió seis nuevas legiones: alrededor de 30.000 hombres. Bajo su mando estaban estas legiones y las tropas que quedaban de las cuatro legiones comandadas por Gelio y Léntulo: puede

que otros 16.000 hombres. Así que Craso contaba con unos 45.000 legionarios, un ejército enorme, con más o menos el mismo tamaño que el de la fuerza que más tarde usaría César para conquistar la Galia. Tenía dos veces el tamaño de cualquiera de los ejércitos que los romanos habían enviado antes contra el tracio. Si Espartaco contaba con unos 60.000 hombres, todavía continuaba superando en número a los romanos, aunque es probable que esto no preocupara demasiado a Craso. La doctrina militar romana hacía énfasis en la calidad por encima de la cantidad, y los romanos entraban a menudo en batalla superados en número por el enemigo, en especial cuando se enfrentaban a aquellos a los que consideraban bárbaros. Además, Craso no tenía intención de entablar batalla con Espartaco antes de haber debilitado al tracio.

Mientras tanto, el nombramiento de Craso acrecentaba la energía puesta en el esfuerzo de la guerra. Muchos romanos de la élite, en especial sus amigos y aliados, se unieron a él para luchar por el héroe de la Puerta Collina. Craso atrajo a sus seguidores de entre las filas del Senado, más que de entre sus líderes. Se conocen cinco de los nombres de sus oficiales en la guerra de Espartaco: Quinto Marcio Rufo, Mummio, Cayo Pomptino, Lucio Quincio y Cneo Tremelio Escrofa. Quincio provenía de un entorno humilde, al tiempo que Rufo y Pomptino pertenecían a familias que, por lo que sabemos, no habían desempeñado ningún cargo con anterioridad. Tremelio Escrofa provenía de una familia que siempre se quedaba a las puertas: había dado seis pretores romanos, pero ningún cónsul.

Tan sólo Mummio tenía un nombre famoso. Un tal Lucio Mummio Acaico había sido cónsul en el año 146 y saqueador de Corinto; sin embargo, no sabemos si Mummio, el oficial de Craso, provenía de la misma rama de la familia. Y aun en el caso de que la sangre de Acaico hubiese fluido por las venas de este Mummio, no ocurría lo mismo con el talento de aquél: Mummio avergonzó a Craso al cometer un grave error en el inicio de la campaña.

Una vez más, el ejército romano marchó hacia el sur. En Eburum, los montes Picentinos parecen altiplanos, pues se elevan en una curva abrupta desde la llanura. Podemos imaginar que fue aquí, junto a estas colinas, donde los hombres de Craso levantaron su campamento. Eburum está situado en la Vía Annia, desde la que Craso podía controlar el valle del río Silarus y los pasos que llevan a Lucania. Era la entrada a Picentia, que, a su vez, era la puerta de paso entre Campania y Lucania. Picentia se alzaba en el límite de la civilización, por así decirlo. Al sur de ella estaba el territorio de Espartaco, demasiado montañoso y escarpado para que el nuevo ejército de Craso lo cruzara con seguridad. Picentia constituía una base excelente porque el rico territorio entre Salernum y Paestum era lo bastante fértil como para alimentar a los hombres del nuevo general (hoy en día, produce la *mozzarella* más famosa de Italia), y lo bastante amplio como para permitir que se adiestraran.

Al parecer, Espartaco se había dirigido a su vez hacia el norte desde Turi, internándose en el noroeste de Lucania, quizá de vuelta al fértil Campus Atinas, que sus hombres habían arrasado hacía un año. Era de nuevo temporada de cosecha, como lo era durante su ataque del año anterior, y los alimentos habrían atraído hasta allí a los hombres del tracio. Además, Campus Atinas ofrecía otras ventajas a un comandante perspicaz como Espartaco: para su ejército era un buen punto desde el que intimidar a Craso mientras sus exploradores inspeccionaban el alcance de las nuevas fuerzas romanas. Al mismo tiempo, Craso también aumentaba la presión. Envío dos legiones para que dieran vueltas alrededor de Espartaco y lo siguieran. Su ruta, por ejemplo, pudo haberlos llevado hacia el norte por el valle alto del río Silarus, después hacia el este y de vuelta al sur por el territorio de Volceii (el moderno Buccino). Esta ruta eludía la Vía Annia, al tiempo que seguía caminos bien marcados y relativamente allanados.

Craso confió el mando de las dos legiones a Mummio. De acuerdo con una fuente, éstas eran las legiones que antes habían estado al mando de Gelio y Léntulo, no las nuevas unidades reunidas por Craso.⁶ Craso dio órdenes tajantes: Mummio tenía que seguir de cerca a Espartaco, pero sin entrar en combate, ni siquiera en una escaramuza. Es evidente que el plan era presionar a Espartaco sin arriesgarse a una derrota frente a sus tropas, curtidas ya en batalla. Por desgracia, en lugar de obedecer las órdenes, Mummio aprovechó la primera buena oportunidad de entrar en combate. Puede que ocupara un terreno elevado o puede que sus exploradores le advirtieran de que el enemigo mantenía una guardia relajada. En cualquier caso, Mummio fracasó. Como dice la fuente, «Cayeron muchos de sus hombres, y muchos se salvaron al soltar sus armas y salir huyendo».⁷ En el mundo antiguo, soltar el arma para salvar la vida suponía una gran deshonra para un hombre: era la definición práctica de la cobardía. Los soldados fugitivos se escabulleron avergonzados hasta el campamento romano de Picentia.

Si los romanos se hubieran mantenido firmes en una formación cerrada, habrían constituido un muro contra el que la carga del enemigo se podría haber roto. En vez de eso, los romanos les hicieron el favor de dar la vuelta y echar a correr. Para los rebeldes, fue el culmen del arte bárbaro de la guerra.

Craso planeó convertir el fracaso en lo que hoy en día se llama oportunidad para el aprendizaje. No más derrotismo: ésta era la regla del nuevo comandante. Empezó tratando a Mummio con severidad, aunque desconocemos cuál fue el alcance del castigo. Después, Craso repartió nuevas armas a los hombres que habían abandonado las suyas, pero sólo con la condición de que prometieran formalmente no volver a perderlas. Entonces golpeó.

Craso escogió a los primeros 500 huidos que habían regresado a su campamento: «los temblones», por utilizar el término espartano empleado por Plutarco para describir a estos hom-

bres.⁸ Aquellos 500 soldados quizá pertenecieran a una cohorte (o batallón) legionaria. Craso separó a los hombres en 50 grupos de 10 hombres cada uno, e hizo que se eligiera por sorteo a un hombre de cada grupo. Aquellos 50 hombres fueron forzados a sufrir la *decimatio*.

Como se ha comentado, la *decimatio* era un antiguo castigo militar romano que había quedado fuera de uso hasta que Craso lo revivió. Según el procedimiento tradicional, los que llevaban a cabo la ejecución, compañeros de las víctimas, sobrevivían, pero se les obligaba a acampar fuera de las defensas del campamento principal. Eran alimentados con cebada en vez de trigo, como los animales. Las fuentes no nos cuentan durante cuánto tiempo tuvieron que sufrir esta deshonra los hombres de Craso. Se trataba de una humillación simbólica, pero también peligrosa, pues quedaban sin protección y expuestos a los ataques rebeldes.

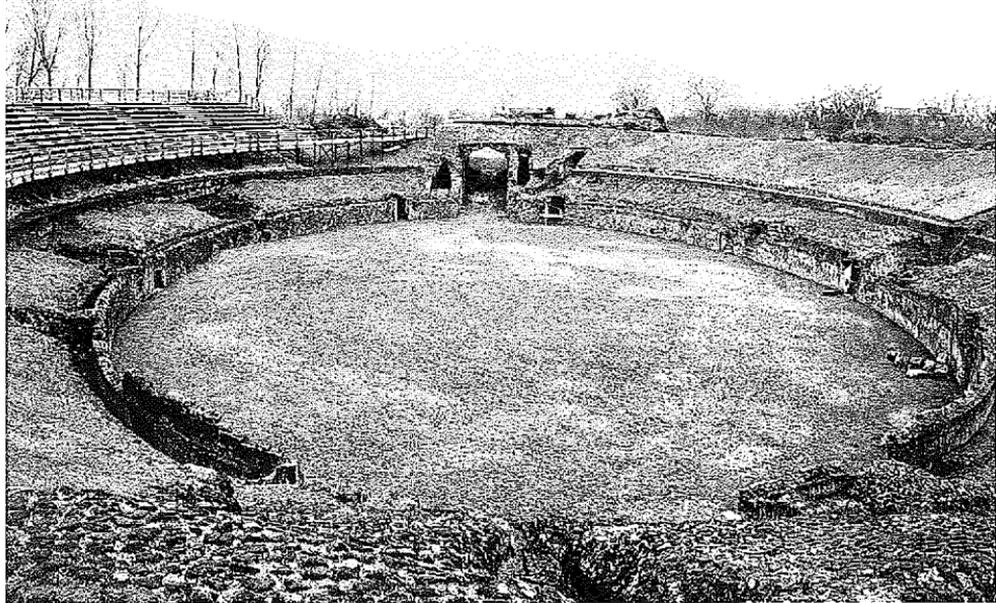
Craso se había retratado ante los ojos de sus hombres. Como dice una fuente antigua, hizo que le tuvieran más miedo que al enemigo.⁹ Dentro de la disciplina militar, era el nivel superior. Es probable que el acto de la *decimatio* apartara la atención de Espartaco y la centrara en Craso. Quizás entonces alguien recordara que el abuelo de Craso se había ganado el apodo de Agelasto, «el que no se ríe». Riguroso o tirano, lo indiscutible era que Craso estaba al mando.

Tal vez para insistir en este punto, Craso inició entonces la ofensiva. Hizo salir a sus hombres para enfrentarse al enemigo. Espartaco se retiró hacia el sur a través de Lucania. Una de nuestras fuentes da a entender que Espartaco y su alto mando tomaron esta decisión ellos mismos, sin que mediara ningún ataque.¹⁰ En apariencia, habían sopesado a Craso y llegaron a la conclusión de que no podían igualarlo. Era mejor atraer a los romanos hacia las montañas de Lucania que arriesgarse a combatirlos en la llanura picentina.

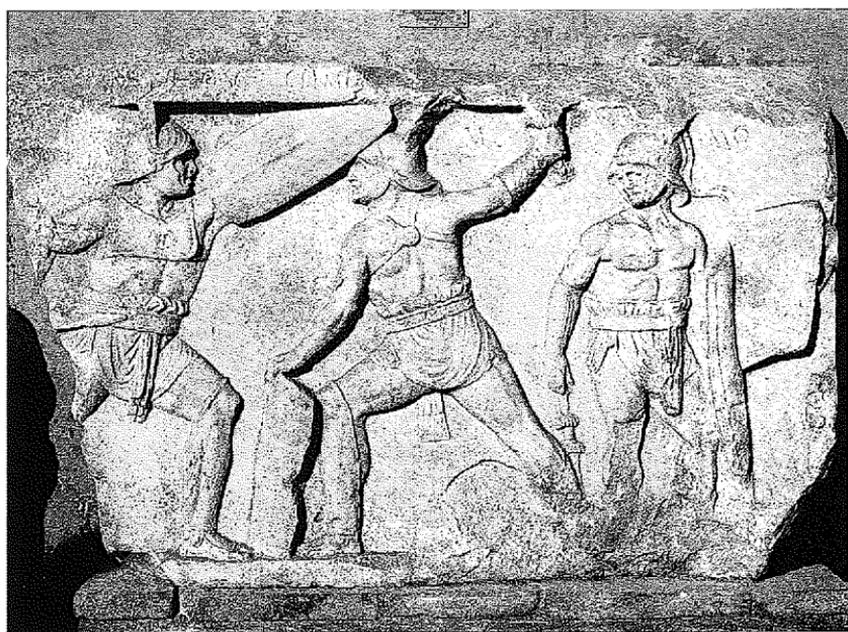
Pero resulta difícil imaginar a Espartaco convenciendo a su enorme ejército para que simplemente se rindiera tras su victoria sobre Mummio. Además, habría sido necesaria una capacidad de previsión sobrenatural para calcular el alcance del cambio en el ejército romano. Seguramente los rebeldes tuvieron que sangrar antes de darse cuenta. Esto nos lleva a una fuente distinta y a un relato más verosímil, al menos más verosímil en parte.

En esta versión, el ejército de Craso se topó de golpe con un destacamento de unos 10.000 hombres del ejército de Espartaco, que acampaban solos.¹¹ No está claro qué estaban haciendo estos hombres; quizás habían sido enviados a seguir a los romanos, quizás habían salido en busca de suministros o tal vez representaban otra facción escindida del campamento de los rebeldes. Fuese como fuese, los romanos les atacaron. Con su gran superioridad numérica, los hombres de Craso consiguieron una gran victoria. Las fuentes dicen que mataron a dos tercios de los enemigos, y que sólo hicieron 900 prisioneros. Estos números ponen a prueba la verosimilitud, pero si son reales, sugieren que los rebeldes tuvieron agallas. Parece ser que ninguno salió corriendo.

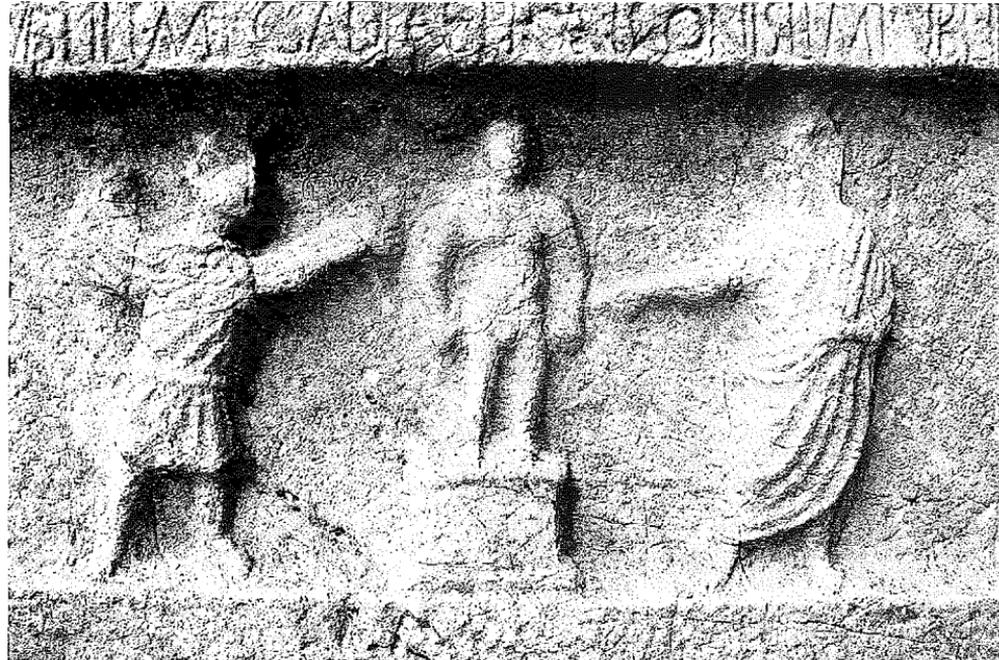
Fue una gran derrota para la insurgencia, la mayor desde la muerte de Criso. Aún peor, ahora los romanos tenían un comandante que podía mantener el nivel de presión. Ahora Craso se dirigió hacia la principal fuerza rebelde. Podemos suponer que los dos ejércitos se encontraron en algún lugar del norte de Lucania. Espartaco comandaba a los rebeldes, y Craso dirigía a los romanos. De acuerdo con las fuentes, estos dos generales se enfrentaron entonces, por primera vez, en batalla. Gran espectáculo, pero por desgracia las fuentes son parcas. Tras aplastar al destacamento enemigo, Craso marchó contra Espartaco «con desprecio».¹² Craso «lo derrotó y lo persiguió con energía en la huida».¹³ Otra fuente dice: «Al final... Licinio Craso salvó el honor de los romanos; el



ANFITEATRO. La arena de Avella (antigua Abella), en Campania, es una de las sede más antiguas conservadas de combate de gladiadores en Italia. (Barry Strauss)



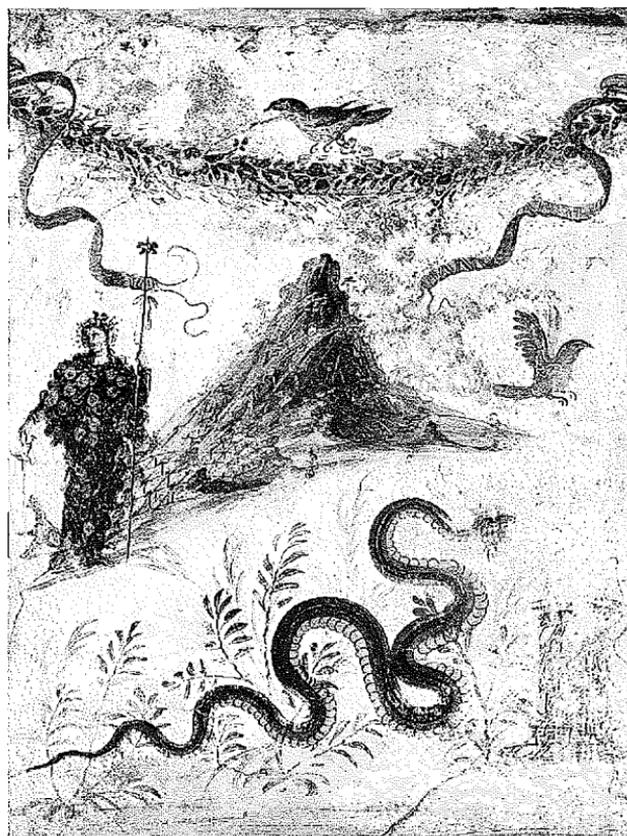
BAJORRELIEVE DE GLADIADORES EN MÁRMOL. A la izquierda, un par de *provocatores* lucha. A su derecha, un *murmillo*, como Espartaco, permanece expectante; todo lo que se ve de su oponente (en el extremo derecho) es un pequeño escudo rectangular, que probablemente lo identifica como *thraex*. (Erich Lessing/Art Resource, NY)



VENTA DE ESCLAVOS. Este primer plano de una lápida del siglo I a.C. muestra a un esclavo sobre el estrado de subastas. (Barry Strauss, por cortesía del Museo Campano)



VESUBIO. La irregular silueta del monte que cobijó a Espartaco y a sus seguidores se alza en la distancia tras el foro de Pompeyo. (Barry Strauss)



BACOY EL VESUBIO. Fresco romano que muestra a un dios del vino cubierto de uvas junto al monte Vesubio y a una serpiente, símbolo de fertilidad. (Scala/Art Resource, NY)



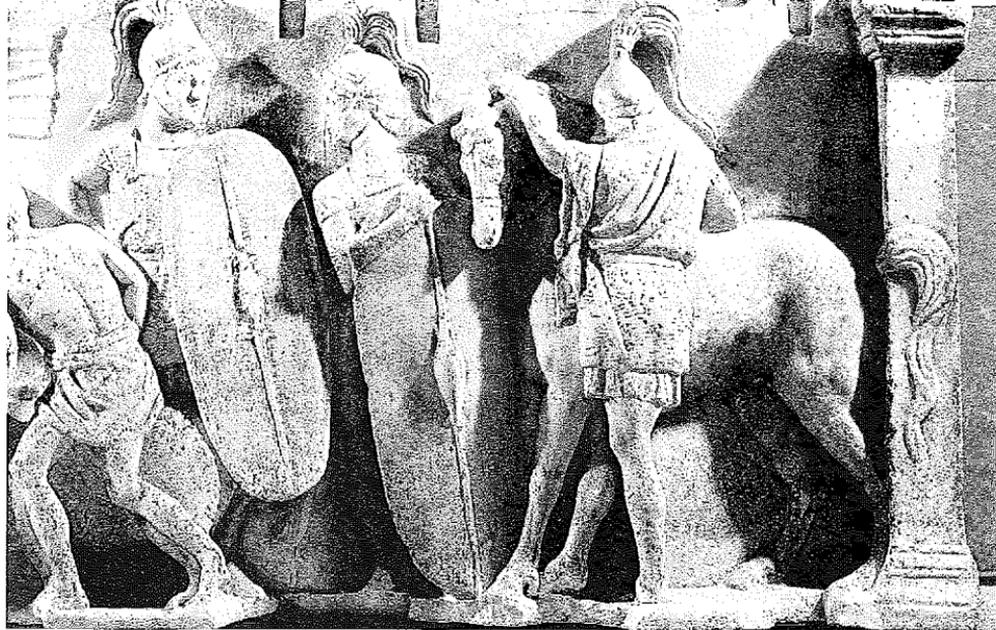
MUJER TRACIA. Esta tracia adoradora de Dioniso tiene tatuajes en ambos brazos y blande una espada. (Erich Lessing/Art Resource, NY)



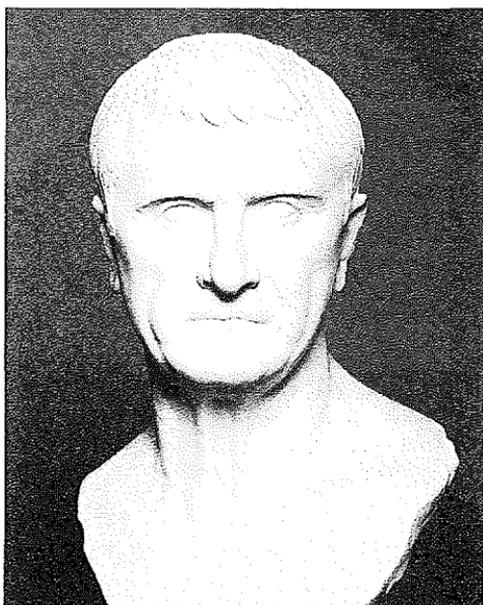
JINETE TRACIO. Placa de plata con baño de oro procedente de Tracia que muestra a un cazador a caballo, imagen heroica de la virilidad tracia. Datada en el siglo IV a.C. (Erich Lessing/Art Resource, NY)



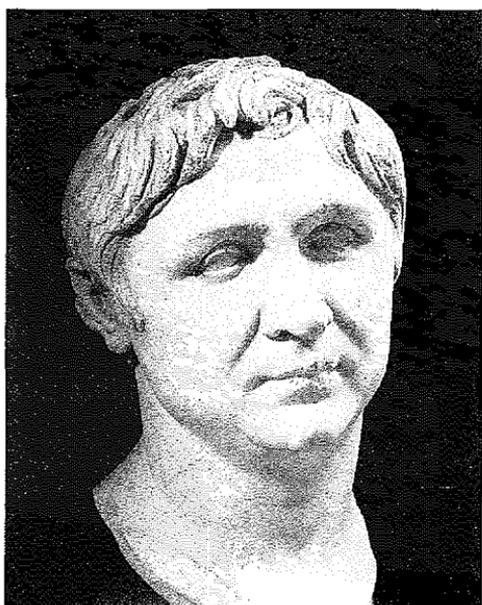
CELTA LUCHANDO CONTRA UN ROMANO. Un celta de largos cabellos blande una espada contra un legionario en este bajorrelieve en piedra procedente de Roma. (Erich Lessing/Art Resource, NY)



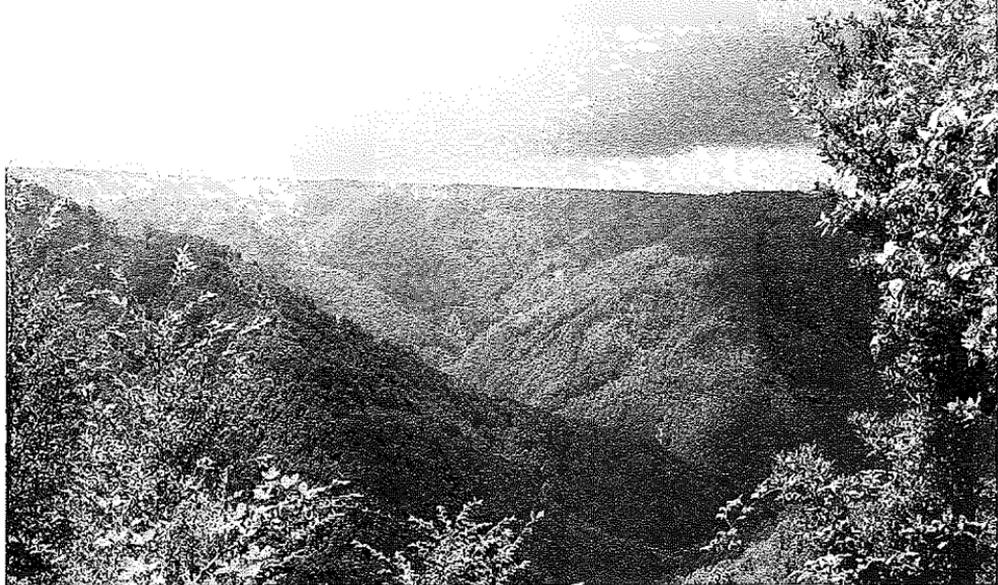
LEGIONARIOS. En este sarcófago romano aparecen representados unos guerreros a punto de ofrecer un sacrificio a Marte. Adviértanse los escudos alargados, la armadura y los cascos emplumados. (Erich Lessing/Art Resource, NY)



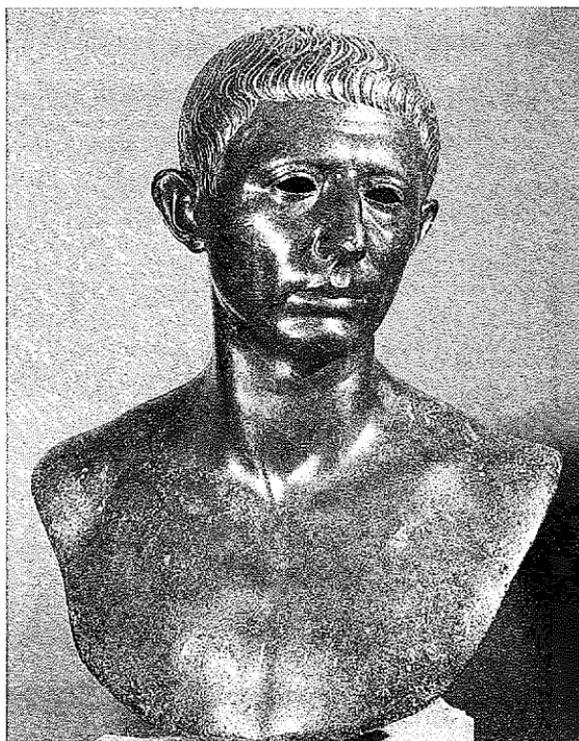
CRASO. Según la opinión de los especialistas, este busto de mármol representa al general que derrotó a Espartaco. (Ny Carlsberg Glyptec, Copenhagen)



POMPEYO. Este busto de mármol retrata al rival de Craso, el general cuyas tropas mataron a 5.000 seguidores de Espartaco a la fuga. (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz/Art Resource, NY)



CRESTA DE MELIÀ. Vista, en dirección al oeste, de la accidentada cresta montañosa donde probablemente Craso y Espartaco lucharon durante el invierno del año 71 a.C. (Barry Strauss)



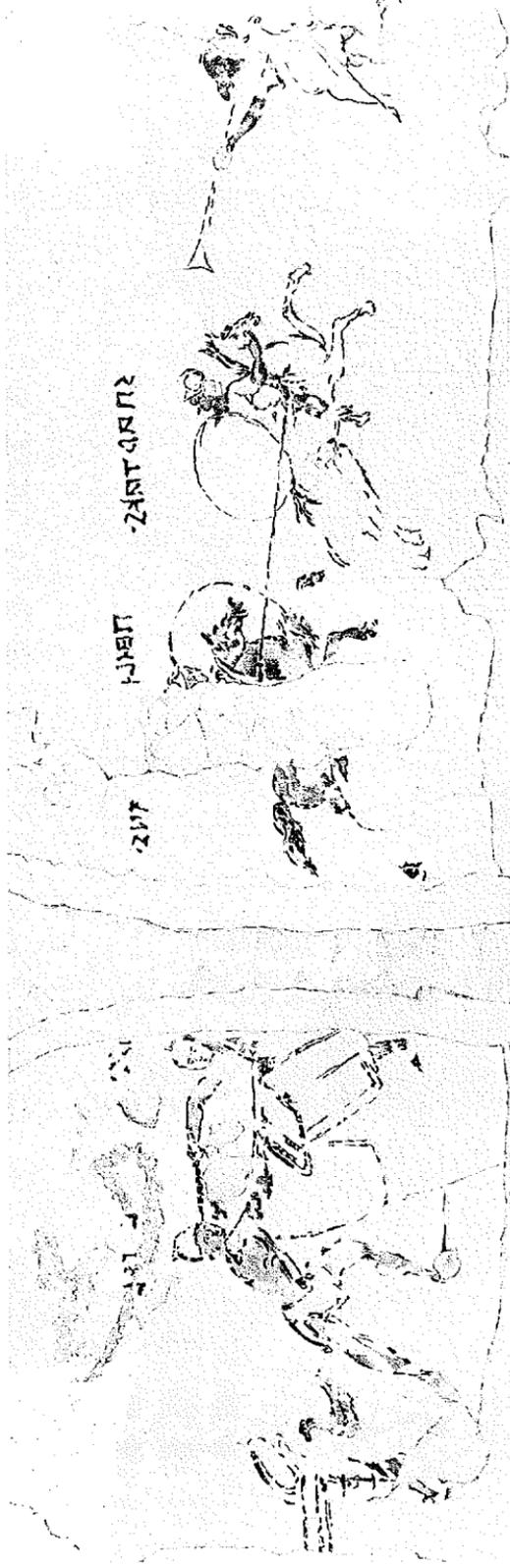
CATÓN *EL JOVEN*. Busto de bronce del austero estoico que luchó contra Espartaco en el año 72 a.C. (Erich Lessing/Art Resource, NY)



ESTRECHO DE MESINA. Vista hacia el oeste desde la tierra firme de Italia (en primer plano) hacia Sicilia (en la distancia) por encima de una de las partes más estrechas del canal. (Barry Strauss)



VÍA APIA. La gran calzada en Minturnae, situada al noroeste de Capua. Aquí la calzada habría estado bordeada por las cruces en las que colgaban los seguidores de Espartaco derrotados. (Barry Strauss)



FRESCO DE ESPARTACO. En el extremo derecho, un trompeta señala el choque de dos gladiadores a caballo. El jinete de la derecha lleva el letero «SPARTAKS» (léase de derecha a izquierda), término osco para «Espartaco». A la izquierda de los jinetes aparecen dos gladiadores en combate, con una pequeña estructura a su izquierda que posiblemente sea un altar. (Jon Reis, cortesía del Instituto Poligráfico e Zecca dello Stato, Roma)

enemigo (...) fue derrotado por él y huyó y buscó refugio en el extremo de Italia». ¹⁴

Hay que leer esto como material de informes oficiales, si bien nadie tan cauteloso como Craso habría tratado entonces a Espartaco con desprecio. Es más, si Craso consiguió una espléndida victoria sobre todo el ejército de Espartaco, resulta imposible explicar su siguiente movimiento, que fue contener y dividir la fuerza de Espartaco, más que entablar batalla con ella.

Es más probable que Craso y Espartaco se enfrentaran en una escaramuza. Aquello no condujo a una derrota mayor, pero fue suficiente para dejar las cosas claras: Craso había reunido un nuevo ejército romano. Aquello que Espartaco había estado advirtiendo a sus hombres todo el tiempo ahora se volvía real. Los hombres tenían espíritu, pero Espartaco entendía las probabilidades. Entendía que los anteriores soldados romanos se habían dado la vuelta y habían huido, pero que los hombres de Craso lucharían. Contra los anteriores comandantes romanos, siempre había lugar para emboscadas y otras trampas. Sin embargo, no sería fácil engañar a Craso. Además del hecho de la derrota, podría ser que los exploradores de Espartaco hubieran descubierto otra evidencia de los cambios que había hecho Craso. Quizá notaron, por ejemplo, que a diferencia de las legiones anteriores que ellos habían vigilado, los hombres de Craso marchaban en buen orden y no se atrevían a dedicarse al saqueo sin disciplina. Aquellos romanos sabían cómo luchar. Era mejor atraerlos al interior de las montañas lucanas que arriesgarse a una batalla en los llanos.

Aparte de esto, podemos imaginar que Espartaco seguía buscando aún una manera de escapar. La aparición de Craso ofrecía una oportunidad dorada. Sus hombres habían preferido arriesgarse contra Léntulo y Gelio antes que emprender el paso por los Alpes. Frente a Craso, sin embargo, puede que desearan replantearse las cosas.

Así que Espartaco condujo a sus hombres hacia la otra salida de la península italiana. Hizo que marcharan hacia el sur. Asumiendo que le sacaran una cabeza de ventaja al enemigo, podrían haber tomado la Vía Annia hacia el sur en dirección a la ciudad de Regium. Recorrieron la carretera, pasaron por las ciudades de Atina, Nerulum, Consentia y Terina hasta que, por fin, alcanzaron el mar Tirreno.

Al ceñirse a las montañas cercanas al extremo sur de Italia, la calzada describe una curva y presenta de pronto ante el viajero una espléndida vista de todo el paisaje de abajo: Sicilia, que se alza majestuosa en el brumoso mar azul. Tan sólo el angosto estrecho de Mesina separa Sicilia de la tierra firme italiana. Sicilia es la mayor isla del Mediterráneo, y desde este punto son visibles dos de sus tres costados. Un viajero antiguo se habría maravillado ante la idea de la riqueza y la fertilidad que se extendían ante él sobre la isla.

Sicilia era la primera provincia romana de ultramar y la más importante. Famosa en la Antigüedad por su suelo fértil, la isla proporcionaba gran parte del cereal a Roma; también era rica en ganado. Feraz y abundosa, Sicilia era una gran presa. Alimentaba a las legiones, y puede que Espartaco hubiera llegado a la conclusión de que también podría alimentar a sus hombres. Desde hacía tiempo, Sicilia había sido también la meta de los esclavos fugitivos de Italia, que buscaban refugio allí. Por añadidura, la isla parecía madura para la subversión. Atizando las ascuas de las revueltas de esclavos que habían convulsionado la isla una generación antes, Espartaco podría amenazar el suministro de alimentos de Roma y sacudir aún más los pilares del orden social. Al trasladar allí a sus hombres desde Italia, podría salvarlos de Craso, aunque sólo fuera por un tiempo. Seguramente a Espartaco se le ocurriría que Craso podía seguirle a través del estrecho. Pero puede que Sicilia le diera un respiro para encontrar barcos y seguir adelante, quizás

hasta el norte de África, que se hallaba a sólo 80 millas al sur de la costa siciliana.

Así pudieron haber razonado Espartaco y sus hombres cuando alcanzaron los alrededores de Regium a finales del año 72 a.C. Todo lo que tenían que hacer era cruzar una estrecha franja de agua.

Capítulo 7

El pirata

Mientras los barcos pirata se acercaban a Siracusa, capital de la provincia romana de Sicilia, los timoneles se orientaban por los rayos de sol que se reflejaban en el escudo dorado del frontal del templo de Atenea... siempre y cuando el corrupto gobernador romano, Cayo Verres, no lo hubiera saqueado aún. Si ya lo había hecho, bien, no pasa nada, hombres como aquéllos, que sabían cómo surcar las recias olas invernales, podrían encontrar su rumbo hacia una de las ciudades más famosas del mundo antiguo. Viajaban en cuatro barcos rápidos, pequeños, esbeltos y preparados para la acción. Los piratas solían mantenerse alejados de los puertos romanos, pero esta vez iban a su aire. La noche anterior habían hecho encallar a una escuadra de la flota romana a unas 20 millas hacia el sur y habían encendido el cielo nocturno con sus llamas. Eran piratas, y los capitaneaba un hombre llamado Heracleo.¹

Aquel día navegaban por las aguas turquesas del gran puerto de Siracusa, admirándose quizás ante los edificios de mármol de la ciudad vieja a estribor. Navegaron directos a los muelles. Entonces, se detuvieron en medio de las aguas y, ante los atónitos y aterrorizados ojos de los habitantes, que los observaban desde una distancia segura, agitaron unas raíces de palmera. Era el equivalente visual a hacer una pedorreta. Los piratas habían cogido las raíces de palmera de algunos de los trirremes de la flota romana el

día anterior. Los marineros romanos normalmente comían grano, no raíces de palmera, pero al parecer Verres había hecho zarpar sus barcos con poca tripulación, poco alimento y malos capitanes. Al agitar las raíces, Heracleo y sus hombres se burlaban de los romanos por su incompetencia y su humillación. Después, los victoriosos piratas navegaron fuera del puerto.

Puede que los detalles, como la mayoría de los que involucran a Verres, sean exagerados. La fuente es Cicerón, que procesó con éxito a Verres por extorsión en el año 70 a.C. y, después, lo relató por extenso cuando publicó sus discursos. Si bien la escena de Siracusa fue extraordinaria, no lo era tanto ver piratas. Los piratas eran los secuestradores y raptos del mundo antiguo, y en este momento estaban en su apogeo.

Durante cierto momento a fines del año 72 a.C., Heracleo y hombres como él tuvieron el destino de Espartaco en sus manos. Los barcos pirata podían llevar a los rebeldes a través del estrecho de Mesina para que así pudieran beneficiarse de todas las ventajas estratégicas ofrecidas por Sicilia. Es más, puede que los piratas lo hicieran con gusto, pues compartían un enemigo común: Roma. Empujado hasta la punta de Italia por un ejército romano, Espartaco respondió con el que quizá fuese su movimiento más osado y ambicioso hasta el momento.

Los piratas aterrorizaban la costa de Italia desde el año 75 a.C. y, antes de eso, otras partes del Mediterráneo durante décadas. Secuestraban a celebridades romanas: a dos pretores con sus togas púrpuras; a la tía de Marco Antonio, y al más famoso de todos, Julio César. Fue secuestrado de joven en torno al año 75 a.C., y retenido durante cuarenta días hasta que pagaron su rescate. Después, regresó con una fuerza de soldados de marina, acorraló a sus antiguos captos e hizo que los crucificaran, tal como había prometido que haría.

Con la distancia de los siglos, los piratas estimulan nuestra admiración, pero aquellos no eran como Robin Hood. Su principal

fueron de ingresos provenía de la trata de esclavos. En un principio, los romanos fueron socios silenciosos, encantados de comprar gente libre de las provincias del este raptada por piratas esclavistas. Sin embargo, las quejas de amigos y vecinos romanos fueron convirtiéndose en un clamor. En el año 102 a.C., el Senado comenzó a enviar comandantes para acabar con los piratas, pero tuvieron escaso éxito.

Seguramente Espartaco sabía mucho de esto. Quizá también supiera que, después de que Roma los atacase a ellos, los piratas atacaron a Roma; lucharon con Mitrídates en el este y con Sertorio en el oeste. Por eso tenía sentido para Espartaco pedirles ayuda ahora, en el año 72 a.C., mientras sus hombres y él estaban acampados en el lado peninsular del estrecho de Mesina. Los rebeldes se asentaron a la vista de Sicilia, en una estrecha franja de tierra entre las montañas y el mar. Cuando llegaron al estrecho, los insurgentes habían recorrido prácticamente la península italiana en toda su longitud, desde los pies de los Alpes hasta el sur. Pero habían llegado al final del camino.

Para colmo, había llegado el invierno. De hecho, el sur de Italia sí tiene invierno. La costa oeste, frente al mar Tirreno, sufre unas condiciones meteorológicas más ásperas que la costa este, en el mar Jónico; en el Brucio, los rebeldes no habrían gozado del suave invierno de los alrededores de Turi. Junto al estrecho, la temperatura media en diciembre y enero varía entre los 9 y los 14 grados centígrados; llueve con frecuencia, y puede soplar el viento. Algunos días, el mar embravecido rompe sus olas contra la orilla del estrecho. Las montañas se elevan enseguida desde la costa, y nieva en las alturas más elevadas. Era una época del año difícil para viajar o luchar, lo que hacía especialmente valiosa la experiencia de los piratas en navegación.

Los piratas con los que Espartaco se encontró en el estrecho eran originarios de Cilicia, en la costa mediterránea de Anatolia, uno de

los principales territorios de procedencia de los piratas. El otro era Creta. No se sabe si Heracleo fue uno de los hombres que conoció Espartaco en el estrecho, pero sí era un típico pirata: un comandante de veloces veleros que miraba a los romanos con desprecio, no sin una sana dosis de temor. Después de todo, la incursión pirata corriente no era tan fácil como el incidente siracusano de Heracleo. Tampoco los gobernadores romanos dejaban tan abierta la puerta del almacén como hizo Verres aquella vez, pero incluso Verres estaba a la altura de las circunstancias en alguna ocasión.

Gracias a Cicerón, Verres sobrevive en páginas escritas con tinta envenenada. De acuerdo con el orador, Verres dejó Sicilia indefensa mientras chantajeaba a los nativos ricos con falsas acusaciones de alentar la revuelta de esclavos. Cicerón nunca menciona a Espartaco, pero en vez de eso se refiere a la «gran guerra italiana» o a la «guerra de los fugitivos italianos», minimizando así la gravedad del problema al que se enfrentaba Verres.²

Por fortuna, las evidencias en otros escritores y algunas insinuaciones en la obra de Cicerón describen una escena más acertada. Probablemente el acercamiento de Espartaco hacia la isla no pillara desprevenido a Verres. Éste ya lo sabía todo sobre el peligro; de hecho, una fuente dice que el Senado amplió el gobierno de Verres a tres años en vez del año normal, por lo que, como administrador experimentado, podría organizar una defensa en Sicilia.³ Esto no evitó que Verres saqueara obras de arte públicas y privadas ni que estafara a los terratenientes ricos, pero mantuvo el control sobre la rebelión.

El historiador Salustio, contemporáneo de Cicerón, afirma con rotundidad: «Cayo Verres reforzó las costas más cercanas a Italia».⁴ Como gobernador provincial, tenía dos legiones a su disposición. Verres pudo haberles ordenado que construyeran defensas en la costa y establecieran puestos de guardia en lugares estratégicos. Sin duda buscarían la ayuda y el conocimiento local en las gentes

de la principal ciudad siciliana del estrecho, Messana (la moderna Mesina). Puede que no sea una coincidencia que Messana fuese la única ciudad siciliana a la que Verres trató bien, quizás al anticipar el peligro.

Mientras tanto, Verres proclamaba que había tomado medidas drásticas contra los esclavos de la isla. Decía haber investigado las acusaciones de conspiración en varios lugares de la isla, desde cerca de Lilybaeum (la moderna Marsala) y Panormus (el actual Palermo) en el oeste, hasta Apollonia (el moderno San Fratello) en el noreste e Imachara (cerca de Enna) en la Sicilia central. Algunos de estos lugares habían sido bastiones rebeldes en las primeras revueltas. Ordenó que los esclavos sospechosos fuesen arrestados y puestos a prueba, incluidos jornaleros, pastores, capataces y jefes de ganaderos. Nada de esto impresionó a Cicerón, que acusaba a Verres de ser indulgente cuando tenía que haber sido severo, y de ser severo cuando tenía que haber sido indulgente. Cicerón acusaba a Verres de aceptar sobornos para liberar a esclavos culpables y de extorsionar a amos inocentes a quienes amenazaba con arrestos bajo acusaciones infundadas: planeaba acusarlos de dejadez hacia sus esclavos potencialmente rebeldes. Lo peor de todo fue que Verres hizo crucificar a un hombre en Messana por ser esclavo fugitivo y espía de Espartaco cuando, de hecho, se trataba de un ciudadano romano, como habría quedado demostrado con una sencilla investigación. El hombre en cuestión era Publio Gaudio, que provenía bien de la ciudad de Compsa (la actual Coza), en Lucania, o bien de Consentia, en el Brucio. Todo ciudadano romano quedaba exento de morir en la cruz; incluso aunque fuera culpable, tenía derecho a un castigo menos severo.

¿Por qué resulta tan interesante un ciudadano romano que apoyara a Espartaco? ¿Era Gaudio uno de los «hombres libres de los campos» —esto es, una persona pobre, pero libre— que se unieron a la rebelión? ¿Era un antirromano de élite y sin reformar, tan obs-

tinado en su nacionalismo italiano como para apoyar a un general esclavo rebelde? ¿O simplemente trabajó para Espartaco a cambio de una paga? Sólo podemos conjeturar la respuesta o la posibilidad de que Gavio fuese inocente.

Parecer ser que Verres negó en efecto los derechos de Gavio como ciudadano, pero nadie puede desentrañar los aciertos y los errores de las demás acusaciones de Cicerón. La única conclusión segura es que algunos sicilianos sí se preocuparon de verdad por la propagación de la revuelta de Espartaco en la isla. Algo que no resulta sorprendente, pues los antiguos tenían viejos recuerdos. En el año 72 a.C., muchos sicilianos habían vivido la Segunda Guerra Servil Siciliana (104-100 a.C.). Treinta años antes que esa, había estallado la Primera Guerra Servil Siciliana (135-132 a.C.), y ahora resultaba inquietante que la rueda volviera a girar hacia el mismo lado. No cabía duda de que las raíces de la rebelión pervivían. Después de todo, cada guerra había estallado contra un fondo de abusos y humillación de los esclavos y de la tolerancia frente a bandas armadas de pastores esclavos que, cada poco tiempo, se volvían contra sus amos a modo de venganza.

Los alzamientos de esclavos habían arrasado la isla. Cada uno había durado unos cuatro años, con decenas de miles de rebeldes involucrados. Todos habían brotado en la rica tierra de granjas del interior de la isla, y se habían extendido. En todos ellos, las bandas de pastores rebeldes habían tenido un papel destacado. En cada una de las ocasiones, los esclavos urbanos se habían unido a los rebeldes del campo, al igual que hizo la mayoría de los sicilianos libres empobrecidos.

Roma respondió tarde y mal cada una de las veces. Tras varias derrotas humillantes en la primera revuelta, el cónsul Publio Rupilio sitió las dos principales ciudades rebeldes y en ambas encontró a un traidor que abriera las puertas. Luego, se dedicaría a operaciones de limpieza por toda la isla. Después de que una se-

rie de generales incompetentes fracasaran al intentar acabar con la segunda rebelión, el cónsul Mannio Aquilio estuvo a la altura de las circunstancias. Mató al rey rebelde en combate singular, lo que podría haberle supuesto el más alto honor militar de Roma de haber sido su oponente un hombre libre y no un esclavo.

Ahora, otro rebelde, Espartaco, esperaba a los piratas. Sus veloces naves lo llevarían al otro lado del estrecho para romper las cadenas de los esclavos de Sicilia. En la antigua Sicilia abundaba la riqueza agrícola. Su suelo era mucho más fértil que el del Brucio. Mientras los hambrientos rebeldes miraban la puesta de sol tras las colinas de Sicilia un anochecer tras otro, puede que soñaran con una nueva vida en la isla. Los piratas podían proporcionársela, pero, como es natural, les exigían una tarifa por sus servicios. Cualquier pérdida, en el caso de que los romanos les atacaran en el mar, sería costosa de reemplazar. Además, los piratas exigían el pago por adelantado. Al parecer, Espartaco lo entendía, así que les hizo «regalos». En el vocabulario antiguo, «regalo» era una palabra flexible que significaba, entre otras cosas, soborno.

El plan era que los piratas cruzaran 2.000 hombres a Sicilia. Esto sólo representaba una pequeña porción del ejército de Espartaco, pero es probable que fuera lo mejor que podían hacer, dadas las circunstancias. Los 2.000 podrían servir de avanzadilla. Asumiendo que habrían sido elegidos cuidadosamente, serían luchadores de élite, diestros en el sigilo y capaces de entablar contacto con los esclavos sicilianos. Tan pronto como hubieran establecido una base, podrían traer más hombres desde Italia. Mientras tanto, el grueso del ejército de Espartaco podría retirarse a la colinas del Brucio.

Pero nada de esto estaba destinado a ocurrir. Según afirman las fuentes de manera sucinta, «una vez que los cilicios llegaron a un acuerdo con él [Espartaco] y aceptaron sus regalos, le engañaron y zarparon». ⁵ ¿Contactaron Verres o Craso con los piratas y superaron el pago de Espartaco? ¿Acaso una repentina conciencia del

poder militar de Roma asustaría a hombres como Heracleo, pese a su simpatía por los rebeldes? ¿O quizá los piratas simplemente se comportaron como piratas?

De cualquier forma, se marcharon. La expedición siciliana de Espartaco pareció acabar antes de haber empezado. Aun así, el tracio hizo gala una vez más de la fuerza de su carácter. Ni se desesperó ni cayó en el pánico; en vez de eso, cambió de táctica sin hacer ningún esfuerzo aparente. Tal vez sus seguidores estuvieran menos calmados. Si en algún momento necesitó Espartaco a su mujer tracia para que les inspirara fe, fue en esta ocasión.

Entre Sicilia y la tierra firme italiana se extiende una de las masas de agua más espectaculares y peligrosas del mundo a causa de su rápida corriente y su traicionero oleaje. «La angostura del paso —escribe el historiador griego Tucídides— y la fuerza de la corriente que entra desde el vasto Tirreno y del mar abierto siciliano le han dado con justicia una mala reputación.»⁶ El estrecho de Mesina tiene unos 30 kilómetros de largo. Con cerca de 14 kilómetros en su parte más ancha, el estrecho es más angosto en su extremo norte; del lado italiano sobresale una reducida porción de tierra llamada cabo Caenys (la moderna Punta Pezzo), en la ciudad moderna de Villa San Giovanni. Aquí, donde el estrecho apenas alcanza los tres kilómetros, casi se puede sentir la frustración de Espartaco.

Mirando a través del estrecho desde cabo Caenys, una persona podría aventurar el destino de la rebelión en el paisaje. Enfrente está Sicilia, tan cerca en apariencia como para tocarla. Hacia el norte se encuentra el final de la isla, cabo Pelorus (el moderno Peloro), un pedazo de tierra reducido y bajo. Aproximadamente a un kilómetro y medio hacia el sureste del cabo, comienzan a erguirse con suavidad las montañas de Sicilia, como un cuerpo que se levantara poco a poco. Alzan sus majestuosas proporciones siempre hacia el sur, hacia el monte Aetna (el actual Etna), el gran volcán que se alza fuera del campo de visión.

En el lado italiano hay un paisaje más abrupto. En cabo Caenys, la última extensión de los Apeninos se precipita en el mar, en crestas parecidas a escalones cortados por barrancos y surcados por caminos en zigzag. Por encima se yergue una inmensa colina con forma de puño cerrado. A poco más de un kilómetro y medio de viaje, la tierra se eleva de repente a unos 600 metros sobre el nivel del mar. Son las faldas de los montes Aspromonte (éste es su nombre moderno). *Aspromonte* significa «montañas ásperas» o «montañas blancas»; esto último se refiere a la nieve o quizás a la roca desnuda. En cualquier caso, se trataba de un terreno hostil.

Desde Capua, la Vía Annia llegaba al estrecho a unos cinco kilómetros al sur de los pasos de cabo Caenys, en la antigua *Statio ad Statuam* (la moderna Catona). La corriente favorable hacía que fuera éste el lugar preferido para cruzar en la Antigüedad. Hoy en día, existe cerca de allí un transbordador para coches que cruza a Sicilia cada hora. Desde aquí cruzan el estrecho los botes de remos, y en verano se celebran carreras de nadadores. Pero nadar era algo impensable para unos hombres que emergerían en la costa de Sicilia desnudos, empapados y directamente en las manos de los soldados de Verres... si es que llegaban a emerger. Para un nadador inexperto sería difícil cruzar. Una corriente de seis o más nudos (depende de la marea) fluye a través del estrecho, con frecuencia acompañada de olas repentinas y remolinos. Además, no era verano, sino invierno. El agua gris verdosa del estrecho está en invierno demasiado fría como para nadar.

Los antiguos personificaban los peligrosos mares del estrecho en el mito de Escila y Caribdis. Caribdis era un monstruo marino cuya inmensa boca tragaba y escupía el agua, creando remolinos. Escila era una bestia parecida a un perro que se sentaba en una enorme roca al otro lado del estrecho y mataba a los marinos que pasaban. De acuerdo con el mito, sólo los mejores timoneles

podían abrirse camino entre Escila y Caribdis. Griegos y romanos situaban a estas dos criaturas en el estrecho de Mesina. El estrecho real plantea retos más razonables, retos a los que Espartaco decidió enfrentarse. Pidió a los hombres que construyeran balsas.

La decisión de construir balsas era arriesgada pero razonable. Si bien no era fácil cruzar el estrecho en una balsa, tampoco era imposible. Cuenta la leyenda que los pobladores prehistóricos de la isla, los sicelos, llegaron así. Tucídides, el historiador griego y antiguo y severo almirante, consideraba verosímil esta tradición, siempre y cuando los sicelos hubiesen esperado a que el viento amainara antes de cruzar.⁷ En tiempos más recientes, un general y cónsul romano había conseguido cruzar con balsas. Lucio Cecilio Metelo, vencedor de una batalla contra Cartago en Sicilia, llegó a Messana en el año 250 a.C. con la intención de cruzar de vuelta a Italia. Había capturado 120 elefantes del enemigo, y quería llevar tan exóticos artículos de importación a Roma, para hacer que marcharan en su desfile triunfal. Un escritor antiguo explica cómo los transportó Metelo a través del estrecho:

Ataron juntas varias tinajas enormes, separadas con postes de madera, de tal manera que no pudieran romperse al golpearse entre ellas; entonces, colocaron sobre este armazón unas vigas, y encima de todo esto esparcieron tierra y maleza, y vallaron toda la superficie, para que de alguna forma tuviera el aspecto de un corral.⁸ Después subieron las bestias a bordo de esta balsa y las transportaron sin que éstas supieran que se estaban desplazando sobre el agua.

Para la construcción de las balsas, los hombres de Espartaco emplearon técnicas que podrían parecer similares, quizá como resultado del reclutamiento de ayuda local. Con seguridad las aguas del estrecho, ricas en pesca, daban trabajo a muchos constructores de barcos. Una fuente de entonces describe las balsas de los rebeldes: «Tras colocar grandes tinajas de boca ancha bajo las vigas, las ataron juntas con vástagos de vid o tiras de cuero».⁹

La construcción de las balsas requeriría encontrar tinajas, madera, vástagos de vid y tiras de cuero, lo que habría exigido una recolección previa. Casas, tiendas, bodegas, almacenes, granjas y bosques podrían haber sido registrados en busca de suministros. Parece poco probable que los rebeldes lo hicieran con calma o dedicando a ello toda su atención. Parte de su personal tuvo que dedicarse a encontrar comida, y el resto tuvo que encargarse de la seguridad, por si se producía un ataque de Craso.

No se sabe de dónde partieron las balsas de Espartaco. Las corrientes favorecían el cruce en Statio ad Statuam, pero eso lo sabían los romanos y seguramente los esperaban en la orilla opuesta. El cabo Caenys ofrecía una distancia menor para cruzar, y quizá la oportunidad de sorprender al enemigo en la playa de Sicilia.¹⁰ Allí las peligrosas corrientes habrían hecho más arriesgada la partida desde cabo Caenys, pero Espartaco asumía riesgos. La salida desde este cabo ayudaría a explicar lo que sucedió después, pero, como siempre, no es posible estar seguro. Una fuente antigua continúa la historia: «Trataron de botar lanchas de vigas y enormes tinajas de boca estrecha atadas con maleza y ramas en las rapidísimas aguas del estrecho, y fue en vano».¹¹ Es más, «las balsas, poco maniobrables, hacían difícil prestar ayuda a los que naufragaban».¹²

Parece ser que la naturaleza impidió que los rebeldes cruzaran. En las raudas y cambiantes corrientes, las balsas se enredaron unas con otras, y nadie fue capaz de deshacer el enredo. Seguramente perdieron balsas y provisiones, y puede que también se ahogaran algunos hombres. Metelo lo había hecho mejor, pero no cabe duda de que él escogió el lugar menos peligroso para cruzar el canal. Contaba con un apoyo logístico superior que el de Espartaco, y pudo conseguir timoneles con más experiencia. Pocos o quizá ninguno de los rebeldes tendrían experiencia en pilotar barcos, pero podrían haber convencido u obligado a los locales para que les ayudaran. Además, quizá Metelo cruzara en verano o, si no, podría

haber esperado a que llegara un día con buenas condiciones para cruzar, lujo que con seguridad se le negó a Espartaco.

El intento del tracio de cruzar el estrecho fracasó. Ahora tenía que dar la vuelta con su ejército para abrirse camino por la Italia romana. El general enemigo al que se enfrentaba, Craso, había hecho milagros con sus legiones, pero aún no las había convertido en una fuerza que pudiera atrapar y destruir al ejército de Espartaco. Por el contrario, parece que Craso no había hecho nada para detener a Espartaco en el estrecho. En vez de eso, se retiró y dejó el trabajo a Verres. El gobernador de Sicilia o bien tuvo a Neptuno de su parte, o bien una buena estrategia.

Una fuente antigua, Cicerón, da crédito a otra versión. El orador elogió a Marco Craso, «el más valiente de los hombres, cuyo coraje y buen juicio se encargaron de que los fugitivos no fueran capaces de atar las balsas ni de cruzar el estrecho».¹³ Cicerón menciona el gran esfuerzo que se hizo para evitar que los rebeldes cruzaran. Sin embargo, no ofrece detalles. ¿Atacaría Craso a Espartaco en la playa? Espartaco tenía caballería para defender su posición, y la conducta de Craso durante los meses siguientes indica cierta desgana por encontrarse frente a frente con Espartaco.

Además, las circunstancias de los comentarios de Cicerón levantan ciertas sospechas. Los hizo en el año 70 a.C., mientras se procesaba a Verres por presunta mala conducta como gobernador de Sicilia. Cicerón dirigió toda su potencia retórica contra Verres, ridiculizando la arrogancia del gobernador al atribuirse el mérito de haber detenido a Espartaco. Cicerón ganó el caso y Verres quedó en la ruina, pero ¿y si Verres tenía razón? El peso de la evidencia dice que hizo tanto como cualquier romano por ganar la batalla del estrecho al desplegar a sus tropas frente al punto más ventajoso para cruzar el agua.

De hecho, resulta difícil no sospechar que, en realidad, Craso facilitó las cosas para que Espartaco se desgastara intentando cru-

zar el estrecho. Seguramente, Craso estaba en contacto con Verres y conocía los esfuerzos del gobernador por evitar que los rebeldes desembarcaran en la isla. Quizá los informes de exploradores acerca de que el enemigo estaba construyendo balsas no preocuparan a Craso, dada la estación del año. Con todo, puede ser que Craso confiara en el fracaso de Espartaco.

El general romano no hubiera querido arriesgarse atacando a los rebeldes en el estrecho. La reducida franja de costa ofrecía poco espacio para la batalla a campo abierto que anhelaba. Es más, si les hubieran retado, Espartaco habría enviado a sus hombres a las colinas en vez de aceptar entrar en un combate así. Su caballería hostigaría a los romanos, mientras que su infantería tendería emboscadas en las muchas colinas y barrancos de la región. Para colmo, era invierno, una época en la que no se combatía. Antes que arriesgarse a tales enfrentamientos, Craso tenía un plan diferente: empujar a los rebeldes entre el estrecho y las montañas.

Espartaco no tenía más opción que retirarse. Era evidente que la necesidad de dejar Italia estaba más clara que nunca, pero el estrecho de Mesina no sería la salida. El tracio tendría que encontrar otra estrategia. Sin embargo, lo haría en el futuro; por el momento su prioridad era alimentar al ejército. Había comida a unos 20 kilómetros hacia el sur, en la ciudad de Regium, pero la ciudad estaba amurallada y, sin duda, bien defendida. La siguiente alternativa más sencilla era dirigirse hacia el norte por la Vía Annia, pero seguramente los romanos tendrían la calzada bien bloqueada. Así que Espartaco y sus seguidores tomaron la vía de escape menos deseable y subieron a las montañas Aspromonte.

No sabemos si, durante la marcha, alguno de los hombres de Espartaco volvería la vista atrás y observaría el sol desapareciendo tras las colinas de Sicilia. Pero, si lo hicieron, puede que se detuvieran y pensarán en lo que estaba por venir.

Capítulo 8

El pescador

Era una mañana de invierno en las montañas, a 900 metros sobre el nivel del mar, a principios del año 71 a.C. Lo normal era que aquí hubiera silencio en invierno, pues incluso los pastores se habían retirado a tierras más bajas. Sin embargo, este día, sobre un collado de menos de un kilómetro de ancho, dos ejércitos estaban a punto de enfrentarse. De un lado, decenas de miles de rebeldes permanecían en fila con las armas preparadas y, como podemos imaginar, los corazones templados por el vino y los oídos impacientes por escuchar la orden para dejar salir de sus bocas el rugido que marcaba el arranque de su carga. El ejército romano no estaba sorprendido; sus exploradores habían vigilado al enemigo desde una serie de torres de señales.

Los romanos esperaban detrás de una red defensiva de profundas trincheras llenas de postes afilados, empalizadas de madera y, como obstáculo al frente, un terraplén coronado con un muro de mampostería de, al menos, siete metros y medio de altura. La posición de los romanos cerraba tres lados del collado y bloqueaba incluso los caminos de mulas por los que los rebeldes podrían haber rebasado los flancos de aquéllos. Los romanos sólo habían dejado abierto el acceso del sur, forzando a los atacantes a cargar contra ellos desde aquella dirección. Mientras avanzaban, los rebeldes se vieron embutidos en un estrecho espacio. Como un pesca-

dor que dirige al pez grande hacia sus redes, Craso había tendido bien su trampa.

De repente comenzó el contraataque romano con un torrente de flechas y proyectiles de plomo en forma de bellota, fundidos en hornos de campo por los metódicos defensores. El ataque dispersó la carga de los rebeldes. Muchos de los atacantes alcanzaron las fortificaciones y lucharon con ferocidad, pero no pudieron abrirse paso. Al final los hombres de Espartaco no tenían más opciones que huir o morir.

Fue un buen día para Roma y justo acababa de empezar. Los rebeldes atacarían de nuevo al anochecer, y una vez más fracasarían. Más tarde, los romanos reivindicarían un elevado número de bajas al decir que 12.000 insurgentes muertos sólo habían costado a Roma tres muertos y siete heridos.¹ En la Antigüedad, las batallas solían producir desiguales cifras de víctimas, pero en este caso suena a propaganda. La falta de certeza resulta frustrante para el historiador, pero es mejor dejarlo claro: tanto estas cifras como los detalles del enfrentamiento son especulativos. De hecho, nuestro conocimiento de los sucesos de este capítulo es excepcionalmente aproximado, y ello por varias razones. Las fuentes se contradicen entre sí más aún de lo que es habitual. Quizá no resulte sorprendente en el caso de los acontecimientos que tuvieron lugar en lo más crudo del invierno, en la profundidad de las montañas de un remoto rincón de Italia.

Además, para los romanos las cuestiones de política doméstica eran casi tan elevadas como las de los militares. Craso lo había apostado todo a una línea defensiva en las montañas. Las enormes fortificaciones simbolizaban al hombre que había hecho su fortuna con bienes inmuebles. Derrotaría a Espartaco acorralándolo. Algunos dijeron que Craso dio a sus hombres aquel trabajo de construcción para mantenerlos ocupados durante el invierno, cuando la guerra se detenía. Esto resulta improbable. Craso se preocupaba

demasiado por su mando como para ocuparse de proyectos para entretener a sus hombres. Sabía que la campaña del Brucio sería su éxito o su ruina.

Craso quería derrotar a Espartaco, pero en caso de no ser capaz, tenía que controlar la forma en que se contara la historia al público romano. Para hacerlo, necesitaba amigos influyentes, y con seguridad los tenía. Un hombre que podía comprar ejércitos podía hacer frente a las retribuciones que cimentarían esas amistades. Podríamos sospechar la intervención de sus publicistas, por ejemplo, cuando las fuentes afirman que los romanos habían recuperado su valentía sólo gracias a la política de *decimatio* de Craso.² La campaña del Brucio fue objeto de una intensa controversia. Nunca sabremos con precisión qué sucedió aquí, pero podemos abrirnos camino si seguimos las pruebas con cuidado.

A pesar de las exageradas cifras de víctimas, es razonable asumir que aquel día hubo una victoria romana. Los romanos se habían ganado el éxito. Craso y sus hombres habían empleado semanas, si no un mes o dos, en preparar el campo de la masacre. Los romanos podrían haber acabado con la rebelión aquel mismo día si no se hubieran enfrentado a un general tan diestro como el tracio. Pero nos estamos adelantando demasiado.

Para Espartaco la historia comenzó el día que marchaba con sus hombres desde el estrecho de Mesina hacia los montes Aspromonte. No podía tomar la Vía Annia cerca de la costa, pues seguramente estaba bloqueada por los romanos. Además, Espartaco tenía que alimentar a su ejército, y hacerlo exigía internarse tierra adentro en busca de nuevos seguidores. Éste era un territorio de pastoreo, conocido por sus vacas, ovejas y cerdos. En cuanto a la caza, era territorio de liebres y jabalíes. Mientras viajaban hacia el noreste desde el estrecho por las llanuras de las tierras altas de Aspromonte, es probable que los rebeldes consiguieran parte de lo que querían encandilando a pastores esclavos y que el resto lo to-

maran directamente. Fueran a donde fueran, los rebeldes arrasaron la campiña.

La arqueología puede facilitar pruebas del daño que causaron. No hace mucho que, a unos 40 kilómetros al norte del cabo Caenys, en un olivar cercano al mar Tirreno, se descubrió un tesoro. Allí, enterrado y protegido por dos grandes losas de piedra, había una lámpara de barro y un grupo de objetos de plata: jarras, copas, un cucharón, una cucharilla y un medallón con un busto de Medusa. Hay un grafito que puede referirse al nombre de una rica familia romana de terratenientes. Los objetos datan del periodo comprendido entre 100-75 a.C. y resulta tentador asociarlos con Espartaco. Fueron enterrados en un punto aislado en época antigua, lejos del centro de la población más cercana. Puede que algún propietario los enterrara para esconderlos de los rebeldes o quizá los enterrara un rebelde tras haberlos sustraído.

Tras alejarse de la carretera de la costa, Espartaco tomó otro camino situado en el centro del Brucio, a la misma distancia de las costas tirrena y jónica. Durante siglos los emigrantes han seguido este camino, que va desde las montañas Serre (nombre moderno) hacia el norte, y ello por buenas razones. El camino se beneficiaba de un paisaje notable, una cresta que se alzaba en lo alto de la cadena de los montes Aspromonte. A distancia, parece el tablero de una mesa entre las nubes. Cuando el viajero llega a la meseta, se siente como si hubiera puesto el pie en un istmo. Llamada hoy en día Dossone della Melia, es decir, la cresta de Melia, se eleva entre los 900 y los 1.200 metros sobre el nivel del mar. La antigua carretera bordea la cresta de norte a sur. En el siglo XVIII lo llamaban la Vía Grande; hoy, una carretera sigue ese mismo trayecto. Como añadido a la importancia estratégica de la cresta, hay carreteras que se ramifican desde ésta hacia el este y el oeste, a través de altos pasos de montaña (a unos 900 metros de altura), hacia los mares Jónico y Tirreno.

La ciudad de Locris está situada en el extremo este de la carretera secundaria, en el mar Jónico. Antigua colonia griega, hacía tiempo que Locris era satélite de Roma. En el extremo oeste de la carretera secundaria se extendía la llanura de Metauros (la moderna Gioia Tauro), junto al mar Tirreno. Gracias a su excepcional riqueza, la llanura fue famosa por sus olivos y sus viñedos. Las fortificaciones de Craso vedaban el acceso de Espartaco y sus saqueadores hasta la llanura.

Quienquiera que controlase la cresta de Melìa, controlaba los cruces de caminos de la mayor parte del sur de Italia. No resulta sorprendente, pues, que Craso decidiera asentar aquí su base. Dicen las fuentes que la naturaleza del terreno inspiró a Craso su plan de bloquear la península.³ Bien pudo ser que los locrios le proporcionaran información detallada sobre las características de aquella tierra. El núcleo de las fortificaciones de Craso se alzaba en la cresta de Melìa, cerca de la actual autopista 111, que describe una línea de este a oeste de unos 55 kilómetros al noreste de Regium (por modernas carreteras). Aquí la península italiana sólo tiene una anchura de unos 50 kilómetros de costa a costa. Plutarco escribe que Craso construyó un muro, que atravesaba la península, de unos 300 estadios, esto es, de unos 60 kilómetros de hoy en día.⁴ Esto es una exageración; de hecho, la sección principal de las obras defensivas romanas no llega a medir un kilómetro. Pero Plutarco acierta al insinuar que Craso bloqueó en efecto los 55 kilómetros de anchura de la península.

Cuando Espartaco avanzaba hacia el norte, sus exploradores le advirtieron del obstáculo que tenía delante. Se dice que el tracio respondió con desdén, escéptico, sin duda, ante la posibilidad de que los romanos pudieran detenerlo en lo que era su hábitat natural, las montañas. Muchos eruditos parecen ser de la misma opinión. Dudan de que los romanos asentarán aquí su base. Si bien los romanos eran grandes ingenieros, ni siquiera para ellos habría

sido fácil levantar una trinchera vallada de 55 kilómetros de largo; y a través de las montañas, nada menos.⁵ Además, si Craso hubiese bloqueado el paso de Espartaco a unos 80 kilómetros al noroeste de Regium, habría dejado que los rebeldes controlaran un extenso territorio hacia el sur, de unos 2.600 kilómetros cuadrados de área, casi el equivalente al estado americano de Rhode Island o al condado inglés de Hampshire. Bien podríamos preguntarnos, puesto a gobernar semejante reino, ¿por qué tendría Espartaco la necesidad de marcharse?

Algunos historiadores convierten el plan de Craso en un modesto proyecto: ni una serie de fortificaciones de 55 kilómetros de largo ni la buena voluntad de dejar 2.600 kilómetros cuadrados en manos del enemigo. Según su punto de vista, desde el principio Craso se enfrentó a Espartaco marchando cada vez más hacia el sur, prácticamente hasta el campamento del tracio en el estrecho. Los romanos fortificaron los barrancos en las empinadas colinas sobre la costa para cortar el paso a los rebeldes, a no más de dos o tres kilómetros. El resultado fue una línea de fortificaciones no mayor de un kilómetro y medio de largo. Mientras sus hombres negociaban con los piratas y construían las balsas, Espartaco podía ver a los romanos muy de cerca.

Pero es poco probable que Espartaco se relajara y dejara a Craso arrinconarlo. Para construir su trampa, Craso habría tenido que trabajar lejos de la vista de sus enemigos, no en sus mismas narices. Así que, mientras Espartaco acampaba en la costa, los hombres de Craso estaban a decenas de kilómetros y a 900 metros de altura en las colinas.

Sí, un sistema defensivo instantáneo de 55 kilómetros es difícil de creer, pero sólo si no tenemos en cuenta las características del terreno. De hecho, la mayoría de esos 55 kilómetros de anchura de la península es intransitable, por lo que requeriría poca fortificación. Al este de la cresta de Melia, la tierra se precipita

hacia el mar Jónico en una serie de cañadas rocosas, mientras que al oeste de la cresta se abren extensos e impenetrables desfiladeros. Los únicos lugares por los que sería fácil viajar eran las dos franjas costeras y la cresta de Melia; esta última, de poco menos de un kilómetro de anchura. Puesto que los romanos ocupaban las costas y dado que Espartaco se dirigía de buena gana a las montañas, es razonable que Craso tuviera la esperanza de cortar el paso en la cresta.

Los 2.600 kilómetros cuadrados que Espartaco dejaba atrás no eran un regalo. El territorio en cuestión es pobre, montañoso y en gran parte yermo, no como la fértil Sicilia. Ahora era época de cosecha. A los rebeldes les habría resultado difícil vivir mucho tiempo de esa tierra. No sorprende leer en las antiguas fuentes que los hombres de Espartaco empezaban a quedarse sin comida, ni que una de las razones por las que Craso decidió construir las fortificaciones fue precisamente privar al enemigo de suministros.

La evidencia arqueológica parece apoyar esta teoría, si bien no la corrobora. Sobre la cresta de Melia hay una serie de viejas trincheras y muros, y en las colinas cercanas están las ruinas de tres hornos de fundición cuyas paredes internas están salpicadas de óxido de plomo. Los romanos empleaban los hornos para fundir proyectiles de honda. Sin excavaciones arqueológicas y científicas, estos asentamientos no se pueden datar con seguridad, pero encajan en la descripción que hacen las fuentes de un sistema de trincheras; si bien arrojan dudas bien fundadas sobre la afirmación de Plutarco acerca de que los romanos excavaron una trinchera de costa a costa.⁶ Además, las ruinas han sido estudiadas por un historiador local del sur de Italia (un aficionado que, como sucede a menudo, conoce el terreno mejor que los profesionales). Los párrafos que abren este capítulo siguen esta reconstrucción, posible, aunque aún no demostrada.

Ya se sabe que el origen de los topónimos es difícil de precisar, pero aun así hay varios lugares en la cresta de Melia y sus alrededores que tienen nombres sugerentes. Una parte de la cresta se conoce como los llanos de Marco, que descienden hasta la cresta de Marco (¿Marco Licinio Craso?); hacia el oeste está la población de Scrofario (¿por el teniente de Craso, Escrofa?); hacia el este están las aldeas de Case Romano y Contrada Romano («Casas romanas», «Vecindario romano») y un lugar llamado Torre lo Schiavo («Torre del esclavo»).

Quizás el topónimo más intrigante es el centro de la cresta de Melia, cubierta hoy en día por un enorme bosque de helechos con grupos diseminados de hayas: *Tonnara*, es decir, «almadraba». Las cuevas al oeste de Tonnara se llaman «Chiusa» o «Chiusa grande» («Cercado» o «Gran cercado»). *Tonnara* se refiere al tradicional arte de pesca mediterráneo mediante el bloqueo de la ruta de migración de los atunes con un complejo sistema de redes fijas. Los antiguos pescadores practicaban con regularidad la pesca con almadraba en las costas del sur de Italia y de Sicilia. *Tonnara* sería un nombre apropiado para el lugar en el que los insurgentes quedaron atrapados en su camino hacia el norte.

Espartaco fracasó en su intento de escapar y sufrió bajas, pero no tenía motivos para desesperarse. Lejos de sentirse atrapado, bien pudo haber razonado que ahora tenía a Craso sometido a un enfrentamiento que podía destruir a cualquiera de los dos. Sabía que la ayuda estaba en camino. Su caballería aún no los había alcanzado; sin duda aún estaría peinando la campiña en busca de alimento y seguidores. En cuanto llegaran, los caballos podrían proporcionarles el empuje que les permitiera atravesar las líneas del enemigo. Además, si bien Espartaco no podría sobrevivir indefinidamente en lo alto de la cresta de Melia, tampoco podría hacerlo Craso.

El principal problema de Espartaco era logístico; necesitaba alimentar a su ejército. Poca comida encontraría en la cresta. En

verano era un buen terreno de pasto para el ganado, y la humedad hacía que hubiera abundancia de hongos. Sin embargo, era invierno, así que el ejército dependía de las incursiones en los valles de abajo.

El principal problema de Craso era político. Roma quería que aplastara al enemigo, pero Craso prefería estrangularlo, y esto llevaba tiempo. Espartaco incrementó la frustración de Roma al prolongar la lucha. Distráía, exasperaba y retrasaba al enemigo. Según cuentan las fuentes, Espartaco «incordiaba a los hombres que trabajaban en las obras defensivas de aquí y de allá; una y otra vez caía sobre ellos por sorpresa y arrojaba haces de leña, a los que había prendido fuego, a las trincheras, lo que daba a los romanos un trabajo desagradable y difícil»,⁷ pues tenían que darse prisa en apagar los fuegos.

Se trataba de una efectiva guerra psicológica mientras Espartaco esperaba a que apareciese su caballería, pero la lucha en las montañas pasó factura a sus propios hombres. Fue la desgracia que coronó meses de problemas, desde noviembre, momento en que Craso había aparecido en escena. Unos meses antes, en verano, cuando derrotaron a dos cónsules y al gobernador de la Galia Cisalpina, los insurgentes nunca podrían haber imaginado que llegarían a esta situación. Incluso un par de semanas antes, aunque las cosas fuesen difíciles, al menos tenían la posibilidad de escapar a Sicilia. Ahora luchaban por sobrevivir entre las frías nubes de olvidadas montañas de Italia. Las condiciones eran miserables, escaseaba la comida y no sería de extrañar que desertaran algunos hombres. El tracio decidió sacarles el desánimo del cuerpo con un susto.

«Crucificó a un prisionero romano en el espacio que había entre los dos ejércitos —relata una fuente—, para, de ese modo, enseñar a sus hombres la imagen de lo que podían esperar si no conseguían la victoria.»⁸ No hubo ninguna sutileza en este gesto, pero tampoco era una exageración. Los romanos no tenían pensado perdonar a nadie. Crucificaban con regularidad a los esclavos

huidos. Además, era una época de masacres, desde la proscripción de los ricos por parte de Sila y sus ejecuciones de miles de prisioneros de guerra, hasta la masacre de decenas de miles de comerciantes y publicanos italianos en Anatolia por parte de Mitrídates.

En apariencia, Espartaco consiguió lo que quería. Sus hombres no mostraron más signos de debilidad, al menos ninguno que pudieran ver los romanos. Si confiamos en una de las fuentes, a continuación los romanos se retiraron, pero no de la cresta de Melia. La visión de un prisionero romano en la cruz habría fortalecido su voluntad, en cualquier caso. Fue más bien en Roma, en el Foro, donde el pueblo romano dejó que su frustración se desbordara.⁹ Disgustados por el punto muerto al que se había llegado, votaron a favor de traer a Pompeyo desde Hispania, donde estaba restableciendo el orden tras la derrota de Sertorio.

Pompeyo había ganado la guerra contra Sertorio entre finales del año 73 y principios del 72 a.C. Nunca consiguió derrotar a Sertorio en el campo de batalla, pero le infligió daños suficientes como para provocar un amotinamiento. Surgieron rivales entre los rebeldes y contactaron con los romanos, que estimularon sus planes de asesinar al líder. Traicionado por sus aliados, Sertorio fue asesinado durante un banquete en su propia tienda. Fue en verano u otoño del año 73 a.C. El cabecilla renegado, Marco Perperna, intentó continuar la guerra contra Roma, pero en algún momento entre la primavera y el invierno del año 72 a.C., Pompeyo lo derrotó e hizo que lo ejecutaran. La rebelión en Hispania había terminado.

La llamada a Pompeyo fue una decisión popular, votada en la asamblea romana. Sin duda el Senado estaba menos entusiasmado, pues aquello significaba que Pompeyo podría marchar por Italia con su ejército intacto, en vez de disolverlo en la frontera, como se solía exigir que hicieran los comandantes. El recuerdo de Sila daba un matiz siniestro al avance de Pompeyo. Espartaco debería haber preocupado más a los senadores.

Sin embargo, nadie podía repudiar la llamada a Pompeyo más que Craso. Él quería que la guerra contra Espartaco impulsara su propia carrera, no la de Pompeyo. Ahora tendría que compartir el mérito de la victoria. De ahí que la afirmación de Plutarco de que fue el propio Craso quien escribió al Senado y pidió que se avisara a Pompeyo resulte inverosímil, aunque bien podría ser cierta.¹⁰ Puede que los agentes de Craso en Roma olfateasen el cambio en los vientos políticos. Quizá reconocieran la inevitabilidad del voto popular, y puede que aconsejaran a Craso escribir al Senado para dar la impresión de que controlaba los acontecimientos.

Se supone que en su carta Craso solicitaba el regreso de otro general además de Pompeyo, Marco Terencio Varrón Lúculo. Marco, gobernador de Macedonia en el año 72 a.C., acababa de dirigir una victoriosa campaña contra los besos, un duro pueblo tracio que fue descrito en una ocasión como «peor que la nieve».¹¹ No hay que confundir a Marco Lúculo con su hermano Lucio Licinio Lúculo, que por aquel entonces estaba ocupado comandando las tropas romanas en Anatolia contra Mitridates y que es más conocido hoy en día por su amor a la gastronomía (de su nombre proviene el adjetivo inglés *lucullan*).¹² Al solicitar la ayuda de dos generales, Craso rebajaba la importancia de Pompeyo.

Fue un plan maquiavélico, pero el siguiente movimiento de Espartaco lo fue aún más. Al parecer, le llegaron noticias de que Pompeyo estaba en camino. No resulta difícil imaginar que los soldados romanos, repartidos por la muralla, lanzasen pullas al enemigo: Pompeyo iba a llegar y más les valía prepararse. Pompeyo tenía su reputación: su apodo, ganado en época de Sila, era «el carnicero adolescente».¹³ Incluso puede que su nombre asustara a algunos rebeldes, pero Espartaco vio las cosas claras.

Si bien Espartaco entendía que Pompeyo era una amenaza, también supo ver en él una oportunidad. Pompeyo suponía un enemigo común para Craso y Espartaco. Ambos querían mante-

nerlo alejado de la guerra, lo que explicaría el siguiente paso que dio Espartaco: ofreció a Craso un acuerdo de paz. En concreto, le ofreció algo muy romano, que era que pidiese a Roma que lo aceptase bajo su *fides*.¹⁴ *Fides* es una importante palabra latina con un rico espectro de significados. Quiere decir «fe» o «confianza» y, en este caso, «protección». Al aceptar a alguien bajo su *fides*, Roma aceptaba una serie de obligaciones mutuas. Podríamos llamarlo alianza, pero los romanos no lo habrían dicho así, pues no existía ningún contrato legal entre las partes. En su lugar, quedaban obligados por unos vínculos morales. Los romanos consideraban que el objeto de su *fides* era un protegido, no un aliado; ellos, a su vez, se consideraban patrones de aquél.

Los vínculos de la *fides* podían implicar obligaciones. La Segunda Guerra Púnica (218-201 a.C.), por ejemplo, la peor guerra de la historia de Roma, comenzó porque Aníbal atacó la ciudad hispana de Sagunto, que no tenía una alianza con Roma, sino una simple relación de *fides*. Por mucha seriedad con que Roma asumiese la relación de *fides*, el hombre que la negociaba, por lo común un general, la consideraba aún más importante. Él se convertía en el patrón personal del protegido de Roma, y contraía con él una vinculación especialmente intensa. Si Craso aceptaba el ofrecimiento de Espartaco, se convertiría en el patrón del tracio.

Hacerlo hubiera sido repugnante. Roma consideraba la solicitud de *fides* como un acto formal de rendición, pero aun así confería la «más preciosa dignidad» al protegido.¹⁵ Al acoger al tracio bajo su *fides*, Craso habría asumido no sólo la dignidad de Espartaco, sino además el derecho de Espartaco para asentar a sus hombres con seguridad en algún sitio. Nunca llegaría a ser así. Quedaba fuera de toda consideración otorgar semejante honor a unos esclavos y gladiadores huidos. Roma quería la cabeza de Espartaco, no darle un apretón de manos. Craso ignoró la oferta con desdén.

Y sin embargo, ¡qué agallas demostró Espartaco al hacer la propuesta! Lejos de admitir la derrota, afirmó su derecho a ser respetado. Como mínimo esta táctica pudo haber sido una inyección de moral para sus hombres. Aunque estuviera atrapado en la trampa de Craso, Espartaco no estaba dispuesto a asumirlo. De hecho, estaba a punto de demostrar su habilidad para escapar, porque su caballería por fin había llegado. Estaban ahora en torno a febrero.

Espartaco esperó una tormenta. Escogió una noche de nieve y viento. Un tipo curtido como él habría adivinado que, en semejantes condiciones, la guarnición romana estaría «baja de fuerzas y, en ese momento, con su guardia relajada», como dice una antigua fuente.¹⁶ Las fuentes no se ponen de acuerdo sobre cómo lanzó Espartaco el ataque. Un escritor dice que empleó la caballería como punta de lanza para cargar contra las desatendidas defensas. Otro mantiene que rellenó una pequeña parte de las trincheras con tierra, maderos y ramas para que su ejército cruzara. Un tercer escritor acepta que Espartaco rellenara parte de las trincheras, pero dice que lo hizo con los cadáveres de los prisioneros que había ejecutado y con carcasas de ganado. En otra ocasión, en el año 26 d.C., un ejército tracio atacó un campamento romano rellenando sus trincheras con arbustos, vallas y cuerpos muertos, así que podemos suponer que Espartaco empleó diversos objetos.¹⁷

Tampoco se ponen de acuerdo las fuentes acerca del nivel de éxito de Espartaco. Un escritor dice que se las arregló para sacar de allí a sólo un tercio de su ejército antes de que los romanos volvieran a cerrar el hueco. Otro insiste en que logró que saliera todo su ejército. Un ingenioso erudito ha intentado la cuadratura del círculo diciendo que una vez que Espartaco sacó a una parte de su ejército, Craso tuvo que abandonar las fortificaciones, pues si no se habría visto atrapado entre dos amenazas. De ahí que los otros dos tercios del ejército también fuesen capaces de escapar. De cualquier forma, las fuentes citan grandes cifras de esclavos re-

beldes sueltos en la siguiente fase de la guerra; mencionan también el miedo de Craso a que Espartaco pudiera marchar ahora sobre Roma. Esto sugiere que, de una u otra manera, Espartaco sacó a la mayoría de sus hombres de la red de Craso.

Craso apostó y perdió. Espartaco había pagado un precio en sangre, pero había escapado. Fue una tremenda victoria para los esclavos y una amarga derrota para los romanos. A los romanos ya no les quedaba más que abandonar las defensas que con tanto esfuerzo habían construido y volver a la persecución. Una vez más, Espartaco había impuesto una campaña de maniobras y movilidad, en la que era superior.

Espartaco hizo gala de su maestría para la estrategia. Atravesar defensas fijas suele ser difícil, en especial contra defensores tan buenos a la hora de fortificar como lo eran los romanos. De ahí en adelante, Espartaco tenía razones para enorgullecerse tras su escapada, pero sus expectativas eran escasas. Con Craso detrás de él y Pompeyo a punto de aparecer, los rebeldes seguían teniendo una pobre perspectiva estratégica. Ahora, como siempre, Espartaco sólo tenía una meta razonable: salir de Italia. Pero, ¿cómo? Los Alpes los habían sobrecogido y el mar los había traicionado. Espartaco podía tener la esperanza de encontrar nuevos piratas de confianza en algún sitio. Podía incluso contemplar la posibilidad de convencer al ejército para marchar de nuevo hacia el norte y dar otra oportunidad a los pasos alpinos. Pero no ahora; seguramente sus maltruchos hombres necesitaban un descanso. Al menos ese razonamiento podría explicar la afirmación de las fuentes acerca de que ahora su objetivo era Samnio.¹⁸

Samnio es una región de los Apeninos centro-meridionales, situada al noreste de Capua, famosa por lo escabroso del terreno y por sus gentes antirromanas. El ejército de Sila había destruido a la élite militar de Samnio en la batalla de la Puerta Collina, en el año 82 a.C., así que poco apoyo podía ofrecer el pueblo libre de

Samnio a Espartaco. No obstante, con la ayuda de los esclavos locales, los rebeldes podrían hallar un refugio en las remotas colinas de Samnio. Puede que ya hubieran encontrado ayuda allí durante su marcha hacia el norte en la primavera del 72 a.C. Puede incluso que el conocimiento que Espartaco tenía de Samnio datase de sus días en la Casa de Vatia, en Capua. Así que condujo a su ejército hacia el norte, a través del Brucio y de vuelta a Lucania, en dirección hacia Samnio.

Pero no iba a conseguir su objetivo. El ejército rebelde volvió a dividirse. Como dice una fuente, «comenzaron a surgir discrepancias entre ellos». ¹⁹ Al igual que antes, la separación tuvo un componente étnico. Un gran contingente de celtas y germanos decidió seguir por sí mismo. Sus cabecillas se llamaban Casto y Cánico (o Gánico). Las fuentes estiman que el grupo alcanzaba con mucho los 30.000 hombres, pero las cifras son, como poco, estimaciones aproximadas. No está claro si todos los celtas y germanos de la rebelión se unieron a ellos, como tampoco sabemos si alguna otra nacionalidad eligió separarse del grupo.

En cualquier caso, no es necesario llegar a la conclusión de que la separación fue sólo una cuestión de política tribal. Una persona razonable argumentaría que Espartaco había fracasado y era necesario que lo reemplazaran; se podría decir que su estrategia siciliana había supuesto un desperdicio de tiempo y vidas valiosos. Si bien había salvado al ejército en la cresta de Melia, también los había conducido primero hasta allí. De acuerdo con las fuentes, antes de enterarse de la división, Craso tenía miedo de que Espartaco estuviese llevando de nuevo a sus hombres hacia Roma. Puede que fuera justo lo que Casto y Cánico querían hacer. Quizá rechazaron la idea de retirarse a Samnio ante el sueño de asaltar la ciudadela del enemigo.

Así que, por segunda vez, el ejército rebelde se partió en dos. Seguramente Craso se lo tomó en serio.

HASTA LA MUERTE

Capítulo 9

Las mujeres celtas

Estaba a punto de amanecer y la luz aún era tenue. Hacia el mes de marzo, en el año 71 a.C., en las colinas del norte de Lucania, es probable que las dos mujeres sintieran frío mientras subían por la ladera. Ramas con brotes se mezclaban con los verdes pinos, e incluso puede que hubiera algo de nieve en la cima. Las mujeres eran celtas, miembros del ejército escindido de esclavos rebeldes que comandaban Casto y Cánico. La intimidad es un lujo escaso en un ejército en movimiento. Esa mañana, sin embargo, necesitaban separarse del gentío para cumplir con sus rituales mensuales. Puede que fueran druidas, y la intimidad, una arboleda sagrada y la precisión en la hora eran elementos esenciales en la religión celta.

No está clara la naturaleza de su rito. Había multitud de rituales celtas; como escribió César, «toda la gente de la Galia es apasionadamente devota en cuestiones religiosas».¹ Por lo general, las mujeres celtas se reunían en grupos para apelar a los dioses. «La magia de las mujeres» conmovía a muchos en la sociedad celta.² En cuanto a las dos mujeres de la montaña, dice Salustio que estaban «cumpliendo con sus cosas del mes».³ Algunos eruditos entienden esto como una referencia a la menstruación, mientras que otros lo consideran una alusión a las fases de la luna, al tiempo que señalan que la religión celta prestaba seria atención al calendario (la luna aún es visible con la luz del alba). Plutarco dice que las mujeres es-

taban «haciendo sacrificios en nombre de los enemigos» (es decir, los enemigos de Roma: los soldados del bando de las mujeres).⁴ Tales posibilidades no se excluyen entre sí. Muchas religiones conectan los ciclos menstrual y lunar, y muchas comunidades vinculan su éxito con la fertilidad de las mujeres.

Las dos mujeres avistaron de pronto a unos soldados romanos, 600 hombres con la misión de rodear al enemigo y tomar, sin ser vistos, un cerro de la misma montaña por la que subían las mujeres, el monte Camalatum. Craso había enviado a los hombres bajo el mando de Cayo Pomptino y de Quinto Marcio Rufo, mientras él se preparaba para dirigir el ataque principal desde otra dirección. Los hombres de Pomptino y de Rufo se habían tomado la molestia de camuflar sus cascos, esfuerzo que los hizo invisibles ante cualquier vigía que hubieran colocado los rebeldes. Los romanos estaban a punto de conseguir la sorpresa estratégica completa cuando las dos mujeres los descubrieron. Si éstas se las arreglaban para dar la alarma, el plan de batalla de los romanos quedaría expuesto y otra de las trampas de Craso se cerraría en falso.

Por desgracia para Craso, las dos mujeres estuvieron a la altura de las circunstancias. No se asustaron, lo que no resulta sorprendente, dadas las evidencias de la Antigüedad. Un escritor romano dice que las mujeres celtas siempre estaban preparadas para ayudar a sus maridos en apuros atacando en la batalla, donde mordían y golpeaban al enemigo.⁵ Las pruebas arqueológicas muestran a mujeres de la élite celta enterradas con carros y armamento. De ahí que, aquel día de 71 a.C., fue fácil que volvieran aprisa al campamento y dieran la voz de alarma.

El incidente simboliza que, pese a lo mal que habían ido las cosas para los rebeldes, ellos seguían siendo formidables. Sus fuerzas separadas prestaban menos atención a la seguridad que a la religión, si bien la religión reforzaba su espíritu de resistencia, como demuestran las mujeres celtas.

Antes de esto, probablemente la noticia de que los rebeldes habían dividido sus fuerzas había supuesto un bálsamo para Craso. Cualquier oscuridad que se cerniera sobre la perspectiva de toda la fuerza de Espartaco virando hacia Roma habría dado pie a la esperanza de sorprender a los nuevos y pequeños ejércitos, uno por uno. Tras haberlos seguido por el Brucio, sin duda de nuevo por la Vía Annia, Craso se dirigió primero hacia el objetivo más fácil. El grupo escindido había acampado junto a un lago en Lucania.

El lago atrajo el interés de las fuentes antiguas por la inusual propiedad de su agua, que pasaba de ser potable a ser amarga y viceversa. Parece tratarse de un lago en la orilla del mar, y lo razonable sería situarlo cerca de Paestum, ciudad lucana de la costa. De hecho, el lago pudo haber sido la marisma que se extendía entre Paestum y la boca del río Silarus (el moderno Sele), antes de que los proyectos de recuperación de tierra lo desecaran en la década de 1930.

Muchos ejércitos habían pasado por Paestum. Los lucanos la conquistaron alrededor de 400 a.C., cuando aún era una colonia griega llamada Poseidonia. Las legiones se anexionaron la Paestum lucana en 273 a.C., después de que la ciudad cometiera el error de apoyar a un enemigo de Roma, Pirro. Las antiguas ruinas de la ciudad yacen prácticamente a la vista de las playas en las que los Aliados desembarcaron en 1943, de camino a Salerno, a unos cincuenta y cinco kilómetros hacia el norte. Los alemanes lucharon durante nueve días en Paestum antes de retirarse. Los arqueólogos han encontrado decenas de miles de proyectiles para honda en Paestum, y algunos sugieren que datan de la campaña de Craso en el año 71 a.C. Estos proyectiles recibían en latín el nombre de *glans* (bellota) por los pequeños frutos a los que se parecían en tamaño y forma. Se hacían con piedra, barro cocido o plomo. Las hondas eran una de las posibles armas contra la caballería, y Espar-

taco desplegaba a sus jinetes de manera muy efectiva, por lo que pudo tener sentido para Craso cargar así contra ellos.

A ocho kilómetros al este de Paestum, al borde de las actuales colinas Cilento, sobre la moderna ciudad de Capaccio, se alza el escarpado monte Soprano; algunos lo identifican con el antiguo monte Camalatum. El llano a los pies de la montaña es una zona fértil, no lejos de la Vía Annia; habría sido un buen lugar para incursiones en busca de suministros. El bajo río Silarus atravesaba el llano, a unos 16 kilómetros hacia el noroeste. En esta época del año, el río parecería plateado, crecido por el deshielo de la montaña. Una fuerte brisa marina sopla aquí, en el llano. Quizá los insurgentes oliesen en ella el aroma de la libertad. Quizás el eco de los alrededores del lago dijera *riyos*, la palabra con la que muchos eruditos creen que los galos decían «libre». ⁶

Lo cierto es que hay otro candidato para el lago lucano: un lago de montaña (hoy en día seco) junto a la ciudad lucana de Volceii (la moderna Buccino), en el interior, a unos 65 kilómetros al noreste de Paestum. El agua de este lago era potable en primavera, gracias a la afluencia de agua del deshielo, pero se volvía salobre en verano. Pero poco después parece ser que los rebeldes estuvieron en los alrededores de Capaccio, lo que inclina la balanza a favor de situar cerca el lago lucano.

Fue aquí, junto al lago, donde las dos mujeres celtas hicieron su aciaga excursión por la montaña. Las fuentes insinúan que bajaron de nuevo y advirtieron de la amenaza a sus hombres. Los romanos «estaban en peligro», dicen las fuentes. ⁷ Pero Craso fue su salvación. Llegó desde otra dirección y cogió desprevenido al enemigo. Enfrentados a Craso y a sus hombres, los celtas no pudieron acabar con los otros romanos, al mando de Pomptino y Rufo, que estaban escondidos en la ladera. Entonces, aquellos romanos dieron un alarido y bajaron corriendo, sorprendiendo a los celtas por la retaguardia. Atacados desde dos direcciones, los aterroriza-

dos rebeldes huyeron para salvar sus vidas. Los romanos los habrían perseguido y masacrado si no hubiera sido por la repentina aparición de ayuda.

Espartaco había llegado a tiempo. Pese a la separación de Casto y Cánico, no resulta sorprendente su presencia. Ni Paestum ni Volceii están lejos del punto en que el desvío hacia Samnio se separa de la Vía Annia; el grupo escindido habría continuado por la Vía Annia hacia Capua, para tomar después la Vía Apia hacia Roma. Es evidente que el tracio no había abandonado a sus volubles colegas. De hecho, puede que se mantuviera cerca con la esperanza de conseguir su regreso. Su oportuna aparición hizo que Craso abandonase la caza y salvó al ejército escindido.

Pero Craso atacó una segunda vez. La segunda batalla tuvo lugar en un lugar llamado Cantenna. A cinco kilómetros al sur de Capaccio está la población de Giungano (nombre actual), detrás de la cual se alza el monte Cantenna.⁸ Quizá sea ésta la Cantenna de las fuentes antiguas; igual que sucede con el Camalatum, se desconoce su localización, si bien todos los indicios sitúan Cantenna en la Lucania del norte.

Cuando Craso atacó por segunda vez, Espartaco y sus hombres aún no se habían marchado. Pero Craso se las arregló para distraerlos, al tiempo que dejaba solos a los hombres de Casto y Cánico. Tras sobrevivir a duras penas al primer ataque, estaban débiles y puede que desmoralizados. El fracaso al no mantener la posición y luchar había supuesto una violación en toda regla de las culturas celta y germana; ahora pagaban un precio por permanecer seguros y avergonzados.

Antes de atacar, Craso había preparado bien el terreno. Había dividido sus fuerzas en dos campamentos, cada uno con sus propias trincheras y terraplenes. Situó ambos campamentos cerca del enemigo, para demostrar su confianza en sí mismo y para intimidar. Craso estableció su cuartel general en el mayor de los

dos campamentos. Entonces, durante una noche decidida de antemano, hizo salir a todas sus tropas y las distribuyó por el pie de la montaña. No obstante, dejó la tienda de su cuartel general en el campamento para engañar al enemigo.

Después, Craso dividió su caballería en dos grupos. Hizo salir a una unidad, bajo las órdenes de Lucio Quincio, su legado, con órdenes de provocar a Espartaco con una batalla fingida. Dice mucho de la profesionalidad de Quincio que ejecutara bien tan delicada maniobra. Por otra parte, sin duda el ejemplo de la *decimatio* de las tropas de Mummio, después de que fracasaran al cumplir una maniobra similar contra Espartaco, hizo que los hombres de Quincio se concentraran. En cualquier caso, cumplieron las órdenes y neutralizaron las fuerzas de Espartaco mientras evitaban pérdidas en sus propias guarniciones.

El otro grupo de caballería tenía un objetivo que también requería sutileza. Podría decirse que la suya era la tarea más difícil. Tenían que aproximarse a las fuerzas celtas y germanas de Casto y Cánico y engatusarlos para que lucharan; después, tenían que simular una retirada. El objetivo era conducir al enemigo a una trampa. Craso y su infantería estaban esperando, quizás en una curva entre las colinas. Los rebeldes fueron tras la caballería de Craso directos a la emboscada. En este punto, la caballería romana cayó sobre sus flancos. Dispuesto en formación de batalla, frente a los rebeldes, estaba el duro hierro romano.

Fue un sueño para Craso y una pesadilla para Espartaco: una batalla campal contra el ejército romano. La mayor esperanza de los rebeldes era huir a algún lugar seguro. Aunque, ahora que la trampa se había puesto en acción, difícilmente sería aún posible. Además, en el caso de que hubieran podido escapar, es probable que los hombres de Casto y Cánico no lo hubieran hecho. Tenían que borrar el estigma de su huida del Camalatum. Se quedaron y lucharon.

Para los celtas, la batalla era un acto religioso. Prometían de antemano a sus dios de la guerra el botín que esperaban conseguir. Sus mentes se centraban en el momento posterior a su victoria en la batalla, cuando podrían sacrificar los animales capturados, enterrar las armas del enemigo y cortar las cabezas de sus jefes masacrados. Si perdían la batalla... Bueno, la máxima ofrenda de un hombre a los dioses era su propio cuerpo; un celta religioso lo sacrificaría con orgullo.

Las probabilidades no les favorecían frente a Craso. Probablemente éste los superaba en número y, con certeza, sus hombres los aventajaban en armamento y disciplina. No cabe duda de que Casto y Cánico tenían buenas dotes de liderazgo, pero resulta poco probable que igualaran a Espartaco en capacidad táctica. Pero, por encima de todo, era la forma de guerrear de los celtas lo que obstaculizaba el camino del éxito.

A diferencia de los romanos, que hacían énfasis en la coordinación y la disciplina, los celtas concebían la batalla como una sucesión de duelos heroicos. Los celtas (y los germanos) se agrupaban en torno a sus heroicos cabecillas y luchaban junto a ellos hasta la victoria o la muerte. No era ésta la forma de contrarrestar la ciencia militar de las legiones. Como veterano romano, Espartaco sabía todo esto y sin duda trabajaba con esfuerzo para modificar la estrategia de sus hombres. Pero Espartaco se había ido.

Cantenna resultó una aplastante victoria romana. No se conocen las cifras de sus bajas. Las fuentes no se ponen de acuerdo sobre el número de víctimas rebeldes. Una tradición cita 30.000 o 35.000 muertos, mientras que Plutarco habla de 12.300.⁹ Las cifras más altas se pueden descartar como imposibles, pero tampoco las más bajas se pueden tomar en serio. Lo más seguro es decir que los rebeldes sufrieron enormes pérdidas. Ambas tradiciones reconocen que Casto y Cánico murieron en el campo de batalla. Plutarco mantiene que ésta fue «la más valerosa de todas las batallas» en las que luchó

Craso.¹⁰ El autor se refería a la férrea resistencia que mantuvieron celtas y germanos. Según su relato, entre los 12.300 muertos sólo se encontraron dos hombres que tuvieran heridas en la espalda. Todos los demás se mantuvieron en sus puestos durante la batalla y combatieron a los romanos hasta la muerte.

Si esto es cierto, se trata de un final muy celta. Los celtas idealizaban la muerte de un héroe en el campo de batalla y despreciaban la idea de huir. Por ejemplo, ni un solo galo salió huyendo durante la batalla de Bibracte (cerca de la moderna Autun, en Francia) contra los romanos, en 58 a.C., según apreció César.¹¹ De hecho, los celtas consideraban que era mejor quitarse la vida que rendirse. Durante mucho tiempo honraron el principio del suicidio en la derrota, desde la famosa estatua helenística del galo moribundo y su esposa, hasta el suicidio de la reina británica Boudica. Casto, Cánico y muchos otros miles mantuvieron su honor. Pero la gloria de la Galia y de la Germania yacía muerta en un campo de Lucania.

Nada hemos sabido acerca de los prisioneros, pero es probable que hubiera algunos. Puede que otros escaparan y regresaran al ejército de Espartaco. Uno se pregunta si las dos mujeres celtas que subieron al Camalatum estuvieron en Cantenna, quizás al borde del campo de batalla, rezando por sus hombres. Si fue así, ¿murieron con ellos, quizá suicidándose?

Craso estaba en su derecho de deleitarse en la victoria. Fuera de los manuales, ningún ejército funciona como una máquina, pero aun así Craso había instruido a sus hombres para que dieran lo mejor de sí. La brutal disciplina daba por fin resultado. Maquiavelo, que diría que para un príncipe es mejor ser temido que amado, habría aprobado los métodos de Craso. Craso se había vengado de la derrota de la cresta de Melia. Había conseguido más en una sola noche de astucia que en las semanas que dedicó a desplazar montones de tierra.

Tras la batalla, los romanos se hicieron con un rico botín del ejército derrotado, pero el mayor tesoro residía en el valor de la propaganda. De acuerdo con Livio, encontraron cinco fasces con sus varas y sus hachas, señal del poder de golpear y decapitar que tenía un magistrado romano. La pérdida de las fasces había humillado a los lictores, los ayudantes del magistrado, que solían llevarlas; su recuperación era un honor para los hombres de Craso. Más importante aún, recuperaron 5 águilas romanas y 26 estandartes de batalla. Los estandartes simbolizaban el ejército romano. Cada estandarte era una larga asta decorada con varios símbolos e insignias. Cada centurión, cohorte y legión tenía su propio estandarte. El de la legión era una única águila de plata. Los oficiales llamados portaestandartes los llevaban en la batalla y solían hacerlo delante del enemigo. En la batalla de Pydna, en 168 a.C., un portaestandartes arrojó el suyo al enemigo, y muchos hombres murieron para recuperarlo. Como aquél, todo estandarte romano estaba manchado de sangre.

Los estandartes romanos encarnaban a la unidad. Los hombres reverenciaban, incluso adoraban sus estandartes. Perder uno en batalla era una deshonra, mientras que recuperarlo era una marca de distinción, en especial si se conseguía por la fuerza de las armas. El emperador Augusto (29 a.C.-14 d.C.) estaba tan orgulloso de haber devuelto a Roma los estandartes perdidos frente a los partos (es decir, iraníes), que hizo acuñar monedas para conmemorar la hazaña; y eso que los había conseguido mediante negociación, no en batalla. Al recuperar semejante colección de honores romanos, Craso prácticamente había ganado una segunda batalla.

No cabe duda de que Espartaco tendría sus propios estandartes romanos de batalla, capturados en victorias anteriores, pero aquel día probablemente no consiguió nuevos símbolos para reunir a sus tropas. Tendría que encontrar otra forma de poner en práctica sus grandes dotes de comunicación. Seguramente lloraría

la muerte de Casto y de Cánico como había llorado la de Criso. Esta vez, sin embargo, no tuvo tiempo para celebrar unos juegos funerales o de obligar a los prisioneros romanos a luchar como gladiadores en su honor. Al igual que los celtas y los germanos, los tracios eran hombres de honor, pero Espartaco tenía lo suficiente de romano como para pensar en la supervivencia. Sabía que no había ninguna deshonra en vivir y luchar más adelante.

Espartaco convenció a sus hombres «para retirarse hacia los montes Petelinos». ¹² El debate se centra en torno a su localización. Entre las ubicaciones propuestas están las colinas de Cilento, al sureste de Paestum; las colinas de los alrededores de la ciudad de Atena Petilia (la moderna Atena Lucana), en Campus Atinas, y los montes Picentinos (basándose en la teoría de que «Petelinos» es un error de transcripción). La explicación más simple es que «montes Petelinos» se refiera a las montañas que rodeaban la ciudad de Petelia, posiblemente las montañas de Sila, tradicional guarida de bandoleros y bandidos. Petelia era una ciudad del Bruccio, quizá la moderna Strongoli, cerca de Crotona y a poco más de 300 kilómetros al sureste de Paestum: en otras palabras, para llegar a Petelia, Espartaco habría tenido que arrastrar a sus cansadas tropas por casi todo el camino de vuelta a la cresta de Melia. Aunque todo indica que los acontecimientos finales de la guerra tuvieron lugar en un breve lapso de tiempo, es imposible que el ejército de Espartaco hubiera marchado 300 kilómetros de ida y otros tantos de vuelta.

Otra fuente aporta la pieza perdida del rompecabezas. Dice que Espartaco levantó su campamento cerca de la cabecera del río Silarus, no lejos de la moderna población de Caposele. ¹³ El valle del alto Silarus bordea los montes Picentinos, situados al oeste. Caposele se asienta en lo que era una región fronteriza en tiempos antiguos, entre el noroeste de Lucania, el suroeste de Apulia y el noreste de Samnio. Está situada a unos 70 kilómetros al nor-

te de Paestum, a un par de días de marcha. La cercanía de los dos emplazamientos, la presencia de los Picentinos y la proximidad de Samnio (meta de Espartaco tras la cresta de Melia) convierten la zona de Caposele en firme candidata al lugar situado «hacia los montes Petelinos», donde se desarrollaron los siguientes acontecimientos.

Fuera cual fuese el lugar hacia el que se dirigían Espartaco y sus hombres, es probable que no llegaran muy lejos antes de que los alcanzaran los romanos. Craso había enviado un contingente de tropas tras ellos, bajo el mando de sus tenientes Lucio Quincio y Cneo Tremelio Escrofa. Escrofa prestaba servicio como cuestor y Quincio era el comandante de caballería que había engañado a Espartaco en Cantenna. No está claro por qué no asumió esta importante misión el propio Craso. Es de suponer que quería que sus hombres evaluaran las intenciones del enemigo antes de que él mismo enviase al grueso de su ejército.

Una vez más, Craso confió en las personas equivocadas. Ni Quincio ni Escrofa tomaron las precauciones apropiadas mientras perseguían a Espartaco. Se pegaron a sus talones, haciendo caso omiso del peligro de que se diera la vuelta. De repente, lo hizo, y el ejército romano huyó en desbandada. A pesar de la decepción de su reciente derrota, al veterano luchador aún le quedaban ases en la manga. Las cosas fueron tan mal para los romanos que Escrofa fue herido y sus hombres lo pusieron a salvo por los pelos. Quizá se preguntaban qué les esperaba en el campamento: una medalla o la *decimatio*.

Las fuentes ofrecen dos historias diferentes acerca del siguiente movimiento de Espartaco, lo que no resulta sorprendente, pues los observadores antiguos tuvieron que reconstruir la verdad con los testimonios de los pocos rebeldes que sobrevivieron y con las afirmaciones de los comandantes romanos. Como colofón, puede que tuvieran que adivinar los planes de Espartaco.

Según el primer relato, Espartaco empezó entonces a conducir a su ejército hacia la ciudad de Brundisium (la actual Brindisi).¹⁴ Ahora, más que nunca, sólo tenía un objetivo razonable: salir de Italia y cuanto antes, mejor. Ciudad portuaria del mar Adriático en el sur de Italia, Brundisium era la puerta marítima hacia el este. Sila, por ejemplo, había desembarcado allí al volver a Italia en el año 83 a.C. de la Primera Guerra Mitridática, listo para comenzar su sangrienta marcha de conquista por la Vía Apia, que cruzaba los casi 600 kilómetros entre Brundisium y Roma. Puede que Espartaco tuviera la esperanza de encontrar barcos en Brundisium que los llevaran a sus compatriotas tracios y a él de vuelta a casa; quizás esta vez contara con piratas de confianza. En el caso de que este plan fracasara, quedaba Apulia, la región en la que estaba Brundisium; era rica en alimento y en potenciales reclutas. Así que los rebeldes volvieron a ponerse en marcha.

Desde Paestum, el camino hacia Brundisium atravesaba Caposele (una razón más para identificarla con el lugar que quedaba «hacia los montes Petelinos», si la historia militar fuese cuidadosa y lógica). Una vieja calzada, que cruza desde la costa tirrena de Italia hasta el Adriático, atraviesa el valle del alto Silarus. No lejos de la cabecera del río, cerca de la ciudad de Aquilonia, Espartaco habría alcanzado la Vía Apia. Desde allí, Brundisium estaba a unos 280 kilómetros hacia el sureste. Se supone que ésta sería la ruta exacta que emprendió con su ejército tras su victoria sobre Quincio y Escrofa.

Pero las malas noticias detuvieron sus pasos. La situación en Brundisium había cambiado. Espartaco se enteró de que Marco Lúculo había desembarcado allí con sus tropas, con nuevos bríos tras su éxito en Tracia. Ahora era mejor marchar hacia el Averno que hacia Brundisium.

El segundo relato parte quizá de este punto.¹⁵ Comienza con los hombres en el camino. Llevaban puestas sus armaduras, puede

que preparados frente a futuros ataques romanos. Animados por su victoria sobre los ayudantes de Craso, rebosaban de confianza en sí mismos. «El éxito destruyó a Espartaco —escribe Plutarco—, porque desató la impertinencia en un grupo de esclavos fugados.»¹⁶ Ya no consideraban digno de ellos retirarse en un combate. En vez de seguir obedeciendo a sus comandantes, los amenazaban con sus armas. En resumen, los hombres se amotinaron.

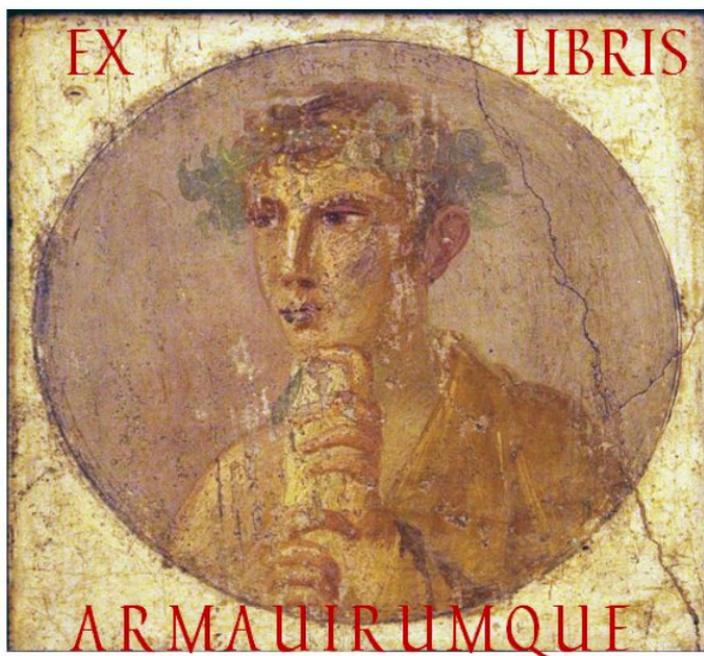
Los motines suelen ser obra de soldados que quieren luchar menos, no más, y Plutarco inspira menos confianza cuantos más motivos les atribuye. Tales razones hacen que la historia del motín resulte sospechosa, pero otras hacen que sea creíble. A los ejércitos victoriosos les disgustaba retirarse, en especial si eran ejércitos populares, en los que el soldado corriente está acostumbrado a vociferar su opinión. Muerte antes que deshonor es un lema familiar del antiguo arte de la guerra, y lo es menos en los relatos sobre Tracia. Espartaco en persona había alentado esta manera de pensar. Desde el principio de la revuelta, allá en la Casa de Vatia, había dicho que la libertad era mejor que la humillación de ser puesto a disposición de otros. Uno de los rebeldes, quizás el mismo Espartaco en el Vesubio, había dicho que era mejor morir por el hierro que por el hambre.

Además, el objetivo de los amotinados tenía cierto mérito. Después de haber engañado con éxito a los tenientes de Craso, para ellos era razonable intentar engañar al propio Craso. Con Pompeyo en camino, era mejor acabar con la tarea que dejar que Roma construyese su fuerza militar. Espartaco podría haber objetado que Craso ya había aprendido demasiado como para dejarse engañar. Pero los hombres insistían.

Es probable que el ejército de Espartaco estuviera en la Vía Apia. Si la seguían hacia el sur, enseguida cruzarían un puente sobre el río Aufidus (Ofanto). Con un rugiente curso de 160 kilómetros hasta su desembocadura en el mar Adriático, el Aufidus

pasa junto a la ciudad de Cannas. Allí, unos 150 años antes, en 216 a.C., Aníbal infligió a Roma la mayor derrota bélica de su historia, matando a cerca de 50.000 hombres en un día.

Historia, estrategia, honor y motín, todos estos elementos se arremolinan alrededor de Espartaco. La retórica podía cambiar los pensamientos de los amotinados, pero sólo una cuidadosa reflexión podía señalar el camino correcto. Espartaco se detuvo, después movió a su ejército.



Capítulo 10

Espartaco

El tracio estaba prácticamente a las puertas de la ciudad. Sus esclavos y gladiadores ya habían llegado a la Vía Apia, y una marcha de 80 kilómetros los llevaría a Venusia (la moderna Venosa). Esta antigua ciudad, situada a la sombra de un volcán extinto, el majestuoso monte Vultur (el moderno Vulture), había sido colonia romana durante doscientos años. Ahora, en 71 a.C., Venusia habría sido prevenida para que fortaleciera sus defensas. Seguramente las granjas de los alrededores ya habían sido saqueadas antes por los grupos que hacían incursiones.

Y puede que las incursiones no fuesen lo peor de todo. La gente decía de los rebeldes que «mezclan, sin discriminación, asesinato, incendio, robo y violación».¹ Hicieron prisioneros a ciudadanos romanos. Se supone que una matrona romana llegó a suicidarse, atormentada por la violación de su honra.² Los venusinos podían imaginar cosas peores, basadas en experiencias recientes. Después de unirse a los rebeldes contra Roma en la Guerra Social, Venusia había sido arrasada y reconquistada por un ejército romano en el año 88 a.C.

Uno de los habitantes de Venusia en 71 a.C. era un liberto llamado Horacio. Aunque era un antiguo esclavo, resulta improbable que simpatizara con Espartaco, pues Horacio representaba una historia de éxito. Si se puede confiar en la tradición biográfica anti-

gua,³ empezó vendiendo pescado en salazón: el tipo de vendedor ladronzuelo que, según opina Cicerón, sólo podía sacar beneficio si mentía habitualmente.⁴ Para entonces, sin embargo, era agente de subastas, profesión que compensaba con sus beneficios la carencia de prestigio. Quizás el próspero liberto temiera a Espartaco tanto como cualquier hombre de sangre azul.

Pero no era necesario que Horacio se preocupara. La chusma armada de Espartaco no obstaculizaría su carrera hacia el éxito. Justo entonces, en 71 a.C. o poco después, Horacio sería propietario de una granja y de una casa en la ciudad. Seis años después, en 65 a.C., su esposa (su nombre no quedó registrado) daría a luz a su hijo, Quinto, que demostraría ser un chico con talento. Horacio no sólo envió a su hijo a la mejor escuela de Venusia y, después, a una escuela aún mejor en Roma, sino también, al final, a la universidad de Atenas (donde compartió clases nada menos que con el hijo de Cicerón). Quinto viviría para ser el poeta más exquisito de Roma: Quinto Horacio Flaco, más conocido como Horacio.

Al final, todo saldría bien para la familia de Horacio, pero hubo un momento en 71 a.C. en el que éste contuvo la respiración. O así podríamos imaginarlo: Horacio, el padre del poeta Horacio, es una figura histórica, pero su situación mientras Espartaco se acercaba a Venusia no es más que mera especulación. En cuanto a esto, la misma aproximación de Espartaco a Venusia es una deducción basada en fuentes demasiado imprecisas y contradictorias como para que podamos tener ninguna certeza acerca de la última fase de la guerra. De todas formas, parece ser que Espartaco viró hacia el sur y se alejó de Venusia. Bajó con su ejército por el valle del alto Silarus hacia el campamento romano —se trata de nuevo de un itinerario posible, pero no demostrado. Lo que sí está claro, según dice una fuente, es que «él renunció a todos [sus otros planes] y fue a atacar a Craso».⁵ ¿Por qué?

Las fuentes antiguas no se ponen de acuerdo sobre la motivación de Espartaco. Una dice que sus hombres le obligaron a atacar a los romanos, mientras que la otra dice que él mismo tomó esa decisión.⁶ ¿Fue por el motín o por las malas noticias llegadas de Brundisium? Históricamente sólo una posibilidad puede ser correcta, pero las distintas versiones pueden reflejar la mezcla de motivos de Espartaco. Con seguridad, su parte romana sabía que las apuestas sobre la batalla iban contra él. Como caudillo tracio, sin embargo, se habría lanzado a una lucha a muerte por la libertad.

Mientras tanto, Craso era un blanco en movimiento. En cuanto le llegó la noticia de que Espartaco se acercaba, Craso se puso en marcha. Estaba impaciente por luchar. Como muchos de los rebeldes, Craso quería forzar un enfrentamiento antes de que llegara Pompeyo, pero lo hacía tanto bajo criterios políticos como militares. Craso quería el mérito de la victoria.

Como es natural, Craso quería ganar. Tenía razones para ser optimista. Desde que había asumido el mando en otoño, había conseguido inclinar la balanza a favor de Roma. En batalla había infligido repetidas y considerables bajas al enemigo (muertos, heridos y prisioneros) en Lucania del norte, en la cresta de Melia y en Cantenna. Además, Espartaco había perdido a los hombres de la escisión celto-germana y puede que a otros desertores individuales cuando las cosas fueron a peor. En su cenit, el ejército de Espartaco contaba con cerca de 60.000 hombres. Era «aún de gran tamaño», dice una fuente, pero seguramente había disminuido mucho.⁷ Sería sorprendente que le quedaran más de 30.000 o 40.000 soldados, aunque esto es sólo una suposición.

Los romanos parecían haberlo hecho mejor. Craso había sufrido algunas bajas entre sus más o menos 45.000 legionarios en la cresta de Melia y en el enfrentamiento del lugar que estaba «hacia los montes Petelinos». Tras el final de la rebelión, los romanos liberaron a 3.000 ciudadanos romanos que los rebeldes mantenían

prisioneros; no se sabe cuántos de ellos eran soldados.⁸ En una estimación aproximada, Craso contaba ahora con 40.000 legionarios. En otras palabras, los romanos igualaban al ejército rebelde en número, puede incluso que lo superaran.

No era una buena señal para los hombres de Espartaco. Los romanos estaban acostumbrados a enfrentarse a ejércitos más grandes y a vencer, contra todo pronóstico, gracias a la superioridad de su instrucción y liderazgo (en especial, en el terreno de los centuriones). Tenían armas y armaduras mejores que las del enemigo y seguramente estaban mejor alimentados. Sabían que los refuerzos estaban en camino y desde dos direcciones, pero eran lo bastante gallitos como para enfrentarse al enemigo ellos solos.

Los rebeldes sabían contar. Sin embargo, no se preocupaban mucho de las expectativas, porque no querían una batalla ordinaria; querían desquitarse. Querían vengar a sus amigos caídos. Querían alcanzar la muerte del héroe que tracios, celtas y germanos habían aprendido a desear. Querían matar romanos porque los esclavos rebeldes sabían lo que les esperaba si eran capturados. Por ejemplo, en la Segunda Guerra Servil Siciliana (104-100 a.C.), un grupo de esclavos sicilianos prefirió suicidarse antes que rendirse; los miembros de otro grupo se mataron entre ellos estando en cautividad, según algunas fuentes, antes de dejar que los romanos los echaran a los leones.⁹ Quizá los hombres de Espartaco habían razonado que si la siguiente batalla tenía que convertirse en unas Termópilas de esclavos, mejor que así fuera.

Era, probablemente, el mes de abril del año 71 a.C. Mientras los rebeldes marchaban hacia el sur por el valle del alto Silarus, los romanos marchaban hacia el norte. Los dos ejércitos estaban a la misma distancia de su destino. El primer choque de Espartaco con un ejército romano había tenido lugar en el Vesubio, la zona volcánica más fatídica de Italia. Ahora, según una posible interpretación de las evidencias, el último acto se desarrollaría en una de las zo-

nas sísmicas más peligrosas, el valle del alto Silarus. En 79 d.C., el Vesubio entró en erupción y destruyó Pompeya y Herculano. En 1980, un terremoto con epicentro en Conza (la antigua Compsa, una ciudad próxima a la Vía Apia) mató a 3.000 personas, hirió a más de 10.000 y dejó sin hogar a 300.000.¹⁰

El Silarus nace casi desapercibido en el norte y serpentea a través de un laberinto de colinas. Después, el río fluye hacia el sur a lo largo de unos 30 kilómetros siguiendo un curso regular, flanqueado por paredes montañosas que alcanzan los 1.500 metros de altura. Los montes Picentinos elevan sus rocosas tierras altas hacia el oeste, mientras que los macizos de los montes Marzano y Ogná (son sus nombres modernos) amurallan el lado oriental del valle. El espacio entre las montañas no llega a alcanzar en ningún sitio los cinco kilómetros de ancho. Gran parte del valle es accidentada; la parte llana más ancha tiene cerca de tres kilómetros de anchura. El valle termina de forma espectacular en el sur, donde la cortina de montañas se acaba de manera abrupta en la llanura, dejando que el Silarus fluya hacia el mar durante sus cursos medio y bajo. Si se vuelve la vista desde la llanura hacia el alto Silarus, las montañas parecen separarse con gracia a la entrada del valle, para alzar después un muro de roca allí donde el río describe una curva.

Verde y bien irrigado, el aire del valle es fresco, pero húmedo, y son frecuentes las nubes. Podría parecerse tanto al norte del estado de Nueva York o a Quebec como al Mediterráneo, si no fuera por los muchos olivares. No cabe duda de que los esclavos se encargaban de ellos en tiempos de los romanos. Si se entra en el valle desde la llanura, tras pasar los manantiales termales de Contursi Terme (nombre moderno), se percibe el inconfundible olor del azufre. A unos 15 kilómetros hacia el norte se asienta la ciudad de Oliveto Citra, sobre una colina con vistas al río.

Oliveto Citra se atribuye el honor de ser el lugar de la última batalla de Espartaco. Lo mismo proclama la población de Giunga-

no, situada a unos 80 kilómetros, en las colinas cercanas a Paestum. Ninguna de estas reivindicaciones se puede verificar, pero Giungano no se puede descartar, pues de hecho es probable que fuera el lugar de una batalla diferente, aquella en la que Craso derrotó a Casto y a Cánico. Oliveto Citra está situada al suroeste de una llanura que se extiende por unos tres kilómetros y que habría constituido un buen campo de batalla. Ambos bandos habrían visto ventajas en este espacio relativamente estrecho: los romanos, con su superioridad numérica, no habrían podido atacar a los rebeldes por los flancos, mientras que la caballería de Espartaco tendría un reducido espacio para maniobrar. Si las antiguas condiciones hubieran sido como las actuales, en el valle habría olivos y tierra labrada. Pero al oeste, los agujereados acantilados de los montes Picentinos señalan profundos desfiladeros, mientras que al este, monta guardia la larga cresta del macizo de Ogná. En estos campos se encontró un peto romano. No obstante, un peto no señala un campo de batalla: es más prudente decir que la batalla pudo tener lugar en algún sitio del valle del alto Silarus.

Cuando sus exploradores localizaron a los rebeldes, dondequiera que fuese, Craso marchó hacia ellos y acampó cerca. Fue un acto de provocación, una expresión de su impaciencia por luchar. Fue también un acto arriesgado. Cuando las fuentes critican a Craso por moverse demasiado deprisa en su celo por superar a Pompeyo, puede que se estén refiriendo a este momento.¹¹

«Él [Craso] estaba cavando una trinchera —dicen las fuentes—, cuando los esclavos cargaron y empezaron a luchar con los trabajadores.»¹² Podría tratarse de una trinchera alrededor del campamento romano, pero es más probable que sea una referencia a una o varias zanjas excavadas para evitar que la caballería de Espartaco rebasase los flancos de las legiones, construidas como lo había hecho Sila en la batalla de Orcómeno en Grecia, en el año 85 a. C. Como diría después el general romano Corbulo, «derrotas al ene-

migo con una piqueta». ¹³ Puede que los hombres de Craso también hubieran construido fuertes al final de la trinchera para colocar las ligeras catapultas móviles que se conocen como escorpiones. César empleó esta táctica quince años después durante su invasión de la Galia. Los escorpiones lanzaban flechas cortas y pesadas de despiadada picadura, como sugiere el nombre de la máquina. Sabemos de un caso en el que una flecha de escorpión atravesó el cuerpo de un comandante de caballería y lo clavó a su caballo. ¹⁴

Los rebeldes atacaron las trincheras. Puede que los romanos a los que Espartaco se había enfrentado en los dos primeros años de la revuelta hubieran puesto pies en polvorosa para ponerse a salvo. Pero los hombres de Craso se quedaron allí y lucharon. Llegaron más romanos y después más esclavos, y entonces aquello fue un barullo.

No hay nada que nos haga pensar que los dos generales acudieran a la refriega de la trinchera. Quizá los veteranos de Sila recordaran entonces el comportamiento de su jefe en Orcómeno, cuando los hombres de Mitrídates atacaron a sus zapadores. Al ver que sus soldados huían, Sila bajó de su caballo, agarró un estandarte, corrió entre la multitud de desertores hacia el enemigo y los insultó a gritos. Él, desde luego, estaba dispuesto a morir con honor; después, cuando les preguntaran dónde habían traicionado a su líder, ellos podrían declarar: «¡En Orcómeno!». ¹⁵ Hizo que sus hombres dieran la vuelta y, tras una lucha feroz, se salvaron.

La situación en el Silarus fue diferente. Plutarco, que relata la historia, insinúa que los hombres de Espartaco atacaron a los zapadores por iniciativa propia, y así obligaron a su cabecilla a participar. «Al ver que era necesario —escribe Plutarco sobre lo que ocurrió después—, Espartaco dispuso a su ejército en formación de batalla». ¹⁶ Pero resulta igual de probable que Espartaco hubiera hecho salir a sus hombres deliberadamente. Un veterano como él habría previsto las trincheras de Craso y la amenaza que constituían para

la caballería rebelde. Un ataque exitoso a un flanco por parte de la caballería rebelde podría dispersar a la infantería ligera de Roma, cuya tarea era lanzar una lluvia continua de proyectiles de honda y de flechas contra el enemigo. Seguramente un ataque de la caballería estaba previsto en el plan de batalla de Espartaco, y es probable que tuviera un plan de batalla. Puede que primero no quisiera pelear, pero una vez que vio la inevitabilidad de la batalla, Espartaco debió de poner su mente a trabajar. Un hombre como él no dejaría que los acontecimientos lo mantuvieran atado de manos. Probablemente habría celebrado una reunión de guerra y habría organizado la batalla con sus lugartenientes.

Quizás Espartaco tuviera la esperanza de conseguir una victoria desbaratando primero las formaciones romanas con su caballería. Una ofensiva fructífera de sus jinetes podría privar a los romanos de la capacidad de disparo. Después su infantería atacaría. En lugar de una estruendosa carga a toda velocidad, Espartaco intentaría decapitar al enemigo matando a sus jefes.

También Craso, con seguridad, tenía un plan de batalla. En apariencia, intentaba neutralizar la caballería del enemigo y, de esta manera, asegurar la libertad de su infantería ligera para hacer llover proyectiles sobre los rebeldes. Jabalinas ligeras, proyectiles de honda, dardos de escorpión y flechas —puede que incluso flechas en llamas— eran los proyectiles más probables. Mientras tanto, sus legiones contrarrestarían una previsible carga del enemigo. Después, contraatacarían con una carga mucho más disciplinada y potente, y de este modo ganarían la batalla.

Los dos generales preparaban ahora a sus ejércitos para la batalla. Se trataba de un largo proceso, que duraba horas. Del lado romano, los tribunos militares supervisaban con cuidado la salida de las tropas del campamento y su despliegue en el campo. A falta de otras pruebas, podríamos suponer que las legiones asumieron la formación habitual en tres filas. La línea de atrás servía de refuerzo

en caso de que fuera necesario. Del lado rebelde, es probable que también hubiera preparativos, pero estarían menos reglamentados. Sin embargo, puede que los lugartenientes de Espartaco mantuvieran las cosas más controladas de lo que los romanos hubiesen deseado. No sería sorprendente que las filas alcanzasen más de un kilómetro de largo.

Al frente de los rebeldes estarían las tropas veteranas, que sabían mantener la calma en batalla. Puede que las armas romanas relumbraran por su limpieza. Después de todo, los legionarios sólo quitaban las fundas protectoras a sus escudos pasadas las once. Las armas y las armaduras de los rebeldes estarían menos lustrosas y serían menos uniformes en su calidad. Pero muchas de las piezas harían pensar a los romanos en los cadáveres de los que habían sido arrancadas. También los estandartes de los rebeldes, enarbolados bajo el sol italiano, habían recorrido un camino de victorias desde el Vesubio a Mutina y el Brucio.

Antes de que comenzara la lucha, cada comandante se dirigía a sus tropas o, al menos, a la parte de ellas que podía oírle. Las palabras de Craso no han sobrevivido. Espartaco se permitió un gesto osado. Tras ordenar que le trajeran su caballo, desenvainó su espada y se dirigió a sus soldados. Según Plutarco, dijo «que si ganaba, tendría muchos caballos, y buenos, del enemigo, pero que si perdía, no necesitaría ninguno».¹⁷ Después degolló al animal.

De vez en cuando, un comandante de la Antigüedad renunciaba a su caballo y luchaba a pie para infundir coraje en sus hombres. Pero Espartaco dio un paso más allá y participó en un ritual religioso, el gesto solemne de un hombre que se enfrentaba a la muerte, un gesto que destaca por su dramatismo, pero no por su búsqueda de lo sagrado: toda persona de la Antigüedad consideraba la guerra un acto sagrado y consultaba a los dioses antes de la batalla. Los romanos, por ejemplo, llevaban pollos con ellos a las campañas militares; consideraban que estas aves eran sagradas. Ali-

mentaban a las aves antes de la batalla e interpretaban como un signo favorable el que los pollos comieran con gusto y dejaran que la comida les cayera del pico. Los ejércitos celtas consultaban a sacerdotes y bardos antes de entrar en batalla. Podemos suponer que el ejército de Espartaco celebró rituales previos al combate, pero no han sobrevivido detalles más que en un caso, la batalla del Silarus.

Los tracios, como muchos pueblos antiguos, incluidos los celtas y germanos, consideraban que el caballo era sagrado. Un incidente de una de las varias guerras de Roma en Tracia resuena en el acto de Espartaco. En torno al año 29 a.C., un ejército romano de invasión estaba preparado para entablar batalla con una tribu tracia, los moesios. En el último momento, el comandante moesio se puso delante de su línea de batalla y sacrificó un caballo.¹⁸ Después, juró matar a los líderes romanos como sacrificio humano y comer sus intestinos. Espartaco, al parecer, dejó en paz las vísceras de Craso.

Al matar al caballo —nada menos que su propia montura—, Espartaco trataba de demostrar su confianza en la victoria. Tomaba también decisiones políticas acerca de la estrategia y la moral del grupo. Lo normal era que los generales lucharan a caballo. Puede que, al matar a su caballo, Espartaco subiera la moral de sus hombres, pero al precio de limitar la visión y la movilidad de su general. Sin su caballo Espartaco no podría cambiar de planes una vez comenzada la batalla ni huir si las cosas iban mal. Pero quizá los hombres sólo vieran su coraje y generosidad. Quizá respondieron, como solían hacer los tracios antes del combate, con cantos y danzas a la vista del enemigo;¹⁹ quizá los celtas que quedaban entre ellos redoblasen las burlas que dirigían por costumbre al enemigo. En ambos bandos, los comandantes dieron la señal; los pendones ondearon, las trompetas retumbaron. Después lucharon.

Dos ejércitos chocaron junto al Silarus y chocaron también dos mundos. Fue un encontronazo de ciencia militar e ideales he-

roicos, justo el tipo de batalla que alumbra las leyendas. Los pocos detalles que han sobrevivido son, en gran parte, melodramáticos; el lector escéptico podría elegir desecharlos de un plumazo. No obstante, la historia es más inusual que improbable. Además, entre las fuentes se pueden espigar varios detalles auténticos del combate romano.

Podríamos esperar que, una vez dada la señal de combate, cada bando de infantería atacara. Es probable que los rebeldes vitorearan y cargaran. Los romanos habían sido instruidos para avanzar lentamente. Se acercarían a unos 15 metros del enemigo y lanzarían sus jabalinas. Después, desenvainarían sus espadas y cargarían. Los legionarios darían un grito con la intención tanto de darse ánimos como de aterrorizar al enemigo.

Todo esto es pura especulación y no tiene en cuenta algunos puntos clave. Las batallas romanas eran asuntos complejos: los comandantes enviaban a la caballería, pedían reservas, se movían alrededor de sus hombres, retiraban y recomponían sus filas, buscaban huecos en la posición del enemigo... Y todo en el momento apropiado. Se sabe demasiado poco acerca de este enfrentamiento como para ni siquiera especular acerca de sus detalles. La del Silarius fue una lucha épica que involucró a 60.000 hombres o incluso más, pero el mundo antiguo se preocupaba sobre todo por lo que hizo Espartaco aquel día. ¿Cómo no iba a ser así, si él convirtió la batalla en un duelo? La estrategia de Espartaco era apuntar a Craso. «Se abrió camino hacia Craso —escribe una fuente—, a través de muchas armas y heridas.»²⁰

Probablemente, Craso estaba a lomos de su caballo cerca de la línea de frente de su ejército, posición corriente de un general romano en la batalla. Desde aquí, observaba, arengaba y ordenaba. Estaba lo bastante cerca de la lucha como para inspirar a sus hombres, pedir refuerzos o tomar notas mentalmente como futura referencia. La seguridad de la retaguardia no era para Craso:

una fuente dice que «expuso su cuerpo al peligro».²¹ Pero Espartaco corrió aún más riesgo, porque se mantuvo en la misma línea de frente y luchó a pie.

Era poco frecuente que un general permaneciera en la línea de frente, pero no imposible. Aníbal, por ejemplo, se mantuvo en primera línea en Cannas, en el año 216 a.C., y tanto César como Catilina lo harían alguna vez en la época posterior a la revuelta de Espartaco. Lo que de hecho sí era extraño en el antiguo arte de la guerra era convertir un choque entre decenas de miles de hombres en una competición entre dos generales. Espartaco encarnaba el retorno al viejo ideal tracio de un hombre con una espada.

Pero no sólo el de los tracios. Al retar al general enemigo, Espartaco se comportaba como un romano en busca del más alto honor militar de Roma. Conocida como *spolia optima* («botín espléndido»), esta distinción sólo se le concedió, según pruebas históricas, a un romano en toda la historia de la República: Marco Claudio Marcelo ganó este premio de un caudillo galo en el año 222 a.C. Más tarde, en algún momento entre 79 y 76 a.C. en Hispania, el comandante romano renegado Sertorio retó a un duelo en el campo de batalla al procónsul Metelo; Metelo no aceptó. Sin embargo, Sertorio no cargó entonces contra el ejército de Metelo con sus leales seguidores, como hizo Espartaco con Craso.

Atacar a Craso fue valeroso e imprudente. Atravesar las líneas del enemigo siempre era peligroso, sobre todo porque los romanos combatirían con uñas y dientes para proteger a su comandante. No cabe duda de que Espartaco tendría una comitiva a su alrededor, puede que un cuerpo de guardia de hombres escogidos, pero los legionarios acudirían en tropel para proteger a Craso y al final se abrirían paso. Espartaco tenía que apostar por su velocidad: matar a Craso antes de que los romanos lo mataran a él, y después esperar a que la legión se desmoronase ante la noticia de la muerte de su general. Era un movimiento deses-

perado, pero podría decirse que no era una mala idea, dadas las circunstancias. Atacando a Craso se arriesgaba a morir; la carga de toda una legión así lo aseguraba.

La carga de Espartaco es uno de los acontecimientos inolvidables del arte de la guerra en la Antigüedad. Fue una *aristeia* en la vida real, por usar una palabra griega que tomaron prestada los romanos. La *aristeia* es el relato épico de las hazañas de un guerrero heroico. Los romanos se maravillaron ante su coraje. Espartaco «luchó *fortissime*», escribe un autor, esto es, «con la máxima valentía». ²² Mientras batallaba para acercarse a Craso, «mató a dos centuriones que luchaban mano a mano contra él». ²³ Los centuriones siempre dirigían desde delante y mantenían sus posiciones: «No pasarán» pudo haber sido su lema. Al igual que cualquier legionario, sabían cómo luchar en un encuentro cara a cara. Al tiempo que se protegía con su gran escudo rectangular, el ojo experto de un centurión podía encontrar el blanco para su espada en la cabeza o el torso del enemigo. Pero estos centuriones no estaban preparados para enfrentarse a un gladiador.

Espartaco nunca alcanzó a Craso. Sobreviven dos versiones distintas sobre su destino. «Al final —según uno de los relatos—, cuando los que estaban a su alrededor habían huido, él mantuvo su posición, rodeado por muchos, y aunque se defendió, fue abatido.» ²⁴ La segunda crónica dice que «Espartaco fue herido en el muslo por una jabalina corta. Se agachó sobre una sola rodilla, arrojó su escudo ante él y continuó luchando contra quienes le atacaban, hasta que el gran número de hombres que estaban a su alrededor y él mismo fueron rodeados y cayeron». ²⁵

Las diferencias están claras. Una historia dice que los amigos de Espartaco lo abandonaron, mientras que la otra cuenta que lucharon y murieron con él. Un relato menciona una herida de jabalina en el muslo, que obliga a Espartaco a arrodillarse, mientras que el otro no dice nada de que fuese herido ni de que se arro-

dillara. La jabalina corta (*doration* en el texto griego, por lo tanto *iaculum* o *telum* en latín) es justo el tipo de arma que habría arrojado la infantería ligera de Roma. Los hombres de Espartaco habían intentado evitar que los romanos cavaran una trinchera contra la caballería. En apariencia, los picos romanos habían vencido, lo que detuvo a los caballos enemigos y permitió que un infante ligero romano hiciera lo que los centuriones romanos no podían hacer: tumbar a Espartaco. ¡Qué degradante para un gladiador no morir en un combate cuerpo a cuerpo!

Resulta imposible elegir entre las dos versiones, así que tendremos que conformarnos con los detalles que tienen en común: Espartaco fue rodeado, se defendió y murió luchando.

Pese a todo el miedo y el rechazo que sentían por los gladiadores y los esclavos rebeldes, los escritores romanos quedaron impresionados por el coraje de Espartaco aquel día. El historiador Salustio (86-35 a.C.) fue el primero en llamar la atención al respecto al comentar que «no murió enseguida o sin venganza».²⁶ Floro (en torno a 100-150 d.C.) elogió a Espartaco diciendo que «murió casi como un *imperator*».²⁷ En latín *imperator* significa «comandante», pero era también un título honorífico especial, que simbolizaba el vínculo entre un general victorioso y sus hombres. Tras una victoria, los soldados saludaban al vencedor como *imperator*. Sila, Pompeyo, César y Augusto hicieron todos buen uso del término. En época de Floro, *imperator* era el título genérico de «emperador». En resumen, nada hizo tanto bien a la vida de Espartaco como su forma de perderla.

Comparados con Espartaco, las otras decenas de miles de soldados en el campo de batalla atrajeron escasamente la atención de las fuentes. Es evidente que lucharon duramente y por mucho tiempo. «La batalla fue una larga y dura contienda a causa de la desesperación de tantos hombres», dice una fuente.²⁸ Una encarnizada batalla romana podía llegar a durar hasta cinco horas.

La batalla inspiraba, aterrorizaba y desorientaba a sus participantes. Siempre estruendoso, el eco del sonido de la batalla resonaba entre las colinas, y los hombres no distinguían con certeza dónde se desarrollaba determinada acción. Incluso puede ser que los comandantes tuvieran que intuir el curso de una acción observando las nubes de polvo que levantaban las tropas que cargaban.

Una fuente emplea una metáfora de la arena para caracterizar el espíritu de lucha de los rebeldes: «Como corresponde a un ejército dirigido por un gladiador, la batalla se luchó *sine missione* —hasta la muerte».²⁹ *Sine missione* es una expresión técnica con la que el patrocinador negaba a un gladiador derrotado la posibilidad de salir con vida. Los romanos sabían que ningún oponente era más peligroso que aquel que no podía vivir pero que aún podía matar.³⁰

Al matar a Espartaco, los romanos habían dado la vuelta a su estrategia. Ahora eran ellos quienes provocaban al enemigo el daño psicológico que Espartaco tenía la esperanza de infligir a los romanos. Una vez muerto, el resto de su ejército cayó en el desorden. La pérdida de cohesión en una batalla campal resulta fatídica. Ahora los legionarios, podemos imaginarlo, se abrían camino a estocadas entre las líneas rebeldes, mientras creaban huecos aquí, allá y en todas partes. Los más valerosos de los rebeldes mantendrían sus posiciones y lucharían, pero muchos habrían huido —si es que aún podían. «Fueron derribados en masa», dice una fuente.³¹ Otra los describe con mayor admiración: «Hallaron una muerte digna de hombres de verdad».³²

Quizá debieran en parte su coraje a sus mujeres, que probablemente permanecieron en las filas de la retaguardia. Se dice que los tribalos, un duro pueblo tracio, apostaron allí a sus mujeres en una batalla. Éstas atacaban a cualquier hombre que flaquease con gritos e insultos. Era la humillación que merecían, pero al menos las mujeres no los mataban, como se dice que hacían las mujeres de los cimbro en iguales circunstancias.

Al final de la batalla, los romanos habían aplastado al ejército de Espartaco. Pero los romanos pagaron un precio por su victoria: se estima que los rebeldes mataron a alrededor de 1.000 soldados romanos. Esto era cerca del 2,5 por ciento de las tropas de Craso, lo que equivalía probablemente a una cantidad ligeramente inferior a la media de muertes en el bando vencedor en una batalla de la infantería romana (basándonos en las limitadas evidencias que han sobrevivido). Los romanos, a su vez, provocaron una carnicería masiva.

Una fuente habla de 60.000 rebeldes muertos, pero esto es absurdo.³³ Una evaluación más honesta sobre las bajas rebeldes concluye que «sufrieron una matanza sobre la que no se pueden hacer cuentas».³⁴ No obstante, sí se puede pensar en voz alta. Las cifras desiguales de bajas no eran algo infrecuente en las batallas antiguas; los soldados que escapaban y huían quedaban a merced de sus perseguidores. Conocemos casos de la historia romana en los que se dice que el ejército derrotado vio cómo más de la mitad de sus hombres morían o eran hechos prisioneros. Si hay una parte de exageración en aquellas cifras, también lo es el hecho de que la caballería vencedora pudiera atrapar a los enemigos que huían y que los soldados de infantería pudieran rodear a sus oponentes y despedazarlos. Si los victoriosos romanos sufrieron un número de muertes del 2,5 por ciento, es posible que los derrotados sufrieran varias veces esa cantidad de muertes: no resulta difícil suponer unas 5.000 o 10.000 muertes de entre 30.000–40.000 soldados rebeldes.

Es más, esta gran cantidad de cadáveres resbaladizos y armas diseminadas habría podido entorpecer la persecución del enemigo derrotado por parte de los romanos. Habría montones de cuerpos apilados, e incluso el aire parecería espeso por la sangre. Un gran número de rebeldes se las arregló para huir a las cercanas montañas. Podríamos suponer que cualquier hombre que pudiera hacerlo se llevaría con él a mujeres y niños en vez de dejárselos a los

romanos. Craso tuvo que dedicarse a exhaustivas operaciones de limpieza tras ganar la batalla. La onda expansiva se extendió aún más, pues los supervivientes llevaron la lucha tanto hacia el norte como hacia el sur.

Al contrario de lo que cuenta el mito, Espartaco no fue crucificado. Craso nunca pudo haber hecho la pregunta que haría que el coro respondiera a gritos: «¡Yo soy Espartaco!». Tal respuesta es un brillante toque de Hollywood, pero es pura ficción.

Espartaco murió en la batalla y su cadáver no se encontró nunca. Puede que esto sea difícil de creer en el caso de un hombre tan famoso: seguramente alguien lo reconocería. Pero quizás el comandante esclavo llevara una armadura corriente: la elegancia no habría encajado con un hombre que prohibió el oro y la plata, dividió el botín a partes iguales y mató a su propio caballo. La lucha final de Espartaco sólo dejaría el maltrecho cuerpo desfigurado de un soldado con una armadura ordinaria. Después, la marea de la batalla pasaría por encima de él, haciendo que, al final, fuese irreconocible. A Craso se le negó la oportunidad de decorar un trofeo con las armas y la armadura de su rival.

Espartaco había fracasado. Había liberado a decenas de miles de esclavos y los había organizado en un ejército al que llegaron a unirse algunos hombres libres. Había alborotado gran parte de la campiña de Italia del sur. Al vencer a una legión tras otra, había gravado los recursos de Roma durante más de dos años. Pero, al final, Espartaco había descendido por el mismo camino de la catástrofe que Aníbal y, años después, Cleopatra. La derrota de Espartaco fue tanto un fracaso del intelecto como de la imaginación. Cualquier analista sesudo habría llegado a la conclusión de que, antes o después, el ejército romano aplastaría la insurgencia en Italia. Sin embargo, la mayoría de los insurgentes no pudieron imaginar una vida segura y feliz al otro lado de los Alpes, en un país desconocido. Espartaco formó un ejército lo bastante audaz

para conseguir la victoria, pero no lo bastante sabio como para abandonar mientras llevaba la delantera.

¿Fue el liderazgo de Espartaco lo que fracasó? Difícil pregunta. Él no fracasó en el campo de batalla, donde era excelente como comandante, mientras mantuvo unas metas limitadas. Tampoco fracasó al instruir o animar a las tropas. Espartaco no intentó abolir totalmente la esclavitud ni tampoco hizo serios esfuerzos por conquistar la ciudad de Roma, pero, no obstante, propuso unos grandes ideales. Dio a sus seguidores unos objetivos realistas, pero nobles: libertad, honor, valentía, venganza, botín e incluso el favor de los dioses. Pero ni siquiera como favorito de Dioniso pudo convencerlos de su último objetivo estratégico: Espartaco fracasó al intentar persuadir a sus hombres de que cruzaran los Alpes. Sin duda, nadie hubiera podido convencerlos. Es fácil animar a hombres desesperados, lo difícil es infundirles confianza. Después de demostrar a su ejército que los dioses habían vuelto la espalda a Roma y a sus legiones, no pudo convencerlos de que el desastre los esperaba a la vuelta de la esquina a menos que salieran de Italia.

Espartaco sufrió el destino común de los revolucionarios prudentes: encendió un fuego que no podía apagar. Descubrió además que el mismo vigor que hace que los ejércitos insurgentes tengan éxito, también los hace frágiles. Las fuerzas rebeldes, construidas desde la nada, son volátiles y tercas en extremo. El ejército de Espartaco sufrió masivas divisiones internas entre los nacidos en Italia y los emigrantes, y en especial divisiones entre grupos de diferente etnia y nación. La mezcla de tracios, celtas, germanos e italianos era inestable, pero era todo lo que había. Espartaco no tuvo más elección que luchar con los hombres con los que contaba.

Con tales limitaciones, Espartaco actuó correctamente cuando Craso provocó la inevitable crisis. Para él, lo prudente y acertado era cruzar a Sicilia. No se puede culpar a Espartaco de que los piratas lo engañaran, especialmente si es que éstos habían sido

sobornados y amenazados por Verres, el gobernador romano de Sicilia. ¿Arruinó Espartaco el cruce en balsas o esta posibilidad estaba más allá de las capacidades técnicas de todos, excepto de las fuerzas mejor abastecidas?

Espartaco fracasó contra Roma, pero tuvo éxito como creador de mitos. No hay duda de que él hubiera preferido lo contrario, pero la historia tiene su camino para todos nosotros. ¿Quién recuerda hoy en día a Craso? ¿Y a Pompeyo? Ni siquiera se recuerda tan bien a Cicerón. Pero todo el mundo ha oído hablar de Espartaco.

No obstante, por raro que parezca, se suele recordar al hombre equivocado. Ni instigador ni idealista, el verdadero Espartaco quiso mezclar la esperanza y la prudencia. Sospechamos que, en último término, él se hubiera contentado con arrancar a Roma un pequeño espacio y retirarse como rey o señor a un rincón de Tracia. Pero la historia le enseñó una dura lección: a diferencia de los juegos en la arena, las revoluciones escapaban a todo control.

Mientras tanto, miles de cadáveres yacían esparcidos cerca del río Silarus. Podemos hacer una conjetura aproximada sobre su destino. Los cuerpos de oficiales serían transportados de vuelta a Roma. En cuanto a los soldados romanos, la práctica habitual era que fuesen incinerados en el campo de batalla, donde sus cenizas serían enterradas en una fosa común. Los cadáveres produjeron una espesa nube de humo al ser consumidos por las llamas y llenaron el valle con un enfermizo olor dulzón. Antes de que se encendiese la pira, las legiones darían un saludo final a sus camaradas caídos. Marchaban alrededor de la pira con la armadura completa al son de las trompetas. Es posible que se arrojaran a las llamas armas y armaduras. Daban término a la ceremonia numerosos sacrificios de animales.

Los rebeldes probablemente no recibirían un tratamiento similar. La madera era demasiado cara para gastarla en ellos, así que puede que sus cadáveres fuesen arrojados a una fosa común. Quizás

el cuerpo de Espartaco acabara en un anónimo montón de carne dentro de una trinchera, cubierto con tierra.

En algún lugar entre la cabecera del Silarus y el punto en que el río abandonaba las montañas para correr por la llanura; en algún lugar a lo largo de la antigua carretera entre los dos mares de Italia; en algún lugar entre el camino hacia Cannas y las playas donde los Aliados desembarcarían algún día, fue enterrado Espartaco.

Capítulo 11

Los vencedores

La primavera pertenece a Venus, diosa de los jardines y el amor. En Capua florecen las famosas rosas. La multitud se arracima en el mercado de perfumes de la ciudad, donde el aire se llena de aromas exóticos. Al mismo tiempo, en el año 71 a.C., seiscientos ochenta y un años después de la fundación legendaria de Roma, en el consulado de Publio Cornelio Léntulo Sura y Cneo Aufidio Orestes, la maquinaria del estado romano sigue en marcha. El 1 de abril (las calendas de abril para los romanos), un esclavo capuano llamado Flaco inspecciona un saco de monedas.¹ Es propiedad de la casa de Novio, una prominente familia de comerciantes de Capua. El esclavo confirma la autenticidad de las monedas, sella el saco, inscribe su nombre en una varilla de marfil atada a éste y completa un pequeño paso del largo proceso de enviar al pueblo romano sus impuestos. Los impuestos son tan intemporales como las rosas florecientes.

Mientras tanto, a las afueras de Capua el pueblo romano exige otro pago. Por la carretera, en dirección a Roma, hasta donde alcanza la vista se extiende una hilera de esclavos crucificados que agonizan. He aquí el final de la revuelta de Espartaco.

Los crucificados eran las últimas víctimas de Craso. Habían hecho todo lo que habían podido para evitar este destino. Tras sobrevivir a la derrota en la batalla de Lucania, un número aún con-

siderable de rebeldes había huido en vez de rendirse. Habían perdido a Espartaco y a sus otros cabecillas, pero al parecer eligieron unos nuevos. Si bien las batallas estaban necesariamente excluidas, todavía podían realizar operaciones de guerrilla. Dicen las fuentes que se internaron en las montañas, quizás en los montes Picentinos que tan bien conocían.² Craso y su ejército los siguieron. Los rebeldes se dividieron en cuatro grupos, sin duda con esperanzas de que al dispersarse incrementarían sus probabilidades de supervivencia. En apariencia, fracasaron; Craso proclamó que los había capturado a todos.

Craso atrapó a 6.000 rebeldes con vida. Después hizo que marcharan a Capua, a una distancia de 120 kilómetros si asumimos que fueron capturados en los montes Picentinos. ¿Quedaría entre ellos alguno de los 64 gladiadores originales que organizaron la rebelión? Si fue así, no habrían tardado mucho en contemplar la ironía de su regreso a la ciudad de donde habían escapado al principio de la Casa de Vatia. Craso tenía en mente un castigo que el mundo romano consideraba «terrible», «infame», «en extremo horrible» y «humillante».³ Planeaba crucificarlos.

En el mundo occidental, la crucifixión tiene un profundo sentido religioso a causa de la crucifixión de Jesús. En la Antigüedad, la crucifixión significaba la pena capital; la cruz era el equivalente a la horca, pero mucho más cruel. Los romanos la consideraban el castigo supremo, reservado para extranjeros rebeldes, criminales rebeldes, bandoleros y esclavos. Verres había crucificado a un supuesto agente de Espartaco, imponiendo así, sin saberlo, a un ciudadano romano un castigo del que éste estaba exento. Como sabemos, Espartaco crucificó a propósito a un prisionero romano en la batalla de la cresta de Melìa. Quiso advertir a sus hombres acerca de lo que podían esperar de los romanos, y tenía razón.

Puede que esta crucifixión de 6.000 personas haya sido la mayor crucifixión en masa registrada del mundo antiguo. Tan sólo

Octavio César, el futuro emperador Augusto, la igualó en el año 36 a.C., cuando capturó y crucificó a 6.000 remeros esclavos de la flota de su rival, Sexto Pompeyo. En ambos casos, la cifra de 6.000 es una aproximación y, como ocurre con la mayoría de estadísticas antiguas, no hay que tomarla al pie de la letra. No obstante, las fuentes antiguas mencionan otras crucifixiones en masa, entre ellas: 800 hombres crucificados en el año 86 a.C., mientras mataban a sus esposas e hijos delante de ellos, bajo el poder de Alejandro Janneo, rey de la Judea independiente; 2.000 rebeldes de Tiro crucificados en las playas del Mediterráneo por Alejandro el Grande en 332 a.C.; 2.000 rebeldes crucificados en Judea por el oficial romano Quintilio Varo en 4 a.C., y 3.000 rebeldes crucificados en Babilonia por el rey persa Darío en 519 a.C. Se supone que 500 personas fueron crucificadas cada día durante el asedio romano de Jerusalén, que duró seis meses, en 70 d.C., lo que asciende a una terrible cifra total de 90.000 crucifixiones (si es que realmente ocurrió así).

Si crucificar a 6.000 esclavos era algo excesivo, un acto como éste llevaba la firma de Craso. Este hombre hizo carrera con su disposición a dar un paso más allá, desde la compra de una legión, pasando por la *decimatio* de una cohorte, hasta la separación de la «puntera de la bota italiana» mediante un muro. ¿Por qué no iba a coronar su victoria con un gesto espectacular, extravagante y cruel de justicia romana?

Encontramos repugnantes las crucifixiones, pero los romanos probablemente las toleraban como una funesta necesidad. Hoy en día, mucha gente rechaza la pena de muerte por ser cruel y bárbara, o considera una tortura la severa técnica de interrogatorio conocida como «ahogamiento simulado», mientras que otros las aceptan. A ojos de los romanos, el propósito de la crucifixión era menos la venganza que la disuasión.⁴ La mayoría de los romanos juzgaron la revuelta de esclavos como un crimen contra el pueblo

de Italia. No tenían en cuenta la injusticia de la esclavitud y sólo se fijaron en la devastación de la campiña.⁵ La visión de los esclavos levantados en armas provocó miedo, rabia e indignación entre los romanos.⁶ Ahora querían la paz de espíritu que prometía una visión grabada a fuego para siempre en su mente, una advertencia a los esclavos de Italia para que nunca repitieran esa rebelión.

En Capua, puede que el liberto Publio Confuleyo Sabio saliera de las murallas de la ciudad para observar la escena. Sabio había conseguido tantos beneficios en el negocio de la confección de capas que, entre principios y mediados del siglo I a.C., pudo construirse una gran casa en la ciudad, decorada con elegantes y recargados mosaicos. Daba la bienvenida a sus invitados con su saludo favorito: *Recte omnia velim sint nobis* («¡Que todo nos vaya bien!»).⁷ Es probable que el antiguo esclavo se encarase a los prisioneros crucificados con palabras menos amables. Vivía en la ciudad y ellos eran gente de campo; él había logrado el éxito dentro del orden romano que ellos habían amenazado con destruir. Pese a que Sabio había sufrido una vez la amenaza de la cruz, posiblemente pensó que Craso había enderezado las cosas.

Sin embargo, no lo hizo de forma barata: seguramente crucificar a 6.000 personas sería caro. Quizá Craso se anunciara después como el hombre que había pagado toda la madera, los clavos y el cuero de los látigos. Fue el hombre que hizo que se plantaran 6.000 postes a intervalos a lo largo de la carretera, y que apostó guardias para que vigilaran día y noche a los rebeldes agonizantes. Puede que volviera a presentarse como un hombre cuya inmensa riqueza rendía desmesurados dividendos al pueblo romano. Algunos de los amos de 6.000 esclavos habrían visto las cosas de otra manera, puesto que cada cruz representaba una inversión perdida. Puede que los amos de esclavos estuvieran deseosos de aceptar el regreso de éstos, como habían hecho los amos tras la Primera Guerra Servil Siciliana, en un momento de escasez de mano de

obra. Quizás argumentaran que unos buenos latigazos volverían dócil otra vez a cualquier rebelde antes de que Craso cerrara de un golpe aquella puerta.

Craso hizo que crucificaran a los rebeldes a lo largo de «todo el camino de Capua a Roma», según dicen las fuentes antiguas.⁸ Al hacerlo, siguió los protocolos de la justicia romana y avanzó en su carrera política. Los juristas romanos recomendaban crucificar a los bandoleros célebres en el escenario de sus crímenes, lo que convertía a Capua, lugar de nacimiento de la revuelta de Espartaco, en el emplazamiento lógico para erigir las cruces.⁹ Además, las autoridades romanas preferían las carreteras más concurridas para las crucifixiones, con la intención de impresionar al máximo número de personas, por lo que tenía sentido que se optara por la carretera entre Capua y Roma.¹⁰ En política, al igual que en transporte, todos los caminos llevaban a Roma, así que Craso levantó sus cruces en el camino a la capital.

Suele darse por sentado que el «camino de Capua a Roma» era la Vía Apia. De hecho, dos calzadas conectaban Capua con Roma; la otra era la Vía Latina. La Vía Apia era más famosa, pero la Vía Latina también era una importante calzada. La Vía Apia (212 kilómetros) era casi 23 kilómetros más corta que la Vía Latina (234 kilómetros) y suponía un día menos de viaje: se tardaba cinco o seis días en llegar a Roma desde Capua por la Vía Apia, comparados con los seis o siete días por la Vía Latina. Cualquiera que fuese la calzada elegida por Craso, estaría plagada de cruces.

Por lo común, la crucifixión romana constaba de tres fases: flagelación, carga de la cruz por parte del condenado y levantamiento. Podemos imaginar el penoso desfile de los condenados, en lenta marcha hacia el norte, en dirección a Roma, a través de un paisaje de flores primaverales, con sus carnes desgarradas y azotadas por el látigo, y sus gargantas reseca. Puede que hubieran incluido tanto a mujeres como a hombres, pues la justicia romana

contemplaba también la crucifixión de mujeres.¹¹ Los romanos crucificaban incluso perros en un rito anual, así que quizás hasta los niños acabaran en las cruces de Craso.¹² Las víctimas sólo transportaban el poste horizontal; la estaca vertical se fijaba en el suelo de antemano. Cuando la persona condenada llegaba al poste que se le había asignado, los ejecutores lo subían a su sitio mediante una escalera y unos palos.

Todos los condenados padecían un cruel sufrimiento, si bien las experiencias en la cruz variaban. Dependiendo de cómo fuera colgada la víctima, podía asfixiarse en cuestión de minutos o sobrevivir agonizando durante días. Las fuentes explican que los colgados podían sobrevivir: registran casos de hombres que hablaban desde la cruz, que hacían contratos desde la cruz y que eran soldados y perdonados tras sobornar al oficial de guardia.¹³ Algunas víctimas eran colocadas de manera especialmente grotesca, para mofarse de ellas, y otras eran crucificadas cabeza abajo.

Algunos condenados eran atados con cuerdas a la cruz, mientras que a otros los clavaban. Los arqueólogos han encontrado en Israel los huesos de una víctima de crucifixión que datan del siglo I d.C. Llamado quizá Yehohanan, clavaron sus pies a la cruz, pero parece que sus brazos fueron atados con cuerdas al poste horizontal. La víctima tenía veinticuatro años y medía 1,65 centímetros de altura; probablemente era más bajo que la media de los hombres del norte de Europa que predominaban entre los rebeldes de Espartaco. El hueso del tobillo derecho de Yehohanan aún aloja un clavo clavado en un pedazo de madera.

Puede que algunos seguidores de Espartaco se mantuvieran desafiantes en la cruz. Las antiguas fuentes registran casos de hombres crucificados que reían, escupían a los espectadores o incluso cantaban canciones de victoria cuando ya estaban clavados en la cruz.¹⁴

Tan sólo podemos esperar que los esclavos del camino ha-

cia Roma murieran con rapidez en vez de sufrir un prolongado dolor. Después de que murieran, es probable que las autoridades no se dieran prisa en descolgarlos. Cuanto más tiempo estuvieran sus cadáveres colgados, pudriéndose y apestando, más disuadirían a futuros rebeldes. Como simples criminales, puede que los esclavos fuesen colgados cerca del suelo; los prisioneros de alto estatus eran colgados a casi un metro del suelo. Todos los cadáveres eran pasto de los buitres, pero los perros podían alcanzar a los que estaban más bajos. Al final, alguien se tomaba la molestia de bajar los restos y llevarlos al vertedero más cercano. No es muy probable que los esclavos recibieran una sepultura digna; quizás alguien quemara el montón de carne podrida para ahorrar a los ciudadanos el persistente olor.

Craso había tardado seis meses en derrotar a los rebeldes. Puesto que asumió su cargo no más tarde de noviembre del año 72 a.C., hacia finales de abril del 71 a.C. la revuelta había terminado. Las cruces se colocarían en torno a mayo. Quizá los celebrantes de la Floralia, el equivalente romano del Primero de Mayo, que llevaban las tradicionales coronas de flores en sus cabellos, salieran a mirar a los condenados. A través de los campos de amapolas y frente a las laderas de retamas amarillas, por valles y pasos elevados, a lo largo de corrientes de agua y junto a los acueductos, cruces de caminos y zonas de descanso, miliarios y mausoleos, villas y viñedos, portones y jardines, se extendía la hilera de cruces. Carros y cuerdas de presos, rebaños de ovejas y vacadas, colegiales saltarines y senadores transportados en andas, bandidos que acechaban en la noche y panaderos en pie antes del alba, todos ellos pasaban junto a ellos y los veían. Si algún gladiador llegó a ver las cruces en el camino entre Capua y Roma, puede que la lección le calara bien hondo.

Podríamos imaginar a Craso a la cabeza de una columna de soldados, trotando entre las cruces, anunciado por las trompetas

de sus heraldos, dirigiéndose a Roma en una macabra marcha triunfal. Mientras los esclavos colgaran de sus cruces, le granjearían a Craso la publicidad que ansiaba. Quizá su deseo de celebridad se hiciera más profundo.

A pesar de su éxito, Craso temía caer en el olvido del público. En medio año había derrotado a Espartaco, un hombre que había mantenido a Roma en vilo durante el año y medio anterior. Sin embargo, Craso había tentado la paciencia de Roma al acorralar a Espartaco en lugar de encontrarlo y destruirlo en batalla. Además, había requerido ayuda de otros generales, por lo que no podía reclamar el mérito exclusivo de la victoria.

Pompeyo, su rival, había transformado la ofensa en insulto. Sucedió de la siguiente manera: además de los rebeldes a los que Craso siguió a las montañas, un segundo grupo de supervivientes permanecía en libertad. Huyeron de Lucania y fueron hacia el norte, puede que tras haberse dado cuenta tarde de que, al fin y al cabo, Espartaco tenía razón en lo de cruzar los Alpes. Consideraciones acerca del tiempo, así como una pista de las fuentes antiguas, sugieren que se trataba de refugiados celtas y germanos de la batalla de Cantenna. Cinco mil personas habían conseguido llegar hasta la lejana Etruria (la Toscana), en la Italia central, cuando se les acabó la buena suerte. Se cruzaron con Pompeyo y su victorioso ejército, que marchaban de vuelta desde Hispania. Sin mostrar piedad por los esclavos fugados, Pompeyo los aniquiló.

Después escribió una carta al Senado en la que anunciaba su éxito. De acuerdo con una fuente, la carta decía que «Craso había derrotado a los esclavos fugados en batalla, pero que él, Pompeyo, había destrozado las raíces de la guerra». ¹⁵ Este inteligente desprecio contenía una verdad sutil. Craso había matado a Espartaco, pero había dejado sueltos a los insurgentes. Éstos aún podían amargarles la vida a los italianos, como se haría dolorosamente patente cerca de un año después.

En su acusación de Verres, Cicerón hace referencia a un incidente a principios del año 70 a.C. que él llama «los problemas de Tempsa». Tempsa era una población del Brucio conocida por sus minas de cobre. Donde había minas, había esclavos. «Los problemas de Tempsa —dice Cicerón— involucraron a los vestigios de la guerra italiana de esclavos fugitivos.»¹⁶

Pero, ¿cuáles fueron aquellos problemas? Cicerón no lo dice. Fueron lo bastante graves como para que se informara sobre ellos en una sesión del Senado romano, pero no tanto como para que los senadores enviaran un ejército a lidiar con ellos. Según Cicerón, Cayo Verres tendría que haber resuelto el problema. Dio la casualidad de que éste estaba en los alrededores, pues regresaba desde Roma tras terminar su mandato prorrogado como gobernador de Sicilia. Una delegación de la ciudad de Vibo Valentia, cerca de Tempsa, encabezada por un destacado habitante local llamado Mannio Mario, fue a pedir ayuda a Verres. Una «pequeña banda» de rebeldes andaba suelta, le dijo Mario. Seguramente los insurgentes codiciaban las villas que salpicaban el fértil territorio de Vibo. Como gobernador, Verres contaría con una modesta escolta militar y Mario quería que ellos restauraran el orden.

Cicerón afirma que las súplicas de Mario cayeron en oídos sordos; Verres prefirió la compañía de su amante a la orilla del mar que ayudar a los ciudadanos de Vibo. Puede ser que Cicerón cuente la verdad, pero podría ser también que las cosas fuesen más complicadas: quizá los rebeldes se dispersaran antes de que Verres pudiera intervenir. O quizá la «pequeña banda» fuese en realidad demasiado grande para los hombres de Verres.¹⁷ En cualquier caso, una vez que los rebeldes habían saqueado los territorios de Tempsa y Vibo, desaparecieron en las colinas. En Roma, el Senado se encogió de hombros.

Los senadores tenían otros asuntos de los que ocuparse. La guerra contra Mitrídates aún seguía en marcha, mientras que los

piratas continuaban atemorizando a todo el Mediterráneo. En casa, Cicerón acusaba a Verres (su mandato como gobernador de Sicilia había acabado el 31 de diciembre del año 71 a.C.) del cargo de corrupción. Cicerón era un brillante antiguo censor, pero aún era joven; a Verres lo defendió el mejor abogado de su tiempo, Hortensio.

Pero el espectáculo más entretenido de la política doméstica era la rivalidad entre Craso y Pompeyo. Para el verano, ambos hombres habían llegado a Roma con sus ejércitos. Normalmente se exigía a los generales romanos que licenciaran a sus tropas una vez que estuvieran dentro de los límites de Italia, pero estos dos generales eran una excepción, puesto que ambos habían combatido contra los esclavos rebeldes. Craso estaba al mando de 35.000-40.000 soldados; Pompeyo contaba con unos 25.000-30.000. Ninguno de estos dos hombres licenció a sus soldados. Se asentaron a las afueras de la ciudad, donde esperaban, daban vueltas y negociaban.

Cada uno quería ser elegido cónsul en el año 70 a.C., preferiblemente a expensas del otro. Roma tenía dos cónsules al año; con seguridad Pompeyo y Craso hubieran preferido compartir su año de servicio con otra figura menor. Ninguno podría conseguir su deseo sin el consentimiento de los agentes del poder de Roma. Las elecciones romanas movilizaban a la masa electoral, pero ésta estaba inclinada a favor de los ricos y poderosos. Nadie podía ser elegido sin el apoyo de un pequeño número de personas bien relacionadas. Al final, los generales accedieron a un trato: cuando llegaran las elecciones, en julio, Craso y Pompeyo serían elegidos cónsules para el año siguiente.

Tomarían posesión de sus puestos el 1 de enero del año 70 a.C. Con el éxito político asegurado, los dos generales habrían tenido que licenciar a sus ejércitos, excepto por un aspecto que aún estaba pendiente: el desfile de la victoria. Todo general romano aspiraba al supremo honor de celebrar un triunfo. El triunfo era una

espectacular marcha de la victoria a través de la ciudad de Roma con su ejército, que culminaba con un sacrificio a Júpiter en la colina Capitolina y con un banquete. El general que celebraba un triunfo era llamado *triumphator*.

Otros dos generales victoriosos habían regresado a Italia en el año 71 a.C. y también querían sus triunfos. Eran Marco Lúculo, que había sido convocado para que regresara a combatir a Espartaco después de sus victorias en Tracia, y Quinto Cecilio Metelo Pío, procónsul y colega de Pompeyo en Hispania.

Cada triunfo era diferente. Han sobrevivido pocos detalles sobre los triunfos del año 71 a.C., pero según una reconstrucción verosímil (aunque no probada), un triunfo se desarrollaría de la siguiente manera: toda Roma salía a la calle el día de celebración de un triunfo. El triunfador empezaba la jornada fuera de la ciudad reuniéndose con sus tropas. Se dirigía a ellas y repartía honores a unos cuantos y regalos en dinero para todos. Entonces daba comienzo el desfile triunfal, que entraba en Roma a través de la *porta triumphalis*, «puerta triunfal», que habitualmente estaba cerrada. El desfile avanzaba hacia el Capitolio por una ruta larga y muy visible. El Senado y los magistrados iban a la cabeza, seguidos por los trompetas. Después llegaban las carrozas, que transportaban pinturas de asedios y batallas y pilas de despojos, en las que destacaban el oro y la plata. A continuación venían los toros o bueyes blancos, que se dirigían hacia su sacrificio acompañados por sacerdotes. Luego venían los prisioneros de guerra romanos que habían sido liberados, vestidos como libertos del triunfador. Los cautivos más prominentes marchaban encadenados, por lo general directos a su ejecución.

Entonces, precedido por sus lictores, llegaba el general victorioso. Vestido con una toga especial, decorada con ribetes de hilo de oro, el triunfador iba montado en una cuadriga. Portaba un cetro y llevaba una corona de laurel délfico. Un esclavo perma-

neecía detrás de él y le recordaba que era mortal. Sus hijos mayores seguían al carro a caballo, seguidos a su vez por sus oficiales y la caballería, todos a caballo. Finalmente desfilaba la caballería, que marchaba orgullosa, entonando una combinación de himnos y canciones subidas de tono acerca de su comandante. Los hombres de César, por ejemplo, se burlaban de su jefe llamándolo «el adúltero calvo». ¹⁸

El momento culminante del día tenía lugar en la colina Capitolina. Allí, tras la ejecución de los líderes enemigos, el triunfador asistía al sacrificio a Júpiter. Ofrecía al dios una porción del botín así como su corona de laurel. Después, se presentaba como invitado de honor de un banquete en la Capitolina. Por toda la ciudad la gente se divertía a costa del erario público. Al final, ya de noche, las gaitas y las flautas acompañaban al triunfador de vuelta a casa.

Para celebrar un triunfo, un comandante tenía que recibir permiso del Senado y un voto del pueblo de Roma. También tenía que cumplir ciertos requisitos. Tenía que haber conseguido la victoria en una guerra extranjera y sobre un enemigo declarado. Tenía que haber matado, al menos, a 5.000 enemigos y haber llevado la guerra a su conclusión (ésta es una de las muchas razones por las que se hinchaban los recuentos de víctimas en los textos antiguos). Tenía que haber ocupado un cargo público y haber luchado en el escenario que oficialmente se le había asignado. Como guinda final del pastel, tenía que haber celebrado las ceremonias religiosas apropiadas antes de luchar.

Su victoria sobre los rebeldes hispanos permitía a Pompeyo solicitar —y recibir— un triunfo. Así lo hizo el colega de Pompeyo en Hispania, Metelo Pío, y también Marco Lúculo. Sin embargo, Craso no tenía derecho al triunfo, a pesar de su encargo oficial y sus victorias, porque sus enemigos eran esclavos. Resultaba una indignidad para el pueblo romano celebrar un triunfo sobre un enemigo servil. En vez de eso, Craso tuvo que conformarse con una *ovatio*.

La ovación era una versión rebajada del triunfo. Como éste, incluía un desfile de victoria a través de la ciudad, que se dirigía al Capitolio y culminaba con un sacrificio a Júpiter. Había dinero para los soldados y banquetes para el pueblo. Pero el general no iba en carro como el triunfador; o bien caminaba, o bien, como en el caso de Craso, montaba a caballo. Tampoco vestía los hilos de oro del triunfador, sino la toga ribeteada de púrpura de un magistrado. No portaba cetro. No se permitían trompetas; el vencedor tenía que conformarse con unas flautas. Finalmente, llevaba una corona de mirto en vez de laurel.

Por nimios que estos últimos detalles puedan parecernos, todo parece indicar que tenían gran significado para los romanos. Craso se tragó su orgullo cuando tuvo que aceptar la ovación en vez del triunfo, pero no quiso aceptar la corona de mirto. Solicitó al Senado un decreto especial, que era en realidad un proyecto de ley privado. El Senado aceptó, permitiendo a Craso que llevara una corona de laurel en su ovación.

Puede que el triunfo de Marco Lúculo se celebrara en primer lugar, bastante antes del final del año.¹⁹ Lo siguieron Metelo Pío, Craso y Pompeyo a finales de diciembre, parece ser que en el espacio de unos pocos días. Los eruditos reconstruyen el orden de los acontecimientos de la siguiente manera: Metelo Pío desfiló primero, a causa de su condición de antiguo cónsul; después, Craso, antiguo pretor, y por fin Pompeyo, que, a pesar de su valor militar, era un simple équite romano.

Más o menos en el espacio de una semana, cerca de 100.000 hombres marcharon por la ciudad y aceptaron los vítores de un público satisfecho de que la paz hubiera sido restaurada en el corazón del imperio y en una provincia, si no en todas partes. Fueron celebraciones muy fastuosas, a juzgar por un detalle del triunfo de Metelo Pío que ha sobrevivido: éste hizo servir 5.000 zorzales para los banquetes públicos.²⁰ Sólo el coste de estos pájaros era de

60.000 sestercios, lo que a grandes rasgos equivalía a la paga anual de unos 100 legionarios.²¹

Para cuando tuvo lugar el triunfo de Pompeyo, Roma había coronado de laurel cuatro frentes en un año. Fue el último día de diciembre del año 71 a.C. La guerra de Espartaco había terminado oficialmente. La leyenda acababa de empezar.

Conclusión

Durante el consulado de Quinto Cecilio Metelo Céler y Lucio Afranio, el año que nombramos como 60 a.C., un pequeño ejército marcha hacia el sur desde Roma, bajo el mando de Cayo Octavio. Por las grandes carreteras de Italia, los hombres arrastran los pies, tras pasar por Capua y el Vesubio, a través de las colinas de Lucania y bajo los picos del monte Pollino, donde por fin giran hacia el este, entrando en el Brucio y en el lejano sur de Italia. Su meta está a la vista. Esta turbia misión, que el Senado había pospuesto durante una década, es sin embargo esencial para el honor romano. Han venido a exorcizar el espíritu de Espartaco.

Para Octavio, se trata de un desvío de su destino. Ha sido nombrado gobernador de Macedonia, provincia al otro lado del mar Adriático y puerta de entrada al frente tracio, con sus tribus rebeldes. Una victoria de sus armas allí habría conducido a un triunfo, el sueño de todo romano ambicioso. Octavio es el modelo de joven preparado. Producto de la aristocracia local de una población de la Italia central, ha entrado, por matrimonio, en una destacada familia romana y está ascendiendo por la escala de posiciones políticas y militares. La grandeza lo llama, pero antes de que Octavio pueda subir a bordo de un barco en Brundisium, tiene un trabajo que hacer en Italia.

Once años después del gran levantamiento, los últimos de los hombres rebeldes todavía controlan las colinas que rodean la llanura de Turi, en el Brucio. Zona rica en agricultura, la llanura al-

berga muchas villas. En una ocasión, Espartaco se anotó un buen tanto aquí; Turi es la única ciudad que tomaron sus hombres y él. No resulta sorprendente, por tanto, que los restos del ejército de Espartaco eligieran volver a estas colinas después de la victoria de Craso en el año 71 a.C.

Todo lo que podemos decir es que sobrevivieron como asaltantes, no como revolucionarios, satisfechos con refugiarse en las colinas y hacer rápidas incursiones en busca de suministros. Ya no osaban enfrentarse al hierro de los legionarios en campo abierto. Puede que los más soñadores tuvieran la esperanza de que Espartaco aún estuviera vivo en algún sitio y confiaran en su regreso (después de todo, su cuerpo nunca se encontró). Pero Espartaco estaba muerto, y una larga hilera de cruces señalaba el destino que esperaba a aquellos que salieran a luchar contra Roma.

Mantuvieron sus incursiones locales durante ocho años, hasta que la marea de otro levantamiento fallido se los llevó. En el año 63 a.C., el aristócrata romano renegado Catilina intentó provocar una revuelta de deudores y esclavos, pero el Senado la aplastó. Los supervivientes de aquella causa perdida huyeron a Turi y reforzaron a los antiguos seguidores de Espartaco. Entonces, el Senado decidió aniquilar las comunidades cimarronas de los alrededores de Turi. Aquí entra Octavio.

«Acabó con ellos en su viaje»; así lo dicen las fuentes, sin malgastar demasiadas palabras en el destino de los esclavos rebeldes.¹ Pero podemos imaginar los detalles: desde la caballería romana, que llega de pronto al galope, hasta el choque de las espadas, algunas blandidas quizá como defensa por hombres entrenados en la Casa de Vatia, mucho tiempo atrás. Podemos oír los gritos y el crepitar de las llamas, y, al final, los martillos clavando los clavos en las inevitables cruces al borde del camino.

Lo supiese Octavio o no, esta operación de limpieza marcaba el final de una era. Había durado tres generaciones, desde el esta-

lido de la Primera Revuelta de Esclavos de Sicilia, en torno al año 135 a.C., hasta el año 60 a.C. Las dos guerras de esclavos sicilianas habían continuado durante varios años, mientras que el levantamiento de Espartaco duró más de dos años. No volvería a haber ninguna otra revuelta de esclavos de tal magnitud. Por ejemplo, para suprimir la «conspiración» de Catilina, como la llamó Cicerón con acierto, Roma empleó tres meses, y fue más una operación de hombres libres que de esclavos.

Sin embargo, no todo era paz entre los esclavos y gladiadores de Roma. Aprendida la lección con Espartaco, el Senado conocía ahora el potencial revolucionario de los gladiadores y se dedicó a suprimirlo. Durante la crisis de Catilina en el año 63 a.C., por ejemplo, el Senado decretó que los gladiadores fueran sacados de Roma y llevados a Capua y a otras ciudades italianas. Ambas facciones reclutaron a gladiadores para las bandas cuya violencia asolaba la política romana en la década de los cincuenta, mientras se avecinaba la guerra civil entre César y Pompeyo. Cuando por fin César cruzó el Rubicón en el año 49 a.C. y marchó sobre Roma, su rival Pompeyo asedió a los gladiadores de César en Capua y los repartió entre colonos romanos para que fueran vigilados: los gladiadores eran 1.000 hombres o más. Hacían bien los senadores al preocuparse por ellos.

Ningún nuevo Espartaco se puso en pie para congregar a los esclavos de Italia. No eran comunes los líderes de su calibre, y cualquiera que lo hubiera intentado, habría pasado serias dificultades para convencer a los hombres de que se arriesgaran a enfrentar el destino de los seguidores de Espartaco. Los esclavos sí volvieron a tomar las armas, pero al servicio de uno u otro de los políticos revolucionarios de Roma y no bajo la bandera de un esclavo rebelde. El caso más conocido es el de Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande, que capitaneó una exitosa flota pirata desde Sicilia entre 43 y 46 a.C. Entre sus hombres había 30.000 esclavos fugados.

Espartaco estaba muerto, pero su leyenda estaba bien viva. Veinte años después de la muerte del tracio, César mencionó las lecciones de la revuelta de Espartaco cuando combatía a celtas y germanos en la Galia. Treinta años después de la muerte del tracio, el general romano Marco Antonio amenazó a la república con sus ejércitos. No había esclavos rebeldes entre ellos, pero Cicerón apodó a aquel hombre nada menos que «un nuevo Espartaco». El eco de Espartaco resuena en la poesía de Horacio cincuenta años después de su muerte. Y cien años después de su muerte, el nombre de Espartaco surge ante el espectro de una revuelta de gladiadores en la Italia central.

Desde César a Tácito y san Agustín, la élite romana nunca olvidó a Espartaco. Dos de los primeros historiadores que escribieron sobre él fueron Salustio (86-35 a.C.) y Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.). Para Salustio, Espartaco fue un gran hombre, un héroe y un patriota que intentó evitar que sus soldados cometiesen atrocidades y quiso conducirlos fuera de Italia, de vuelta a casa. Pero Salustio despreciaba al Senado y a gran parte de la élite política de Roma, por lo que no sorprende su simpatía por un esclavo rebelde. Tito Livio, figura más cercana a la clase dirigente, veía un Espartaco más oscuro, a juzgar por lo poco que queda de sus capítulos sobre la revuelta de los gladiadores. Para Livio, Espartaco era el hombre que había aterrorizado a Italia.

Las voces de la gente de a pie y de los esclavos son casi imposibles de recuperar, pero pueden haber dejado el rastro de un susurro. Puede que para ellos Espartaco fuese la encarnación de la resistencia y la esperanza, un recordatorio del talón de Aquiles de Roma. Aquí la evidencia es especialmente frágil, pero deberíamos tenerla en cuenta. Comencemos por los instrumentos de castigo elegidos por Craso. Fragmentos de las 6.000 cruces en las que colgaron los hombres de Espartaco pudieron haber acabado como reliquias en manos de los italianos. Los romanos creían en las pro-

piedades mágicas de un clavo o un pedazo de cuerda usados en una crucifixión. Envueltos en lana y llevados al cuello, se creía que estos amuletos curaban las fiebres de la malaria.² Los romanos también creían que el cabello de una persona crucificada podía aliviar la enfermedad. La malaria era un mal endémico en la Italia romana, y la gente buscaba cualquier alivio que pudiera encontrar. Podemos imaginar que los soldados cogerían clavos y cuerdas de las cruces de los esclavos y cortarían cabellos de los cadáveres de las víctimas, y puede que después incluso los vendieran. Aunque sólo fuera como amuletos guardados en las despensas italianas, el recuerdo de la agonía final de los esclavos permanecería.

En Roma ya había antecedentes para tratar a los grandes hombres como semidioses. Por ejemplo, los hermanos Gracos habían sido asesinados (en los años 133 y 122 a.C.) después de que intentaran promover una reforma de la tierra para el pueblo llano de Roma. Disfrutaban de un culto virtual como mártires, lo que incluía estatuas y ofrendas diarias, mientras que los lugares en los que habían muerto se consideraban sagrados. En el año 86 a.C., por mencionar otro caso, los romanos erigieron estatuas a un ahora poco conocido pretor, Mario Gratidano, y ofrendaban vino e incienso para agradecerle las reformas de la moneda. Los esclavos no podían levantar estatuas a Espartaco, pero podían honrar su memoria y mantenerla con vida.

La adoración de hombres importantes pudo haber llegado de manera natural a los esclavos romanos. Éstos tomaban parte en los rituales de la pequeña comunidad religiosa que representaba cada familia romana. Era una práctica corriente que los esclavos veneraran al *genius* —es decir, la «fuerza vital»— de su amo.³ Muchos habrían preferido venerar la memoria del hombre que había intentado liberarlos.

Una pintura de Pompeya, aunque fragmentaria y desconcertante, puede decirnos algo sobre la memoria popular. En un fresco

a modo de tira cómica, uno de sus personajes aparece etiquetado como Espartaco: literalmente SPARTAKS, que es la versión osca del nombre latino Espartaco. El osco era el idioma de Pompeya. Después de que Pompeyo levantara allí una colonia para sus veteranos en el año 80 a.C., el latín dominó enseguida la vida pública de la ciudad, pero el idioma osco persistió. ¿Fue a causa del gran gladiador rebelde? Lo cierto es que Pompeya no podía olvidar fácilmente a Espartaco.

Un recordatorio del tracio dominaba el horizonte de Pompeya: el Vesubio, visible desde toda la ciudad y antaño escenario del triunfo de Espartaco. Puede que algunos de los pompeyanos sufrieran en persona sus incursiones, que causaron estragos en los campos de los alrededores. Es más, al ser gladiador, Espartaco llamaría la atención de Pompeya, pues los pompeyanos eran ardientes aficionados a los combates en la arena. Las pruebas arqueológicas lo demuestran, al menos en el siglo I d.C.

El fresco de Espartaco decoraba un edificio de una bulliciosa calle. En el extremo de la derecha hay un trompeta. A su izquierda, cabalgan dos jinetes armados con lanzas, cascos y escudos redondos. Parece que el primer jinete intenta escapar del segundo, pero sin éxito: el segundo jinete le alancea en el muslo. A la izquierda de los jinetes, dos hombres luchan a pie. Están armados con espadas, grandes escudos de cuerpo entero y cascos. Finalmente, a su izquierda hay una silueta rectangular, es posible que sea un altar.

Hay quien dice que el fresco describe una batalla real, pero está claro que se trata de un combate de gladiadores. Los dos pares de luchadores y sus armas y armaduras apuntan a esta conclusión. También apunta a esto el altar, que recuerda las tumbas alrededor de las cuales tuvieron lugar los más tempranos juegos de gladiadores. Y está, además, el trompeta. Los músicos acompañaban estos juegos, y a veces se vestían como animales. Este trompeta lleva una máscara, que puede representar a un oso. También puede estar en-

vuelto en una capa de piel de oso. Conocemos otro ejemplo de un trompeta que, en los juegos, vistió una máscara y una piel de oso. El nombre artístico de aquel hombre era Ursus Tubicen, «el Oso Trompetero», presumiblemente como referencia al profundo bramido del instrumento.⁴

Cada uno de los cuatro gladiadores lleva un letrero. Los nombres de los hombres que están de pie son ilegibles, mientras que el nombre del jinete vencedor es FEL... POMP..., cuya posible interpretación sería Félix el pompeyano, que también significa «el pompeyano afortunado». El jinete herido lleva claramente el nombre de SPARTAKS.

Pero, ¿era éste nuestro Espartaco? Los expertos no se ponen de acuerdo. Algunos dicen que sí y argumentan además que el fresco retrata la última batalla de Espartaco. Otros incluso sugieren que el hombre que encargó la pintura —¿Félix el pompeyano?— proclamaba haber herido a Espartaco. El fresco representa a gladiadores, no soldados, pero retrata a Espartaco en combate, por lo que quizá fuera un símbolo de su revuelta.

Existe un gran debate en torno al uso que se hace en el fresco de la lengua osca. Según el punto de vista tradicional, el osco desapareció de Pompeya después del año 80 a.C., por lo que el fresco no puede referirse a la revuelta de Espartaco. Pero en la Italia del sur se han encontrado inscripciones oscas del siglo I d.C. por todas partes, así que el fresco bien podría referirse a la revuelta de Espartaco.

De hecho, es posible que, después del año 80 a.C., los nativos pompeyanos quisieran hacer ostentación de la lengua osca como signo de orgullo local. Las fuentes aluden a amargas y prolongadas tensiones en Pompeya entre los nativos hablantes de osco y los colonos hablantes de latín.⁵ Quizás el fresco de Spartaks fuese un corte de manga para los colonos, pues les recordaría a un enemigo que había humillado a Roma.

Las pruebas no nos permiten ningún tipo de certeza, pero el lector bien podría aceptar esta hipótesis: el fresco ofrece una instantánea del mito que se transforma en historia. Spartaks es Espartaco como era recordado por una parte del público. Fuera de los libros y de las aulas, la verdad histórica suele convertirse en mito. Espartaco era más grande que en la realidad; fue cualquier cosa que la gente hiciera de él. Puede incluso que hicieran de él una figura religiosa, el fresco de Spartaks también lo sugiere. La posible presencia de una tumba en el fresco alude a unos juegos funerales, tema recurrente de la pintura mural italiana, documentada en otros frescos de Pompeya. Un funeral era un acontecimiento religioso; era también, de vez en cuando, un acontecimiento para los gladiadores. Se trataba de una consagrada costumbre italiana para celebrar la muerte de un gran hombre con un combate entre gladiadores junto a su tumba: como si fuera una muerte por otra.

En los campos del sur de Italia, Espartaco pudo haber entrado en el panteón órfico dionisiaco como un símbolo de esperanza. Si la élite romana sentía escalofríos al pensar en el retorno de Espartaco, puede que las masas de esclavos se entusiasmaran ante esta idea.

Para muchos de aquellos que sobrevivieron a Espartaco, lo que vino después fue una época sangrienta. Sus seguidores fueron aniquilados poco a poco. Muchos otros personajes importantes de este drama también se encontraron con el desastre. Por extraño que resulte, los personajes menores parecen haber salido mejor parados que los grandes hombres, aunque quizá se trate de una lectura errónea de las fuentes, que se regodean en los detalles escabrosos sobre la élite mientras pasan por alto a los personajes secundarios.

Si hablamos primero de las figuras menores, al parecer ser derrotado por Espartaco no suponía el fin de una carrera. Por ejemplo, Varinio, como pretor en el año 73 a.C., escapó a duras penas de Espartaco. Sin embargo, hay pruebas de que ocho años más

tarde, en el año 65 a.C., prestaba servicio como gobernador de la provincia de Asia (Turquía occidental).

Los cónsules Gelio y Léntulo se recuperaron del deshonor de sus derrotas a manos de Espartaco en el año 72 a.C. Fueron elegidos censores para el año 70. De 67 a 65 sirvieron como comandantes a las órdenes de Pompeyo en la guerra contra los piratas; se les confió la vigilancia de la costa italiana y el patrullaje del mar Tirreno. ¡Qué irónico sería que alguno de los piratas que habían traicionado a Espartaco hubiese acabado en sus manos! Ambos hombres permanecieron activos en política, donde apoyaban a Pompeyo frente a César. Los rumores salpicaron a Gelio por un escándalo doméstico: se decía que su hijo adoptivo cometió adulterio con la segunda esposa de Gelio.

En el año 72 a.C., Quinto Arrio había servido como propretor y había ayudado a Gelio a derrotar a Criso. Durante las dos siguientes décadas, Arrio se hizo un hueco en el laberinto de la política romana apareciendo unas veces como amigo de Craso, otras de César, pero nunca de Cicerón, que le devolvió el cumplido denigrándolo en sus escritos. Arrio se retiró de la vida pública en el año 52 a.C., en una era violenta en la que un retiro pacífico era algo extraño para los senadores.

Si volvemos sobre los principales actores de la derrota de Espartaco, los documentos se llenan de sangre. Verres, por ejemplo, quizás hubiera salvado a Sicilia de Espartaco, pero eso no le ayudó en el año 70 a.C., cuando Cicerón acusó al antiguo gobernador de haber esquilado la isla. Enfrentado a una posible condena tras la devastadora acusación de Cicerón, Verres no esperó el veredicto. Huyó de Roma hacia Massilia (la moderna Marsella), donde pasaría el siguiente cuarto de siglo en un exilio autoimpuesto. Por fin, en el año 43, la política romana se puso al día con él: Marco Antonio hizo que lo asesinaran, supuestamente porque Verres se negaba a devolverle las valiosas obras de arte que había robado,

tiempo atrás, en Sicilia. Sin embargo, este último dato es demasiado bueno para ser cierto. Lo irónico es que el propio Cicerón fue asesinado por orden de Antonio ese mismo año. Antonio se vengó del orador por haberlo criticado en sus discursos públicos, igual que Cicerón había denunciado antes a Verres.

Fue Pompeyo quien aconsejó a Verres que marchara al exilio. Un consejo similar podría haber salvado el pescuezo de Pompeyo, pero era demasiado ambicioso y, durante un tiempo, tuvo demasiado éxito como para hacer algo así. Durante la década de los sesenta, Pompeyo fue el hombre más importante de Roma. Triunfó en las más altas misiones militares: limpió los mares de piratas, derrotó por fin a Mitrídates y añadió el Levante al Imperio Romano. No obstante, Pompeyo nunca fue un dictador y en el año 60 a.C. negoció con Craso y César para gobernar Roma como un triunvirato. Pero este Primer Triunvirato, como llaman los historiadores a tal acuerdo, acabó fracasando. Al final las cosas desembocaron en una guerra civil (49-45 a.C.) entre los seguidores de Pompeyo y los de César. Derrotado en la batalla de Farsalia, en el norte de Grecia, en el año 48, Pompeyo zarpó hacia Egipto. Fue asesinado en cuanto puso el pie en la orilla. Por supuesto, César fue asesinado cuatro años después, en los idus de marzo de 44 a.C.

Craso se libró de esta guerra civil porque ya estaba muerto. En el año 53 a.C. también él tuvo un final violento. Después de haber basado su éxito en la derrota de Espartaco, Craso prestó servicio dos veces como cónsul y una como pretor, defendió a los publicanos de la provincia de Asia (Turquía occidental), se interesó por las reformas sociales y políticas, y consiguió formidables relaciones e influencias. Al final, consiguió una importante comandancia en Oriente y partió de Italia en el año 55 a.C. para conquistar Partia, nombre por el que se conocía entonces el reino persa. Pero los partos no eran un ejército de esclavos pobremente equipados.

Los partos eran excelentes en caballería, tanto con armamento pesado como ligero, y eran famosos arqueros. Craso sólo contaba con soldados de infantería, aparte de un pequeño cuerpo de caballería que comandaba su hijo Publio y estaba compuesta de galos. No llegó a entender el reto al que se enfrentaba. Tras una estancia en Siria, Craso se internó en la Mesopotamia occidental. El enemigo se encontró con él cerca de la ciudad de Carras. Después de aplastar a la caballería gala y matar a Publio, los partos se enfrentaban a un enemigo desmoralizado. Craso aceptó una negociación, pero fue asesinado en una escaramuza con el enemigo. Le cortaron la cabeza y la mano derecha. En cuanto a sus hombres, unos se rindieron y otros huyeron, pero la mayoría fueron capturados y o bien los mataron, o bien los hicieron prisioneros.

La historia cuenta que la cabeza de Craso sufrió una deshonra final. Llegó a la corte del rey parto, en la ciudad de Seleucia, cerca de la moderna Bagdad. Allí, se supone que la cabeza de Craso fue usada como accesorio en una representación de la tragedia de Eurípides *Las bacantes*.

De los tres generales romanos que rodearon a Espartaco en el año 71 a.C., sólo Marco Lúculo murió por causas naturales. Lúculo celebró un triunfo por su victoria en Tracia, pero el resto de su vida pública no fue fácil. Su hermano mayor, Lucio Lúculo, consiguió un gran éxito militar contra Mitrídates, pero se granjeó importantes enemistades entre los políticos romanos, que forzaron su salida del poder. Estos mismos causaron problemas en Roma a ambos hermanos durante la década siguiente. Lucio enloqueció y murió alrededor del año 56 a.C. Su afligido hermano Marco lo enterró en la propiedad que la familia tenía en la campiña cercana a Roma y, poco después, murió.

Después de su frustrante servicio a las órdenes de Gelio, en el año 72 a.C., la vida de Catón el Joven osciló entre la grandeza y la tragedia. Se convirtió en el último miembro destacado de la vie-

ja guardia en la república tardía; nadie defendía los privilegios del Senado con mayor firmeza. A pesar de que desconfiaba de Pompeyo, Catón detestaba a César, así que luchó a favor de Pompeyo en la guerra civil que estalló en el año 49 a.C. Tras servir en Sicilia, Épiro y Asia Menor, en 46 a.C. Catón acabó en África del norte, donde César lo derrotó y perdonó. Catón prefirió suicidarse. Al igual que Espartaco, su nombre se hizo legendario. Catón sobrevive como un símbolo de virtud republicana.

Los rebeldes tracios continuarían alzándose en armas contra Roma hasta un siglo después de la muerte de Espartaco. Estallaron grandes revueltas en el año 11 a.C., y 11 y 26 d.C., lo que obligó a Roma a enviar las legiones. Finalmente, en el año 46 d.C., Roma se anexionó formalmente Tracia, que hasta entonces había sido un estado cliente, como provincia. Seis años después, un tracio de la tribu de los besos recibió la ciudadanía romana como recompensa a su leal servicio en la marina romana, donde había sido marinero durante veintiséis años. Se llamaba Espartaco, o, mejor dicho y empleando la variante gráfica de su registro de ciudadanía, Sparticus. Sparticus el asimilado, nada que ver con el gladiador. Aunque también el gran rebelde sirvió una vez a Roma; si el destino hubiera ido por otros derroteros, quizás Espartaco hubiera avanzado hacia la ciudadanía romana en el año 73 a.C. en lugar de alzarse en rebelión. Pero Roma era una sociedad mucho más abierta en 52 d.C. que lo que lo había sido ciento veinticinco años antes.

Nuestra historia termina a la sombra del Vesubio. En el año 14 d.C., un anciano agoniza justo al oeste del Vesubio, al pie de la montaña o quizás en su ladera: en cualquier caso, dentro del territorio de la ciudad italiana de Nola. Pidió un espejo, hizo que peinaran sus cabellos y que le afeitaran sus temblorosas mejillas. Rodeado por sus amigos, preguntó con ingenio si había cumplido bien su parte en la comedia de la vida. Demostró una frialdad ante el rostro de la muerte que un gladiador habría envidiado

para sí. Pero no era un gladiador: era el hombre más importante de Roma, el «padre de su país», como lo llamaba el Senado. Cayo Julio César Octaviano, más conocido como Augusto, el primer emperador de Roma. Mientras Augusto salía de escena, Espartaco le hizo una reverencia.⁶

Nola está ubicada a los pies del monte Vesubio. Cuando Espartaco y sus hombres bajaron de su cima en el año 73 a.C., maltrataron el territorio de Nola. Mientras yacía agonizante, parece poco probable que Augusto hubiera dedicado su atención a la historia local. Pero en realidad Augusto tenía razones para mirar hacia la cima y pensar en los esclavos que una vez dominaron la montaña. Sin ellos, nunca se hubiera convertido en emperador.

De joven, Augusto tenía el título honorífico de Turino, «el hombre de Turi». Las fuentes no se ponen de acuerdo en cuanto al origen de este título, pero la explicación más verósil es un recuerdo de su padre. El padre de Augusto era Cayo Octavio, el hombre que había acabado con los nidos de los últimos seguidores de Espartaco en los alrededores de Turi en el año 60 a.C. Si Octavio padre hubiera vivido, habría conseguido sin duda otros títulos. Como gobernador de Macedonia, consiguió una aplastante victoria sobre los rebeldes tracios; fue en el camino de regreso a Roma, en el año 58 a.C., para proclamar su triunfo, donde sufrió una muerte prematura. Su hijo se vio privado del derecho a presumir de tener un *pater triumphator*, pero tenía permiso para llamarse «Turino». No es exactamente un honor militar de primer grado, pero el título recordaba el mejor momento de Octavio padre.

El hijo comenzaría su carrera con un título honorífico vinculado a su nombre. Irónicamente, el matrimonio de su padre resultó incluso más provechoso para su hijo que su éxito militar, pues Octavio se había casado con la sobrina de Julio César. César adoptaría al muchacho, y el joven Turino crecería hasta convertirse en César Octaviano, y después Augusto.

Sin embargo, puede que el astuto Augusto tuviese en cuenta lo mucho que le debía a Espartaco, al menos de manera indirecta. La rebelión de Espartaco había contribuido al final de la república y al nombramiento de Augusto como emperador. Como han apuntado los eruditos, Espartaco tuvo más importancia simbólica que real en la historia de la república romana tardía. Aun así, los símbolos tienen su importancia. Si los romanos pidieron orden a voces y se sometieron por voluntad propia a la dictadura, fue en parte a causa del poder simbólico de Espartaco.

Principales protagonistas

ARRIO, QUINTO. Como propretor en el año 72 a.C., Arrio sirvió bajo las órdenes del cónsul Gelio.

BATIATO (Véase Vatia).

CÁNICO (también conocido como Gánico). Comandante celta de un ejército rebelde escindido que fue derrotado por Craso en Lucania, en el año 71 a.C.

CASTO. Comandante celta de un ejército rebelde escindido que fue derrotado por Craso en Lucania, en el año 71 a.C.

CATÓN, MARCO PORCIO, o CATÓN *EL JOVEN* (95-46 a.C.). Luchó contra Espartaco a las órdenes del cónsul Gelio en el año 72 a.C.

CÉSAR, JULIO (100-44 a.C.). El famoso estadista romano hace una referencia velada a la revuelta de Espartaco en su obra *La guerra de las Galias*.

CICERÓN, MARCO TULIO (106-43 a.C.). Hace varias referencias a Espartaco, en especial en sus discursos contra el antiguo gobernador de Sicilia, Verres.

CRASO, MARCO LICINIO (muerto en el año 53 a.C.). General romano que, como comandante de una misión especial, derrotó a Espartaco.

CRISO (muerto en el año 72 a.C.). Gladiador celta y compañero de Espartaco como cabecilla de la revuelta contra Roma.

ENOMAO. Gladiador celta y uno de los cabecillas originales de la revuelta, murió al principio de la rebelión.

ESPARTACO (muerto en el año 71 a.C.). Tracio, soldado auxiliar romano, bandido y gladiador, Espartaco fue el líder de la más famosa revuelta de esclavos de la Antigüedad durante dos años (73-71 a.C.) en Italia.

GELIO, LUCIO (*ca.* 136-50s a.C.). Cónsul en el año 72 a.C. que sufrió una humillante derrota en batalla a manos de Espartaco.

GLABRO, CAYO CLAUDIO. Pretor derrotado por Espartaco en el monte Vesubio en el año 72 a.C.

HERACLEO. Pirata, cuyo centro de actividad era Sicilia, que humilló a Verres al entrar navegando en el Gran Puerto de Siracusa delante de sus narices.

LÉNTULO, CNEO CORNELIO CLODIANO. Cónsul en el año 72 a.C., fue derrotado en batalla por Espartaco.

LÚCULO, LUCIO (118-56 a.C.). Destacado estadista romano y comandante vencedor de Mitrídates entre 73 y 66 a.C.

LÚCULO, MARCO. Cónsul en el año 73 a.C., gobernador de Macedonia, vencedor de la tribu tracia de los besos, se le pidió que volviera a Italia para ayudar a derrotar a Espartaco. Hermano de Lucio.

MITRÍDATES (120-63 a.C.). Rey de Ponto, encabezó una grave y prolongada revuelta contra Roma con la que Espartaco, o al menos algunos de sus seguidores, simpatizaba.

MUJER TRACIA. Compañera de Espartaco cuyo nombre no ha sobrevivido, era una profetisa de Dioniso que predicaba la misión de Espartaco.

MUMMIO. Oficial a las órdenes de Craso, fue derrotado por Espartaco en el año 72 a.C.

OCTAVIO, CAYO. Padre del emperador Augusto, derrotó a los últimos seguidores de Espartaco en el año 60 a.C.

POMPEYO o CNEO POMPEYO MAGNO (106-48 a.C.). Uno de los dos estadistas romanos destacados de su generación. Pompe-

yo derrotó a Sertorio en Hispania, y se le pidió que volviera a Italia para ayudar a derrotar a Espartaco.

PUBLIPOR. «El chico de Publio» se unió a la rebelión de Espartaco y guió a los esclavos a través de Lucania.

SERTORIO, QUINTO (ca. 126-73 a.C.). General romano renegado y brillante soldado de guerrilla, dirigió una rebelión que duró una década en Hispania.

VARINIO, PUBLIO. Pretor en el año 73 a.C., Varinio sufrió varias derrotas frente a Espartaco, incluyendo una en la que perdió su caballo y casi la vida.

VATIA, CNEO CORNELIO LÉNTULO. Probable nombre del hombre llamado también Batiato, fue el empresario de gladiadores propietario de Espartaco en la época de su revuelta.

VERRES, CAYO (muerto en el año 43 a.C.). Presentado como un infame por Cicerón a causa de su corrupción mientras era gobernador de Sicilia; es probable que Verres protegiera la isla frente al posible desembarco de Espartaco.

Nota sobre las fuentes

Lo que sigue es una descripción de los principales trabajos empleados para escribir este estudio y una guía para profundizar en el tema. No es una lista completa de referencias, sino una muestra representativa de los estudios en lengua inglesa. Incluyo un par de trabajos en otros idiomas que me han parecido esenciales, pero se han omitido muchos excelentes estudios en francés, alemán e italiano.

El libro de referencia indispensable para los clásicos y la historia antigua es *The Oxford Classical Dictionary*, tercera edición (Oxford, Oxford University Press, 1999). Se pueden encontrar excelentes mapas del mundo antiguo en Richard J. A. Talbert, ed., *The Barrington Atlas of the Ancient Greco-Roman World* (Princeton, Princeton University Press, 2000).

Espartaco

La mejor obra para empezar es la excelentemente editada colección y traducción de Brent Shaw de los principales documentos de la revuelta, *Spartacus and the Slave Wars* (Boston, Bedford/St. Martins, 2001). El libro también incluye los principales documentos de las dos revueltas de esclavos sicilianas, así como otros alzamientos de esclavos romanos; ofrece, además, un magnífico ensayo introductorio. *Spartacus* (London, Bristol Classical Press, 2004), de Theresa

Urbainczyk, ofrece una visión general concisa y prudente. *Spartacus: The Myth and the Man* (Stroud, Sutton, 2006), de M. J. Trow, es una obra de fácil lectura para el profano. *Slavery and Rebellion in the Roman World, 140 a. C. - 70 a. C.* (Bloomington, Indiana University Press, 1989), de Keith Bradley, contiene un capítulo excepcional sobre Espartaco. *Spartacus: The Leader of the Roman Slaves* (Ashford, F. Maitland, 1963), de F. A. Ridley, es un librito conciso y cierto elaborado por un militante socialista y escritor. Han aparecido varios libros importantes sobre Espartaco en lenguas europeas; dos de los mejores son *Spartacus* (París, Le Club Français du Livre, 1959), de Jean-Paul Brisson, y *Spartaco* (Nápoles, Liguori, 1979), de Antonio Guarino. Guarino considera a Espartaco más un bandido que un héroe; su argumento no convence, pero resulta altamente estimulante. El artículo de enciclopedia considerado modelo en el ámbito académico es «Spartacus» (en alemán), en August Pauly, Georg Wissowa *et al.*, *Paulys Real-encyclopädie der classischen Alterumwissenschaft*, 83 vols. (Stuttgart, 1893-1978), vol. 3 A: columnas 1527-1536 y el volumen suplementario 5, columna 993. Resultan muy valiosas, especialmente en topografía, las obras de Luigi Pareti, en particular su *Storia di Roma e del Mondo Romano III: Dai prodromi della III Guerra Macedonica al «primo triumvirato» (170-59 av. Cr.)* (Turín, Unione Tipografico-Editrice Torinese, 1953), pp. 687-708, y Luigi Pareti con Angelo Russi, *Storia della regione lucano-bruzzia nell' antichità* (Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1997), pp. 459-469.

Las actas de un simposio académico que tuvo lugar en Bulgaria en 1977 contienen muchos ensayos importantes, la mayoría en inglés: Khristo Miloshev Danov y Aleksandur Fol, eds., *SPARTACUS Symposium Rebus Spartaci Gestis Dedicatum 2050 A.: Blagoevgrad, 20-24.IX.1977* (Sofía, Editions De L'Academie Bulgare Des Sciences, 1981). También en 1977, Masaoki Doi, especialista japonés en Espartaco, publicó en inglés una valiosa bibliografía de recursos

académicos sobre Espartaco, pero no resulta fácil encontrar ejemplares: *Bibliography of Spartacus' Uprising, 1726-1976* (Tokyo, 1977).

Las evidencias antiguas sobre Espartaco resultan muy insuficientes. Todas las fuentes griegas y latinas están recopiladas en un lugar, en sus lenguas originales, en Giulia Stampacchia, *La Tradizione della Guerra di Spartaco di Sallusto a Orosio* [*La tradición de la guerra de Espartaco desde Salustio a Orosio*] (Pisa, Giardini, 1976), que además ofrece (en italiano) un cuidadoso y mesurado estudio de la narración de la revuelta tal como se ve a través de las distintas fuentes. La obra antigua más importante acerca de Espartaco fue probablemente las *Historias* de Cayo Salustio Crispo, más conocido como Salustio (86-35 a.C.). Político fracasado que comandó una legión para Julio César, Salustio era un adolescente en la época de la guerra de Espartaco. Escribió largo y tendido sobre el tracio en sus *Historias* y, a juzgar por lo que se ha conservado de su trabajo, lo hizo con mordacidad, pero sólo nos han llegado fragmentos. La edición latina básica es B. Maurenbrecher, *C. Sallusti Crispi Historiarum Reliquae*, vol. 2, *Fragmenta* (Leipzig, Teubner, 1893). Para una excelente traducción y comentario histórico sobre los fragmentos supervivientes de las *Historias* de Salustio, véase Patrick McGushin, *Sallust: The Histories: Translated with Introduction and Commentary*, 2 vols. (Oxford, Clarendon, 1992-1994).

El gran historiador romano Tito Livio, o Livio (59 a.C.-17 d.C.), también escribió sobre Espartaco, pero esa sección de su obra sólo sobrevive en un sumario esbozado, escrito probablemente siglos después.

Las dos historias más completas sobre la revuelta de Espartaco que han sobrevivido desde la Antigüedad son de Plutarco (ca. 40s-120s d.C.) y Apiano (ca. 90s-160s d.C.). Resultan útiles, pero son problemáticas. Ambos escritores eran griegos y se habían movido en los círculos del gobierno en el apogeo de la paz romana. Ambos escribieron sobre el pasado de Roma, consiguiendo su in-

formación de escritos anteriores que ya no sobreviven, y cada uno preservó detalles importantes. Pero Apiano condensaba sus fuentes de manera imperfecta, y Plutarco se preocupaba menos de la historia que de la biografía. Su relato sobre Espartaco, por ejemplo, es sólo una sección de su biografía del vencedor de Espartaco, Marco Licinio Craso. Plutarco tiene el hábito exasperante de sacrificar la narrativa a una buena moraleja. ¡Y es nuestra mejor fuente única sobre Espartaco! No obstante, era cuidadoso y sofisticado, y un lector cauto puede sacar mucho de él. Hay un importante comentario histórico en italiano en M. G. Bertinelli Angeli *et al.*, *Le Vite di Nicia e di Crasso* (Verona, Fondazione Lorenzo Vallo: A. Mondadori, 1993). Se puede encontrar un excelente comentario histórico sobre Apiano en Emilio Gabba, *Appiani: Bellorum Civilium Liber Primus* (Florenca, La Nuova Italia Editrice, 1958).

Otros escritores romanos y griegos proporcionan datos importantes sobre Espartaco, todos provenientes, con mayor o menor precisión, de historias anteriores. Los más importantes de ellos son Veleyo Patérculo (ca. 20 a.C.-30s d.C.), Frontino (ca. 30-104 d.C.), Floro (ca. 100-50 d.C.) y Orosio (ca. 380s-420s d.C.). Un importante estudio de Floro sobre Espartaco está en H. T. Wallinga, «Bellum Spartacium: Floru's Text and Spartacus's Objective», *Athenaeum*, 80 (1992), pp. 25-43. Cicerón vivió, ya adulto, la revuelta de Espartaco y se refirió a ella en varios de sus discursos, más en particular en sus discursos contra Verres, especialmente en el Discurso 6 (también conocido como II, 5). Hay traducción inglesa, de Michael Grant, de este discurso en Cicerón, *On Government* (Hardmondsworth, Penguin, 1994; Cicerón, *Sobre la República*, Madrid, Gredos, 1991), 13-105. Para una visión general, véase M. Doi, «Spartacus' uprising in Cicero's works», *Index*, 17 (1989), pp. 191-203.

Dos brillantes pero especulativos y, al fin, poco convincentes estudios argumentan que la revuelta de Espartaco fue ante todo

nacionalista y antirromana, más que una revuelta de esclavos: W. Z. Rubinsohn, «Was the Bellum Spartacium a Servile Insurrection?», *Rivista di Filologia*, 99 (1971), pp. 290-299, y Pierre Piccinin, «Les Italiens dans le 'Bellum Spartacium'», *Historia*, 53, n.º 2 (2004), pp. 173-199. Véase también Piccinin, «À propos de deux passages des œuvres de Salluste et Plutarque», *Historia*, 51, n.º 3 (2002), pp. 383-384, y Piccinin, «Le dionysisme dans le Bellum Spartacium», *Parola del Passato*, 56, n.º 319 (2001), pp. 272-296.

★ ★ ★

Los siguientes son estudios importantes sobre aspectos específicos de la historia de la revuelta de Espartaco: R. Kamienik, «Die Zahlangaben ueber des Spartakus-Aufstand und ihre Glaubwuerdigkeit», *Altertum*, 16 (1970), pp. 96-105, sobre el número de rebeldes en varios momentos de la revuelta; K. Ziegler, «Die Herkunft des Spartacus», *Hermes*, 83 (1955), pp. 248-250, sobre la posibilidad de que Espartaco fuese medo; M. Doi, «The origins of Spartacus and the anti-Roman struggle in Thracia», *Index*, 20 (1992), pp. 31-40, sobre la influencia del sustrato tracio en Espartaco; G. Stampacchia, «La rivolta di Spartaco come rivolta contadina», *Index*, 9 (1980), pp. 99-111, sobre el carácter rural de los seguidores de Espartaco; C. Pellegrino, *Ghosts of Vesuvius: A New Look at the Last Days of Pompeii, How Towers Fall, and Other Strange Connections* (Nueva York, Morrow, 2004), pp. 147-166, sobre la estancia de Espartaco en el monte Vesubio; E. Maróti, «De suppliciis: Zur Frage der sizilianischen Zusammenhänge des Spartacus-Aufstandes», *Acta Antiquae Hungariae*, 9 (1961), pp. 41-70, sobre los planes de Espartaco para cruzar a Sicilia; Maria Capozza, «Spartaco e il sacrificio del cavallo (Plut. Crass. 11, 8-9)», *Critica Storica*, 2 (1963), pp. 251-293, sobre el sacrificio de un caballo que hizo Espartaco durante su última batalla. Allen Mason Ward, *Marcus Crassus and the Late*

Roman Republic (Columbia, University of Missouri Press, 1977), esp. pp. 83-98, capítulo 4, «The War with Spartacus», ofrece un estudio fundamental de los cruciales últimos seis meses de la guerra.

Los siguientes títulos bastan para explicar el tema que tratan: R. Kamienik, «Gladiatorial games during the funeral of Crixus: Contribution to the revolt of Spartacus», *Eos*, 64 (1976), pp. 83-90; M. Doi, «Why did Spartacus stay in Italy?», *Antiquitas: Acta Universitatis Wratislaviensis*, 598 (1983), pp. 15-18; M. Doi, «On the Negotiations between the Roman State and the Spartacus Army», *KLIO*, 66 (1984), pp. 170-174; M. Doi, «Female slaves in the Spartacus Army», en Marie-Madeleine Mactoux y Évelyne Geny, eds., *Mélanges Pierre Lévêque, II: Anthropologie et Société*, Annales litter. de l'Univ. de Besançon, 377; Centre de rech. d'histoire anc., 82 (París, Les Belles Lettres, 1989), pp. 161-172; R. M. Sheldon, «The Spartacus Rebellion: A Roman Intelligence Failure?», *International Journal of Intelligence and Counterintelligence* 6, n.º 1 (1993), pp. 69-84. También son valiosos B. Baldwin, «Two Aspects of Spartacus's Slave Revolt», *Classical Journal*, 62 (1966-1967), pp. 288-294 y J. Scarborough, «Reflections on Spartacus», *Ancient World*, 1, n.º 2 (1978), pp. 75-81.

El estudio sobre el fresco de «SPARTAKS» comienza con la publicación del arqueólogo italiano Amadeo Maiuri, *Monumenti della pittura antica scoperti in Italia; Sezione terza; La pittura ellenistica romana; fasc. 2. Le pitture delle case di «M. Fabius Amandio», del «Sacerdos amandus» e di «P. Cornelius Teges» (reg. I, ins. 7)* (Roma, La Libreria dello Stato, 1938). Jerzy Kolendo aboga por el escepticismo en «Uno spartaco sconosciuto nella Pompei osca: Le pitture della casa di Amando», *Index*, 9 (1980), pp. 33-40, y en «Spartacus sur une peinture osque de Pompei: Chef de la grande insurrection servile ou un gladiateur inconnu originaire de la Thrace?», *Antiquitas: Acta Universitatis Wratislaviensis*, 10 (1983), pp. 49-53. Fabrizio Pesando sopesa posibles cambios en la arquitectura del edificio en que se

encontró el fresco en «Gladiatori a Pompei», en Adriano La Regina, ed., *Sangue e Arena* (Milán, Electa, 2001), pp. 175-198. Una prudente vista general en inglés sobre el debate puede encontrarse en A. van Hoof, «Reading the Spartaks fresco without red eyes», en Stephan T. A. M. Mols y Eric Moormann, eds., *Omni pede stare: Saggi architettonici e circumvesuviani in memoriam Jos de Waele* (Nápoles, Electa Napoli y Ministeri per i Beni e le Attività Culturali, 2005), pp. 251-256.

Espartaco en narrativa, cine e ideología

Brent D. Shaw ofrece una excelente visión general sobre Espartaco en la cultura occidental antes de Marx, en los siglos XVIII y XIX, con una proyección hacia el presente, en «Spartacus Before Marx: Liberty and Servitude», *Princeton/Stanford Working Papers in Classics*, versión 2.2, noviembre de 2005, <http://www.princeton.edu/~pswpc/pdfs/shaw/110516.pdf>. Sobre estudios marxistas acerca de Espartaco en la Unión Soviética, véase Wolfgang Zeev Rubinsohn, *Spartacus' Uprising and Soviet Historical Writing* (Oxford, Oxbow, 1987).

Hay tres novelas en inglés del siglo XX sobre Espartaco: Lewis Grassic Gibbon, *Spartacus* (Nueva York, Pegasus, 2006), cuya primera edición es de 1933; Arthur Koestler, *The Gladiators*, trad. Edith Simon (Nueva York, Macmillan, 1939; hay traducción española: *Los gladiadores*, Barcelona, Edhasa, 1993), obra de un ex comunista desilusionado que ve en la revuelta de Espartaco los excesos de la revolución; y la famosa obra de Howard Fast, *Spartacus*, 1951, reeditada en 1996 por North Castle Books (Armonk, N. Y.; hay traducción española: *Espartaco*, Barcelona, Edhasa, 2003), con un breve ensayo introductorio de Fast sobre sus experiencias como comunista norteamericano en la era McCarthy.

Está disponible en DVD la película de Stanley Kubrick de 1960 en distintas versiones; la versión de Criterion Collection es la mejor. También en DVD se puede encontrar una nueva versión de 2004, «Spartacus. The Complete TV Miniseries». Fascinante y entretenida resulta la colección de ensayos sobre la película de Kubrick de Martin M. Winkler, *Spartacus: Film and History* (Malden y Oxford, Blackwell, 2007).

El ballet *Spartacus*, de Khachaturian, con coreografía de Yuri Grigorovich y representación del ballet Bolshoi, está disponible en DVD. El DVD de la versión Arthaus, de 1990, una de las dos en las que aparece Irek Mukhamedov como Espartaco, es probablemente el mejor. También hay grabaciones sólo de la música.

Entre los documentales sobre Espartaco, están *The Real Spartacus*, una producción de 2001 de Britain's Channel 4; *Decisive Battles. Spartacus*, de History Channel, 1994, se puede encontrar en DVD; y *Spartacus, Gladiator War*, de National Geographic, 2006.

Roma y los romanos

Un buen libro de texto introductorio es Mary T. Boatwright, Daniel J. Gargola y Richard Talbert, *The Romans* (Nueva York, Oxford University Press, 2004). En *The Roman Republic*, 2.^a ed. (Cambridge, Harvard University Press, 1993), Michael Crawford ofrece un breve e incisivo análisis académico. Una visión general eficaz y accesible es Philip Matyszak, *Chronicle of the Roman Republic* (Londres, Thames & Hudson, 2003). Una alternativa clásica y más detallada es Thomas Rice Holmes, *The Roman Republic and the Founder of the Empire*, 3 vols. (Oxford, Clarendon, 1923). Hay excelentes ensayos introductorios en Nathan Rosenstein y Robert Morstein-Marx, *A Companion to the Roman Republic* (Malden y Oxford, Blackwell, 2006).

Tom Holland ofrece un vigoroso relato de las décadas finales de la república romana en *Rubicon: The Last Years of the Roman Republic* (Nueva York, Anchor, 2005; hay traducción española: *Rubicon*, Barcelona, Planeta, 2005). Una introducción erudita es Mary Beard y Michael Crawford, *Rome in the Late Republic: Problems and Interpretations*, 2.^a ed. (Londres, Duckworth, 1999). Un indispensable análisis académico de la política romana en aquellos años es el de Erich S. Gruen, *The Last Generation of the Roman Republic* (Berkeley, University of California Press, 1974).

El libro de referencia esencial para el funcionariado romano es el de T. Robert S. Broughton, con la colaboración de Marcia Patterson, *The Magistrates of the Roman Republic: Problems and Interpretations*, 2 vols. (Nueva York, American Philological Association, 1951-1952). Véase también T. Corey Brennan, *The Praetorship in the Roman Republic* (Oxford, Oxford University Press, 2000).

Sobre la economía de la Italia tardorrepública, véase Neville Morley, *Metropolis and Hinterland: The City of Rome and the Italian Economy, 200 B.C.–A.D. 200* (Cambridge, Cambridge University Press, 1996), y Nathan Rosenstein, *Rome at War: Farms, Families and Death in the Middle Republic* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2004).

Sobre la demografía de la Italia tardorrepública, véase P.A. Brunt, *Italian Manpower 225 B.C.–A.D. 14* (Oxford, Clarendon Press, 1971); Tim G. Parkin, *Roman Demography and Society* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992); W.W. Scheidel, «Human Mobility in Roman Italy, I: The Free Population», *Journal of Roman Studies*, 94 (2005), pp. 1-26, y «Human Mobility in Roman Italy, II: The Slave Population», *Journal of Roman Studies*, 95 (2005), pp. 65-79.

Sobre los políticos romanos involucrados en la guerra de Espartaco, véase Arthur Keaveney, *Sulla: The Last Republican* (Londres, Routledge, 2005); Arthur Keaveney, «Sulla and Italy», *Critica Stora*,

19 (1982), pp. 499-544; Allen Mason Ward, *Marcus Crassus and the Late Roman Republic*; Frank E. Adcock, *Marcus Crassus, Millionaire* (Cambridge, W. Heffer & Sons, 1966); B. A. Marshall, *Crassus: A Political Biography* (Amsterdam, Adolf M. Hakkert, 1976); B. A. Marshall, «Crassus's Ovation in 71», *Historia*, 21 (1972), pp. 669-673; B. A. Marshall, «Crassus and the Command Against Spartacus», *Athenaeum*, 51 (1973), pp. 109-121; P. Greenhalgh, *Pompey: The Roman Alexander* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1980); Robin Seager, *Pompey the Great: A Political Biography* (Oxford, Blackwell, 2002); Anthony Everitt, *Cicero: The Life and Times of Rome's Greatest Politician* (Nueva York, Random House, 2003; hay traducción española: *Cicerón*, Barcelona, Edhasa, 2007); B. A. Marshall y R. J. Baker, «The Aspirations of Q. Arrius», *Historia*, 24, n.º 2 (1975), pp. 220-321; I. Shatzman, «Four Notes on Roman Magistrates», *Athenaeum*, 46 (1968), pp. 345-354.

Sobre Sertorio, véase Philip O. Spann, *Quintus Sertorius: Citizen, Soldier, Exile* (Fayetteville, University of Arkansas Press, 1976); Christoph F. Konrad, *Plutarch's Sertorius: A Historical Commentary* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994). Sobre Mitrídates, véase Adrienne Mayor, *Mithridates* (Princeton, Princeton University Press, de próxima publicación).

Otros estudios valiosos incluyen Mary Beard, *The Roman Triumph* (Cambridge, Harvard University Press, 2007; hay traducción española: *El triunfo romano: una historia de Roma a través de la celebración de sus victorias*, Barcelona, Crítica, 2008); John Percival, *The Roman Villa: An Historical Introduction* (Londres, B. T. Batsford, 1976); James S. Ackerman, *The Villa: Form and Ideology of Country Houses* (Londres, Thames & Hudson, 1990; hay traducción española: *La villa: forma e ideología de las casas de campo*, Madrid, Akal, 1997); Carol Humphrey y Vivian Sutherland, *The Romans in Spain, 217 B.C.-A.D. 117* (Londres, Methuen, 1939); John S. Richardson, *The Romans in Spain* (Oxford, Black-

well, 1996); John S. Richardson, *Hispaniae: Spain and the Development of Roman Imperialism, 218-82 BC* (Cambridge, Cambridge University Press, 1986); Wilfried Nippel, *Public Order in Ancient Rome* (Cambridge, Cambridge University Press, 1995).

Gladiadores

Dos recientes introducciones al tema, accesibles y de agradable lectura, son Alison Futrell, *The Roman Games* (Oxford, Blackwell, 2006) y Fik Meijer, *The Gladiators: History's Most Dangerous Sport* (Nueva York, St. Martin's, 2003). Susanna Shadrake, *The World of the Gladiator* (Stroud, Tempus, 2005), ofrece reconstrucciones de combates de gladiadores, igual que lo hace Marcus Junkelmann, *Das Spiel mit dem Tod: So kämpften Roms Gladiatoren* (Mainz am Rhein, Von Zabern, 2000); el último está en alemán, pero sus excelentes fotos hablan por sí mismas. Un resumen en inglés de algunas ideas de Junkelmann puede encontrarse en Marcus Junkelmann, «Familia Gladiatoria: The Heroes of the Amphitheatre», en *Gladiators and Caesars: The Power of Spectacle in Ancient Rome*, Eckart Koehne y Cornelia Ewigleben, eds., versión inglesa publicada por R. Jackson (Berkeley, University of California Press, 2000), pp. 31-74; véase también M. Junkelmann, «Gladiatorial and Military Equipment and Fighting Technique: A Comparison», *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 11 (2000), pp. 113-117.

Karl Grossschmidt y Fabian Kanz, *Gladiatoren in Ephesos: Tod am Nachmittag* (Viena, Österreichisches Archäologisches Institut, 2002), reúnen los importantes descubrimientos de un cementerio de gladiadores de Éfeso. Luciana Jacobelli, *Gladiators at Pompeii* (Los Ángeles, John Paul Getty Museum, 2004), se centra en las importantes evidencias del siglo I d.C., pero resulta de mucho interés.

Otros libros valiosos sobre los gladiadores y el lugar que ocu-

paban en la sociedad y la cultura romanas son los de Donald G. Kyle, *Spectacles of Death in Ancient Rome* (Londres y Nueva York, Routledge, 1998); y Thomas Wiedemann, *Emperors & Gladiators* (Londres y Nueva York, Routledge, 1992). Katherine E. Welch teoriza sobre la iniciativa romana tras los primeros anfiteatros de piedra de Campania: Katherine E. Welch, *The Roman Amphitheatre: From Its Origins to the Colosseum* (Nueva York, Cambridge University Press, 2007), junto con un artículo de la misma autora, «The Roman Arena in late-Republican Italy: A new interpretation», *Journal of Roman Archaeology*, 7 (1994), pp. 59-80. Carlin A. Barton, *The Sorrows of the Ancient Romans: The Gladiator and the Monster* (Princeton, Princeton University Press, 1993), resulta especulativo, pero a menudo tiene buenas intuiciones. Sobre los gladiadores en las bandas armadas y como guardaespaldas en la república tardía, véase Andrew Lintott, *Violence in Republican Rome* (Oxford, Oxford University Press, 1999), pp. 83-85.

Esclavos

La mejor introducción a la esclavitud romana es Keith Bradley, *Slavery and Society at Rome* (Cambridge, Cambridge University Press, 1994; hay traducción española: *Esclavitud y sociedad en Roma*, Barcelona, Península, 1998). Véase también su muy minucioso estudio anterior, *Slaves and Masters in the Roman Empire: A Study in Social Control* (Bruselas, Latomus, 1984). El librito de Michael Massey y Paul Moreland, *Slavery in Ancient Rome* (Londres, Bristol Classical Press, 2001), es también un buen inicio. Thomas Wiedemann, *Greek and Roman Slavery* (Londres, Routledge, 1981), es una excelente colección de documentos. J. C. Dumont, *Servus: Rome et l'Esclavage sous la République: Collection de l'École Française de Rome*, 103 (Roma, École Française de Rome, 1987), resulta fundamental

para la esclavitud durante la república. Dos importantes estudios introductorios son John Bodel, «Slave Labour and Roman Society», en Keith Bradley y Paul Cartledge, eds., *The Cambridge World History of Slavery*, vol. 1 (Cambridge, Cambridge University Press, 2008), y Willem Jongman, «Slavery and the growth of Rome: The transformation of Italy in the second and first centuries BCE», en Catherine Edwards y Greg Woolf, eds., *Rome the Cosmopolis* (Cambridge, Cambridge University Press, 2003), pp. 100-122.

Moses I. Finley, *Ancient Slavery and Modern Ideology* (Princeton, Markus Wiener, 1998; hay traducción española: *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona, Crítica, 1982), es un debate esencial sobre el problema de la esclavitud en el mundo clásico. Véase también Joseph Vogt, *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, trad. de Thomas Wiedermann (Cambridge, Harvard University Press, 1975); Keith Hopkins, *Conquerors and Slaves* (Cambridge, Cambridge University Press, 1978; hay traducción española: *Conquistadores y esclavos*, Barcelona, Edicions 62, 1981); Niall McKeown, *The Invention of Ancient Slavery*, Duckworth Classical Essays (Londres, Duckworth, 2007).

F. Hugh Thompson, *The Archaeology of Greek & Roman Slavery* (Londres, Duckworth, 2003), resulta valioso, pero queda aún mucho trabajo por hacer sobre este tema. Véase Jane Webster, «Archaeologies of Slavery and Servitude: Bringing 'New World' Perspectives to Roman Britain», *Journal of Roman Studies*, 89 (1999), pp. 62-75, y W. Scheidel, «Quantifying the Sources of Slaves in the Early Roman Empire», *Journal of Roman Studies*, 87 (1997), pp. 156-169.

Sobre el tráfico de esclavos romano, véase John Bodel, «Caveat emptor: Towards a Study of Roman Slave Traders», *Journal of Roman Archaeology*, 18 (2005), pp. 181-195, y el debate que tiene lugar en obras como W.V. Harris, «Demography, Geography and the Sources of Roman Slaves», *Journal of Roman Studies*, 89 (1999), pp. 62-75, y W. Scheidel. «Quantifying the Sources of Slaves in the Early Roman Empire», *Journal of Roman Studies*, 87 (1997), pp. 156-169.

Revueltas y resistencia

Hay una excelente introducción al tema en Bradley, *Slavery and Rebellion in the Roman World, 140 B.C.-70 B.C.* Véase también Theresa Urbainczyk, *Slave Revolts in Antiquity* (Stocksfield, Acumen, 2008). Aunque se centra en Grecia y no en Roma, se puede encontrar un debate seminal en Paul Cartledge, «Rebels and Sambos in Classical Greece: A Comparative View», en sus *Spartan Reflections* (Londres, Duckworth, 2001), pp. 127-152. *Spartacus and the Slave Wars*, la obra de Brent Shaw ya citada, ofrece traducciones de las principales fuentes y un valioso ensayo introductorio. También resulta útil Zvi Yavetz, *Slaves and Slavery in Ancient Rome* (New Brunswick, Transaction, 1988). Wolfgang Hoben, *Terminologische Studien zu den Sklavenerhebungen der römischen Republik* (Wiesbaden, Steiner, 1978), es un importante estudio sobre la terminología de la revuelta empleada en las fuentes antiguas. Sobre la Primera Guerra Servil Siciliana, véase P. Green, «The First Sicilian Slave War», *Past and Present*, 22 (1962), pp. 87-93. Sobre las revueltas de Sicilia, véase también G. P. Verbrugghe, «Sicily 210-70 B.B.: Livy, Cicero and Diodorus», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 103 (1972), pp. 535-559, y G. P. Verbrugghe, «Slave rebellion or Sicily in revolt?», *Kokalos*, 20 (1974), pp. 46-60.

Thomas Grünewald ha escrito un fascinante estudio en *Bandits in the Roman Empire: Myth and Reality*, trad. de John Drinkwater (Londres y Nueva York, Routledge, 2004).

Arte de la guerra

Adrian Goldsworthy ofrece una concisa introducción al arte romano de la guerra en *Roman Warfare* (Nueva York, Smithsonian,

1999). Su *The Complete Roman Army* (Londres y Nueva York, Thames & Hudson, 2003; hay traducción española: *El ejército romano*, Madrid, Akal, 2005) se trata de una completa vista general de las legiones y los auxiliares. Para un estudio más profundo, véase su *The Roman Army at War, 100 B.C.-A.D. 200* (Oxford, Clarendon, 1996). Peter Connolly, *Greece and Rome at War* (Londres, Greenhill, 2006), ofrece magníficas ilustraciones y solidez histórica. Catherine Gilliver, *The Roman Art of War* (Charleston, Tempus, 1999), ofrece un detallado análisis. Philip Sabin, *Lost Battles: Reconstructing the Great Clashes of the Ancient World* (Londres, Hambledon Continuum, 2008), combina los juegos de estrategia y la erudición para reconstruir el campo de batalla antiguo. Véase también el importante artículo de Sabin, «The Face of Roman Battle», *Journal of Roman Studies*, 90 (2000), pp. 1-17.

Estudios valiosos sobre logística, equipamiento, orden de marcha y disciplina romanas son M. C. Bishop y J. C. N. Coulston, *Roman Military Equipment from the Punic Wars to the Fall of Rome* (Londres, B. T. Batsford, 1993); Jonathan Roth, *The Logistics of the Roman Army at War (264 B.C.-A.D. 235)* (Leiden, Brill, 1999).

Sobre la piratería en el Mediterráneo romano, véase Philip De Souza, *Piracy in the Graeco-Roman World* (Cambridge, Cambridge University Press, 1999), y el aún válido Henry Arderne Ormerod, *Piracy in the Ancient World: An Essay in Mediterranean History* (Liverpool, University Press of Liverpool, 1924).

Sobre el ideal romano del combate cuerpo a cuerpo, véase S. P. Oakley, «Single Combat in the Roman Republic», *Classical Quarterly*, 35, n.º 2 (1985), pp. 392-410. Véanse también las estimulantes afirmaciones de J. E. Lendon en *Soldiers and Ghosts: A History of Battle in Classical Antiquity* (New Haven, Yale University Press, 2006), en especial pp. 172-232.

Sobre el arte «bárbaro» de la guerra, véase Christopher Webber, *The Thracians 700 B.C.-A.D. 46* (Oxford, Osprey, 2001); Stephen

Allen, *Celtic Warrior, 300 B.C.-A.D. 100: Weapons, Armour, Tactics* (Oxford, Osprey Military, 2001); J.-L. Brunaux, *Guerre et Religion en Gaule: Essai D'Anthropologie Celtique* (París, Editions Errance, 2004); Daithí Ó Hogáin, *Celtic Warriors: The Armies of One of the First Great Peoples in Europe* (Nueva York, St. Martin's, 1999).

Sobre la guerra de guerrillas y la contrainsurgencia, véase Robert B. Asprey, *War in the Shadows: The Guerrilla in History*, vol. 1 (Garden City, Doubleday, 1975); Robert Taber, *War of the Flea: The Classic Study of Guerrilla Warfare* (Washington, D.C., Brassey's, 2002), y C. E. Calwell, *Small Wars: Their Principles and Practices*, 3.^a ed., con introducción de Douglas Porch (Lincoln, University of Nebraska Press, 1996).

Tracios, celtas y germanos

Entre las introducciones a los antiguos tracios, se incluyen Ralph F. Hoddinott, *The Thracians* (Londres, Thames & Hudson, 1981); Alexander Fol e Ivan Marazov, *Thrace & the Thracians* (Nueva York, St. Martin's, 1977); L. Casson, «The Thracians», *Metropolitan Museum of Art Bulletin*, 35, n.º 1 (1977), pp. 2-6. N. M. V. de Vries, «De Stellung der Frau in der Thrakischen Gesellschaft», *Dritter Internationaler Thrakologischer Kongress*, 2 (1984), pp. 315-321, resulta fundamental en su acercamiento a las mujeres tracias.

Existe una extensa bibliografía sobre los celtas. Dos buenas introducciones son Barry Cunliffe, *The Ancient Celts* (Oxford, Oxford University Press, 1997), y John Haywood, *Atlas of the Celtic World* (Londres, Thames & Hudson, 2001). Para los documentos, véase Philip Freeman, *War, Women and Druids: Eyewitness Reports and Early Accounts of the Ancient Celts* (Austin, University of Texas Press, 2002). Sobre las mujeres celtas, véase Miranda Green, *Celtic Goddesses: Warriors, Virgins and Mothers* (Londres, British Museum, 195);

Peter Berresford Ellis, *Celtic Women: Women in Celtic Society and Literature* (Londres, St. Edmundsbury, 1995).

Para una introducción a los antiguos germanos, véase Anthony King, *Roman Gaul and Germany* (Berkeley, University of California Press, 1990).

Para cuestiones generales sobre los romanos y los bárbaros, véase Barry W. Cunliffe, *Greeks, Romans, and Barbarians: Spheres of Interaction* (Nueva York, Methuen, 1988); Peter S. Wells, *Beyond Celts, Germans, and Scythians: Archaeology and Identity in Iron Age Europe* (Londres, Duckworth, 2001).

Religión

Mary Beard, John North y Simon Price, *Religions of Rome*, 2 vols. (Cambridge, Cambridge University Press, 1998), es un libro esencial sobre historia y fuentes. Valerie Warrior ofrece una introducción concisa en *Roman Religion* (Cambridge, Cambridge University Press, 2006).

Sobre los aspectos mesiánicos de las revueltas de esclavos romanas, véase N. A. Mashkin, «Eschatology and Messianism in the Final Period of the Roman Republic», *Philosophy and Phenomenological Research*, 10, n.º 2 (1949), pp. 206-228, y P. Masiello, «L'Ideologica Messianica e le Rivolte Servili», *Annali della Facoltà di lettere e filosofia*, 11 (1966), pp. 179-196.

Se puede encontrar un análisis conciso sobre el asunto de las bacanales en 186 a.C. en J. A. North, «Religious Toleration in Republican Rome», *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 25 (1979), pp. 85-103. Véase también P. G. Walsh, «Making a Drama out of a Crisis: Livy on the Bacchanalia», *Greece & Rome*, 43 (1996), pp. 188-203. Un análisis detallado y sofisticado, que introduce una perspectiva arqueológica, es J.-M. Pailler, *Bacchanalia: La*

repression de 186 av. J.-C. à Rome et en Italie (BEFAR 270) (Roma, École Française de Rome, 1988).

Sobre la religión tracia, véase Ivan Marazov, «Tracian Religion», en Alexander Fol e Ivan Marazov, *Thrace & the Thracians* (Nueva York, St. Martin's, 1977), pp. 17-36; S. E. Johnson, «The Present State of Sabazios Research», en H. Temporini y W. Haase, eds., *Aufstieg und Niedergang der roemischen Welt*, vol. 2, n.º 17.3 (1984), pp. 1.583-1.613; Alexander Fol, *The Thracian Dionysos: Book One: Zagreus* (Sofía, St. Kliment Ohridski University Press, 1994); N. Dimitrova, «Inscriptions and Iconography in the Monuments of the Thracian Rider», *Hesperia*, 71, n.º 2 (2002), pp. 209-229.

Sobre la religión celta, véase Jean Louis Brunaux, *The Celtic Gauls: Gods, Rites and Sanctuaries* (Londres, Seaby, 1988); Miranda J. Green, *The World of the Druids* (Londres, Thames & Hudson, 1997); Nora K. Chadwick, *The druids* (Cardiff, University of Wales Press, 1997).

Sobre el uso de Dioniso como símbolo político en el mundo helenístico, véase Walter Burkert, «Bacchic *Téletai* in the Hellenistic Age», en Thomas H. Carpenter y Christopher A. Faraone, eds., *Masks of Dionysus* (Ithaca, Cornell University Press, 1993), pp. 259-275, en especial pp. 259-270.

Sobre la consideración como héroes y los honores divinos a grandes hombres en la República romana tardía, véase Stefan Weinstock, *Divius Julius* (Oxford, Clarendon, 1971), pp. 287-297; Itta Gradel, *Emperor Worship and Roman Religion* (Oxford, Clarendon, 2002), pp. 27-53. Sobre la extendida creencia de que los generales de la República romana recibían inspiración divina, véase J. P. V. D. Balsdon, «Sulla Felix», *Journal of Roman Studies*, 41, n.º 1-2 (1951), pp. 1-10.

Topografía y arqueología italianas

Las introducciones básicas al contexto geográfico italiano de la revuelta de Espartaco incluyen a Timothy W. Potter, *Roman Italy* (Berkeley, University of California Press, 1990); R. Poss Holloway, *The Archaeology of Ancient Sicily* (Londres y Nueva York, Routledge, 2000), y las guías de la serie Blue Guides, como la de Paul Blanchard, *Southern Italy* (Londres, A&C Black, 2004). H. V. Morton, *A Traveller in Southern Italy* (Londres, Methuen, 1969) resulta impresionante al tiempo que entretenido.

R. J. Buck publicó una serie de estudios sobre las antiguas calzadas de Lucania entre 1971 y 1981: R. J. Buck, «The Via Herculia», *Papers of the British School at Rome*, 39 (1971), pp. 66-87; R. J. Buck, «The Ancient roads of eastern Lucania», *Papers of the British School at Rome*, 42 (1974), pp. 46-67; R. J. Buck, «The Ancient roads of southeastern Lucania», *Papers of the British School at Rome*, 43 (1975), pp. 98-117; R. J. Buck, «The Ancient roads of northwestern Lucania and the battle of Numistro», *Parola del Passato*, 36 (1981), pp. 317-347.

Los siguientes estudios regionales y locales resultan de ayuda: sobre la arqueología y la historia de Campania, véase Martin Frederiksen, *Campania* (Hertford, Stephen Austin & Sons, 1984). Sobre Capua, véase Stefano De Caro y Valeria Sampaolo, *Guide of Ancient Capua* (Santa Maria Capua Vetere, Soprintendenza Archeologica delle province di Napoli e Caserta, 2000). Sobre la antigua Lucania, véase Elena Isayev, *Inside Ancient Lucania: Dialogues in History and Archaeology* (Londres, Institute of Classical Studies, University of London, 2007). Un debate breve, pero que arroja cierta luz sobre la era romana republicana en Metaponto es Joseph Voleman Carter, *Discovering the Greek Countryside at Metaponto* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 2006); Antonio De Siena, *Metaponto: Archeologia di una Colonia Greca* (Taranto, Soprintendenza Archeo-

logica della Basilicata, Scorpione Editrice, 2001); Franco Liguori, *Sybaris Tra Storia e Leggenda* (Castrovillari, Bakos, 2004).

Laura Battastini argumenta que la batalla de Espartaco con Léntulo tuvo lugar en los Apeninos toscanos del norte, cerca del pueblo de Léntula, en: *Lentula. La dinastia dei Lentuli Corneli, la guerra di Spartaco e la storia di antichi villaggi dell'Appennino Tosco Emiliano*, 2.^a ed. (Rastignano, Editografica, 2000). R. Luongo abre una ventana sobre el viaje del ejército de Espartaco en la región de los montes Picentinos en R. Luongo, «L'esercito di Spartaco nella regione dei Monti Picentini», *Rassegna Storica Salernita*, 42, n.º 21.1 (2004), pp. 21-32. El estudio de Enzo Greco sobre Espartaco en el estrecho de Mesina resulta iluminador, aunque sin convencer: Enzo Greco, *Spartaco sullo stretto ovvero Le origini di Villa San Giovanni e Fiumara di muro* (Roma, Gangemi Editore, 1999).

Domenico Raso ofrece una teoría verosímil sobre las construcciones militares de Craso en los montes Aspromonte en Domenico Raso, «TINNARIA: Antiche opere militari sullo Zomaro», *Calabria sonosciuta*, 37 (enero-marzo de 1987), pp. 79-102, y Domenico Raso, *Zomaro: La montagna dei sette popoli, tra i misteri della montagna calabrese* (Reggio di Calabria, Laruffa, 2001).

Sobre las calzadas romanas, véase Raymond Chevallier, *Roman Roads*, trad. por N. H. Field (Berkeley, University of California Press, 1976); Ray Laurence, *The Roads of Roman Italy: Mobility and Cultural Change* (Londres y Nueva York, Routledge, 1999); Romolo Agosto Staccioli, *The Roads of the Romans* (Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 2003); Ivana della Portella, Giuseppina Pisani Sartorio, Francesca Ventre, *The Appian Way from its Foundation to the Middle Ages*, trad. del italiano (Los Ángeles, J. Paul Getty Museum, 2004), y A. R. Amarotta, «La Capua-Reggio (e il locus Popilli) nei pressi di Salerno», *Atti della Accademia Pontaniana*, 33 (1984), pp. 289-308.

Una breve pero valiosa introducción a las evidencias arqueológicas de la revuelta de Espartaco se puede encontrar en A. Russi, «La

romanizzazione: il quadro storico», en Dinu Adamesteanu, ed., *Storia della Basilicata, vol. 1: L'Antichità* (Roma, Editori Laterza, 1999), pp. 531-537, y en el mismo volumen, A. Small, «L'occupazione del territorio in età romana», p. 577. Para el grupo de monedas enterrado en Siris, véase A. Siciliano, «Ripostiglio di monete repubblicane da Policoro», *Annali dell'Istituto Italiano di Numismatica*, 21-22 (1974-1975), pp. 103-154. Para el tesoro enterrado en Palmi, en un olivar a 40 kilómetros al norte de cabo Caenys, véase P. G. Guzzo, «Argenteria di palmi in ripostiglio», *Atti e memorie della Società Magna Grecia*, 18-20 (1977-1979), pp. 193-209.

Miscelánea

Sobre el tatuaje en Grecia y Roma, véase P. C. Jones, «Stigma: Tattooing and Branding in Graeco-Roman Antiquity», *Journal of Roman Studies*, 77 (1987), pp. 139-155. Sobre el tatuaje en Tracia, véase A. Mayor, «People Illustrated», *Archaeology*, 52, n.º 2 (marzo-abril de 1999), pp. 54-57.

La mejor introducción a la crucifixión y los romanos es Martin Hengel, *Crucifixion in the Ancient World and the Folly of the Message of the Cross* (Filadelfia: Fortress, 1977). Para una concisa vista general, véase Haim Cohn y Shimon Gibson, «Crucifixion», *Encyclopaedia Judaica*, 2.ª ed., vol. 5, Michael Berenbaum y Fred Skolnik, eds. (Detroit, Macmillan, 2007), pp. 309-310, o J. J. Rousseau y Rami Arav, «Crucifixion», en *Jesus and his World: An Archaeological and Cultural Dictionary* (Filadelfia, Fortress, 1995), pp. 74-78. Sobre las evidencias de cultura material, véase J. Zias, «Crucifixion in Antiquity: The Anthropological Evidence», en www.joezias.com/CrucifixionAntiquity.html, y J. Zias y E. Sekeles, «The Crucified Man from Giv'at ha-Mitvar: a Reappraisal», *Israel Exploration Journal*, 35 (1985), pp. 22-27. Sobre las cuestiones médicas relacio-

nadas con la crucifixión, véase M. W. Maslen y Piers D. Mitchell, «Medical Theories on the cause of death in crucifixion», *Journal of the Royal Society of Medicine*, 99 (2006), pp. 185-188.

Una teoría estimulante, si bien especulativa, sobre el perdurable ciclo de la guerra celta es la de Grady McWhiney, *Attack and Die: Civil War Military Tactics and the Southern Heritage* (Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1981).

Notas

Al citar a autores antiguos, sigo las abreviaturas de la obra de referencia estándar, *The Oxford Classical Dictionary*, 3.^a ed. (Oxford, Oxford University Press, 1999). Sin embargo, cito los títulos de las obras antiguas en su traducción española. Las referencias a los fragmentos de las *Historias* de Salustio provienen de la siguiente edición, a menos que se especifique otra cosa: B. Maurenbrecher, *C. Sallusti Crispi Historiarum Reliquae*, vol. 2, *Fragmenta* (Leipzig, Teubner, 1893).

Introducción

1. Ronald Reagan: en el llamado «Westminster Speech» ante el Parlamento británico en Londres, 8 de junio, 1982, <http://www.heritage.org/Research/Europe/WM106.cfm>.

Capítulo 1 El gladiador

1. Floro, *Epítome*, 2.8.12.
2. Salustio, *Historias*, frg. 3.90.
3. En latín, *ferra acuta*. Véase Markus Junkelmann, «Familia Gladiatoria: The Heroes of the Amphitheatre», en *Gladiators and Caesars*:

The Power of Spectacle in Ancient Rome, Eckart Koehne y Cornelia Ewigleben, eds., versión inglesa editada por Ralph Jackson (Berkeley, University of California Press, 2000), p. 66.

4. Las ruinas de la antigua Capua se encuentran en la ciudad actual de Santa Maria Capua Vetere. La ciudad que hoy es llamada «Capua» era, de hecho, la antigua Casilinum.

5. Estela de Publilio Sátyr, publicada por Theodor Mommsen *et al.*, *Corpus Inscriptionum Latinarum*, 17 vols. (Berlín, 1863-1986), vol. 10, p. 8222.

6. Floro, *Epítome*, 2.87.

7. 2 Macabeos, 12:35.

8. Floro, *Epítome*, 2.8.8.

9. Sosipater Charisius, 1.133 (ed. Keil).

10. Livio, *Historia de Roma*, 42.59.

11. Estrabón, *Geografía*, 4.4.2, traducido por Philip Freeman en *War, Women, and Druids: Eyewitness Reports and Early Accounts of the Ancient Celts* (Austin, University of Texas Press, 2002), pp. 12-13.

12. Diodoro Sículo, 5.25.3-4.

13. André Tchernia, «Italian wine in Gaul at the End of the Republic», en Peter Garnsey, Keith Hopkins y C. R. Whitaker, eds., *Trade in the Ancient Economy* (Berkeley, University of California Press, 1983), pp. 92, 97-98.

14. Dion Casio, frg. 101.

15. Tácito, *Germania*, 14.

16. Dion Casio, 77.10.2.

17. Todos estos ejemplos provienen de un *ludus* anterior en Pompeya y aparecen en Luciana Jacobelli, *Gladiators at Pompeii* (Los Ángeles, John Paul Getty Museum, 2004), pp. 48-49, 65-66.

18. Séneca, *Cartas*, 37.2.

19. Apiano, *Guerras civiles*, 1.116.539.

20. Plutarco, *Craso*, 8.3. Para la traducción del término griego *práotês* como «digno», véase Hubert Martin, Jr., «The Concept of

Prâotês in Plutarch's *Lives*», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 3 (1960), pp. 65-73.

21. Salustio, *Historias*, frg. 98A.

22. Salustio, *Historias*, frg. 98A.

Capítulo 2

La mujer tracia

1. Plutarco, *Craso*, 8.4.

2. El bajorrelieve Kapreilios muestra a dos mujeres y dos niños acompañando a una fila de ocho esclavos que marchan encadenados por el cuello y precedidos por un guardián. Véase J. Kolendo, «Comment Spartacus devint-il esclave», en Chr. M. Danov y And. Fol, eds., *SPARTACUS Symposium Rebus Spartaci Gestis Dedicatum 2050 A.: Blagoevgrad, 20-24.IX.1977*, Sofía, Éditions de l'Académie Bulgar des Sciences, 1981, p. 75, y M. I. Finley, «Marcus Aulus Timotheus, Slave Trader», en *Aspects of Antiquity: Discoveries and Controversies*, 2.^a ed, Nueva York, Penguin, 1977, pp. 154-166.

3. Plutarco, *Craso*, 8.3.

4. En comunicaciones personales, el profesor Harry Greene, de la Universidad de Cornell, y el profesor Luca Luiselli, de la Universidad de Roma.

5. Plutarco, *Craso*, 8.4.

6. Plutarco, *Craso*, 8.4, mss. a, b, c.

7. Plutarco, *Craso*, 8.4, mss. d, e, f.

8. Tácito, *Germania*, 8.

9. Phyllis Mack, *Visionary Women: Ecstatic Prophecy in Seventeenth-Century England*, Berkeley, University of California Press, 1992, p. 17.

10. Columela, *Los trabajos del campo*, 1.8.6.

11. Plutarco, *Vida de Mario*, 17.1-3.

12. Demóstenes, 18.259-260; Alexander Fol e Ivan Marazov, *Thrace and the Thracians*, Nueva York, St. Martin's, 1997, pp. 28-29.
13. Diodoro Sículo, 34.2.46, 36.4.4, con comentarios de Jean Christian Dumont, *Servus: Rome et l'Esclavage sous la République*, Collection de l'École Française de Rome 103, Roma, École Française de Rome, 1987), pp. 263-264.
14. E. Candiloro, «Politica e cultura in Atene da Pidna alla guerra mitridatica», *Studi classici et orientali*, 14 (1965), pp. 153-154 y n. 71.
15. Claudiano, *Guerra gótica*, pp. 155-156.
16. Emilio Gabba, *Appiani: Bellorum Civiliū Liber Primus*, Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1958, pp. 317, cf. 211-212.
17. Frank Driever y Burkhard Medea, «Thoracic Stab Wound Caused by a Grilling Scewer [sic]», *Archiv für Kriminologie*, 211, n.º 5-6 (mayo-junio de 2003), pp. 174-180, http://www.ncbi.nlm.nih.gov/sites/entrez?db=pubmed&cmd=Retrieve&dopt=AbstractPlus&list_uids=12872687.
18. En uno de sus poemas (*Poemas*, 9.253), el hombre de letras tardorromano Sidonio Apolinar (ca. 430-489 d.C.) describe a Espartaco blandiendo una *sica* en una batalla contra los cónsules de Roma.
19. Floro, *Epítome*, 2.8.3.
20. Plutarco, *Craso*, 9.1.
21. Apiano, *Guerras civiles*, 1.116.540.
22. Floro, *Epítome*, 2.8.3.
23. Varrón, *Agricultura*, 1.17.2.
24. Catón, *Sobre la Agricultura*, 144.3.
25. Suetonio, *Vespasiano*, 23.
26. Apiano, *Guerras mitridáticas*, 109.519-20.
27. Horacio, *Odas*, 3.14.14-20.
28. Livio, *Historia de Roma*, 3.16.2.
29. Salustio, *Historias*, frg. 3.93.

Capítulo 3 Los pretores

1. César, *La Guerra de las Galias*, 1.40.6.
2. Plutarco, *Sila*, 18.5.
3. Aulo Gelio, *Noches áticas* 5.6.20, traducido al inglés por Brent D. Shaw, *Spartacus and the Slave Wars: A Brief History with Documents*, Boston, Bedford/St. Martin's, 2001), p. 164.
4. Homero, *Ilíada*, 14.227.
5. *Guerra del Peloponeso*, 2.96.2.
6. Salustio, *Historias*, frg. 3.102.
7. Apiano, *Guerras civiles*, 1.116.541.
8. Tácito, *Germania*, 3.2.
9. El hallazgo está en Ribemont-sur-Ancre. Véase Jean-Louis Bru-naux y Bernard Lambot, *Guerre et Armement chez les gaulois 450-52 av. J.-C.*, París, Éditions Errance, 1987, p. 84.
10. Plutarco, *Craso*, 9.4.
11. Salustio, *Historias*, frg. 3.96A.
12. Salustio, *Historias*, frg. 3.96.
13. Floro, *Epítome*, 2.5.
14. Plutarco, *Craso*, 9.8.
15. Salustio, *Historias*, frg. 3.98A.
16. Salustio, *Historias*, frg. 3.98A.

Capítulo 4 Los guías

1. Salustio, *Historias*, frg. 3.97.
2. Juvenal, *Sátiras*, 8.180; Horacio, *Epístolas*, 2.2.177 sqq., *Epodos* 1.27 sqq.
3. Salustio, *Historias*, frg. 3.98B.

4. Diodoro Sículo, 5.32.5.
5. Estrabón, *Geografía*, 7.2.3.
6. Salustio, *Historias*, frg. 3.98B.
7. Para la ciudad de Ricigliano, véase <http://ricigliano.asmenet.it/> y Piera Carlomagno, ed., *La Provincia di Salerno: Guida Turistica*, Sarno, Edizioni dell'Ippogrifo, 2004, pp. 362-363.
8. Vittorio Bracco, «I materiali epigrafici», en Bruno d'Agostino, ed., *Storia del Vallo di Diano*, vol. 1, *Età Antica*, Salerno: Pietro La-veglia Editore, 1981, p. 256.
9. Salustio, *Historias*, frg. 3.98C.
10. Salustio, *Historias*, frg. 3.98D.
11. R. J. Buck, «The Ancient Roads of Southeastern Lucania», *Papers of the British School at Rome*, 43 (1975), p. 113.
12. Todos los lugares mencionados se hallan dentro de los límites de la antigua Lucania; hoy en día, unos pertenecen a Basilicata y otros a Campania.
13. *Historias*, frg. 3.102.
14. Salustio, *Historias*, frg. 3.99.
15. Salustio, *Historias*, frg. 3.102.
16. Salustio, *Historias*, frg. 3.103.
17. Plutarco, *Craso*, 9.7.
18. Apiano, *Guerras civiles*, 1.116.542.
19. Orosio, *Historias*, 5.24.2.
20. Floro, *Epítome*, 2.8.5.
21. Mediante estudios de polen y semillas, los arqueólogos pueden describir la historia agrícola de Metaponto con un detalle poco frecuente. Véase Joseph Coleman Carter, *Discovering the Greek Countryside at Metaponto*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2006, pp. 242-243, 246-247.
22. Aldo Siciliano, «Herakleia, Acropoli-Tesoretta», en Lucilla de Lachenal, *Da Leukania a Lucania: la Lucania centro-orientale fra Pirro e i Giulio-Claudii: Venosa, Castello Pirro del Balzo, 8 novembre 1992-*

31 marzo 1993 (Roma), Istituto poligrafico e Zecca dello Stato, Libreria dello Stato, 1993, p. 143.

23. Livio, *Historia de Roma*, 29.6, cf. 28.12.

24. Apiano, *Guerras civiles*, 1.117.547.

25. César, *Guerra de las Galias*, 1.40.5.

26. [San] Agustín, *Ciudad de Dios*, 4.5.

27. Floro, *Epítome*, 2.8.1-2.

Capítulo 5

El estoico

1. Plutarco, *Craso*, 9.8.

2. Plutarco, *Craso*, 9.8; Floro, *Epítome*, 1.34.3, 2.8.1-2, 12.

3. Véase, por ejemplo, «acie victi sunt», «fueron derrotados en batalla», Livio, *Períocas*, 96.

4. Plutarco, *Craso*, 9.9. Asumo que la «fuerza germana» mencionada aquí es el ejército de Criso; véase M. G. Bertinelli Angeli *et al.*, *Le Vite di Nicia e di Crasso* (Verona, Fondazione Lorenza Vallo, A. Mondadori, 1993), con comentarios *ad loc.*

5. Orosio, *Historias*, 5.24.2.

6. Cicerón, *Verrinas*, 2.4.42.

7. Cicerón, *Bruto*, 242-43.

8. Ross H. Cowan, «The Clashing of Weapons and Silent Advances in Roman Battles», *Historia*, 56, n.º 1 (2007), pp. 114-117.

9. Horacio, citado sin referencia por John Peddie, *The Roman War Machine*, Stroud (Inglaterra), Sutton, 1996, p. 23.

10. Orosio, *Historias*, 5.24.4.

11. Apiano, *Guerras civiles*, 1.117.544.

12. Plutarco, *Craso*, 9.9.

13. Plutarco, *Craso*, 9.9.

14. Apiano, *Guerras civiles*, 1.116.544.

15. Floro, *Epítome*, 2.8.10.
16. Cicerón, *Sobre la respuesta a los arúspices*, 25.
17. Cicerón, *Sobre la respuesta a los arúspices*, 26.
18. Floro, *Epítome*, 2.8.9; cf. Orosio, *Historias*, 5.24.3.
19. Apiano, *Guerras civiles*, 1.117.544.
20. Timothy M. Karcher, «The Victory Disease», *Military Review* (julio/agosto de 2003), pp. 9-17, http://www.army.mil/prof_writing/volumes/volume1/september_2003/9_03_5.html.
21. Floro, *Epítome*, 2.8.11.
22. Orosio, *Historias*, 5.24.5.
23. Apiano, *Guerras civiles*, 1.117.545.
24. Eutropio, 6.7.2.
25. Otras cifras: 90.000, Veleyo Patérculo, 2.30.6; alrededor de 100.000, Orosio, *Historias*, 19; 120.000, Apiano, *Guerras civiles*, 1.117.545.
26. Salustio, *Historias*, 3.106, según traducción al inglés, con mis enmiendas, de Patrick McGushin, *Sallust: The Histories Translated with Introduction and Commentary*, vol. 2, Oxford, Clarendon Press, 1994, p. 39.
27. Apiano, *Guerras civiles*, 1.117.547.
28. Aulo Gelio, *Noches áticas*, 6.24-26.
29. Aurelio Víctor, *Sobre hombres ilustres*, 66.3.
30. Cicerón, *Cartas a Ático*, 2.1.8.

Capítulo 6

El diezmador

1. Para fotografías y bibliografía, véase <http://viamus.unigoettingen.de/fr/mmdb/d/singleItemView?pos=0&Inventarnummer=A%201452>.

2. Salustio, *Historias*, frg. 4.21, con comentario *ad hoc*.

3. Mao Tse-tung, *On Guerrilla Warfare*, traducido del chino al inglés y con introducción de Samuel B. Griffith II, Urbana, University of Illinois Press, 1961, p. 30.

4. Hasta el año 46 a.C. Roma siguió el calendario lunar, que a menudo no coincidía con el calendario solar. Por tanto, «noviembre» es una estimación aproximada.

5. Plutarco, *Craso*, 10.1.

6. Apiano, *Guerras civiles*, 1.118.549.

7. Plutarco, *Craso*, 10.3.

8. Plutarco, *Craso*, 10.4.

9. Apiano, *Guerras civiles*, 1.118.551.

10. Plutarco, *Craso*, 10.5-6.

11. Apiano, *Guerras civiles*, 1.118.551.

12. Apiano, *Guerras civiles*, 1.118.551.

13. Apiano, *Guerras civiles*, 1.118.551.

14. Floro, *Epítome*, 2.8.12.

Capítulo 7

El pirata

1. Heracleo era su nombre de acuerdo con Cicerón (*Verrinas* 6.97); Orosio (6.3) lo llama Pyrganio.

2. Cicerón, *Verrinas*, 6.2.5. y 6.6.14.

3. Thomas Stangl, ed., *Cicero Orationum Scholastae*, Viena, Temp-sky, (1912), Scho. Cic. Gron. II, 324.

4. Salustio, *Historias*, frg. 4.32.

5. Plutarco, *Craso*, 10.7.

6. Tucídides, *Guerra del Peloponeso*, 4.24.5, en Robert Strassler, ed., *The Landmark Thucydides: A Comprehensive Guide to the Peloponnesian War*, Nueva York, Simon & Schuster, 1998, p. 236.

7. Tucídides, *Guerra del Peloponeso*, 6.2.4.

8. Dion Casio, *Historia romana* 11.14.29, edición de Loeb Classical Library, pp. 439-440, http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Cassius_Dio/11*.html; cf. H. H. Scullard, *The Elephant in the Greek and Roman World*, Ithaca, Cornell University Press, 1974, pp. 16, 149, 152.

9. Salustio, *Historias*, frg. 4.26.

10. Algunos eruditos sitúan la acción más hacia el norte, en Escila, pero esa población, donde Plutarco (*Crasus*, 10.3-2) insiste en ubicar a Espartaco, queda fuera del estrecho.

11. Floro, *Epítome*, 2.8.13.

12. Salustio, *Historias*, frg. 4.27, en Patrick McGushin, trad. y ed., *Sallust: The Histories*, vol. 2, Oxford, Clarendon, 1994, p. 43.

13. Cicerón, *Verrinas*, 6.5.

Capítulo 8

El pescador

1. Apiano, *Guerras civiles*, 1.119.552.

2. Apiano, *Guerras civiles*, 1.119.552.

3. Plutarco, *Craso*, 10.7.

4. Plutarco, *Craso*, 10.8.

5. Apiano, *Guerras civiles*, 1.118.551.

6. Plutarco, *Craso*, 10.8.

7. Apiano, *Guerras civiles*, 1.119.553.

8. Apiano, *Guerras civiles*, 1.119.553.

9. Apiano, *Guerras civiles*, 1.119.554.

10. Plutarco, *Craso*, 11.3.

11. Paulino de Nola, *Poemas*, 17.206.

12. En teoría, es correcto Marco Varrón, pues Marco había sido adoptado ya adulto por Terencio Varrón, pero para simplificar he empleado su nombre de nacimiento.

13. Valerio Máximo, 6.2.8.
14. Tácito, *Anales*, 3.73; cf. Apiano, *Guerras civiles*, 1.120.556.
15. Tácito, *Anales*, 3.73.
16. Salustio, *Historias*, frg. 4.36.
17. Tácito, *Anales*, 4.51.
18. Apiano, *Guerras civiles*, 1.119.552.
19. Salustio, *Historias*, frg. 4.37, en McGushin, trad., *Sallust: The Histories*, vol. 2, p. 44.

Capítulo 9

Las mujeres celtas

1. César, *Guerra de las Galias*, citada sin referencia en Jean-Louis Brunaux, *The Celtic Gauls: Gods, Rites, and Sanctuaries*, traducido por Daphne Nash (Londres, Seaby, 1988), p. 102.
2. Inscripción gala, citada por Philip Freeman, *The Philosopher and the Druids: A Journey Among the Ancient Celts*, Nueva York, Simon & Schuster, 2006, p. 125.
3. Salustio, *Historias*, frg. 4.40.
4. Plutarco, *Craso*, 11.5.
5. Amiano Marcelino, *Historias*, 15.12.
6. Comunicación personal del profesor Michael Weiss, Departamento de Lingüística, Cornell University.
7. Plutarco, *Craso*, 11.5.
8. <http://www.comune.giungano.sa.it/>.
9. 30.000: Orosio, *Historias* 5.24.6.; 35.000: Livio, *Períocas*, 97; Frontino, *Estratagemas*, 2.5.34.; 12.300: Plutarco, *Craso*, 11.5.
10. Plutarco, *Craso*, 11.5.
11. César, *Guerra de las Galias*, 1.26.
12. Plutarco, *Craso*, 11.6.
13. Orosio, *Historias*, 5.24.6.

14. Apiano, *Guerras civiles*, 1.120.557.
15. Plutarco, *Craso*, 11.6.
16. Plutarco, *Craso*, 11.6.

Capítulo 10

Espartaco

1. Orosio, *Historias*, 5.24.3.
2. Orosio, *Historias*, 5.24.3.
3. Suetonio, *Vida de Horacio*.
4. Cicerón, *Sobre los deberes*, 1.42.
5. Apiano, *Guerras civiles*, 1.120.557.
6. Plutarco, *Craso*, 11.8., y Apiano, *Guerras civiles*, 1.120.557.
7. Apiano, *Guerras civiles*, 1.120.557.
8. Orosio, *Historias*, 5.24.7.
9. Floro, *Epítome*, 2.7.9-12; Diod. Síc. 36.10.3.
10. http://en.wikipedia.org/wiki/Italy_Earthquake_of_1980.
11. Salustio, *Historias*, frg. 4.39; Plutarco, *Comparación de Nicas y Craso* (*Craso* 36 [3].2); cf. McGushin, ed., *Sallust: The Histories*, vol. 2, pp. 155-156.
12. Plutarco, *Craso*, 11.8.
13. Frontino, *Estratagemas*, 4.7.2.
14. César, *Guerra de África*, 29.
15. Plutarco, *Sila*, 21.2.
16. Plutarco, *Craso*, 11.8.
17. Plutarco, *Craso*, 11.9.
18. Floro, *Epítome*, 2.26.13-16.
19. En el año 26 d.C. hubo una revuelta en las montañas del sur de Tracia. Cuando fueron sitiados, los de espíritu más valeroso «se solazaron, según la manera de su país, con canciones y bailes delante de la muralla» (Tácito, *Anales*, 4.47, <http://www.perseus.tu->

fts.edu/cgi-bin/ptext?lookup=Tac.+Ann.+4.47). Véase también Ralph F. Hoddinott, *The Thracians*, Londres, Thames & Hudson, 1981, p. 130.

20. Plutarco, *Craso*, 11.9.

21. Plutarco, *Craso*, 11.10.

22. Floro, *Epítome*, 2.8.14.

23. Plutarco, *Craso*, 11.9.

24. Plutarco, *Craso*, 11.10.

25. Apiano, *Guerras civiles*, 1.120.557.

26. Salustio, *Historias*, frg. 4.41.

27. Floro, *Epítome*, 2.8.14.

28. Apiano, *Guerras civiles*, 1.120.557.

29. Floro, *Epítome*, 2.8.14.

30. Séneca, *Controversias*, 9.6, citado por Alison Futrell, *The Roman Games*, Oxford, Blackwell, 2006, p. 144.

31. Apiano, *Guerras civiles*, 1.120.558.

32. Floro, *Epítome*, 2.8.14, en Brent D. Shaw, trad., *Spartacus and the Slave Wars: A Brief History with Documents*, Boston, Bedford/St. Martin's, 2001, p. 155.

33. Livio, *Perlocas*, 97; Orosio, *Historias*, 5.24.7. La cifra de 12.300 bajas en Plutarco, *Pompeyo*, 21.2, se refiere probablemente a la batalla de Cantenna.

34. Apiano, *Guerras civiles*, 1.120.558.

Capítulo 11

Los vencedores

1. Theodor Mommsen *et al.*, *Corpus Inscriptionum Latinarum*, vol. 10, Berlín, 1883, parte 2, 8070.3.

2. Apiano, *Guerras civiles*, 1.120.559.

3. Véase la frecuentemente citada «terrible cruz» de los esclavos

en Plauto; Martin Hengel, *Crucifixion in the Ancient World and the Folly of the Message of the Cross*, Filadelfia, Fortress Press, 1977, p. 7, n. 13.; «da infame estaca», *Latin Anthology*, 415.23-24.; «en extremo horrible»: Orígenes, *Comentario sobre Mateo*, 27.22 ff., para la traducción al inglés, véase Hengel, *Crucifixion*, p. x.; «humillante» en Cicerón, *Defensa de Cluencio* 66; *Primera filípica* 2.

4. Pseudo-Quintiliano, *Declamaciones menores*, 274.13, citado por Hengel, *Crucifixion*, p. 50.

5. Véase, por ejemplo, Veleyo Patérculo, 2.30.5; Plutarco, *Craso*, 8.1; Ampelio, 45.3; Otto Keller, *Pseudacronis scholia in Horatium vetustiora*, vol. 1, Leipzig, Teubner, 1902, p. 274, 3.14.19.

6. Livio, *Historia de Roma*, 3.16.3, 21.41.10.

7. Recte omnia velim sint nobis: M. Pagano y J. Rougetet, «La casa del liberto P. Confuleius Sabbio a Capua e i suoi mosaici», *Mélanges de L'École Française de Rome*, 98 (1987), pp. 753-765.

8. Apiano, *Guerras civiles* 1.20.559.

9. Plinio, *Historia natural*, 29.14.57.

10. Pseudo-Quintiliano, *Declamaciones menores*, 274.13, citado en Hengel, *Crucifixion*, p. 50.

11. Apuleyo, *Asno de oro*, 4.31; Josefo, *Antigüedades*, 18.3.4.

12. Plinio, *Historia natural*, 29.14.57.

13. Haim Cohn y Shimon Gibson, «Crucifixion», en Michael Ben-venbaum y Fred Skolnik, eds., *Encyclopedia Judaica*, 2.^a ed., vol. 5, Detroit, Macmillan, 2007, pp. 309-310.

14. Hengel, *Crucifixion*, p. 48.

15. Plutarco, *Craso*, 11.11.

16. Cicerón, *Verrinas*, 6.39, 41.

17. Cicerón, *Verrinas*, 6.40.

18. Suetonio, *Julio deificado*, 51.

19. Sobre las fechas y otros datos de los cuatro triunfos, véase A. Degrassi, *Inscriptiones Italiae* XIII.1, Roma: La Libreria dello Stato, 1947, p. 565.

20. Varrón, *Tópicos de agricultura*, 3.2.15-16, repetido por Columella, *Sobre la agricultura*, 8.10.6. Véase el debate en Mary Beard, *The Roman Triumph*, Cambridge, Harvard University Press, 2007), pp. 49 y pp. 346, n. 12.

21. Véase R. Alston, «Roman Military Pay from Caesar to Diocletian», *Journal of Roman Studies*, 84 (1994), pp. 113-123.

Conclusión

1. Suetonio, *Augusto deificado*, 3.1.

2. Plinio, *Historia natural*, 28.41, 28.46. Véase también Laura D. Lane, «Malaria and Magic in the Roman World», en David Soren y Noelle Soren, eds., *A Roman Villa and a Late Roman Infant Cemetery: Excavation at Poggio Gramignano, Lugnano in Teverina*, Roma, L'Erma di Bretschneider, 1999, p. 640.

3. Itta Gradel, *Emperor Worship and Roman Religion*, Oxford, Clarendon, 2002, p. 37.

4. Hans-Günther Simon, «Zwei aussergewöhnliche reliefverzierte Gefässe aus Langenhain, Wetteraukreis», *Germania*, 53 (1975), pp. 126-137, esp. 134.

5. Cicerón, *Defensa de Sila*, 60-62.

6. Los datos provienen de Suetonio, *Augusto deificado*, 98.5-100.1.

Agradecimientos

Los capítulos de este manuscrito fueron leídos y mejoraron mucho gracias a los comentarios de Kimberly Bowes, Judith Dupré, Mark Levine, Adrienne Mayor, Marcia Mogelonsky, Jan Parker, Matthew Sears y Chaya Rivka Zwolinski. Muchos colegas y estudiantes de Cornell, pasados y presentes, ofrecieron sus consejos y contestaron a preguntas específicas. Quisiera mostrar particularmente mi agradecimiento a Annetta Alexandridis, Edward Baptist, Flaminia Cervesi, Nora Dimitrova, Michael Fontaine, Kathryn Gleason, Harry Greene, Martin Loicano, Elizabeth Macaulay-Lewis, Kathryn McDonnell, Michelle Moyd, Jon Parmenter, Eric Rebillard, Sidney Tarrow, Robert Travers, Rachel Weil y Michael Weiss. También quisiera dar las gracias a Josh Bernstein, Donald Kagan, Victor Davis Hanson, Anna Kirkwood, Kim McKnight, Josiah Ober, Priya Ramasabban, Philip Sabin, Nikol Theodossie y Rob Tempio.

Estoy profundamente agradecido a mis dos hogares académicos en la Universidad de Cornell, el departamento de Historia y el departamento de Lenguas Clásicas. Los magníficos fondos y el apoyo entusiasta del equipo de la biblioteca John M. Olin de Cornell me ayudaron a hacer posible este libro. Saqué provecho de los comentarios recibidos al leer partes de mi manuscrito en el Coloquio del Mediterráneo Antiguo de Cornell, en el Seminario de Estudios de la Paz de Cornell y en el Coloquio Graduación de la Universidad Duke de Carolina del Norte.

Tuve la fortuna de hacer varios viajes de investigación a Italia. Entre quienes me ayudaron allí, están Carmine Cozzolino, Marcella DeFeo, Umberto Del Vecchio, Maria Laura Frullini, Donato Punello y Marcello Tagliente. Jim Zurer me proporcionó consejos de viajero experto.

Como en el pasado, Suzanne Lang me proporcionó una valiosísima asistencia logística y de secretaría. Barbara Donnell, Michael Strauss y Sylvie Strauss me ayudaron con la mecanografía.

Debo mucho a mi editor de Simon & Schuster, Bob Bender, cuyos sabios consejos mejoraron notablemente el manuscrito. Además, quiero dar las gracias a su asistente, Johanna Li. También debo mucho a mis editores de Weidenfeld & Nicolson, Alan Samson y Keith Lowe, por su lectura perspicaz y productiva del manuscrito. Mi agente literario y amigo, Howard Morhaim, fue el primero en sugerir que escribiera sobre Espartaco.

Mi familia es la verdadera *sine qua non* de este libro. Agradezco a Sylvie y a Michael su apoyo y paciencia, y a Marcia más cosas que las que puedo decir.

George Wood, mi antiguo estudiante y amigo, cayó en Iraq en 2003. George estaba planeando una carrera como historiador especializado en Roma. Me resulta imposible escribir sobre Roma sin recordarlo.

Josiah Ober y Adrienne Mayor siempre han estado ahí, como amigos y colegas, durante treinta años. Dedicarles este libro no es más que una pequeña recompensa.

Índice onomástico

- Afranio, Lucio, 245
Agelasto, 159
Agustín, san, 24, 115, 248
Alejandro el Grande, 55, 152, 233
Alejandro Janneo, rey de Judea, 233
Amaranto, 43
Aníbal, 20-21, 37, 93, 101, 108, 190, 210, 222, 227
Antonio, Marco, 68, 75, 166, 248, 253-254
Apiano, 23
Apolo, 83
Apolonio, 47
Aquilio, Mannio, 171
Arminio (Hermann), 59
Arrio, Quinto, 125-127, 130, 253
Asicio, Lucio, 43
Aufidio Orestes, Cneo, 231
Augusto (Cayo Julio César Octaviano), 68, 205, 224, 233, 257-258
Auriolo, 43
Baco, 57, 71
Boudica, 204
Bruto, 25
Cánico, 193, 197, 202-204, 206, 216
Caribdis, 173
Casio Longino, Cayo, 75, 135-136, 138
Casto, 193, 197, 201-204, 206, 216
Catilina, 222, 246
Catón, Marco Porcio (Catón *el Joven*), 25, 119-120, 127, 142-143, 255-256
Catón, Marco Porcio *el Censor* (Catón *el Viejo*), 69, 119, 142
Celado, 43
Cepio, Quinto Servilio, 92, 127, 142
César, Julio, 25, 39, 68, 76, 108, 115, 131-132, 136, 140, 149, 166, 197, 204, 217, 222, 224, 242, 247-248
Cicerón, Marco Tulio, 24-25,

- 125, 134, 143, 166, 168-170, 176, 212, 229, 239-240, 247-248, 253-254, 266
- Cinna, 11
- Claudiano, 58
- Cleopatra, 55, 227
- Columela, 54-55
- Corbulo, 216
- Cosinio, Lucio, 19-20, 87-89
- Craso, Marco Licinio, 147-162, 171, 175-177, 180-181, 183-187, 189-190, 192-193, 198-205, 207, 209, 212-214, 216-223, 226-229, 231-238, 240, 242-243, 246, 248, 254-255
- Criso, 61, 85, 87, 92-93, 99, 102-103, 105, 108, 113-114, 122-124, 126, 128-132, 134-135, 141, 160, 206, 253-254, 256-257, 253, 257
- Curión, Cayo Escribonio. 75
- Darío, rey de Persia, 233
- Diana Tifata, 62
- Dioniso, 25, 51-52, 55-57, 60, 64-65, 85, 92, 94, 110-111, 116, 142, 228
- Dositeo, 36
- Douglas, Kirk, 22
- Druso, Marco Livio, 119, 142
- Enomao, 61, 85
- Escila, 173-74
- Escipión, Emiliano, 154
- Escrofa, Cneo Tremelio, 156, 186, 207-208
- Espartaco, 19-28, 31-39, 41-42, 45-46, 48-49, 51-62, 64-66, 68-72, 76-78, 80-81, 83-88, 91-95, 97-108, 110-111, 113-116, 120-126, 128, 130-142, 147-151, 154-163, 166-172, 174-177, 180-193, 199-232, 236, 238, 245-258
- Estrabón, 40
- Eurípides, 255
- Fast, Howard, 22, 269
- Filipo, 43
- Flaco (esclavo), 231
- Floro, 23, 43, 224
- Furio, Lucio, 87-89
- Gánico, *véase* Cánico
- Garibaldi, Giuseppe, 23
- Gavio, Publio, 69, 169-170
- Gelio, Lucio, 120, 124-127, 130-131, 133, 139, 149, 155, 158, 161, 253, 255
- Glabro, Cayo Claudio, 77-80, 83, 85-89
- Gorgias, 36

- Gracos, Cayo y Tiberio, 25, 249
Gratidano, Mario, 249
- Heracleo, 165-166, 168, 172
Heractino, 43
Homero, 80
Horacio (Quinto Horacio Flaco), 24, 46, 212, 248
Horacio, 211-212
Hortensio, 240
- Jabotinsky, Vladimir, 23
Jesús (autor de un grafito), 43
Jesús, 232
Júpiter, 242-243
- Khachaturian, Aram, 23
Kubrick, Stanley, 22, 270
- Lenin, Vladímir Ilich, 23
Léntulo Sura, Publio Cornelio, 231
Léntulo, Cneo Cornelio Clodiano, 124-126, 131-134, 139-140, 149, 155, 158, 161
Licinios, los, 148
Livio (Tito Livio), 24, 205, 248, 265
Lúculo, Lucio Licinio, 47, 75, 189, 255
- Lúculo, Marco Terencio Varrón, 75, 189, 208, 241-243, 255
- Manlio, Cneo, 135, 141
Maquiavelo, Niccolò, 204
Marcelo, Marco Claudio, 25, 222
Mario, 28, 40-41, 55, 68, 76, 101, 114, 138, 149-151, 155
Mario, Mannio, 239
Marta (profetisa), 55
Marx, Karl, 23
Medusa, 182
Metelo, Lucio Cecilio, 174-175
Metelo Céler, Quinto Cecilio, 245
Metelo Pío, Quinto Cecilio, 150, 222, 241-243
Milón, 112
Mitrídates, 21-22, 37, 41, 46-47, 53, 57-58, 70, 75, 137, 167, 188-189, 217, 239, 254-255
mujer tracia (compañera Espartaco), 25, 53, 51, 54-55, 60, 62, 72, 110, 116, 172
Mummio, 156, 158, 160, 202
Mummio Acaico, Lucio, 123

- Napoleón I, 123
 Neptuno, 176

 Octaviano, *véase* Augusto
 Octavio, Cayo, 245-246, 257
 Olimpia, 55
 Orfeo, 56
 Orosio, 266

 Patérculo, Veleyo, 266
 Perperna, Marco, 188
 Pirro, 199
 Pitágoras, 108
 Platón, 143
 Plutarco, 23, 52-53, 107, 122,
 155, 158, 183, 185, 189, 197,
 203, 209, 217, 219
 Pompeyo (Cneo Pompeyo
 Magno), 68, 75, 149, 151,
 188-189, 192, 209, 213, 216,
 224, 229, 238, 240-244, 247,
 250, 253-254, 256
 Pompeyo, Sexto, 233, 247
 Pomptino, Cayo, 16, 198, 200
 Ptolomeo IV, rey de Egipto, 57
 Ptolomeos, los, 55
 Publio, 152-155, 255
 Publipor, 106

 Quincio, Lucio, 156, 202, 207-
 208

 Reagan, Ronald, 23
 Rómulo, 143
 Rufo, Quinto Marcio, 156,
 198, 200
 Rupilio, Publio, 171

 Sabacio, 56, 60
 Sabio, Publio Confuleyo, 234
 Salustio, 23-24, 52, 168, 197,
 224, 248
 Samo, 43
 Séneca, 43
 Sertorio, Quinto, 22, 46-47,
 68, 75, 95, 149, 153, 167,
 188, 222
 Shakespeare, William, 136
 Sila (Lucio Cornelius Sila), 28,
 55, 58-59, 65, 68, 76, 91,
 138, 150-152, 155, 188-189,
 192, 208, 216-217, 224
 Sparticus, 256
 Stalin, Joseph, 23

 Tácito, 41, 248
 Terencio (dramaturgo), 106
 Tito Didio, 153
 Toranio, Cayo, 88-89
 Toussaint L'Ouverture,
 François Dominique, 23
 Tucídides, 80, 172, 174
 Turner, Nat, 21

- Varinio, Publio, 19, 87-90, 92-95, 97, 100, 102, 104, 106-108, 252
- Varo, Quintilio, 233
- Varrón, Terencio, 294
- Varrón Lúculo, Marco
Terencio, 24, 37, 69, 137, 189, 208, 294
- Vatia, Cneo Cornelio Léntulo, 35-37, 40-45, 48-49, 60-61
- Venus, 231
- Verres, Cayo, 165-166, 168-171, 173, 176-177, 229, 232, 239-240, 253-254, 266
- Vettio, Tito Minucio, 46-47, 115
- Viriato, 95, 153
- Vologeso, 56
- Voltaire, 23
- Yehohanan, 236
- Yugurta, rey de Numidia, 59
- Zagreo, 56, 60

